

EL IDEARIO LINGUISTICO DE MIGUEL DE UNAMUNO

*A la memoria de mi padre:
Amalio Huarte y Echenique.*

I.—INTRODUCCION

Entrelazada, perdida entre las mil cuestiones interesantes que plantea la obra de Miguel de Unamuno, al hilo de toda su producción, hay una constante referencia a temas de lenguaje. Si repasamos superficialmente el contenido de la obra unamuniana, veremos que de los Ensayos recogidos en la edición de la Residencia de Estudiantes, ya *En torno al casticismo* se abre con unas consideraciones lingüísticas generales. Hay en la colección varios trabajos—sobre la enseñanza del latín, dos dedicados a la lengua española en general, sobre la ortografía, sobre el vascuence, contra el purismo, sobre apellidos españoles—cuyo tema principal es el lenguaje, junto a otros, como el titulado *Viejos y jóvenes*, por ejemplo, en los que es la lengua una piedra angular de la exposición de otros temas.

Los otros libros de ensayos contienen también numerosas páginas empleadas en discutir o exponer datos lingüísticos, como el trabajo *Prosa acettada*, las disquisiciones sobre lenguaje y lógica en *Del sentimiento trágico de la vida*, sobre el problema del Verbo en *La agonia del cristianismo*, o sobre el empleo de la lengua popular en la *Vida de Don Quijote y Sancho*.

En los libros de viajes, Unamuno viajero nos suministra algunos datos sobre particularidades idiomáticas de la región que visita y nos hace vivir un poco el ambiente que le rodea, pala-

deando nombres de lugar o citando los vocablos esos que a todo viajero le hacen gracia—*rocíos* y *raparigas* portuguesas, *roqueta mallorquina*, *cilibro* de la Montaña o *aulaga majorera* de Canarias—, cuando no intercala trozos poéticos de autores regionales o nos ilustra sobre los problemas de la concurrencia de los dialectos con la lengua oficial. Algo semejante ocurre en la primera novela, que, siendo de ambiente local, contiene alusiones leves al bilingüismo del país vasco.

Las otras novelas y el teatro parecen ofrecer menos campo para explanaciones de tipo didáctico. Mas no deja de asomar la crítica de ciertas expresiones—*Amor y Pedagogía* es toda ella una caricatura de la pedantería científicista—o alguna disquisición festiva sobre lo ilógico de la gramática. Además, los prólogos a estos libros están cuajados de alusiones a temas lingüísticos y de justificaciones de neologismos.

Varios sonetos de los mejores de Unamuno están dedicados a la palabra, a la lengua española. Igual que numerosas otras poesías, de las pertenecientes al *Cancionero*, sobre todo.

De viva voz, la actividad profesoral de Unamuno en la clase diaria, los discursos en dos ocasiones solemnes en la Universidad de Salamanca, conferencias en Bilbao y en Málaga, dos intervenciones en las Cortes, una impresión fonográfica, en fin, tienen por objeto la exposición o discusión de problemas de lengua.

Aunque son pocos, hay sendos trabajos de filología, debidos a la pluma del maestro salmantino en la *Revista de Filología Española*, en el *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, en la *Zeitschrift für romanische Philologie*.

Finalmente, las cartas, que ahora empiezan a ser editadas, revelan, señaladamente las dirigidas a Clarín, una notable afición y competencia de Unamuno en el terreno de la ciencia lingüística. Aún queda parte de obra inédita. Hay varias referencias a otros trabajos de carácter filológico, entre los que lo más señalado son unos apuntes recogidos en su juventud para una *Vida del romance castellano. Ensayo de biología lingüística*, de cuyo proyecto habla en algunas cartas (1).

Hay, pues, materia suficiente para determinar y justificar el

(1) Véase: M. GARCÍA BLANCO, *Don Miguel de Unamuno y la lengua española. Discurso...* Salamanca, 1952, págs. 18-27. Cito este interesante trabajo por la palabra Discurso.

estudio de las características de esa aplicación de Unamuno a los diversos temas lingüísticos: esto es lo que he intentado hacer (2). Es un aspecto de su personalidad y obra, conocido por todos, pues no podía haber pasado inadvertido, pero no tratado hasta ahora de un modo especial y con la debida extensión.

La competencia de Unamuno.

La opinión común concede a Unamuno plaza de entendido en cuestiones de lengua. Unos, fijándose en su obra literaria

(2) Este libro es, algo aligerado, lo que presenté como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El tribunal que la juzgó el 23 de marzo de 1950, y la calificó de Sobresaliente, estaba constituido por los señores Francisco Maldonado, Dámaso Alonso, Rafael de Balbín, Rafael Lapesa y Juan Tamayo. Todos ellos, antes y después del acto académico, me hicieron valiosas observaciones, que les agradezco aquí; especialmente el ponente, D. Dámaso Alonso, generoso maestro y protector mío. Don José Miguel de Azaola y Emilio Alarcos Llorach, beneméritos lectores del manuscrito, me animaron con sus opiniones favorables y me ayudaron a mejorarlos con sendas notas, que estimé mucho. Debo enseñanzas y un favor muy señalado en relación con este libro a D. Santiago Montero Díaz. Al entusiasmo, tan repetidamente proclamado, de D. Manuel García Blanco, quien me hizo también advertencias de interés, debo el honor de esta impresión. A todos, otra vez, gracias.

Diversas ocupaciones me han impedido hacer una revisión del texto para aprovechar principalmente dos ediciones unamunianas posteriores a mi redacción: *De esto y de aquello*, ed. M. García Blanco, Buenos Aires, Ed. Suramericana, 1950 y sigs. (recogidos los dos primeros vols. en *Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1951 y sigs., tomo V), y *Gancionero*, Diario poético, ed. y prólogo de F. de Onís, Buenos Aires, Losada, 1953. Numerosas adiciones que tenía preparadas para completar y enmendar el original hubieran podido ir en las notas. Ahora bien: para aceptar sin abuso la invitación de publicación por la Universidad de Salamanca, he de suprimir muchas de las notas primitivas y acortar en buena parte las demás. (La exigencia de limitación de espacio, creo, aparte de todo, que ha beneficiado al libro y a sus posibles lectores.) Espero que se me presentará ocasión de publicar unas páginas suplementarias.

De las obras de Unamuno he procurado utilizar, sin tener ninguna preferencia por las primeras ediciones, las hechas en vida del autor, en cuanto ello me ha sido posible. Van reseñadas a continuación. Si, por cualquier causa, hago una cita a edición distinta, lo advierto en la nota. Cuando se trata de ensayos o de poesías, cito el título particular de cada uno además del de la colección. Indico también el capítulo en números romanos o la parte por su epígrafe, cuando ha lugar, además de la página. (Al suprimir casi todos los pasajes unamunianos que había copiado en las notas, he dejado, no obstante, la cita correspondiente, la cual envía a la página donde comenzaba el trozo según mi traslado, no necesariamente a la en que esté la frase o palabra importante, que en algún caso figurará en la inmediata posterior.) Con esto creo facilitar la verificación de las citas cuando hayan de emplearse otras ediciones distintas, ya que no en todos los casos he podido yo usar las mejores. La bibliografía especial utilizada para cada caso la indico en las notas. Debo mencionar de un modo particular las obras de Julián Marías y del P. Miguel Oromí, que me han servido de insustituible orientación.

INDICE DE EDICIONES UTILIZADAS

- Abel Sánchez. Una historia de pasión.*—2.ª edición.—Madrid. Renacimiento, 1928.
La agonía del cristianismo.—Madrid. Espasa Calpe. 1937.
Amor y Pedagogía.—2.ª edición.—Madrid. Espasa Calpe. 1934.
Andanzas y visiones españolas.—Madrid. Renacimiento. 1922.
Antología poética. Selección y prólogo de Luis Felipe Vivanco.—Madrid. Edicio-

cuajada de citas etimológicas y de análisis de palabras, sobre los que fundamenta muchas de sus meditaciones, ponderan su finísimo sentido del castellano, su conocimiento de las posibilidades que la lengua encierra, su autoridad en el modo de neologizar y de remover los fondos significativos de las palabras. Algunos quieren dar importancia a su condición de natural de una región bilingüe, como si su manera de entender el castellano fuera un resultado ulterior de la «conquista del idioma», sin tener en cuenta que en el hogar de Unamuno, en la capital de Vizcaya, se hablaba castellano y no hay en su caso bilingüismo nativo. Otros relacionan lo que se refiere a la ciencia

- nes Escorial. 1942. (Representa muy bien los varios tomos de poesías. En muy pocos casos faltan en ella las aquí comentadas por su tema lingüístico.) *Cómo se hace una novela.*—Buenos Aires. Alba. Imp. Araújo. 1927.
- Conferencias dadas en Málaga...*—Málaga. Tip. La Ibérica. 1906.
- Contra esto y aquello.*—Madrid. Renacimiento. 1912.
- De la enseñanza superior en España.*—Madrid. Revista Nueva. 1899.
- De mi país. Descripción, relatos y artículos de costumbres.*—Madrid. Fernando Fe. 1903.
- Del sentimiento trágico de la vida.*—4.ª edición.—Madrid. C. I. A. P. Renacimiento. (S. a. 1931.)
- Diario de Sesiones.* Cortes Constituyentes. Días 18 y 25 de setiembre y 22 de octubre de 1931.
- Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1900 a 1901.* Universidad de Salamanca.—Salamanca. Imp. Francisco Núñez. 1900.
- Discurso...* 1934-1935.—Salamanca. Imp. Francisco Núñez. 1934. (Utilizo la reedición titulada «Última lección», en *Obras selectas*. Madrid. Pléyade. 1946.)
- Ensayos.*—Madrid. Residencia de Estudiantes. 1916-1918. 7 vols.
- Epistolario a Clarín.* MENÉNDEZ Y PELAYO. UNAMUNO. PALACIO VALDÉS. — Prólogo y notas de Adolfo Alas.—Madrid. Ediciones Escorial. 1941.
- El espejo de la muerte. Novelas cortas.*—Madrid. C. I. A. P. 1930.
- El Hermano Juan o El mundo es teatro. Vieja comedia nueva.*—1.ª edición.—Madrid. Espasa Calpe. 1934.
- Mi religión y otros ensayos.* (Utilizo para esta colección la edición de *Ensayos*. Prólogo y notas de Bernardo G. de Candamo. Madrid. Aguilar. 1942, tomo II.)
- Niebla* (Nivola). Prólogo de Víctor Goti.—3.ª edición.—Madrid. Espasa Calpe. 1935.
- El otro. Misterio en tres jornadas y un epílogo.*—1.ª edición.—Bilbao, etc. Espasa Calpe. 1932.
- Paisajes.*—Salamanca. Tip. Calón. 1902.
- Paisajes del alma.*—Madrid. Revista de Occidente. 1944.
- Paz en la guerra.*—2.ª edición.—Madrid. Renacimiento. (S. a. 1923.)
- Por tierras de Portugal y de España.*—2.ª edición.—Madrid. C. I. A. P. Renacimiento. 1930.
- El porvenir de España.* MIGUEL DE UNAMUNO Y ANGEL GANIVET. — Madrid. Renacimiento. 1912.
- Recuerdos de niñez y de mocedad.*—Madrid. V. Suárez. Fernando Fe. 1908.
- San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.*—Madrid. Espasa Calpe. 1933.
- Soliloquios y conversaciones.*—Madrid. Renacimiento. 1911. (En la cubierta: 1912.)
- Sombras de sueño.* Drama en cuatro actos.—Madrid. Prensa Moderna. 1930. («El Teatro Moderno», 8-III-1930, núm. 237.)
- La tía Tula* (Novela).—Madrid. Renacimiento. 1921.
- Tres novelas ejemplares y un prólogo.*—(S. l.: Madrid.) Espasa Calpe. (S. a.)
- La venta.* Drama en un acto y dos cuadros. Publicado en *Cuaderno de Lectura*. (Junta para Ampliación... Centro de Estudios Históricos. Cursos para extranjeros.) Madrid. 1927. Págs. 349-391.
- Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.*—4.ª edición.—Madrid, etc. Renacimiento. 1931.

filológica de nuestro autor con su oficio de profesor, como hacía él mismo muchas veces, con lo que queda rebajado el valor de sus conocimientos, al quedar convertidos en un como reflejo exterior de su actividad profesional. En la dedicación de Unamuno a la lengua española hay algo más íntimo que un mero cumplir una obligación impuesta acaso por circunstancias externas. Hay algo de íntima vocación y aptitud, tal vez sin agotar, abandonadas ante otras sentidas como de más interés y urgencia.

En la sexta edición del *Manual de Gramática histórica española*, de Menéndez Pidal, figura cuatro veces el nombre de Unamuno entre los de otros filólogos insignes, lo cual prueba un aprecio serio de su labor en este terreno. Oromí, comenta la inclasificabilidad de los múltiples aspectos en que se le puede estudiar y dice: «En efecto, nadie sabe a punto fijo si Unamuno es un filólogo, a pesar de haber hablado mucho, aunque escrito poco, de filología» (3). Y de una manera más explícita, J. de Entrambasaguas: «Mucho me obsesiona la idea de que en Unamuno se perdió un filólogo que, aunque parezca exagerado o erróneo a los que todavía padecen el fetichismo unamunescos, hubiera superado, sin duda alguna, al poeta duro, primitivo—de cueva de Altamira—, que logró escribir sonetos sin Renacimiento, al novelista y dramaturgo, sin trama ni acción apenas, y aun al mejor ensayista que, descontando el fermento político, religioso o social—que destina, naturalmente, con los años, algunos de ellos a convertirse en documentos arqueológicos—queda limitado a muy pocas, aunque magníficas páginas de pura creación literaria y de perdurable existencia» (4).

Con todo, no faltará quien experimente cierta desconfianza

(3) MIGUEL OROMÍ: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*. Madrid. Espasa Calpe. 1943. Prólogo (pág. 10).

(4) Reseña a *Epistolario a Clarín*, en *RFE*, 1941, XXV, 409, nota. M. GARCÍA BLANCO, menos extremoso, considera ésta como una faceta importantísima de la personalidad del autor: *Unamuno, profesor y filólogo*, en *La Gaceta Literaria*, 15-III-1930. También CAMÓN AZNAR: «... una de sus preocupaciones, quizá la más obsesionante de su vida de escritor y de catedrático: la preocupación filológica, el entronque del espíritu con la palabra, el sencillo divino acto de creación que hacemos al tender un puente de sonidos entre las cosas y nosotros.» En el *Almanaque Literario*, 1935 (pág. 43). ENTRAMBASAGUAS cree que Unamuno se dedicó a la literatura como un medio de aumentar sus ingresos de catedrático, aludiendo a frases del propio autor que así lo dan a entender. Por ejemplo: «No olviden ustedes que soy catedrático y que de serlo yo comen mis hijos, aunque alguna vez merienden de un cuento perdido.» Y *va de cuento (El espejo de la muerte*, pág. 154). Por el contrario, Oromí: «Los estudios lingüísticos y filológicos sirvieron únicamente para solucionar el problema económico de

o tenga un movimiento de desdén ante el enunciado del tema objeto de estas páginas. Unamuno filósofo, novelista, poeta lírico, dramático, ensayista... pero ¿filólogo? No se puede olvidar —granito que hace granero— que el artículo que el maestro publicó en la *Revista de Filología Española*, va afeado por una irritante *Nota de la Redacción*, en la que se corrige un aserto del texto unamuniano (5). Muchos filólogos de profesión habrán echado de menos en los trabajos de Unamuno cierta seriedad, aplicación, constancia, retoque. Pero no cabe duda de que el nombre de Unamuno produce un clima, un peso de autoridad en lo que se refiere a lengua española. Puede anotarse, por ejemplo, cómo Dámaso Alonso se acuerda de aducir su opinión en cuestiones de política lingüística, digámoslo así (6), y con qué respeto le trata cuando ha de quitarle, en parte, razón, al tratar de su censura a un uso de Manuel Machado (7).

Vocación de filólogo.

El mismo Unamuno alude varias veces a su vocación:

Un día en que mi padre conversaba en francés, con un francés, me colé yo a la sala, y de no recordarle sino en aquel momento, sentado en su butaca, frente a Mr. Legorgeu, hablando con él en un idioma para mí misterioso, deduzco cuán honda debió de ser en mí la revelación del misterio del lenguaje. ¡Luego los hombres pueden entenderse de otro modo que como nos entendemos nosotros! Ya desde antes de mis seis años me hería la atención el misterio del lenguaje; ¡vocación de filólogo! (8).

Al recibir el homenaje que se le tributó con ocasión de su jubilación en 1934 decía:

Unamuno; sus aficiones y su verdadera actividad intelectual fué, en parte, política, y principalmente filosófica, aunque bajo una forma literaria y sin método científico alguno.» *El pensamiento filosófico...* Introducción (pág. 31).

(5) *Contribuciones a la etimología castellana*, en *RFE*, 1920, VII (pág. 351). Véase aquí adelante, cap. III, nota 99.

(6) «Es imprescindible una atención estatal a la pronunciación de los locutores de radio... ¿No sería posible, por lo menos, que ciertos locutores prescindieran de su b labiodental, afectación que ya crispaba los nervios a Unamuno?» DÁMASO ALONSO: *Sobre la enseñanza de la filología española*, en *Revista Nacional de Educación*, 1941, núm. 2 (pág. 26, nota 6 bis).

(7) DÁMASO ALONSO: *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado*. en *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid, 1952, pág. 55.

(8) *Recuerdos de niñez y de mocedad*, Primera parte, I (pág. 6). Repite, ampliada, la misma consideración en *Cómo se hace una novela* (págs. 134-136), y alude al caso en *Recuerdos*, del libro *Poemas*.

A esta mi obra responde, creo, vuestro homenaje. Lo acato. Homenaje—¡siempre el filólogo!—deriva de *hominem*, de hombre, y he procurado cumplir mi misión, mi destino, de hacerme hombre universitario de la España universal (9).

No he encontrado datos precisos acerca de cómo se decidió Unamuno por la carrera de Filosofía y Letras; es sabido por todos que, dentro de ésta, fué la filosofía lo que principalmente le ocupó. Al terminar, estuvo dedicado varios años en Bilbao a la enseñanza particular, mientras preparaba una y otra oposición a cátedras de Filosofía. Y sólo al verse rechazado fué cuando, aprovechando su afición a las lenguas, se decidió a opositar a la cátedra que al fin consiguió en 1891, de Lengua y Literatura griegas (10). Aún habría de dar otro paso, al encargarse en 1900 de la cátedra de Historia de la lengua española, ocupación en que cifraría luego todo su orgullo. Las lenguas, aprendidas inicialmente como conocimientos instrumentales para leer a Platón o a Hegel, pudieron acabar siendo un fin en sí, atrayendo la atención de Unamuno hacia los problemas de la Filología; y Filosofía y Filología, dos ocupaciones distintas, con sus varios puntos de contacto, determinaron esa doble competencia de Unamuno. No se puede precisar cuándo naciera su afición a los idiomas. Tal vez cuando esas clases particulares en las que llegó a enseñar incluso matemáticas, pues lo que principalmente se solicitaría de él sería latín, y acaso lenguas vivas.

¿Se podrá interpretar como indicio de autenticidad de la vocación filológica de Unamuno el hecho de que se dedicara con tanto afán a estudiar idiomas? Porque, sin duda, se puede ser—formalmente—un buen filólogo clásico sin poseer idiomas modernos; ni todos los que estudian idiomas extraños tienen afición a la Filología. Pero hay entre las dos cosas como cierta influencia mutua, ya que los conocimientos de filología estimulan y facilitan en parte el aprendizaje de idiomas, y el poseer éstos a su vez ayuda a mantener viva la afición filológica respecto de las lenguas que se conocen bajo este aspecto científico. Puede

(9) *Discurso...* Salamanca, 1934. Recogido con el título «Última lección» en *Obras selectas*. Madrid, Pléyade, 1946. Con frecuencia la vocación aparece rebajada en el sentido a que me he referido antes en el texto: «Porque yo que soy, de profesión, un ganapán helenista...» *Cómo se hace una novela* (pág. 100).

(10) Hizo antes dos oposiciones a cátedras de latín. Véanse estos datos en *Sobre la erudición y la crítica* (*Ensayos*, VI, pág. 93).

ser necesario anotar esa condición de que Unamuno estaba justamente orgulloso: su poliglottismo.

Además de las lenguas clásicas, latín y griego, conocidas filológicamente, y del árabe (11), hebreo y sánscrito, que hubo de saludar siquiera al estudiar la carrera, Unamuno conocía el vascuence, que estudió guiado por sentimientos de patriotismo e ideas humanísticas al acabar el Bachillerato y del que se propuso hacer un diccionario etimológico (12); el francés, que también lo hablaba con perfección (13); el inglés, de donde tradujo varias obras, sobre todo de Carlyle; el alemán, cuyo estudio emprendió en Madrid durante la carrera (14); el italiano, de que tradujo algunas poesías de Leopardi y Carducci, y el danés, iniciado en un libro sobre Ibsen, y empleado luego en la lectura del filósofo Kierkegaard (15). Además (16), los dialectos románicos portugués, gallego, catalán (17) y mallorquín (18), y el griego moderno (19).

El poliglottismo, al favorecer las ocasiones de comparación, de contraste, redundaba en un mejor conocimiento de la esencia y funcionamiento íntimo de la lengua propia. No se dispersó la curiosidad científica de Unamuno; si acaso, en un prin-

(11) «En todo caso, ese texto arábigo del Cíde Hamete Benengeli le tengo yo, y aunque he olvidado todo el poquísimos árabe que me enseñó el Sr. Codera en la Universidad de Madrid—y me dió el premio en la asignatura!—, lo leo de corrido...» *Vida de Don Quijote y Sancho*, Prólogo (pág. 12). En otra ocasión, explicando *terráqueo*, tiene una reminiscencia de sus menguados estudios arabistas: «Un adjetivo convexo, así como en la gramática arábica se nos habla de verbos cóncavos.» *San Manuel Bueno, mártir...*, Prólogo (pág. 17).

(12) *Recuerdos de niñez y de mocedad*. Estrambote, V (pág. 213).

(13) Con una perfección, digamos, «sul generis». Dice MAURICE LEGENDRE: «Il parlait admirablement le français, avec une précision et une richesse de vocabulaire que possèdent très peu de français. Il le parlait avec la clarté phonétique d'un espagnol et avec un fort accent espagnol; je lui ai entendu dire qu'à parler avec l'accent impeccable une langue étrangère, on perd quelque chose de sa personnalité.» *M. de U., hombre de carne y hueso*, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1948, I, 34. Comp. *Revue des Deux Mondes*, Mai-Juin, 1922, IX, 681.

(14) *Los delfines de Santa Brígida (Paisajes del alma*, pág. 142). V. también *Las vacaciones*, en *Vida Nueva*, 17-XII-1899.

(15) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 82). Comp. *Sobre la argentinidad (Contra esto y aquello*, pág. 83).

(16) No parece que Unamuno conociera el ruso, a pesar de la afirmación de Jacques Chevalier en su *Hommage à Unamuno*, Grenoble, 1934: «Ce grand Européen, qui a appris toutes les langues de l'Europe pour lire dans le texte Pascal, Shakespeare et Leopardi, Goethe, Kierkegaard et Dostoievsky...» Publicado en *Cuadernos...*, 1948, I, 11.

(17) «Siento un profundo cariño por Cataluña, y lo he demostrado estudiando sus cosas y, sobre todo, su lengua y su literatura...» *De Salamanca a Barcelona (Andanzas y visiones españolas*, pág. 155. V. también pág. 150).

(18) *En la calma de Mallorca (Andanzas...*, págs. 167-168).

(19) Refiere Gómez de la Serna en sus *Retratos contemporáneos* que don Miguel, al final de su vida, recibía un periódico diario de Grecia. Comp. C. CLAVERÍA, *Temas de Unamuno*. Madrid, 1953, pág. 17, n. 11.

cipio, hacia el vascuence (20); pero pronto lo abandonó, y su afición filológica se centró en el estudio de la lengua española.

... Cuando Unamuno terminó la carrera, estaba ya pujante la Filología románica, con la Gramática de Diez, de 1836-1844, ya reeditada, y había ganado ya en importancia, en método a la primitiva filología comparada de lo indoeuropeo. Unamuno se encaminó decididamente por el estudio de lo románico como más útil, por ser estudio en que era más factible llegar a un terreno de ciencia viva, vivificadora, y no quedarse en frías teorizaciones alrededor del sánscrito, sin posibilidad de aplicación a la lengua nacional (21).

En cuestiones lingüísticas generales, en lo más afín a la especulación filosófica, Unamuno se acercó, sobre todo, a la obra de Hermann Paul, *Principios de Historia lingüística*, de 1880, a la posterior de *Psicología del lenguaje*, de Wundt, y a las caprichosas pero geniales lecciones sobre la *Ciencia del lenguaje*, de Max Müller. Unamuno conoció la obra de Humboldt, pues le debe algunas expresiones, y en relación con ella, menospreció la labor de Hervás. Cuando aprendió el danés, pudo, además de leer a Kierkegaard, haber aportado a España la ciencia de los lingüistas daneses (22).

... Pero es que, probablemente, a partir de la época de hacia 1900, Unamuno no volvió a estudiar Lingüística, y sólo encontraremos en sus escritos reflejos de esa primera orientación que en nada varió, de lo aprendido en Humboldt, Müller, Wundt y Paul, libros anteriores a esa época, y, excepcionalmente, de Croce (23). En cuanto a la filología española, la experiencia de la clase que profesaba, y la consideración de su propia actividad

(20) Véase: M. GARCÍA BLANCO, *Don M. de U. y la lengua española*, pág. 13 y siguientes.

(21) De esta orientación da buena idea el ensayo *La enseñanza del latín en España (Ensayos, II, especialmente págs. 24-25)*.

(22) Pido perdón a mi buen amigo D. Fernando Lázaro por no haber hecho todavía la investigación de la influencia de Whitney en Unamuno, como amablemente me sugirió. De un modo inmediato, las obras de consulta de Unamuno pudieron ser la parte del español hecha por G. Baist en G. GRÖBER, *Grundriss der romanischen Philologie*, Strasburg, 1890-1902, tomo I, y la Gramática de Meyer Lübke, cuya traducción francesa es de 1890-1900. Para una investigación a fondo de las fuentes de Unamuno puede ayudar la lista de una carta de Américo Castro publicada en ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, Madrid, 1946, tomo I, págs. 180-181. Me guió hacia este lugar don Manuel Muñoz Cortés.

(23) BENEDETTO CROCE: *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*, Bari, 1900. La edición española, traducida por José Sánchez Rojas, Madrid, Beltrán, 1912, está prologada por Miguel de Unamuno en 1911. Me da la impresión de que nuestro autor conoció esta obra tardíamente. V. CLAVERÍA: *Temas de Unamuno*, págs. 124 y sigs.

de escritor le bastaban para la concepción de sus pocos trabajos posteriores. Se diría que al tener una clase de filología española, sus experiencias iban a parar a ella, y no necesitaban la espita de los ensayos para salir al exterior. Por eso, sin duda, ya desde entonces no menudean tanto las explicaciones teóricas de cátedra filológica que se observan en los primeros escritos. Pues salta a la vista la condición de elementales, nimias acaso, de muchas de las explicaciones que pone en los ensayos en torno al casticismo, y en el otro sobre la enseñanza del latín. Aunque no sea ahora más conocido que entonces el hecho de que, en español, no quedan restos del genitivo latino sino en los nombres de algunos días de la semana y algunos otros, por ejemplo, o que la forma romance *Fuero Juzgo* es derivación y no traducción de *Forum Judicum*, la explanación que Unamuno hace de estos datos parece revelar un poco el inconsciente deseo de exponer lo recién aprendido. Por más que lo disculpe la absoluta ignorancia que tenían las gentes de estas cuestiones en la época de Unamuno. Hoy, en un libro de vulgarización, acaso se reputarían excesivas.

Con todas las reservas que un criterio endeble exige, se puede afirmar que cuando faltan esas informaciones lingüísticas en los escritos de Unamuno, es porque éste ha dejado de atender a los libros de estudio. Habría que repetir aquí lo que dice Marías a propósito de la ciencia productora, efectiva, de la época de formación intelectual del hombre, y la ciencia sobreañadida, inoperante casi, que se adquiere después de esta etapa. Para las cuestiones de lingüística y filología, el límite coincide un poco extrañamente, con el iniciarse de la ocupación profesoral más intensa, de 1900 en adelante. Cuando Unamuno se sobrecargó de ocupación didáctica filológica, dejó de estudiar lenguaje, poco antes de los cuarenta años (24). Los pocos trabajos posteriores pueden considerarse como resultado de la experiencia didáctica, de meditaciones del profesor a propósito de la materia enseñada, ya que acusan un fuerte sello personal, y no

(24) Dos años antes de encargarse de la cátedra por acumulación, pensó opositar. Véase: Carta a Ilundáin, Salamanca, 23-XII-1898, en H. BENÍTEZ, *El drama religioso de Unamuno*, pág. 277; MENÉNDEZ PIDAL, *Recuerdos referentes a Unamuno*, en *Cuadernos...*, 1951, II, 5 y sigs., y GARCÍA BLANCO, *Discurso*, 11-13. En el curso 1900-1901 comenzó su enseñanza de la lengua española; 1903 es la fecha del ensayo *Contra el purismo*, el más moderado de los específicamente lingüísticos de la colección de la Residencia de Estudiantes.

se apoyan en citas de opiniones científicas, sino en ejemplos prácticos.

Pero, afirmar que Unamuno no adquiere ciencia filológica a partir de un momento dado, es señalar en él el anquilosamiento de un mal maestro: da a sus discípulos una instrucción vieja de veinte o treinta años; no hace más que repetir perpetuamente lo que aprendió en su juventud. Y no se puede hablar con esta ligereza. Habría que conocer bien su labor de cátedra en los últimos años. Sin duda el espíritu poderoso de Unamuno, con su insaciada curiosidad por lo actual, no dejaría de interesarse, siquiera por las líneas generales de las tendencias nuevas en las ciencias del lenguaje, lo suficiente para orientar bien a los alumnos. Y de hecho, su obra, vista en conjunto, no disuena de las tendencias posteriores.

Unamuno pudo darse cuenta de que ya en España se adelantaba en estas cuestiones merced a la labor de los especialistas como Menéndez Pidal—cuyo *Manual de Gramática histórica española*, de 1904, era coronación de una etapa iniciada por los años de 1890—, y más tarde la escuela creada por éste, que tenía su cauce de expresión en la *Revista de Filología Española*, aparecida en 1914. Y además, las teorías lingüístico-filosóficas que habían de prevalecer en reacción contra los positivismos, concordaban con las aficiones y repugnancias de nuestro autor, que parecen así haber estado bien orientadas desde un principio.

Esa cesación en el estudio científico, hizo tal vez que agotara excesivamente el caudal de lo adquirido. Su vida fué demasiado larga para vivir así de un capital sin nuevas imposiciones. Por eso llegó a decaer en unos jugueteos poco serios en que hacía de las etimologías de las palabras y de sus condiciones fonéticas un pretexto para puros chistes o extravagancias. Pero esto, acaso se deba echar a la alforja del Unamuno escritor, más que a la del filólogo.

No hay que olvidar que ya había pasado de sexagenario cuando dió aquella lección viva de comprensión de la lengua nacional—me refiero al discurso en las Cortes el año 1931—, y que la lección de jubilación, a los setenta años, es tan viva, tan ardiente, tan sugerente y eficaz como una obra de madura juventud. Que ésta es la constante en la aplicación de Unamuno a la lingüística.

Dispersión.

Tal vez por no haber sido la lingüística ni la filología una ocupación primordial, sino secundaria, del espíritu de Unamuno —algo así como esa ciencia particular cuyo cultivo se señala como necesario en todo filósofo—, y por el carácter mismo de toda su obra en general, los problemas de lenguaje aparecen tratados con penetración, pero sin completar, sin llegar a atar todos los cabos. Muchos temas sueltos, o entreverados con cuestiones literarias o religiosas, dan un destello y desaparecen dejando ahí, se diría, como muestras de lo que la mente de Unamuno hubiera podido sacar, de haber pretendido agotar su estudio y de haberlo enmarcado en una obra sistemática. De este modo es difícil delimitar bien el alcance de ciertas afirmaciones, según vayan referidas a uno u otro tema adyacente, y puede dar la impresión de que lo dicho en un pasaje resulta contradictorio en otro: que Unamuno dice una cosa en un libro y en otro dice la contraria.

Es una postura cómoda la de definir a Unamuno como contradictorio. Los libros especializados sobre la figura del maestro salmantino, no es esa faceta precisamente la que hacen resaltar, sin duda porque consideran lo de la contradicción como más bien aparente. «Dispersión y unidad», titula Marias el epígrafe bajo el que alude a este problema. En lo que se refiere a las cuestiones que yo he tratado de investigar, no he visto tan patente como a muchos se les aparece esa condición de contradictor de sí mismo (25). Al contrario, aquel que busque en Unamu-

(25) En una palabra, podría irse olvidando lo de qué Unamuno tanto se contradice. Hay, sí, en su obra rectificación de puntos de vista. Al irse a editar las cartas a Ganivet que forman el librito *El porvenir de España* (Madrid, Renacimiento, 1912), nuestro autor advierte que considera invalidadas sus afirmaciones contenidas en tales cartas, por escritos posteriores que definen mejor su postura ante determinados problemas. Véase este libro y júzguese con verdad si la rectificación general de que se trata es motivo suficiente para afear a Unamuno con el dictado de contradictorio. En el ensayo *Contra el purismo*, que parece escrito con algo de precipitación, hay cuatro notas de 1917 en las que intenta paliar excesos o errores de la redacción primitiva, de 1903. En el capítulo V, al tratar del concepto unamuniano de la historia, señalaré otra rectificación del autor. Y hay otros puntos en que no se concilian bien algunas afirmaciones. Pero todo esto es natural en un escritor de larga producción, y no se trata de una constante, sino de algo accidental. A todos nos pasa a veces no saber bien lo que queremos. «Azorín» define a Unamuno como «un hombre contra algo», y lo explica como una manifestación de su vitalidad mental imaginativa. (Artículo reproducido en *La Gaceta Regional*, de Salamanca, 31-XII-1946.)

no, como yo he tenido que hacer, cosas determinadas, las encontrará más de una vez en los distintos libros, las mismas, con ligeras variantes: las mismas afirmaciones, los mismos símiles, los mismos ejemplos, las mismas anécdotas. Unamuno protesta de la imputación que se le hace:

Sin haber pretendido nunca una absurda consecuencia doctrinal y sí tan sólo una continuidad en el desarrollo de mi pensamiento —continuidad que lleva a puntos de vista opuestos a aquellos de que se partió—, creo que habrá en España pocos publicistas que en lo esencial y más íntimo hayan permanecido más fieles a sí mismos. En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales (26).

«La continuidad es la verdadera consecuencia del espíritu; un pensamiento continuo es siempre consecuente», dice en un ensayo de título significativo, *Sobre la consecuencia, la sinceridad*, donde se defiende de la tacha de inconsecuente (27). Y en el último balance de su labor de cátedra, en la lección de jubilación, hay unos párrafos de tono dolorido que se refieren a este problema; y vienen a apoyar la consideración que he hecho a propósito de las repeticiones:

... al venir de despedida, a repetirme una vez más..., vengo a repetirme, repito, a renovarme. Una vida espiritual enterañada es repetición, es costumbre, santo cumplimiento del oficio cotidiano, del destino y de la vocación.

Al recordar todo esto creo mostraros el hilo de propia continuidad de toda mi obra, y que este hombre, a quien se le ha supuesto tan versátil, ha seguido, en su profesión académica como en la popular, una línea seguida (28).

(26) *Ensayos*. Madrid, Res. de Est., 1916, I. Advertencia (pág. 12).

(27) *Ensayos*, VII (pág. 86). V. también *¡Adentro!* y *La ideocracia* en el tomo II.

(28) *Discurso...* Salamanca, 1934. Ha favorecido y fomentado esa opinión que cree a Unamuno en contradicción con todos y con todo, el célebre título de una de sus colecciones de artículos: *Contra esto y aquello*. Menos que ninguno contiene semillas ni frutos de polémica este libro. En la segunda edición, el autor lo reconoció impropio: «... pues un título es muchísimo para el suceso de una obra, pero cuando es equivocado, como en este caso, lleva el inconveniente de que el lector juzgue de la obra de un autor no por lo que la obra misma dice, sino por lo que éste declara que dice o quiere decir.» (Edición de 1928, pág. 9.) No obstante, cunde el ejemplo de los que primero echaron mano de este recurso literario de definir al autor con el título de una de sus obras. Unamuno era combativo e inquieto; pero combatía esto o aquello, según, no todo, a ciegas. Llamémosle contradictor, pero no contradictorio. Esa lucha interior, esa agonía del hombre Unamuno, estaba determinada por el afán desesperado de buscar la unidad entre contradicciones que ya le venían dadas de fuera, del mundo, por muy dentro de sí que las sintiera. Unamuno, que es muy dado a los paralelismos, a presentar problemas en la balanza, propugna como método dialéctico la «afirmación alternativa de los contradictorios». Pero siem-

En los temas de lenguaje, Unamuno resulta alguna vez confuso, pero es por incompleto, porque gira siempre alrededor de unos mismos problemas, porque sus explicaciones tienen mucho de desligado. No proviene la confusión de las contradicciones.

Originalidad. Las fuentes.

En lo que toca al problema de la determinación de fuentes, hay que tener en cuenta el concepto unamuniano de la originalidad, ciertamente no descaminado. A Unamuno no le gusta citar los libros de donde toma apoyo para sus cosas. Ridiculiza el afán de hacer notas en los libros científicos con el gracioso ejemplo de la emigración. Justamente se ofende ante una afirmación de Clarín. ¿Por qué pensar que no es verdad lo que dice, de que si no cita sus fuentes es porque no se acuerda bien de ellas, o porque no sabe a ciencia cierta de dónde tomó tales o cuales cosas? (29). Hay en Unamuno, por fuerza, algo de confusión de lecturas, como en todo hombre que no tiene la disciplina de tomar notas.

Pero es cierto también que no se sentía muy a gusto si mencionaba sus fuentes de autoridad. Hay pocas confesiones de este tipo en sus escritos—no se olvide que trato ahora exclusivamente de lo que al tema de este trabajo se refiere—. Claro es que pensaría Unamuno que él daba una especial vida a lo que tomaba de otros, y que no tenía por qué explicar que se lo debía a nadie:

Ese que imitando a todos
se mantiene original,
es que alumbra por recodos
aguas de su manantial (30).

Y, en efecto, las citas que hace de teorías ajenas, los aprove-

pre que nos propone una pareja de conceptos: verbo y letra, hombre y nombre, sabiduría y ciencia, espiritual e intelectual, etc., nos da a conocer en seguida hacia qué lado cae la preferencia, la afirmación definitiva. Nótese cómo se corresponden entre sí los términos de las dualidades. Y entonces el método es reiteración, insistencia, machaconería. LAÍN ENTRALGO (*La generación del noventa y ocho*, pág. 266-268) comenta esto de modo muy distinto. En todo caso se trata de contradicciones metódicas, en el camino para hallar la verdad: no de frivolidad, capricho o inconstancia.

(29) Carta, Salamanca, 9-V-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 84-100). Comp. otra carta a Ruiz Contreras, Salamanca, 14-V-1900, hablando de Clarín y de este problema. En *El Español*, agosto 1943.

(30) *Cancionero* (*Antología poética*, núm. 410).

chamientos que saca del pensamiento de otros, son verdaderas asimilaciones en la corriente de lo unamuniano. Las *Notas marginales*, por ejemplo, son un trasunto de lo más general de Hermann Paul. ¡Qué vida especial no tienen al resultar actualizadas, aplicadas por Unamuno a unos ejemplos de lengua española! «Todo lo sabemos entre todos, nadie puede decir «esto es mío». «El asombro de la originalidad no puede ser más que hacer carne totalmente propia lo que por ahí flota. Lo malo es que se vea es cosa yuxtapuesta, mero conglomerado» (31). Y entiende Unamuno que la paternidad de una idea acaso no corresponde tanto a quien la concibió en su mente como a quien la pone en su lugar más apropiado:

... así una idea no es hija de aquél que primero la concibió, sino de quien la crió, formó y educó; es decir, de quien le dió su expresión más adecuada y la colocó entre las demás ideas, sus compañeras, en el complejo y contexto donde adquiere su valor todo (32).

Y concluye: «La originalidad es eso. No acuñar moneda, sino saber usarla»: Saber poner pasión y sentimiento al espejar lo ajeno.

En hombre de tan abundante y variada lectura, es difícil señalar concretamente, con una discreta aproximación, las fuentes de sus afirmaciones y teorías. Muy bien las ha sabido revelar Carlos Clavería, precisamente en temas lingüísticos derivados de la lectura de Carlyle, proclamada, por lo demás, repetidas veces por Unamuno (33). No debieron de ser muchos los libros que utilizara en lo lingüístico, y se puede reducir la mención de sus fuentes a esas pocas obras cumbres ya citadas, con las que se pueden relacionar casi todas las afirmaciones de Unamuno en el campo más positivo de la ciencia del lenguaje.

La tarea propuesta.

El Unamuno lleno de ciencia nueva del lenguaje, el autor de los ensayos *En torno al casticismo*, se encontró con un ambiente general de opinión pública en lo referente a la lengua, desas-

(31) Carta, Salamanca, 10-V-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 101).

(32) *Conversación I (Soliloquios y conv.*, pág. 9).

(33) CARLOS CLAVERÍA: *Unamuno y Carlyle*. Recogido en *Temas de Unamuno*. Madrid. Gredos, 1953. V. en ese volumen también la pág. 124.

troso, desesperante. El purismo, la Real Academia, la palestra periodística al servicio de los contradictores de galicismos, los buscadores de gazapos de lenguaje, la cerrada imitación de los clásicos; en fin: el siglo XVIII viviente, sin progreso alguno en el modo de concebir lo que una lengua es.

¡Qué mundo tan distinto el que reflejaba la obra científica de los filólogos y lingüistas del siglo XIX europeo! Estudio científico, sobre base de investigación histórica, de la lengua; abandono del empirismo gramatical; concepto amplio de lo constitutivo de materia de estudio; aprecio a la lengua del pueblo, estudio histórico del proceso de la lengua; perfeccionamiento de la investigación etimológica; desprecio de la concepción estética, normativa, de la gramática.

Defecto de nuestro siglo XIX en estos problemas fué el de no alcanzar a desasirse de la idea neoclásica de la perfección y belleza, ceñidas a la imitación de lo clásico, ni de la inquietud continuadora, de entronque con la tradición. A Unamuno le placían los clásicos por sí, pero no experimentaba ningún gozo ante la continuidad tradicionalista. Así se explica su salida, de «pata de banco», al enjuiciar la labor de «desenterrador» de Hervás, lanzada contra Menéndez Pelayo. Todo lo que Hervás tiene de universal, de conseguido, nos lo trae la ciencia lingüística moderna, dice Unamuno, y es más importante el conocimiento científico por sí que por el hecho de que haya podido ser un español o un alemán su iniciador (34).

Una prueba de menguado ingenio le parece a Unamuno el ojeo de gazapos. El cuidado por evitar gerundios anfibológicos, repeticiones de términos, vocablos bárbaros, una ocupación despreciable. Pero es el caso que nadie que se ocupe de la lengua propia con conocimiento de causa, dejará de ver en ella un instrumento de manifestación del espíritu, apto, digno de ser mejorado. Toda consideración de una lengua nacional desemboca en una posibilidad de mejoramiento en su uso, en una mirada previsora para el futuro, en una sanción de particularidades actuales que se pueden estimar erradas en cuanto atentan a la estética aceptada de las formas de expresión nacionales. La

(34) *En torno al casticismo*, I, IV (*Ensayos*, I, pág. 47). Consúltese el análisis que de nuestro siglo XIX hace ANTONIO TOVAR: *Lingüística y Filología clásica. Su estado actual*. Madrid. Revista de Occidente, 1944 (págs. 35 y 59-61).

consideración de una época pasada en la que el lenguaje servía admirablemente a la expresión de un espíritu nacional pujante y fuerte en una literatura digna de perpetuo encomio, asoma siempre detrás de un gramático o teórico de la lengua. En Unamuno, por fuerza había de asomar también, más de lo que él mismo se figuraba. Y a la vuelta de censurar a los cazagazapos, caería él también en la falta de cazarlos. Sólo que los errores lingüísticos que venía a combatir eran de otro tipo, eran faltas que denotaban desconocimiento de la formación histórica de la lengua: *malogrado* escrito *mal logrado*, *adolescente* entendido como relacionado con *doliente*, *paniaguado* por *paniguado*. Y en esta reacción contra el correccionismo de los cultos, no le animaba poco la función que había asumido de defensor del pueblo como señor y dueño de la lengua frente al abuso erudito.

Unamuno se propuso ser un vulgarizador de los conocimientos lingüísticos. De ahí que en los escritos de la más variada especie pusiera sin reparo cualquier explicación que de este tipo le salía al paso. Y su empeño principal fué el de despertar una «conciencia nacional» en cuanto al dominio sobre el propio lenguaje, tendiendo a apartar a la generalidad de los españoles de su falsa postura en cuanto a estos problemas se refiere: Desconocimiento, despreocupación y cómodo acatamiento de la autoridad académica contenida en la *Gramática* y el *Diccionario*, en los casos de dudas.

Este empeño antigramaticista y antiacadémico, ¿restó a Unamuno fuerzas que hubiera podido emplear en ahondar más en los estudios científicos de lenguaje? Acaso pensó Unamuno que ya era bastante alcanzar lo que él había adquirido, y que para cumplir con esa su vocación secundaria de filólogo, bastante era haberse instruido en un principio, y luego, por toda la vida, dedicarse a defender las concepciones del lenguaje opuestas a aquellas otras ya anticuadas, aunque fuese sin preocuparse de las adquisiciones científicas posteriores en que se corregían miras erradas de la lingüística del siglo XIX.

Contra la erudición.

Hemos de preguntarnos, ¿qué fué lo que apartó a Unamuno de los estudios de filología y lingüística? ¿Qué clase de insatisfacción le llevaba a no entregarse del todo a la ciencia del lenguaje? ¿Fué acaso eso mismo que he apuntado antes, que él se vió como cayendo en el «insustancial ojeo de gazapos»? ¿Fué que le parecía de poca altura la perspectiva de pasarse la vida combatiendo a la Academia? (35).

Lo más chocante es ese extraño empeño en que no se le tomara por hombre de ciencia, ese huir del título de sabio, esa aversión suya a dedicar la fuerza de su inteligencia y de su pluma a aquello que constituía su ocupación profesional, hasta hacer verdadero aquel juicio que hace de sí mismo en el prólogo de *Amor y Pedagogía*:

No acertamos a explicarnos por qué le molesta tanto ese tan honroso nombre [sabio], como no acertamos a explicarnos el que, escribiendo con tanta frecuencia y siendo profesor de literatura griega, ponga tanto cuidado en no escribir nunca de semejante literatura. ¿Será que la conoce mal y teme mostrar su flaqueza en aquello de que oficialmente es maestro? No sabremos decirlo (36).

Unamuno define así su posición en esto:

Sé más que el suficiente griego para poner a aquellos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al

(35) V. arriba, sobre la competencia y vocación de Unamuno. Es el caso que, de una manera sistemática, Unamuno disculpa las lecciones de filología que da en sus escritos para el público. Al final del Vocabulario que hizo acompañar a su comentario al *Quijote*, dice: «Y basta de estas gramatiquerías tan poco quijotescas. ¡Pero el oficio!» En el prólogo a una colección poética de Manuel Machado (*Alma. Museo. Los cantares*, 1907), concluye la que él llama *catedraticada*—término que ya vale por una excusa—de una manera semejante: «Y basta de tecnicismos.» En *Cómo se hace una novela* hay esta frase introductora de una disertación filológica: «Dispensa a un filólogo helenista que te explique la novela, o sea la etimología de la palabra *problema*» (pág. 143). No se trata de falsa modestia—así empleó *gramatiquerías* Valdés—, sino de un alarde de desdén hacia lo que al fin y al cabo formaba parte de su vocación proclamada por él mismo a cada paso. Quería reaccionar, contra los correctores a lo Don Quijote—«Era, no hemos de negarlo, impertinente Don Quijote cuando se picaba de letrado» (*Vida...*, I, XII, pág. 71)—, y lo llevaba demasiado lejos: a aparentar casi vergüenza de verse arrastrado a disquisiciones de tema filológico por causa del oficio. Esto tal vez se podría llamar ardid para captación de lectores posibles, a muchos de los cuales efectivamente les habrán molestado las *catedraticadas* y *gramatiquerías* de que están llenas las páginas unamunianas, y las habrán pasado por alto, con un cómodo elogio.

(36) *Amor y Pedagogía*, Prólogo (pág. 11).

corriente de lo que se sabe de más importante respecto a la literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado a hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi Patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de filología o de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer (37).

En otro ensayo dice: «... yo que presumo de bastantes cosas, y entre ellas de ser un buen catedrático de lengua griega» (38). Unamuno, como su Doctor Montarco, a quien echaban en cara que siendo buen médico, y escritor, no escribiera cosas de medicina,

... llevo años—dice—estudiando filología y enseñándola en cátedra; llevo años estudiando filosofía y ciencias de la religión y otras cosas; pero no se me ha ocurrido aún publicar una obra que pretenda ser científica. Todas mis obras, buenas o malas, pretenden ser literarias, de fantasía, de poesía, si queréis. No me gusta engañar, y pesco sin cebo; el que quiera picar, que pique (39).

De ninguna manera quiso someterse a la disciplina del estudio metódico.

Hay elogios que desalientan. Por mi parte, cuando amigos ociosos me aconsejan que haga lingüística y concrete mi labor, es cuando con mayor ahinco me pongo a repasar mis pobres poesías, a verter en ellas mi preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu, entonces es cuando con mayor deleite me baño en nubes de misterio (40).

(37) *Sobre la erudición...* (*Ensayos*, VI, pág. 94). Véase: GARCÍA BLANCO, *Discurso...*, págs. 34-39; M. RABANAL ALVAREZ, *Unamuno y Homero*. En *El Español*, 30-XII-1944.

(38) *Sobre la tumba de Costa* (*Ensayos*, VII, pág. 195). Federico de Onís atestigua que Unamuno enseñaba griego y lo considera compatible con su desdén por el helenismo. *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Madrid, Resid. de Estudiantes, 1932 (pág. 42). PEDRO U. GONZÁLEZ DE LA CALLE, *Recuerdos personales de la vida profesional del maestro Unamuno*, en *Revista Hispánica Moderna*, N. York, 1941, VI, 235-242, apunta una dualidad de metodología unamuniana: empirismo en su cátedra de griego—«traducir y traducir», frente a la atención concedida a la parte científica, lingüística—más que a la filológica acaso—en la enseñanza de la gramática histórica española. La razón de esta diferente actitud, acaso no está en la esencia de los temas, sino en una cosa personal: la diferente época de su vida en que Unamuno se dedicó a las dos preparaciones; las oposiciones a griego en la juventud, la filología románica en la madurez. Señala que Unamuno era fiel cumplidor de su obligación docente y amante de sus alumnos. El autor de ese trabajo fué unos años compañero de Unamuno como catedrático de latín en la Universidad de Salamanca. Véase: M. GARCÍA BLANCO, *Discurso*, 10, 27-29, 32. Sobre el aspecto ético de la función docente de Unamuno hay mucha leyenda y contradicción, cuyo examen no es de este lugar. V., por ejemplo: J. SOREL, *Los hombres del noventa y ocho*. Unamuno. Madrid, 1917, págs. 65-66.

(39) *Sobre la tumba de Costa* (*Ensayos*, VII, pág. 203).

(40) *La ideocracia* (*Ensayos*, II, pág. 208).

Y no vacilaba en atribuir al trabajo erudito el defecto de fomentador de la pereza mental:

Fijaos en la erudición y decidme si en muchos casos no es sino una forma de pereza mental, de haraganería, un modo de «distraer» el espíritu de cuidados y preocupaciones inquietadoras. Hace unos años estuve dedicado unos meses a un trabajo de lingüística que me exigía emplear tres o cuatro horas al día en rebuscar voces en antiguos documentos de los principios de nuestro romance castellano y los fines del latín vulgar. Me leí buena porción de fueros, privilegios, escrituras, etc., sin enterarme de su contenido. Llegué a adquirir tal destreza en la pesca o caza—más bien pesca—de vocablos, que lo hacía casi dormido. Y dormido se pueden acumular citas (41).

La afición apasionada de Unamuno por las cuestiones lingüísticas buscaba unos caminos muy distintos. Ciertamente, junto a la vocación, había en Unamuno una aptitud. Pero era, de natural, más inclinado a la divagación filosófica, ametódica, que a todo otro trabajo más cercano a lo material, reglamentado, de erudición filológica. Combatió la erudición, pero sobre todo como tendencia general, no en los casos especiales. Sabía apreciar el valor de elemental e imprescindible ayuda que la erudición aporta a todo estudio, pero quería que todos los eruditos se dieran cuenta de las limitaciones que a su trabajo cercan, para que procuraran pasar del campo de los análisis al de las síntesis creadoras. El cuidado de la minucia, atributo de todo buen erudito, era cosa que caía por fuera de la condición de Unamuno. Sin duda hacía bien en no dedicarse a lo que su vocación íntima no le llevaba.

Los admiradores de Unamuno están dispuestos a esta indulgencia, y no dan importancia a su voluntario extravío del terreno de la filología. Pero puede quedar la duda de si nuestro hombre no incumplió gravemente su deber al hurtarse del cultivo de la filología clásica o hispánica. Entrambasaguas, por ejemplo, echa de menos la labor que hubiera podido realizar, si no se hubiera entregado a la labor literaria o periodística con abandono de su primitiva y verdadera vocación (42). ¿Tiene sentido, razón de ser, tal añoranza? Tremenda responsabilidad—también la nuestra si nos ponemos a llevarle la cuenta de lo que

(41) *En defensa de la haraganería (Soliloquios...*, pág. 154).

(42) *RFE*, 1941, XXV, 409, nota.

debió haber hecho—la que contrajo Unamuno si, con la mente privilegiada que poseyó, dejó culpablemente de acudir al puesto que le llamaba a haber sido acaso el inspirador, director y mejor obrero de la entrada de España en la gran corriente de escuelas lingüísticas europeas. No podemos sospechar qué rumbos hubieran tomado aquí estos estudios si el catedrático de la Universidad de Salamanca con su agudeza vitalizadora de todo problema, su capacidad de trabajo y su afición, se hubiera dedicado de lleno a ellos, cuando la Filología española comenzaba a hacerse ver.

Carácter de la aportación unamuniana.

Ante todo, se sentía atraído Unamuno por lo que era manifestación de vitalidad. Por eso se preocupó de dar a sus conocimientos lingüísticos una vida verdadera llevándolos a su obra literaria. Raro es el escrito de Unamuno que no contiene alguna explicación o alusión de tipo lingüístico o filológico. Espontáneamente, por lo general. Algunas veces, tras breve excusa. Parece casi siempre que brota de una manera natural de la pluma del escritor, no es cosa pegadiza que estorba al que lee. Además, no se nota que sea un trampolín para entrar en materia o para alargar un texto. Ni recurre, sino muy raras veces, al chiste fácil, cosa que tan común es en los que escriben de lenguaje en tono de vulgarización. Magnífica lección para los estudiantes de letras, hacerles ver que se centuplica el valor de lo aprendido en la ciencia lingüística cuando se sabe sacar partido de ello y utilizarlo en el propio modo de hablar vivo, o en la creación literaria, artística o científica. De aquí todo el inmenso sentido de la palabra, tan cara a Unamuno, *re-creación*, sentida así como una vuelta a la vida de lo que puede quedar muerto y disecado entre las manos de la crítica. Por esta anteposición de lo viviente a todo lo otro que la ciencia puede pretender, prefiere Unamuno sus poesías a sus investigaciones filológicas, desdeña la erudición (43), y le horrorizaba la perspectiva de un posible libro dedicado a investigar su pensamiento (44).

(43) *Sobre la erudición...* (Ensayos, VI, pág. 97).

(44) Se dice que unos alumnos salmantinos de Unamuno comenzaron a recoger notas para haber hecho, en vida del autor, un trabajo sobre su ideología. «¡Me están ustedes embalsamando!», fué su protesta al enterarse.

Pese a todas las reservas que experimentaba ante el fonógrafo como conservador del testimonio histórico, preferible al documento escrito, es significativo que aprovechó la ocasión de ser impresionado un disco con su voz, para el llamado Archivo de la Palabra, para hacer en vivo una breve disertación improvisada acerca del poder de la palabra.

Unamuno no era uno de los muchos hombres de letras, escritores, novelistas, que sienten alguna inclinación hacia los problemas de la lengua y gustan de intercalar incisos explicativos gramaticales en sus páginas, sino que era un verdadero entendido en tales cuestiones. Utilizaba el lenguaje como un instrumento al servicio de su expresión, sobre todo y ante todo. Pero también lo tomaba como objeto de especulación. En su concepción de la lengua española, arte y ciencia se entrecruzan formando una fuerte unidad, y las metáforas que ayudan a su expresión artística están bien fundamentadas en datos lingüísticos científicos; datos que, a la vez, están presentados como elementos estéticos, poseedores, productores de belleza dentro de los periodos correspondientes. La contribución—valiosa de intención por su cantidad y por la tendencia que ha venido a marcar—al enriquecimiento del vocabulario, igual tiene sólido cimiento en ciencia etimológica de la mejor clase. Lo mismo la labor de escritor, que propugnaba la soltura, la negación de toda voluntad de estilo como único medio de llegar a poseerlo de veras, provenía de un infatigable lector que tenía bien leídos a nuestros clásicos y a los de la literatura universal. Pero tenía gusto en zafarse un poco, así de que le consideraran erudito, como de entregarse a trabajo disciplinado de escuela filológica. Así, se puso frente a la que llamó con airosa gracia la ortodoxia científica, considerándose él hereje en punto a la filología (45).

Sin duda, al tomar sus posiciones en el campo de la ciencia del lenguaje, Unamuno quería dar lugar a ese beneficioso influjo de progreso que produce a las ciencias su cultivo por parte de los aficionados (46). Las cosas de Unamuno tocantes a la

(45) Nota marginales en el *Homenaje a M. Pidal*, 1925, II (pág. 62).

(46) O de los bárbaros, como dice Unamuno, que irrumpen con distintos prejuicios, con otras preocupaciones, y reaniman la vida de la ciencia. Así Rousseau en el campo del Derecho. Véase: *Prosa aceitada (Contra esto...*, pág. 256). En el mismo sentido habla Antonio Tovar, refiriéndose a Jacobo Burckhardt, (*Lingüística y Filología clásica*, págs. 52-53).

filosofía del lenguaje, y a veces en los terrenos más positivos de la filología y la lingüística, son, con frecuencia, afirmaciones que se diría de un orden poético más que lógico u objetivo. Domina en ellas en mucha parte la fantasía creadora, eficaz, y casi siempre atinada, certera. No ajustándose a convicciones o razonamientos objetivos, contienen una fuerza de persuasión tal, nacida de su fondo de verdad, que valen a veces por toda una disertación regulada. Convencen íntimamente por la fuerza misma de su belleza o la valentía de su afirmación.

Así, ante una consideración comparativa de lenguas románicas, no se dedicará Unamuno a una caracterización de sus posibilidades estilísticas al modo de ésa que conocemos de Wartburg sobre el italiano y el francés, por ejemplo, sino que, glossando aquella elemental designación medieval de las lenguas por la respectiva partícula afirmativa, deriva a esta conclusión cordial:

Lengua de *sì* la del Dante,
francés de *oïl*, provenzal de *oc*.
¿La del caballero andante,
la del Cid? ¡Lengua de *no!* (47).

Otro ejemplo de ello es la identificación que hace en varias ocasiones de paisaje y lenguaje. No hay afirmaciones lógicas, sostenibles científicamente; pero las imágenes empleadas, el vigor literario de lo que dice, conquistan la adhesión del lector (48).

¿Qué trascendencia tuvo para la lingüística y la filología españolas el que Unamuno les dedicara muchas horas de su vida y no pocos de sus escritos? ¿Se ha progresado en España en las direcciones que él marcó, respecto del aprecio de la lengua en sus verdaderas fuentes de embellecimiento y mejora, de su fuerza de universalidad? El contenido útil de lo unamuniano para el progreso de la ciencia filológica es, por desperdigado y asistemático, acaso muy poco. Naturalmente, alguna de sus observaciones, resultado de su investigación, habrá quedado asimilada

(47) *Cancionero* (*Antología poética*, núm. 378). No sé si Unamuno ponía intención de remediar aquí lo que el Dante había confundido al atribuir el *oc* provenzal a España en *De vulgari eloquentia*, lib. I, cap. VIII (véase notas 26 y 27 de la edición de A. Marigo, Firenze, 1938: *Opere di Dante*, dir. M. Barbi, VI).

(48) Véase, por ejemplo, *Manzanares arriba...* (*Paisajes del alma*, págs. 166-168). Comp. MALDONADO DE GUEVARA, *Paisaje, paisanaje, lenguaje*. En *El Español*, 23-I-1943, II, núm. 13.

a los conocimientos de los lectores de Unamuno; yo, por mi parte, confieso que ignoraba muchos datos científicos que en su lectura he aprendido. Pero ni fué ésta su intención, ni ha sido tal su resultado. Lo que se saca de la lectura de Unamuno no es tanto una información lingüística objetiva, cuanto una subjetiva inspiración, muchas veces en forma de dudas e interrogantes, una lección de orden superior sobre la doctrina lingüística válida. Y una orientación de conducta hacia la más recta senda en el uso de la lengua propia para conseguir belleza y riqueza. Una sensibilidad muy despierta para las cosas de la lengua y una poderosa y segura intuición, rezuman todas las páginas de los ensayos y los poemas unamunianos, y nos llaman poderosamente para que nos dejemos impregnar de su doctrina. La gran lección de Unamuno nos indica además que no hemos de dejar muerto y como cosa de libros de ciencia, cualquier adquisición que en el conocimiento de nuestra propia lengua hagamos.

Queda indeterminado si a Unamuno se le puede llamar, en fin de cuentas, filólogo, lingüista o filósofo del lenguaje.—Aquí parece de rigor una alusión de respeto al deseo del propio autor de que no se pretenda encasillarle en una definición—. A los tres campos de investigación del lenguaje se asomó, en los tres dejó huella de su genialidad, pero a ninguno dedicó preferentemente sus fuerzas. Hizo estudios, publicó algunos trabajos de filología española; de aquí se elevó algunas veces a inducir conclusiones generales de lingüística; le preocupó la esencia del lenguaje y su trascendencia, y, en estrecha relación con los problemas religiosos, tomó contacto con los de la auténtica filosofía del lenguaje. Sólo atisbos, genialidades, prestó como contribución a estas tres ciencias que se ocupan del hablar humano.

Sobre todo, como se dice de su dedicación a la filosofía en general y, concretamente, al tema de la inmortalidad, la lección del problema vivido íntimamente, su pasión vitalizadora por los problemas de la lengua y del lenguaje, es lo que hay que tomar de él y agradecerle.

Aunque resultare que Unamuno no aporta nada suyo original, esa su manera de poner en circulación, de presentar vivas y extraordinariamente atrayentes y fecundas las ideas ajenas, es un mérito, sobre indiscutible, muy valioso. Porque puede re-

sultar que de mi trabajo por poner de relieve las ideas lingüísticas de Unamuno, haya que concluir que, en realidad, no era filólogo, ni lingüista ni filósofo del lenguaje por propio derecho. Cúlpeleme a mí que no supe buscar y exponer como debía. Pero si, aun salvada mi impericia, repasado todo lo significativo en la obra de Unamuno, no merece el aprecio de los que lo juzguen, nadie podrá negar que, por lo menos, fué Unamuno un admirable receptor de ciencia del lenguaje, y que, nada avaro de sus conocimientos, supo verter en sus alumnos y en sus lectores una visión fecundísima de lo que es el lenguaje y de lo que vale una lengua, y despertar inquietud por sus misterios.

Résulta así más importante, no la filología o la lingüística de Unamuno, sino Unamuno como filólogo, o lingüista, o filósofo del lenguaje; para tratar de ver qué relación pueden tener estas actividades del autor con las otras más definitorias del mismo, para llegar a una mayor y mejor comprensión de su entera personalidad y de la problemática total de su obra.

Mi trabajo queda en esto incompleto. Permitaseme la excusa de que he querido huir de generalizaciones, de intentos de relacionar lo de Unamuno lingüista con lo de Unamuno filósofo, porque no me considero preparado para presentar una visión total de la figura de Unamuno vista a través del prisma de su ocupación en cosas de lengua. Conocedores de Unamuno hay que son más capaces que yo de aprehender desde un más alto punto de vista todas las facetas de esta gran personalidad, a cuyo mejor conocimiento he encaminado yo estas páginas. Humildemente ceñido a mi tema y dedicado a él con toda la mayor posible exclusividad, creo ser más útil a los que quieran comprender a Unamuno. Antes de una visión de conjunto definitiva, se hacen necesarios trabajos monográficos sobre distintos aspectos—el estilo, la producción en verso—, trabajos preparatorios de comprensión parcial. Si creo que con este espiguelo de temas lingüísticos que he realizado en sus escritos, habré podido llamar la atención sobre la existencia de un ideario lingüístico viiente y de notable entidad en la obra de Miguel de Unamuno.

Plan.

Muy difícil me va a ser, de un primer intento, reducir a sistema lo múltiple, vario e incompleto que las páginas de Unamuno tienen dedicado a los temas lingüísticos. Dos partes se perfilan desde el principio. La primera, más general, recoge todo lo referente a la concepción de la palabra humana y del humano nombrar las cosas, que Unamuno presenta en una forma casi divagatoria, como comentarios de aspecto puramente filosófico, y no precisamente de filosofía del lenguaje en el sentido más estricto de la expresión. Luego, dentro de esta primera parte, expondré los problemas generales de lingüística—relación entre sociedad y lenguaje, entre el pensamiento y la expresión, el contenido lógico del hablar—y otros temas como el origen del lenguaje o el paralelismo de lengua y mentalidad nacional. Como transición a la segunda parte, el concepto unamuniano de la lingüística y de la filología—objeto, método, problemas—y una exposición de la tarea de investigación filológica realizada por el autor. (Capítulos II y III.)

La segunda parte tendrá como objeto propio la teoría unamuniana de la lengua española, su ideología respecto al vocabulario español y una visión superficial y apresurada sobre temas de estilo y de retórica en cuanto están influidos en Unamuno por las cuestiones de lengua. (Capítulos IV, V y VI.)

Creo que intercalo elementos de crítica al exponer la mentalidad de Unamuno, aunque temo que tal vez resulten escasos para un enjuiciamiento definitivo. Pero es que la mayor dificultad de mi trabajo estriba en luchar por la necesaria claridad que muchos pasajes unamunianos niegan, resistiéndose a ella, sobre todo por la inconclusión, por la falta de retoque y acabamiento. Y aunque señalo las faltas de detenimiento en ciertos problemas o determinados aspectos de ellos, las imperfecciones que una elemental exigencia de sistema echa de ver en lo de Unamuno, no he rellenado mucho por mi cuenta. Algo valdrá, espero, el orden de sistematización intentado, y la fidelidad que me he propuesto, tendiendo más a exponer que a valorar precipitadamente.

II.—FILOSOFIA DEL LENGUAJE

La Palabra.

Unamuno no se ocupó de exponer su concepto de la esencia de la palabra humana tal como puede intentar hacerlo un teórico, un filósofo del lenguaje. La palabra de que él trata no es una cosa concreta, casi material, objeto posible de estudio que cabe clasificar y comparar, y, en último término, comprender. Ni es del todo una palabra que por tropo o por exigencia didáctica venga a designar la facultad de hablar que posee el hombre. La palabra de Unamuno es una palabra simbólica de toda la complejidad imaginable, que comprende lo mismo la acción verbal que su producto, el proceso psíquico del hablar y su resultado, y que adquiere insospechada vitalidad y alcance por su entronque con el misterio de lo divino.

El carácter religioso de que está trascendida toda la obra de Unamuno (1) se hace patente en sus páginas filosófico-lingüísticas por constantes referencias al tema cristiano del Logos, al Verbo, a la Palabra, como prefiere Unamuno traducir. Procuró hacer carne de su pensamiento esta idea que identifica al Hijo con la palabra de Dios Padre, y esforzadamente mantuvo el problema filosófico en toda la vitalidad que pudo darle, trayendo a cada paso al primer plano la afirmación: en el principio era la Palabra.

Un recio soneto es clara muestra de esta actitud: están en él entrelazados, confundidos, el lado humano y el lado divino del lenguaje. Envuelto Unamuno entre las nubes del misterio,

(1) «La obra entera de Unamuno está inmersa en un ambiente religioso; cualquier tema acaba en él por mostrar sus raíces religiosas o culminar en una última referencia a Dios. Y en el fondo nada le interesaba si no podía reducirlo de algún modo a su preocupación permanente.» J. MARIAS, *Miguel de Unamuno* (pág. 145).

descubre una luz, y el gozo del descubrimiento le arranca esa interjección afirmadora: «Mas sí que hay sí.» Hay una luz detrás de las tinieblas que viene a darnos con su claridad, con su resplandor, una promesa: la de que al fin podremos encontrar la paz yendo a parar a Dios. Una luz eterna y permanente que existió antes de los siglos y perdurará por todas las generaciones; una luz que es como la íntima razón de ser que contiene en sí todo lo pasado y lo por venir. Una luz viva que constituye el espíritu puro, inmaterial, el soplo del Dios creador que se mira en ella y se vuelve a crear a sí mismo contemplándola (2). Una luz que anuncia puerto de reposo a la fatiga del espíritu del hombre atormentado por su afán nunca logrado de conocer.

La palabra, esta «flor sonora», este «soplo vivo», viene a traer sosiego íntimo a la inteligencia del hombre, la tranquilidad de la revelación de todo misterio, al hacer posible la inquisición, la meditación, el pensamiento, que se apoya en ella. Antítesis del Caos, la palabra viene, como otro Copérnico, a ordenar, a sistematizar el sistema solar de nuestro mundo ideal alrededor de Dios. Y se confunde la obra de ordenación con la misma obra creadora del Universo. Como defenderá de continuo Unamuno, el llamar a las cosas por sus nombres es un modo de conocerlas, de ordenarlas, de crearlas. Al destacar esta condición de creadora que tanto conviene a la palabra, presenta en íntima relación la Palabra del Nuevo Testamento con el *¡Hágase!* del Antiguo, pues si la palabra existía desde la eternidad, se la puede pensar tomando parte en la creación del mundo, que el Génesis atribuye a la palabra imperativa del Creador.

Da la palabra una íntima satisfacción ante la promesa de que es posible desvelar el misterio y descansar en el conocimiento de algo seguro; da una seguridad de que el trabajo de la inteligencia tiene fundamentos firmes, va encaminado a la verdad; y nos deja una tranquilidad al hacernos conocer que tenemos guía, que no caminamos del todo a ciegas, que hay una eterna aurora, una sempiterna claridad: esperanza firme de poder llegar algún día a descansar en la posesión de Dios: «prenda de paz final es la Palabra».

(2) De acuerdo con la doctrina cristiana: La palabra mental del Padre, su Hijo, que el Padre engendra con el acto de entenderse a sí mismo.

Es así el soneto:

Mas sí, que hay sí, al aire soplo vivo
entraña radical donde la idea
alma del Todo en que éste se recrea
da de íntimo sosiego al cabo estribo.

De la insondable eternidad archivo,
¡Hágase! fiel, que haciendo que así sea
cual dicho está, nos hace que se vea
el hecho sustancial con su motivo.

De la luz tenebrosa flor sonora,
del mar del infinito faro y abra,
sin principio y sin fin por siempre aurora
que llama el Universo y que lo labra,
Copérnico, es el habla creadora,
prenda de paz final, es la Palabra (3).

Lo mismo que en el soneto aparecen conscientemente confundidos en uno lo divino y lo humano del lenguaje, conceptos que pueden sufrir una paralela interpretación no excluyente desde un punto de vista religioso o lingüístico, se encuentran otros pasajes análogos. Unamuno lo permite así a sabiendas, llevado por la imposibilidad de dar satisfactoria explicación racional a fenómenos siempre misteriosos (4), que es preferible dejar envueltos en cierta atractiva vaguedad poética, y también para aprovechar la fuerza de convicción que se deduce casi siempre de este aparente soslayar problemas que quedan trasplantados a un campo como de pura fe. Todo el poder de convencimiento que pueda tener una explicación científico-filosófica sobre temas de lenguaje, viene dirigido siempre por una afirmación asentada en un principio de fe (5). Y, viceversa, una explicación de tema religioso, nos la presenta envuelta en el ambiente conocido de problemas concretos de lenguaje. Así el tema lingüístico de la diversidad de lenguas nacionales hace de fondo al moral cristiano de la hermandad de todos los hom-

(3) «La Palabra». *Gancionero (Antología poética, núm. 401)*. Hay otro soneto titulado igual en *Rosario de sonetos líricos*, número XLIV.

(4) «De antiguo los hombres rindieron adoración al verbo, viendo en el lenguaje la más divina maravilla.» *En torno al casticismo*, 2, I (*Ensayos*, I, página 63).

(5) Por ejemplo: «No bastan todos los días de la vida de un hombre para decir y aun cantar la excelencia y trascendencia del nombre, empezando por lo de que en el principio fuese la palabra.» *La selección de los Fuñérez (Ensayos*, IV, pág. 141).

bres en Cristo, al aludir al episodio de Babel y a la venida del Espíritu Santo:

Y te alzas cual la torre en que los hombres
han de aprender a hablar un solo idioma:
la lengua del espíritu, que canta
la gloria del Señor, y que se viste
con la flor de entender de cada pueblo,
y arrimándosenos, madre, al oído
del corazón, nos besa y habla quedo
en nuestras sendas hablas solariegas.
En Ti, Jesús, se hace uno tu linaje,
y todos comulgamos en tu verbo (6).

O en otra ocasión, en una visita a un templo católico, para ir a parar a esa misma lengua única del espíritu le gusta evocar y traer entre manos, con una delicadeza particular, las lenguas románicas. Dice la catedral de Barcelona:

Canta mi coro en el latín sagrado
de que fluyeron los romances nobles;
canta en la vieja madre lengua muerta
que desde Roma, reina de los siglos,
por Italia, de gloria y de infortunio
cuna y sepulcro, vino a dar su verbo
a esta mi áspera tierra catalana,
a los adustos campos de Castilla,
de Portugal a los mimosos prados
y al verde llano de la dulce Francia.
Habita en mí el espíritu católico,
y es de Pentecostés lengua mi lengua,
que os habla a cada cual en vuestro idioma,
los bordes de mi boca acariciando
de vuestros corazones los oídos (7).

Eficacia de la palabra.

Unamuno no deja nunca de relacionar el Verbo con el *¡Hágase!* del principio del mundo, relación apoyada en el texto de San Juan «y por El fueron hechas todas las cosas», y que a Unamuno le sirve mucho en su defensa de la fecundidad y efi-

(6) *El Cristo de Velázquez*. Tercera parte, XI.
(7) *La catedral de Barcelona* (del libro *Poesías*).

cacia de la mera palabra por sobre otras secundarias fuentes de acción:

El Verbo fué en el comienzo,
no la idea, la visión;
«¡Hágase!», dijo, y al lienzo
llenó de formas el son (8).

Y también le gusta traer, junto a la acción creadora de Dios, la colaboración del hombre en el nombrar las cosas, y, por consecuencia, en la creación de las mismas:

La palabra luz de fuente,
y en la hora de las horas,
Tú al pie de Adán, a que cree
el mundo al poner la norma
del Hombre, de la Metáfora
a cada una de las cosas.
Y entonces sí que supiste
que era bueno, ¡cosa hermosa! (9).

Creación constantemente repetida por cada hombre que comienza a formarse con el hablar su visión del mundo; «la dulce, sonriente y creativa mentalidad de los cinco años, cuando el niño se está creando—y con la palabra—el mundo, su mundo» (10).

Todo esto, dirigido por el deseo de defender la palabra de cualquier menosprecio de que se le haya podido hacer objeto frente al acto, frente al obrar. Unamuno se empeña en lucha sin descanso para proclamar el valor de efectividad que la palabra tiene, con tanta fecundidad como el obrar, como cualquier modo de obrar. Unamuno nos dirá una y otra vez que la palabra es un hecho, fuente de hechos, de acciones, de obras. Jesús apenas ejecuta acción; sólo administra el santo sacramento de la palabra. Así también, del lado más humano, hasta las conquistas guerreras más formidables ceden al ser comparadas con la acción de la palabra. «Se conquista con la palabra. Más ha ganado para España el Verbo castellano por la pluma de Cervantes en su *Quijote*, hijo de palabra, que ganó Don Juan de

(8) *Logos (Cancionero; Antología, núm. 423).*

(9) «Bizmame con tus palabras...» (*Cancionero; Antología poética, número 403*). Véase también *El canto adánico (El espejo de la muerte, págs. 143-146)*.

(10) *Última lección*. (Folleto impreso por el Ministerio, 1934, no debe confundirse con la lección de jubilación, a que se refiere la nota siguiente.)

Austria con su espada en la batalla de Lepanto.» (11). Naturalmente, Unamuno se refiere aquí a conquista espiritual del mundo; pero sabe dar a su razonamiento una luz especial persuasiva, de forma que nos queda la íntima convicción de que, en efecto, son comparables las dos diversas conquistas, y que, colocadas en el mismo plano, no hay lugar a dudar de la importancia y mejor calidad de la conquista de la palabra.

La manía de despreciar la palabra para perseguir el hecho, lo que se suele llamar hecho, no es sino una engañosa vía a la desilusión más vana:

«¡Nada de palabras, hechos, hechos!», gritan los esclavos de la mentira, sin advertir que eso que llaman hechos no suelen ser sino palabras, y que la palabra es el hecho más fecundo. Llamen hecho a una ley gacetada; y ¿qué es una ley gacetada sino una palabra escrita? (12).

Colocada en medio de lo que es puramente espiritual y lo que pertenece al terreno de lo sensible, la palabra participa de toda la espiritualidad del entendimiento con el que forma una indisoluble unidad, según Unamuno, y entra en el mundo de los actos sensibles, más allá de sus condiciones de acto acústico, por cuanto produce efectos idénticos a cualquier otra manera de acción. La palabra es hecho eficaz, activo y fecundo, poseedor de una fuerza, casi se diría física, de la que es sólo un claro indicio el modo imperativo o ejecutivo—¡hágase!—del verbo. Explica Unamuno que Don Quijote hace formalmente doncellas, al llamarlas así, con su palabra, a aquellas mozas del partido que encontró a la puerta de la venta (13), y que produce emoción en el ánimo de los cabreros con sólo el acto de hablarles, ya que es claro que no le entendieron aquél su rebuscado discurso (14).

Una buena comprobación de la existencia de este poder fecundo que la palabra encierra, se puede hallar en la consistencia que logran algunas teorías que resultan estar basadas solamente en una interpretación equivocada de un dicho, sin tener, pues, más fundamento que eso: una palabra Recordando la

(11) *Discurso...* Salamanca, 1934.

(12) *¿Qué es verdad?* (*Ensayos*, VI, pág. 227).

(13) *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, II (pág. 39). Comp. 2, LXVII.

(14) *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, XI (pág. 67).

explicación de algunos mitos que hace Max Müller como derivados de palabras de significado ambiguo o mal entendidas, Unamuno habla de varios símbolos capaces de ir acompañados de toda una exposición justificativa ideal, que han nacido, en realidad, de una interpretación errada de una palabra. Comentando el símbolo del ave fénix, el de la Virgen pisando la cabeza de una serpiente, como en otro lugar el del león representativo en lenguaje heráldico de la población o del reino de León (15), dice: «Hay hasta teorías, hasta sistemas enteros, fundados en malas traducciones, en erratas, en no haber entendido el texto» (16). Por supuesto, que la reacción de Unamuno ante este caso no es una lamentación de filólogo que pretendiera apoyarse en ello para ponderar la necesidad de una escrupulosidad de método crítico que evite tales extravíos; al contrario, tomando por mentor a Renán, cree ver en esto una justificación de la libertad que se debe poder tomar en la interpretación de los textos, para que éstos hablen al sentimiento del hombre y no sólo a su entendimiento, de la forma en que él mismo se aplicó a su interpretación del *Quijote*.

La palabra es acción.

La conclusión de Fausto: «En el principio era la acción», y el dictamen de Hamlet: «Palabras, palabras, palabras», se encuentran enfrentados con la valorización de la palabra como la más maravillosa obra que ya existía desde el principio. Una y otra expresión se ven constantemente aludidas y combatidas por nuestro autor. El apoyo de varios pasajes evangélicos en los que se relatan acciones eficaces de Cristo que están reducidas a la sola palabra, da un tono especial de convicción a los razonamientos de Unamuno. En el principio era la palabra, y por ella fueron hechas todas las cosas. Dios hizo el mundo con su palabra. La palabra es la que hace al hombre hombre. Y Unamuno se esfuerza hasta gritar, para que se recupere la fe en la palabra, en la calidad divina de la palabra y en su poder de llevar a cabo todas las cosas más deseables. «Y la palabra es obra, la

(15) *León (Andanzas...* (pág. 76).

(16) *Conversación I (Soliloquios,* pág. 10).

más íntima, la más creadora, la más divina de las obras. Cuando la palabra es palabra de verdad» (17).

Para esta defensa de la palabra, apela Unamuno siempre al llamamiento de la fe. No pueden despreciar, como si fuera viento inútil, la palabra los que se llamen cristianos y tengan entre los fundamentos de su fe la afirmación rotunda de la que la Palabra fué en el principio, y que por ella se hizo todo lo que ha sido hecho. Todo lo otro, lo que no es palabra, es lo que verdaderamente es digno de desprecio: Eso que llaman acción, por ejemplo, en lo dramático. La palabra tiene un valor de acción, un dramatismo suficiente para no tener necesidad de apoyarse en una postura, en un gesto expresivo, ni siquiera, tal vez, en un contenido ideológico comprensible.

¡Hacer... hacer... hacer!... ¿Te parece que hacemos poco con estar así hablando? Es la manía de la acción, es decir, de la pantomima. Dicen que pasan muchas cosas en un drama cuando los actores pueden hacer muchos gestos y dar grandes pasos y fingir duelos y saltar, y... ¡pantomima!, ¡pantomima! ¡Hablan demasiado!, dicen otras veces. Como si el hablar no fuese hacer. En el principio era la Palabra, y por la Palabra se hizo todo (18).

Llega en esto a un acento máximo en un interesantísimo pasaje, único en la obra de Unamuno, cuando en la comedia *El hermano Juan* le dicen a éste que busque reposo en la oración, y contesta con frase vibrante y estremecedora: «¿En la oración? El acto más dramático, más activo, de más acción, de la pasión de Cristo, el Verbo, la Palabra hecha carne, fué la oración del huerto, sin gesticulaciones» (19). En efecto, la lucha interna para el acto voluntario de aceptar la pasión, la explícita oposición entre la voluntad del Padre y la del Hijo, la angustia y congoja mortal de Cristo aquí encierran un dramatismo singular.

La lección de jubilación es toda ella un elogio y apoteosis de la palabra. En una interferencia constante de lo que se refiere a la palabra viva humana con lo que corresponde propia-

(17) *¿Qué es verdad?* (*Ensayos*, VI, pág. 243).

(18) *Niebla*, XXX (pág. 232). En otro pasaje se habla de unos personajes de novela que «se irán haciendo según obren y hablen, sobre todo según hablen». *Idem*, XVII (pág. 141). He aquí un principio de teoría del drama que habría que confrontar con las obras que Unamuno escribió para el teatro.

(19) Acto III, escena II. Es lástima que en el ritmo de la obra este parlamento parece intercalado un poco forzosamente.

mente a la divinidad del Verbo, hace vibrar la fe, al solicitarla íntegra y sin desmayos para la creencia y la esperanza en la Palabra:

Y mis últimas palabras de despedida, compañeros de escuela, maestros y estudiantes, estudiosos todos: Tened fe en la palabra, que es la cosa vivida; sed hombres de palabra, hombres de Dios, Suprema Cosa y Palabra Suprema, y que El nos reconozca a todos como suyos en España (20).

Tanto es acción la palabra, que Unamuno la antepone a la idea misma, a la visión y a cualquiera otra facultad espiritual, las cuales quiere considerar nacidas de la palabra. «El espíritu, la respiración sonora, el *son*, hacen el Verbo, la Palabra, y la palabra hace la visión, la idea» (21). Para nada se mienta la idea de Dios al crear el Universo, sino sólo su palabra.

La ponderación y supervaloración de lo activo que en la palabra se encierra, lleva al desprecio del contenido intelectual significativo, que queda a pique de perder toda su importancia ante una sinceridad de corazón, de la abundancia del cual hable la boca. «No te importe, alma mía, lo que digas, si te dices» (22). O el solo impulso de expresión sin cuerpo de representaciones,

nada decir, hablar, hablar tan sólo;
con palabras uncidas sin sentido
verter el alma (23),

puede satisfacer así, con sólo la música viva de la palabra, sin que para nada haga falta, ni por parte del parlante ni por la del que escucha, una comprensión de contenido intelectual.

Si os dejara en el alma un vago trémolo
como el que baja de esa vieja torre,
que a la oración nos llama, os dejaría
mi alma toda (24).

(20) *Discurso...* Salamanca, 1934. Comenta Lain Entralgo: «Tanta fe tenía él, que hablando y hablando pasó la vida entera. Vivió haciendo del verbo, no sólo principio, mas también medio y fin de su propia existencia.» *La generación del noventa y ocho* (pág. 306). El elogio de la palabra de Maragall se resuelve en acentos de más blando lirismo: en desear que los hombres vengan siempre con la «cançó als llavis».

(21) *Discurso...* Salamanca, 1934. Comp. «El Verbo fué en el comienzo.» *Cancionero (Antología poética, núm. 423)*.

(22) *La torre de Monterrey...* (*Andanzas...*, pág. 205).

(23) *Sin sentido* (Del libro *Poesías*).

(24) *Idem (Idem)*.

Este es para Unamuno el ideal de la efectividad de su propia influencia como orador. Cuando termina su larga charla titulada *Nicodemo el fariseo* (25), expresa su deseo de que, más que cualquier representación intelectual de lo que ha dicho, a sus oyentes se les quede en el alma sólo el recuerdo musical, el sonsonete, en el mejor sentido de la expresión; el tono, que ha de ser más duradero que cualquier otro recuerdo que puedan conservar de las ideas que han oído exponer. Resulta más íntimo, más espiritual, el simple son, que toda la representación de que pueda ser portadora la palabra.

Y con esto se engarza otro de los temas preferidos de Unamuno: el desprecio de la letra conservadora ante la perfección que encuentra en lo efímero de la palabra hablada. Porque sobre la letra recae principalmente el ejercicio de los que van a la busca de las ideas, de lo que se dice, de lo que se ha querido decir; las minuciosidades de crítica textual impiden el libre vuelo al espíritu; las ataduras a la letra contrarían ese ideal de analfabetismo de honda cultura que proclamaba Bergamín (26) y que Unamuno estaba tan dispuesto a subrayar (27).

Verbo y letra.

El peor enemigo de la palabra es la letra. La letra mata y el espíritu vivifica. Apurando más la defensa de lo ideal que puede considerarse la palabra, frente a lo que es más material como toda especie de hecho, Unamuno presenta enfrentadas la palabra oral y la palabra escrita. Con un singular dramatismo, y en torno al literalismo de los protestantes, está muy vivamente pintada la oposición entre palabra y letra, entre Evangelio y Biblia, oposición que Unamuno asimila a la que puede existir entre el dogma de la resurrección de la carne y la creencia en la inmortalidad del alma (28). No me corresponde co-

(25) Conferencia leída en el Ateneo de Madrid. Está publicada en *Obras selectas*, de Unamuno. Madrid. Pléyade, 1946.

(26) JOSÉ BERGAMÍN, *La decadencia del analfabetismo*, en *Cruz y Raya*, junio, 1933, núm. 3. Recogido en *Disparadero español*, del autor, tomo II. La influencia de Unamuno en Bergamín es patente, por ejemplo, en *La cabeza a pájaros*. Madrid, 1934.

(27) «Y basta observar, por otra parte, la honda cultura tradicional de tantos analfabetos.» *Discurso...* Salamanca, 1934.

(28) *La agonía del cristianismo*, IV (pág. 51).

mentar el aspecto religioso del problema, y sólo me limito a presentar algunos datos para ilustrar la exposición de lo que es más del terreno lingüístico-filosófico. Dice así Unamuno en un capítulo titulado «Verbo y Letra»:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria como de unigénito del Padre.» Así se dice en el prólogo del Evangelio, según Juan (I, 14). Y este Verbo que se hizo carne murió después de su pasión, de su agonía, y el Verbo se hizo Letra.

O sea, que la carne se hizo esqueleto, la palabra se hizo dogma y las aguas del cielo fueron lavando los huesos del esqueleto y llevándose a la mar sus sales. Que es lo que ha hecho la exégesis de origen protestante, la exégesis de los de la Letra, de los del Libro. Porque el espíritu, que es palabra, que es verbo, que es tradición oral, vivifica; pero la letra, que es el libro, mata. Aunque en el Apocalipsis se le mande a uno comerse un libro. El que se come un libro, muere indefectiblemente. En cambio, el alma respira con palabras...

El Verbo es el que se creyó que había resucitado. El Cristo, el Verbo, hablaba, pero no escribía. Sólo en un pasaje evangélico... se nos cuenta que cuando le presentaron a Jesús los fariseos la mujer adúltera se inclinó al suelo y escribió con el dedo en tierra (Juan, VIII, 6). Escribió con el dedo desnudo, sin caña ni tinta, y en el polvo de la tierra, letras que el viento se llevaría.

Pero si el Verbo, la Palabra no escribió, San Pablo, el judío helezizado, el fariseo platonizante, escribió o, acaso mejor, dictó sus epístolas. En San Pablo el verbo se hace letra, el Evangelio se hace Libro, se hace Biblia. Y empieza el protestantismo, la tiranía de la letra...

Y véase lo que es la ley íntima de la contradicción religiosa. El prólogo del cuarto Evangelio es obra de un hombre de libro, de letra; de un hombre bíblico y no evangélico, y empieza diciendo que en el principio fué el verbo, la palabra: ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος. No dice ἐν ἀρχῇ ἦν ἡ γραφή, no dice que en el principio fuera la escritura, la letra, el libro. ¡Claro! Hasta en el proceso embrional del hombre de carne el esqueleto nace de la piel.

Y vino la letra, la epístola, el libro, y se hizo bíblico lo evangélico...

La letra es muerta; en la letra no se puede buscar la vida. [A los discípulos que fueron al sepulcro vacío de Jesús se les presentaron] dos hombres con vestido resplandeciente y les dijeron: «¿Por qué buscáis al viviente entre los cadáveres?» O sea, ¿por qué buscáis la palabra entre los huesos? Los huesos no hablan...

San Pablo hizo bíblico lo evangélico, convirtió la palabra en letra...

Y ésta fué la agonía del cristianismo en San Pablo y en el paulinismo que nació de él. O mejor, que lo engendró. Esta fué la tragedia de la *paulinidad*. La lucha entre la resurrección de la carne y la in-

mortalidad del alma, entre el verbo y la letra, entre el Evangelio y la Biblia. Y ésta sigue siendo la agonía...

Y con la letra nació el dogma, esto es, el decreto...

La Reforma, que fué la explosión de la letra, trató de resucitar en ella la palabra; trató de sacar del Libro el Verbo, de la Historia el Evangelio, y resucitó la vieja contradicción latente. ¡Y entonces sí que se hizo la agonía vida del cristianismo!

Los protestantes, que establecieron el sacramento de la palabra..., encadenaron ésta a la letra, y se pusieron a enseñar a los pueblos, no tanto a oír cuanto a leer...

Quisieron con la letra fijar la palabra, pero la agonía creció...

La Reforma quiso volver a la vida por la letra, y acabó disolviendo la letra. Porque el libre examen es la muerte de la letra (29).

Hago una cita tan larga para mostrar cómo esa reiteración de la oposición entre Verbo y Letra adquiere caracteres de obsesiva preocupación que se transmite a todo lector que sea levemente impresionable. Los dominios de lo espiritual—Verbo—y de lo intelectual—Letra—aparecen enfrentados en lucha de una manera apasionada y casi se diría febril. Pues bien: todo esto que en el terreno de la religión aquí se debate, tiene su correlato en meditaciones que, en el mismo sentido, había hecho Unamuno en el terreno del lenguaje. Su filología está también dirigida por estos principios.

Es cosa antigua el comentar la condición viviente de la palabra frente a la muerta apariencia que la letra significa. Pero en Unamuno se da esta comparación peyorativa con tal fuerza de convicción, que muy pocas veces la olvida, tratando de un tema importante, para considerar indistintamente, bajo el nombre de palabra, a la palabra escrita y a la hablada. Lo general es que, cuando se tiene que referir para su apología de la palabra al ejemplo de un libro, se preocupe de adjuntar a la mención de éste la apostilla indicadora de su intención. «Más ha ganado para España el verbo castellano por la pluma de Cervantes en su *Quijote*, hijo de palabra, que ganó don Juan de Austria con su espada en la batalla de Lepanto.» El *Quijote*, el libro español por excelencia, es hijo de palabra. Los personajes de ficción, los que otros llamarían personajes de libro, y que

(29) *La agonía del cristianismo*, IV (pág. 43 a 55). He entresacado solamente las frases que convienen a mi exposición. Para enjuiciar la ideología que ahí va contenida es indispensable, naturalmente, la lectura del texto completo. Véanse los libros especiales sobre este aspecto de Unamuno.

Unamuno cree como tan existentes o más que los propios autores, son «creaciones de la palabra humana» y no hombres de libro. Porque siempre lo que sea de libro será mirado por Unamuno con desprecio íntimo.

Unamuno ve en la letra un pecado original que mata al espíritu, como el que ve, en otro orden de consideraciones, en la misma palabra, con respecto a la idea que contiene (30), una opresión que impide la vida y fecundidad del espíritu. Siguiendo su comparación de la letra con el esqueleto, ante la consideración biológica de que los huesos proceden de la piel, de la carne, y que es el esqueleto lo que queda y la carne lo que se pierde, Unamuno quiere hacer el mismo aprecio en la dualidad letra-palabra, y, aun concediendo validez a la ayuda que para la consistencia de la palabra puede prestar la letra, se vierte decididamente por el desprecio de lo inanimado que ha de permanecer como el esqueleto de lo dicho, y se entrega a la exclusiva valoración de lo que se pierde, de la palabra hablada, de lo que es puramente espiritual, soplo, son vivificador. Y aun se aventura a poner en duda que sea efectivamente más duradero el esqueleto de la letra que la carne palpitante de la palabra viva: «Pero... ¿queda el escrito? ¿Se lleva el viento la palabra? ¿Tiene la letra, el esqueleto, más esencia duradera, más eternidad que el verbo, que la carne?» (31). Comentando el pasaje de la mujer adúltera en el Evangelio de San Juan, se complace en la seguridad de que hay un escrito que se ha perdido, como dicen que se pierden las palabras, llevadas por el viento: «Escribió [Cristo] con el dedo desnudo, sin caña ni tinta, y en el polvo de la tierra, letras que el viento se llevaría» (32).

De la historia, aun contando con la necesidad del documento escrito, por huir de la letra, prefiere la tradición viva, la leyenda, que vive en y por la palabra:

Historia no es letra, no es documento escrito, no es escritura; antes bien, lectura, lección, leyenda. No existe históricamente el hombre que se queda en letra, sino el que vive en la palabra, el que obra hoy por hoy, el de leyenda. Y hasta los hombres de ficción, las crea-

(30) *Civilización y cultura* (Ensayos, III, pág. 71).

(31) *Cómo se hace una novela* (pág. 130).

(32) *La agonía del cristianismo*, IV (pág. 47). Otra alusión en *Cómo se hace una novela*. Comentario al *Retrato*, de Cassou (pág. 38).

ciones de la palabra humana (33), los de poema, existen históricamente más que los enterrados sin nombre (34).

La vida de alrededor, la sabiduría popular, el derecho consuetudinario, le parecen más propio objeto de estudio histórico que todo lo que se pueda encontrar en papeles viejos. Y por lo que se refiere a la fidelidad de la transmisión de lo tradicional, prefiere la oral, como dice cuando habla de los cantos de corro infantiles:

Como se aprenden y enseñan antes de saber leer y escribir, representan la verdadera tradición, la fundamental, la anterior al arte de la escritura, esa tradición que el documento nos impide comprender y sentir. Y esa tradición primitiva e infantil, clásica, se transmite más fielmente que la escrita. Cambian más los escritos al pasar de copista a copista o de escritor a escritor que los relatos orales al pasar de boca en boca. No hay copistas que la corrompan ni cristalicen. Los poemas homéricos, ¿no empezaron a estropearse así que por la escritura fueron fijados? (35).

La filología, que nació al calor de la necesidad de explicar y fijar los textos de la epopeya de Homero, tiene como fin primordial—hubiera podido decir, pues, Unamuno—combatir el influjo funesto de la escritura.

Nada hacen esos miles de hombres de cuya existencia sabemos por los documentos y los libros, y de los cuales sólo sus nombres quedan, muertos, inoperantes. Solamente los que despiertan en nosotros algún impulso de sentimientos o de acciones, los que obran en nosotros existiendo en alguna manera, son los que verdaderamente cuentan y sobre los que merece la pena

(33) Recuérdese lo dicho en la pág. 42. Corrijo «nombres de ficción», que dice el texto en *Obras selectas*, por parecerme que no va bien con la idea. El pronombre *los* en el final: «los enterrados sin nombre», representa mejor a *hombres* que a *nombres*.

(34) *Discurso...* Salamanca, 1934.

(35) *Recuerdos de niñez y de mocedad*, I, VIII (pág. 59). En una obra posterior, al tratar de enmarcar, de delimitar los dominios respectivos de la palabra y de la letra, Unamuno se siente tentado, se esperaría de él, a señalar como típico terreno de la palabra los campos, por oposición a las ciudades, donde dominaría la letra. Pero al hablar del analfabetismo del hombre del campo, tiene un retroceso, una oportunísima rectificación; ya no cree en el *Volkgeist*: «¿O no es más bien la letra hablada la que rige los campos y la palabra escrita la que gobierna en las ciudades?» El hombre de campo, sin duda, no escribe, habla sólo. Pero es que lo que habla es ya algo hecho letra; su hablar, su sabiduría, es algo tradicional de origen letrado. Sobre él es sobre quien más hacen sentir su prestigio fascinador las formas escritas: «Los analfabetos, los iltrados, suelen ser los que viven más esclavos del alfa y de la beta, del alfabeto y de la letra.» *La agonía del cristianismo*, IV (pág. 50). La distinción entre campo y ciudad permanece; pero con un denominador común de escritura: *letra hablada y palabra escrita*.

meditar e investigar. Aunque se trate de hombres que tuvieron su nacimiento en la imaginación de un poeta y no una existencia real, si viven también en nuestro entendimiento, en nuestra imaginación, podemos atribuirles más existencia efectiva que a cualquier otro personaje histórico que pudo obrar e influir mucho en el tiempo de su vida terrena, pero que hoy es desconocido o, a lo sumo, tiene su nombre escrito en un libro, mientras del primero aún se habla, se comenta su vida, y su ejemplo o enseñanzas se traducen en actos de hoy. Estos seres de ficción viven en la palabra, de la palabra, y no sólo de los libros. Cosa que puso de relieve Unamuno al hablar de Don Quijote, y que, prácticamente, buscó para sí mismo, introduciéndose en una de sus propias novelas, para vivir en los futuros lectores algo más que como el autor de un libro: como un personaje de ficción, hijo de palabra.

Del desprecio unamuniano a lo llamado despectivamente literatura, se salva todó aquello que está escrito en libro, pero conserva aire de palabra viva. Todo lo que es espiritual, no intelectual. El ejemplo típico, Santa Teresa. La influencia de la letra se manifiesta de modo funesto en que induce al cuidado externo de unas formas duras, rígidas, tendentes a la uniformidad, a la uniformidad del llamado lenguaje escrito, frente a la alegre viveza y aun descuido de la palabra simplemente hablada. Todo lo que sea frase lapidaria, hablar como un libro, es detestable para Unamuno. «No hablar como un libro, sino que el libro hable como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre» (36). El recurrir a la escritura no es más que una dura necesidad, una necesidad lamentable; se debe tender a usar de ella, como si no se usara. «Porque quiero creer que me oyes más que me lees como yo te hablo más que te escribo», dice al lector (37).

Por esto sabe Unamuno sacar de lo que pudo entenderse como una tacha puesta a nuestra literatura clásica, un indicio de valía. «Se ha dicho que todo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor por habla» (38). Siendo así, vale más, efectivamente, que el escrito refleje la palabra

(36) *Discurso...* Salamanca, 1934.

(37) *Cómo se hace una novela* (pág. 138).

(38) *Discurso...* Salamanca, 1934.

oral; que no que los que hablan lo hagan en la forma regulada, metódica, recortada, sujeta a esquemas previos de la forma típica de lo escrito. Los clásicos predilectos de Unamuno encontrarán en él un defensor de sus calidades de escritores en lengua viva. En el mismo sentido que cuando menciona a Santa Teresa, señala que fray Luis *dice* al escribir: «...dijo con su pluma los nombres de Cristo» (39).

Tratando de sí propio, el que pasó la vida entera de escritor pregonando las excelencias de la palabra viva, claudicó una vez, colocándose él mismo entre los servidores, cultivadores, sacerdotes de la palabra escrita:

Si tanto cariño tengo a este retiro y tanto me cuesta dejarlo es porque conozco que va una enorme diferencia de mi acción a distancia, por la escritura, de mi acción inmediata, por la palabra, y eso que a diario me estoy comunicando con mis alumnos. Tengo cierta corteza un poco ruda, algo seca la expresión y hasta el tono de voz, y, por otra parte, la presencia de un prójimo me inhibe no poco el impulso de verterme, mientras que a solas, no teniéndole delante, me dejo vaciar mejor. Usted me ha visto cómo me produzco en público, en la *Unión Escolar*; no soy del todo yo mismo. En cambio, aquí, en el papel, me voy echando afuera. Y es que así como en España son los más de los que escriben oradores por escrito, yo cuando hablo seré siempre un escritor por palabra, y como ellos no se desenvuelven bien pluma en mano, yo sólo así me produzco. Pero no importa; tenemos que vernos y comunicarnos (40).

Caso extraño y que otro escrito suyo contradice:

Me gustaría ayudar a los más jóvenes que yo en cuanto pudiera. No sé si es petulancia, pero creo tener más eficacia en acción personal y directa que por medio de escritos. La experiencia me ha enseñado cuán de verdad influyo en mis amigos. Y creo que sólo se debe al hondo interés que en ello me tomo. Hay en España muchos jóvenes que sólo necesitan quien les anime (41).

A su influencia sobre los alumnos alude en otra ocasión (42),

(39) *Discurso...* Salamanca, 1934.

(40) Fragmento de carta publicado en *Ensayos*, ed. Madrid, Aguilar, 1942, t. II (pág. XLIV).

(41) *Idem*, pág. XXX. B. G. de Candamo, en este prólogo «Unamuno en sus cartas», publica éstas sólo a trozos, y no señala las fechas sino en una mención general (entre 1900 y 1905) para todas, ni los destinatarios. Cosa que quita valor a su antología y que en este caso concreto resta posibilidades de acierto en un intento de explicar esta contradicción tan patente. ¿Daría alguna luz el conocimiento de fecha y destinatario de las dos cartas, o el contexto omitido?

(42) *Sobre la carta de un maestro (Contra esto y aquello)*, págs. 222-225).

y es seguro que la ejercía, y muy grande, sobre los que le escuchaban.

Pensemos, por otra parte, en lo afecta que le era la figura de Sócrates, precisamente porque toda la acción intelectual de éste se había limitado al ejercicio de la palabra. En el recuento de su propia obra profesoral, Unamuno recuerda:

Y así llegó a asistirme el ánimo simbólico de Sócrates, el hijo de la partera, el gran partero que se llamó a sí mismo, el que asistía a la mocedad ateniense a que se diera a luz, a propia clara conciencia, la visión del mundo, y así la recreara recreándose en ella. Y esto, por la palabra. Que Sócrates, como el Cristo, el Verbo, no nos dejó escrito nada; no se enterró en letra (43).

De esto derivaba su estima y su afición a la «Universidad popular» de las tertulias cafetiles (44).

Literatura.

Todo lo dicho en menosprecio de la letra y del libro, ante la excelencia de la palabra hablada, recae, naturalmente, sobre la literatura. Sólo se salvará lo que pueda acogerse a la diferenciación entre *literatura* y *poesía*. Esta representará lo vivo, fecundo, eficaz; aquélla, lo muerto, lo inútil. Y el literatismo será el más infamante ejercicio a que se pueda el hombre entregar: la producción de obras literarias tomadas de otras, sin acudir a la verdadera fuente inagotable de la vida de en torno. El literatismo es el culto a lo meramente externo, a los cuidados de la forma, con grave descuido de los contenidos vitales. Pero, aparte de esto, la literatura no le satisface a Unamuno, por cuanto cree que con el acto de dar una forma durable y definitiva a los pensamientos, a la vida del autor, se lleva a cabo un acto de muerte:

Eso que se llama en literatura producción es un consumo, o más preciso: una consunción. El que pone por escrito sus pensamientos, sus ensueños, sus sentimientos, los va consumiendo, los va matando. En cuanto un pensamiento nuestro queda fijado por la escritura, expresado, cristalizado, queda ya muerto, y no es más nuestro que será

(43) *Discurso...* Salamanca, 1934. V. también: *En defensa de la haraginería (Soliloquios...*, pág. 161). El P. Oromí le atribuye de buena gana la condición de otro Sócrates. Véase: M. CRUZ HERNÁNDEZ, en *Cuadernos*, 1952, III, 41-53.

(44) *Discurso...* Salamanca, 1934. Compárese: GREGORIO MARAÑÓN, *Amiel*. Madrid, 1933. Prólogo a la 2.ª ed. (pág. 20).

un día nuestro esqueleto... [] ... y la literatura no es más que muerte. Muerte de que otros pueden tomar vida. Porque el que lee una novela puede vivirla, revivirla... (45).

La frase final parece anunciar una reconciliación con el libro. Cuando ese libro es de los que—interpreta el pasaje del Apocalipsis, X, 9—hay que comerse y no sólo leerlo: la Biblia, el Corán, los Discursos de Buda, el Quijote. «Cuando un libro es cosa viva, hay que comérselo, y el que se lo come, si a su vez es viviente, si está de veras vivo, revive con esa comida» (46). Los esclavos del literatismo, en cambio, no saben comerse un libro, «no pasan de leerlo». No pueden nunca creer de veras en la vida verdadera de lo que a ellos, como al vulgo no espiritual, les parece cosa de libros.

Palabra y perduración

Pero ante la consideración de la permanencia de lo escrito, no podía Unamuno sino desesperar de su ambición particular de eternidad y aceptar el hecho de que su obra, su obra escrita, fuera el asiento de su memoria en lo futuro. En el *envío* de una canción reprocha a sus versos la suerte que les ha cabido de durar más que él:

¡Cuando yo ya no sea,
serás tú, canto mío!
¡Tú, voz atada a tinta,
aire encarnado en tierra,
doble milagro,
portento sin igual de la palabra,
portento de la letra,
tú nos abrumas!
¡Y que vivas tú más que yo, mi canto! (47).

Otro correlativo de la letra, del libro, instrumento para conservación de la palabra, le salió al camino a nuestro Sócrates en los últimos años: el fonógrafo. Le fué hecha la proposición de llevar al cinematógrafo su novela *Niebla*, en la que es el propio autor uno de los personajes, el antagonista, como dicen;

(45) *Cómo se hace una novela*. Prólogo (pág. 13).

(46) *Cómo se hace una novela* (pág. 37).

(47) *Para después de mi muerte*. (Del libro *Poemas*.)

y se le invitó a dejar una muestra de su hablar en el Archivo de la Palabra del Centro de Estudios Históricos. Al primer proyecto se opuso, a causa, dice, de su repulsión a que le representaran en la cinta y le hicieran hablar por fonógrafo en extraña duplicación de su personalidad y alargamiento monstruoso de su actividad vital.

¿Y cuando presumí después que acaso se propusiera proyectarme a mí, al autor, cinematográficamente, y acaso hacerme hablar por fonógrafo? ¡Antes muerto! Sólo se vive por la palabra viva, hablada o escrita, no de máquina (48).

Ante la otra invitación accedió, no sé si con repugnancia y después de luchar interiormente consigo, coaccionado tal vez por la autoridad e intención científica de los que le rogaban. Después de hecha la impresión del disco, no quiso oírlo (49). Pero, aparte de que se vengó incidentalmente del tal Archivo de la Palabra con un chiste malo (50) que encubre, bajo la burla, esencial insatisfacción—de ninguna manera puede el disco en el gramófono, con su falsa vida de cabeza parlante, hacer las veces de la palabra viva (51)—, hay que anotar una circunstancia: que se preocupó de que el disco reprodujera algo lo más alejado posible de un discurso escrito: una improvisación. Unas poesías propias, inéditas, insertas en un breve comentario espontáneo al poder de la palabra. No sería nunca ese disco palabra viva operante; pero sí reflejo muy fiel de una pasión siempre encendida de amor a la palabra oral.

Podrá observarse que muchas ideas de las que en este capítulo estoy exponiendo no son propiamente características de una actitud mental de lingüista ni de filósofo del lenguaje. Son

(48) *El hermano Juan*. Prólogo (pág. 10).

(49) «Don Miguel de Unamuno no ha querido oír su gráfico para no experimentar el extraño efecto que cree había de producirle el sentir su voz fuera de sí mismo.» T. NAVARRO TOMÁS, en el folleto *Archivo de la palabra. Trabajos realizados en 1931*. Madrid, 1932 (pág. 15).

(50) «Y aun así es inevitable el documento. Y menos mal que, gracias al fonógrafo, se empieza a pensar en el archivo de la palabra. Mas, ¡ay!, de la palabra acaso en conserva de lata. *Discurso...* Salamanca, 1934.

(51) Mal podía la obsesión unamuniana por la perduración quedar satisfecha con el grabado de unos discos. Pero además había en ello una antipatía general que Unamuno experimentaba hacia todo lo que se mete en el terreno de la cultura desde el campo de la civilización; tenía horror al telégrafo y probablemente a la máquina de escribir. Véase: *Ciudad y campo (Ensayos, III, pág. 176)* y *Cómo se hace una novela*. Prólogo (pág. 12).

más bien ideas filosóficas generales, que tienen por materia algo común con la ciencia del lenguaje. Mas creo que entran con derecho en una exposición del ideario lingüístico de Unamuno, porque ayudan a ver cómo trata este autor sus conocimientos, qué jerarquías establece entre los diversos hechos de lenguaje, y sirven en la disertación de hilo que enlaza unos con otros los diversos problemas que, picando acá y allá, en los terrenos de la lengua española y el lenguaje en general, introduce Unamuno en sus escritos. Y más encajan en éste que en cualquier otro capítulo de un estudio sobre su pensamiento.

Hacia una teoría del nombre.

Casi las mismas etapas recorridas al exponer la concepción unamuniana de la palabra, se ofrecen al pretender seguirle en su camino hacia una teoría del nombre. Se trata también de un nombre simbólico, no del nombre gramatical ni lógico precisamente, de comprensión amplia, que también representa a veces a la palabra en general. Está un paso más cerca de la consideración de lo concreto en el lenguaje. Si toda la facultad de hablar, sobre todo su aspecto de fuerza vital, puede simbolizarse en la palabra, el resultado de esa energía desplegada, el producto resultante de esa actividad, el *ergon*, la lengua actualizada, va simbolizada en el nombre (52). Unamuno envuelve al nombre en la misma atmósfera de exaltación en que envuelve a la palabra, en la pretensión de salvarle de todo menosprecio posible por ser mero nombre. Si se opone a la intención desdefiosa del *words, words, words* shakespeariano, también com-

(52) No me atrevo a proponer un parangón de esta dualidad palabra-nombre, en Unamuno, con las actividad-producto, de Humboldt; habla-lengua, de Saussure, o las más elaboradas proporciones de Delacroix y de Bühler. Apuntaré sólo que en una primera consideración general y simplificadora del fenómeno del lenguaje, parece bien resumirse la actividad del hablante en el concepto de palabra, y el producto lingüístico de esa actividad, la lengua, en el concepto de nombre. El nombre representa una cosa fija, determinada y unida a la idea o a la cosa correspondiente, y es tendencia natural la de considerar una lengua como un conjunto de nombres que corresponden a otro de ideas o de cosas. Siendo por lo demás compatible esto con la convicción de que una lengua deba verse como un sistema y no como un mero conglomerado de nombres en trabazón mecánica. Por otra parte debe quedar claro que esa dualidad palabra-nombre, no es cosa que establezca conscientemente Unamuno, quien en varios casos emplea como indistintas una y otra denominación. Es más bien un resultado de la separación de temas que yo he hecho al realizar el análisis de sus escritos.

bate el menosprecio al nombre que se puede derivar de una postura ante el nominalismo. Y el fundamento que para esa apología busca es el mismo: la capacidad creadora que ve en el nombre lo mismo que ha visto en la palabra.

También se da en las disquisiciones del autor a propósito del nombre la relación íntima con problemas del plano religioso y con la cuestión dominante del pensamiento de Unamuno: la inmortalidad, la eternización. Paralela a la dualidad *Verbo-letra*, encontraremos aquí otra, *Hombre-nombre*, cuyos términos se corresponden en cierta medida con los de aquella. Por lo demás, la manera de tratar los problemas sigue siendo la misma: una temática irregular, caprichosa, sin sistema, de la que no debemos esperar una meditada página lingüístico-filosófica científica a propósito de la nominación, de los caracteres del nombre.

Identidad de concepto y nombre.

Tratando Unamuno de la filosofía de las ideas, al aludir al problema de los universales, dice: «Y esas ideas, que son la realidad, son nombres, como el nominalismo enseñaba. No que no sean más que nombres, *flatus vocis*, sino que son nada menos que nombres» (53). No es precisamente nominalista, por cuanto cree en la realidad de un contenido de los conceptos generales; pero propugna una mayor consideración hacia los nombres, un mayor acercamiento entre las ideas y sus nombres en cuanto pueda ello suponer, no un rebajamiento de aquéllas, sino una exaltación de éstos. La fórmula doblemente despectiva de Roscelino de Compiègne experimenta una involución: de ninguna manera llegar a desdeñar las ideas por considerarlas meros nombres endebles y mudables; hay que prestar atención suma a los nombres, que son los que mejor que nada nos pueden llevar al conocimiento de la realidad y esencia de las cosas.

(53) *Del sentimiento trágico...* Conclusión (pág. 306). «Nuestra filosofía occidental entró en madurez, llegó a conciencia de sí, en Atenas, con Sócrates, y llegó a esta conciencia mediante el diálogo, la conversación social. Y es hondamente significativo que la doctrina de las ideas innatas, del valor objetivo y normativo de las ideas, de lo que luego, en la Escolástica, se llamó realismo, se formulase en diálogo. Y esas ideas, que son la realidad, son nombres, como el nominalismo enseñaba. No que no sean más que nombres, *flatus vocis*, sino que son nada menos que nombres. El lenguaje es el que nos da la realidad, y no como un mero vehículo de ella, sino como su verdadera carne, de que todo lo otro, la representación muda e inarticulada, no es sino esqueleto.»

¿Pretendes desentrañar
 las cosas? Pues desentraña
 las palabras, que el nombrar
 es del existir la entraña.
 Hemos construido el sueño
 del mundo, la creación,
 con dichos; sea tu empeño
 rehacer la construcción (54).

Como Unamuno sostiene que no puede haber pensamiento sin expresión, viene a hacer resaltar que en el ejercicio del entendimiento juegan un importantísimo papel los nombres, que son los que hacen posible la existencia de los conceptos.

Un concepto individual, puramente individual, apenas es algo positivo ni cosa viva y fecunda, mientras no se trasmite mediante el nombre, su cuerpo en un cierto sentido, pero en otro sentido no menos cierto, su alma su verdadera alma. El nombre es, pues, el concepto socializado, el oro acuñado. El nombre y sólo el nombre, es lo que en un concepto queda si de él sacas las sendas representaciones concretas que cada uno nos formemos del mismo (55).

Lo que pretende es una dignificación del nombre, igualándole en jerarquía con la idea frente a la imagen, y no le importa, al preguntarse: «el concepto mismo ¿es, en rigor, algo más que el nombre?», presentar la doctrina del nominalismo como ineludible: «¿Me llamas por esto que digo nominalista? Entonces me haces tal al llamármelo» (56).

Unamuno encuentra en la evolución de la lengua una imagen de la evolución del pensamiento; en la formación de los nombres ve reflejada la evolución de los conceptos:

No hay que darle vueltas; sólo sabiendo cómo se han formado en los pueblos los nombres de los conceptos, llegaremos a descubrir su realidad externa, porque ¿qué otra cosa puede ser su externa realidad sino la causa que ha producido en nosotros esos conceptos? La filosofía se reduce a la ciencia de la generación de las ideas, a la *ideogonía*, y la ideogonía que quiera tener valor objetivo, a la ciencia de la generación de los nombres, de los conceptos socializados, a la

(54) «¿Pretendes...?» Del *Cancionero* (*Antología poética*, núm. 373).

(55) *La selección de los Fulánez* (*Ensayos*, IV, pág. 143).

(56) *Idem* (*Idem*, pág. 144). El P. Oromí comenta el pasaje citado antes del *Sentimiento trágico* diciendo que Unamuno «quiere establecer la legitimidad del nominalismo racional». *El pensamiento filosófico...* (pág. 136). No puede desconocerse que el nominalismo absoluto es una postura extrema tal vez no adoptada por ningún filósofo.

onomatogonía o lingüística honda. Llevamos las ideas encerradas en nombres; el nombre es la botella de Leyden de donde la idea surge y en que se concentra. ¿Por qué los neolatinos llamaron a la fuerza con este nombre, fuerza, *fortia*, y no con otro? He aquí una cuestión más honda que todas las disertaciones logomáquicas respecto a lo que la fuerza sea en sí (57).

El nombre creador.

Aún de la identificación de concepto mental y nombre, pasa Unamuno a dar al nombre la categoría de creador de las cosas del mundo intelectual. Recuérdese lo que dice a propósito de la imputación de nominalismo. Nombrar es conocer, lo que no sabemos nombrar es como si no existiera para nosotros, porque no lo distinguimos de entre las otras cosas del mundo (58), y todo lo que por saberlo nombrar, por tener una representación fija en nuestra mente, si existe para nosotros, es espiritualmente nuestro: «Dar nombre a las cosas, como hizo Adán, es conocerlas y apropiárselas. El nombramiento es el acto de posesión espiritual» (59). Y en cuanto las cosas son para nosotros tal como las conocemos, tal como las concebimos, el nombrar, que es conocer, es también propiamente crear, hacer.

Si; el nombre es en un sentido hondo la cosa misma, y jamás se ha dicho disparate mayor que aquel de que *le nom ne fait pas à la chose...* El nombre no sólo *hace a* la cosa, sino que, en limpio y neto castellano, hace la cosa. Nombrar es conocer, y para nosotros es hacer la cosa, hacémosla (60).

(57) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 144).*

(58) Stenzel nota una particular espiritualización del mundo sensible que se efectúa en el hablar del hombre: «Pero además, la palabra como realidad sonora y vuelta hacia la realidad, hacia el ser del mundo, hace afluir a éste algo de su espiritualidad.» *Filosofía del lenguaje*. Madrid. Revista de Occidente, 1935 (pág. 58). Unamuno trae para apoyo de su teoría la etimología de *nombrar*, emparentada con la de *engendrar*. *Amor y Pedagogía*. Apuntes... (pág. 249).

(59) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 141)*. Comp.: «... de tiempo en tiempo pasaba uno de aquellos viejos vapores de ruedas que nos hacían prorrumpir a coro, subidos en los bancos para mejor verlos: ¡El Vizcaíno Montañés, el Vizcaíno Montañés, el Vizcaíno Montañés!, o cual fuese su nombre. Esto de repetir el nombre de una cosa delante de ella es uno de los placeres de la infancia; es como si en cierto modo nos adueñáramos espiritualmente de ella.» *Recuerdos de niñez y de mocedad*, 1, VI (pág. 44). Era detalle éste muy vivo en la memoria de Unamuno, que lo repite, con variantes, en otras ocasiones. Juan Maragall le ponderaba mucho esta observación en una carta. De este tipo era la inefabilidad en la intensiva repetición de «aquella canal, aquella canal», que el poeta catalán había relatado en su *Elogi de la paraula*. (Véase *Obras completas*. Barcelona, Ed. Selecta, 1947, pág. 563.)

(60) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 143).*

En este sentido, el neologismo tiene para Unamuno singular importancia, por cuanto es un acto creador no sólo de formas externas literarias, sino de realidades. De la *novela* dice: «Invento el género, e inventar un género no es más que darle un nombre nuevo, y le doy las leyes que me place» (61); y de la *cocotología*, después de unas citas de Carlyle, Goethe y Shelley: «Con todas estas y otras consideraciones acerca del nombre, consideraciones que sacaré de mi cuadernillo rotulado *Onomástica*, justificaré la importancia capital que tiene el nombre que doy a la nueva ciencia, y cómo al nombrarla la creo» (62).

Y en más elevado plano intelectual, en la idea de Dios que Unamuno tiene, representa un punto importantísimo el hecho de la denominación. Como no quiere creer en un Dios superior y distinto a nosotros, sino en una proyección del yo al infinito, que dice él, es decir, en un Dios que el hombre mismo crea al creer en él (63), el nombre que el hombre dé a ese Dios, por encerrar en sí el concepto que él forma, será tanto más justo cuanto más propio sea a su idea de Dios, e influirá en la misma esencia y existencia de éste.

Si aciertas a Dios a darle
su nombre propio, le harás
Dios de veras, y al crearle,
tú mismo te crearás (64).

(61) *Niebla*, XVII (pág. 143). En el Prólogo a la 3.ª edición: «Novela y tan novela como cualquiera otra que así sea. Es decir que así se llame, pues aquí ser es llamarse» (pág. 22).

(62) *Amor y Pedagogía*. Apuntes... (pág. 251).

(63) Véase: OROMÍ, *El pensamiento filosófico...* (págs. 124 y 148-149).

(64) Poesía citada en la nota 54. Ese nombre dado a Dios, a un Dios que se mantiene de nuestra fe en él, ha de ser para Unamuno un nombre que diga cálida relación con nuestro sentimiento: «Y si nos dicen que se llama El, que es o *ens realissimum* o Ser Supremo o cualquier otro nombre metafísico, no nos conformamos, pues sabemos que todo nombre metafísico es equis, y seguimos pidiéndole su nombre. [Génesis, XXXII, 29.] Y sólo hay un nombre que satisfaga a nuestro anhelo, y este nombre es Salvador, Jesús, o Dios es el amor que salva.» *Del sentimiento trágico...*, VIII (pág. 183). «Santificado sea el tu nombre», se nos ha enseñado a rezar. Y es que el nombre de Dios es Dios, es divino.» *Discurso...* Salamanca, 1934. Podría verse reminiscencia de un pasaje de fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, I: «... y no será entonces su nombre otro que El mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere de El, esto es, con el mismo El, así y de la misma manera como le conociere.» (*Obras completas castellanas*. Madrid. B. A. C., 1944, pág. 401.) El concepto de Dios unamuniano es más complejo que lo que estas líneas dan de sí. Consúltese la obra del P. Oromí, y en la de J. Marías los epígrafes «El contenido religioso» y «El tema de Dios». Ha trabajado sobre este tema Francisco Sevilla Benito.

L í r i c a .

Tomando ocasión en las enumeraciones que aparecen en una obra de Walt Whitman, Unamuno hace la exaltación del nombre por el nombre, como índice de la más pura y alta efusión lírica. La inefabilidad de un sentimiento íntimo puede estallar en una expresión nominal omnivalente, universalmente significativa, que equivale a un discurso entero y verdadero.

Cuando la lírica se sublima y espiritualiza, acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos. La primera estrofa del dúo eterno del amor puede ser el te quiero, te quiero mucho, te quiero con toda el alma; pero la última estrofa, la del desmayo, no es más que estas dos palabras: ¡Romeo! ¡Julietta!, ¡Romeo! ¡Julietta! El suspiro más hondo del amor es repetir el nombre del ser amado, paladearlo haciéndose miel en la boca (65).

Y tengo por indudable, lector, que el himno que más adentro del corazón se te ha metido fué cuando oíste tu propio nombre, tu nombre de pila, el doméstico, desnudo y puro, suspirado en la penumbra. Es la corona de la lírica (66).

Ante estas consideraciones cobra inmenso valor el rezo monótono de las letanías. Recuérsele también la importancia que da Unamuno en su poesía *Salamanca* a los nombres grabados en los bancos del Estudio:

Allí Teresa. Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Nombres de persona.

Acerca de los nombres de persona escribió Unamuno varias disquisiciones incidentales en sus relatos novelescos y, además, un ensayo entero dedicado a los apellidos de genitivo, titulado

(65) *El canto adánico (El espejo...*, pág. 143).

(66) *Idem (Idem*, pág. 145). Corrijo *viste tu propio nombre* del texto, acaso errata por *oíste*. Compárese la o de trazo sin cerrar por arriba, de las palabras *sobre* y *soldó* en el autógrafo reproducido en las conocidas tarjetas de homenaje jubilar al autor. La verdad es que *ver* abarca a veces sentidos de *oir*, como verbo preferido para significar de un modo general la expresión de sensaciones.

La selección de los Fulánez. Este escrito, de gran amenidad, va encaminado a mostrar que si estos apellidos, como Domínguez o Fernández, van reduciéndose a simples letras iniciales que los representan junto a los segundos apellidos cuando éstos son menos comunes, con evidente y comprobado riesgo de desaparecer —D. Bécquer, F. Silvestre—, o se van fusionando entre sí—Fernández y González, López Domínguez—, o con otros, mediante el empleo de la preposición *de*—Martínez de la Rosa—, la «aglutinación»—Navarrorreverter—, o la «conjugación»—Fernanflor—, puede llegar un momento en que sean verdaderamente raros. Y entonces, lejos de procurarse su pérdida, como ahora se hace en la lucha por la distinción de las firmas, serán afanosamente buscados en investigaciones genealógicas para dar a cualquier otro apellido el realce individualizador de la rareza.

Si los Fulánez contrajeran manía suicida, Hegaría tiempo en que un Sánchez, un López, un Martínez, serían lo sumo de lo raro, lo inaudito, y entonces, entonces verán sus tataranietos, amigo Juan Pérez, a los Ratafutis, los Iraizoz y los Unamunos, convertidos acaso en apellidos vulgares, buscando en sus papelotes genealógicos una humilde S., una M. escondida, una F. trasconejada en tal firma de tal tatarabuelo para infundir función en el pobre órgano atrofiado y resucitar un Sánchez, un Martínez o un Fernández, entonces distinguidísimos (67).

Se desenvuelve esta exposición en un ambiente biológico evolucionista, como ya su título mismo lo deja ver; va salpicada de detalles anecdóticos bien traídos, y apunta la idea de que todo el rigor de los procedimientos administrativos o judiciales para el mantenimiento de las formas de los apellidos, fracasa en cuanto se interpone una fuerza vital que desvía el cauce de la transmisión escrita y da lugar a variaciones de forma o aun a creaciones nuevas. En tono crítico humorístico alude a la posibilidad de un reparto de los apellidos en ponderada distribución de las formas raras y de las comunes mediante el «socialismo nominal». No hay profundización en el tema onomástico, ninguna serie utilizable de datos históricos, nada seriamente científico, filológico. Se diría que sólo por divertimento se aplica el autor a este tema de los apellidos; o, también, para tener

(67) *La selección de los Fulánez* (*Ensayos*, IV, pág. 163).

ocasión de comentar en las primeras páginas la importancia y trascendencia del nombre, disertaciones más del carácter de Unamuno que las otras.

La personalidad.

En los escritos novelescos trata Unamuno varias veces de la relación entre la persona y el nombre que lleva. No se puede decir con entera verdad que pertenezca esto del todo al ideario de Unamuno en lo que respecta al nombre de persona, ya que no está libre de intención caricaturizante y tono humorístico. Hay que pensar, no obstante, que problemas de éstos le inquietaban un poco.

El nombre no debe quedar limitado en su valor a un mero instrumento de distinción de individuos: forzoso se hace que, además, denomine adecuadamente los contenidos de las respectivas personalidades. Los nombres deberían ponerse a los hombres luego de muertos, cuando ya pudiesen dar a entender, por su significado, la condición particular de cada uno. Algo así como los héroes de Homero tienen dos nombres, el que les dan los hombres, meramente distintivo, y el que les dan los dioses, el epíteto significativo y definidor. No teniendo significado, ¿por qué ha de obligar el nombre impuesto caprichosamente? «¿Y por qué no he de llamarme yo de otro modo que como los demás me llaman?» (68). El ideal sería que, como en el pasaje de Jacob (Génesis, XXXII, 29), múltiples veces citado por Unamuno, declarar un hombre su nombre, fuese declarar su propia esencia, como en más cercana aproximación ocurre con las cosas. De aquí el valor del mote popular y la razón de su perduración más segura que la de los mismos nombres legales (69).

Cuando se trata de poner nombre a una criatura, el rasgado Don Juan que pinta Unamuno aconseja:

¡Ah!, entonces llamadle castizamente—¡hay que ser castizos!—Dolores, Angustias, Tránsito, Perpetua, Soledad, Cruz, Remedios, Consuelo o Socorro... Es decir, si los tiempos no piden que la llaméis Libertad, Igualdad, Fraternidad, Justicia o... Acracia (70).

(68) *Niebla*, II (pág. 39).

(69) *Amor y Pedagogía*, III (pág. 66). Véase también *La selección...* (*Ensayos*, IV, pág. 157 especialmente).

(70) *El Hermano Juan*, act. 3.º, esc. VIII.

Y el propio autor se quedó en una ocasión con ganas de explicarse y explicarnos la razón de su afición a estos nombres propios que son al mismo tiempo nombres de cosa:

... por qué a los personajes de esta mi novelita les llamé como les llamé y no de otro modo, por qué a Rosita, Rosita, y no Angustias. Tránsito—esto es: muerte—, Dolores—Lolita—o Soledad—Solita—, o tal vez Amparito, Socorrito o Consuelito—Chelito—, o Remedita, diminutivo de Remedios, nombres tan significativos y alusivos (71).

A Unamuno le gusta aprovechar la aureola de evocación en que envuelve al hombre la asociación de su nombre con el de otra persona anteriormente conocida. Así se presenta al lector el protagonista de *Niebla*:

Al aparecer Augusto a la puerta de su casa, extendió el brazo derecho, con la mano palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo, quedóse un momento parado en esta actitud estatuaria y augusta. No era que tomaba posesión del mundo exterior, sino que era que observaba si llovía.

Y cuando se oye llamar Don Augusto, «No a todos los nombres les cae el don—observó él—. Así como de Juan a don Juan hay un abismo, así le hay de Augusto a don Augusto. ¡Pero... sea!» (72).

Pero también señala las ventajas que tiene el que los nombres arbitrariamente elegidos no despierten en la mente de los hombres ideas que encadenen a los que lleven tales nombre a sólo determinadas actitudes, actividades o privilegios en la vida.

Ese tu nombre, Juan, significó en un tiempo algo vivo, y hoy nada quiere decir ya; es un mero asignado, sin valor intrínseco. Pero, ¡no!, aún lleva en sí la aureola de todos los grandes Juanes, desde el Bautista y el Evangelista, y el de Juan Lanas, de Juan Pueblo y de Juan Soldado. Aún te choca un Benigno maligno, un León cobarde, un Angel demoníaco, un Bienvenido que llega a destiempo, un Casto corrido; pero no te fijas en un Federico nada pacífico, ni en un Epi-

(71) Se refiere a su novela *Un pobre hombre rico*, cuyos personajes son de un casticismo madrileño que raya en el sainete. (*San Manuel Bueno, mártir*... Prólogo, pág. 22). Un nombre de mujer a que Unamuno era muy aficionado, es Liduvina; lo llevan varias mujeres de sus narraciones. Tal afición nació quizá al calor de un análisis filológico de la forma Luzdivina, procedente de una etimología popular y muy frecuente en Salamanca, donde la abreviatura familiar o cariñosa es Lucita, Luz. Véase *Viejos y jóvenes* (*Ensayos*, III, pág. 44, n.) y *San Manuel Bueno, mártir*... Prólogo (págs. 32-33).

(72) *Niebla*, I (pág. 31) y II (pág. 41).

fania oscuro, o en un Aniceto vencido, porque nada te dicen los nombres éstos.

Y, la verdad, más vale que no digan nada, amigo Pérez, porque estos nombres significativos son tan ventajosos, por el hecho mismo de serlo, como es ventajosa en la ciencia la terminología griega, que, no evocando en nuestra conciencia corriente y espontánea idea alguna vulgar por la asociación de un nombre, no impide la evolución del concepto científico. ¡Cuán lejos no están las *matemáticas* de lo que la etimología de su palabra designa! (73).

Los nombres de persona también llevan en sí su «pecado original», su carga afectiva, sentimental, negativa que, por ejemplo, condena a olvido a San Judas (74).

El problema de los nombres tiene su parte en la caricatura de los positivistas de la novela *Amor y Pedagogía*. Al nacer el destinado a genio, el primer problema que surge es el del nombre que habrá de imponérsele, nombre que deberá estar en consonancia con lo que se pretende que el genio sea. Se quiere ponerle un nombre griego y significativo. Haciendo selección entre varios nombres griegos, unos usuales y otros hechura del mentor de Avito, éste, padre del nuevo genio, no se decide por completo a imponerle *Apolodoro*, 'don de Apolo' porque no le satisfacen las evocaciones que tal nombre puede despertar. Y echa de menos no poder poner al chico un nombre algebraico, *A, B, C* o *X*; o si no, *Acapo, Bebito, Futoque*, meros conglomerados casuales de sílabas, sin significación (75). En la novela *Abel Sánchez*, dentro del ambiente pasional de la envidia que describe, cobra importancia la indecisión del abuelo al escoger entre los nombres del envidiado y del envidioso para serle impuesto uno de ellos al nieto común, recién nacido. Porque barrunta en la continuidad del nombre un signo de continuidad en la pasión devoradora.

Ya que no se puede uno sustraer a la influencia que ejerce el propio nombre, el que se haya de llevar toda la vida, menester es que no caiga sobre el hombre como un estigma vergonzante.

El nombre que a uno le pongan y que tenga que llevar, puede

(73) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 146).*

(74) «... la Epístola del olvidado apóstol San Judas—¡lo que hace un nombre!—...» *San Manuel Bueno...* (pág. 116).

(75) *Amor y Pedagogía, III (págs. 66-68).*

hacer su felicidad o su desgracia; es una perpetua sugestión. ¿No se oye decir a muchos: «Me debo a mi nombre»? ¡Cosa ardua el cómo me llamen y cómo me llame a mí mismo! (76).

Lo deseable es que nuestro nombre sea un claro índice de un precioso contenido personal y que, en esa influencia que se da del fuera al dentro, del hábito al monje, nos permite el nombre apoyarnos en su noble apariencia para aprovecharnos del buen influjo que sobre nuestros semejantes ejerza. Para esto necesitaba nombre nuevo Alonso Quijano, para acometer las hazañas que concibió en su enloquecimiento y cobrar con ese nombre nuevo la eterna fama (77). Reverso de este caso del nombre de Don Quijote, es otro presentado en la novela *Abel Sánchez*, cuando el envidioso, en sus monstruosas fruiciones ante la posibilidad de dañar a Abel, corroído por la evidencia de la futura fama de su víctima, observa, al proponerse escribir unas *Memorias*, que éstas tendrán la virtud no sólo de eclipsar con su valor literario la fama del otro, sino aun la de suplantar su nombre propio, haciendo que la gente le conozca con el de él, su detractor, como determinativo:

Te pondré para siempre en el rollo y no serás Abel Sánchez, sino el nombre que yo te dé. Y cuando se hable de ti como pintor de tus cuadros, dirán las gentes: «¡Ah, sí, el de Joaquín Monegro!» (78).

Hombre y nombre.

En un tema que se puede relacionar con la oposición verbo-letra, con el menosprecio de la palabra escrita, del libro, frente a la palabra hablada, representativa de todo lo vivo, se plantea la contradicción del hombre con su nombre. Es en la obra dramática *Sombras de sueño*. Una joven fascinada por el personaje extraordinario cuya historia relata un libro que ella trae siempre ante los ojos, se enfrenta casualmente con el hombre y se siente llevada a amarle, pero sólo en cuanto le ve obrar y sentir como su libro retrata al héroe, sólo en cuanto se ajusta al ideal obsesionante que ella se ha forjado con la lectura. Y al lla-

(76) *Amor y Pedagogía*, III (pág. 66).

(77) *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, I (pág. 34).

(78) *Abel Sánchez*, XXXI (pág. 203).

marle, emplea instintivamente el nombre que se le da en la biografía, no el otro nombre con que él mismo se ha presentado en traza de incógnito. El hombre se siente lastimado, rebajado a la condición de protagonista de una historia, y la repele:

ELVIRA. ¡Tulio!—MACEDO. ¿Tulio? ¿Tulio o... Julio?—ELVI. ¡Es igual! MACE. ¡No, no es igual! Y me has llamado; has invocado el nombre, uno u otro, pero el nombre; no me has tomado, al hombre, al animal si quieres. Y éste sobra... ¡No, no te me acerques, no me toques! Todo lo que hagas o digas ahora será mentira, nada más que mentira; eres una mentira, una mentira que se miente a sí misma... Llegué acá, a esta bella isla, decidido a enterrarme en ella vivo, y te vi. ¡Te vi! (Pausa.) Te vi... te vi y sentí resucitar al que fui antes de mi historia, antes de esa fatídica historia que ha contado ese hombre que hizo el libro de mi vida, que me hizo libro; sentí revivir al oscuro mancebo que se casó a los dieciocho años con su Elvira. ¡Volví a encontrar a mi Elvira!... ¡Cómo te pareces a ella! ¡Pero sólo de cuerpo, no de alma! Porque aquel bendito ángel de mi hogar fugitivo apetecía el silencio y la oscuridad, y buscaba el aislamiento y jamás soñó con que su nombre resonara en la historia unido al mío...—ELVI. ¡Pues quédate, Tulio, y viviremos aquí; yo contigo! ¡Seré tuya!—MACE. ¿De Tulio o de Julio, otra vez?—ELVI. De quien quieras...—MACE. ¡No, de quien yo quiera... no! Tú eres del otro, no de mí. ¡Tú eres del otro! Te vi, sentime resucitar, creí que había resucitado mi Elvira, la mía, te busqué y me encontré con el que creí haber matado y que te había vuelto loca; me encontré con el de ese libro fatal. Y tú, que amabas—¿amar?—con la cabeza, cerebralmente, a Tulio Montalbán, no podías amar con el corazón, carnalmente, si quieres, a un náufrago sin nombre. Todo tu empeño fue conocer mi pasado cuando yo venía huyendo de él ¡Y ni me conociste! Prueba que era tu cabeza, cabeza de libro, y no tu corazón, el enamorado...» (79).

Permanece de relieve la importancia del nombre, puesto que aparece como sustentando todo un contenido ideal de que es posible que se haya enamorado una mujer. Pero Unamuno no puede ver imposible que la acción del nombre llegue a anular al verdadero objeto capaz de ser amado, al hombre, que queda ensombrecido si su misión ha de ser continuar la senda que el nombre le marca. Mentira y verdad, nombre y hombre. Como en todo episodio de la pugna entre la letra y la palabra, aquí también se pretende que venza el hombre al libro. En el dramá

El otro, el fratricida explica su desesperación y su crimen por el hecho de que le atosigaba verse despreciado, confundido con su hermano gemelo, aniquilada su personalidad, no distinguiéndose de aquél más que en el nombre, cosa añadida, como se le distinguía acaso sólo por el traje. El llegar a ser sólo nombre —y no hombre—le llevó al odio criminal (80).

La fama.

Aún unas líneas más a propósito del nombre: el papel que éste juega en el tema de la inmortalidad personal. La permanencia del nombre a través del tiempo es una prenda de pervivencia del individuo que lo portó. Pero, ¡ay!, una pervivencia que no puede satisfacer cumplidamente el afán de no morir. Unamuno pudo querer un día eternizar su nombre:

Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio (81).

Pero a quien buscaba con todas las veras de su alma una inmortalidad verdadera, no podía satisfacer la simple permanencia del nombre en las bocas y oídos de los venideros; llegaría a considerar esta perduración como una mentirosa apariencia de eternización:

¿No es acaso la mayor locura dejar perder la gloria inacabable por la gloria pasajera, la eternidad de espíritu, por que dure nuestro nombre tanto como dure el mundo, un instante de eternidad? Mayormente, cuanto que buscando la gloria celestial se conquista por añadidura, la terrena (82).

Y en todo caso, un triste consuelo:

¡Cuántos he sido!
Y habiendo sido tantos,
¿acabaré, por fin, en ser ninguno?
De este pobre Unamuno
¿quedará sólo el nombre? (83).

(80) *El otro*, act. 2.º, esc. VI.

(81) *Salamanca*. (Del libro *Poemas*.)

(82) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LVIII (pág. 227).

(83) Escrito en el cuarto en que viví mi mocedad. (*Rimas de dentro*.)

La raíz de la locura de su vida (84) no podía pararse en querer asegurar su renombre, su firma, «nombre monetizado en el mercado literario, esto es, en la feria de las vanidades» (85); quería permanecer él, él mismo; que alentara su propio espíritu en los que habrían de vivir vida terrenal después de él:

¿Derramarse? ¿Y qué importa? De eso me culpan, de que no me concentro, de que no enfoco mi actividad a producir una obra que *quede*. Hoy se lo escribo a Maeztu: hay que cuidarse más de verter el alma que de legar el nombre; el alma vertida se recoge; quien sólo el nombre lega, no más que en nombre quedará (86).

Lo mismo que, tal vez sinceramente, daba poca importancia a la mención de los libros que utilizaba y de donde tomaba apoyo para sus escritos propios, quería preferir que su obra se derramara en fecunda dispersión, aunque su nombre de autor se olvidase. La consideración de que el comadreo de conocer—distinguir, más bien—al catedrático de Salamanca por la etiqueta de su nombre, pareciera más importante que el trabajo intelectual de comprender y criticar con sinceridad y conocimiento de causa su obra del espíritu, le desazona y le lleva a una triste conclusión, a un pobre concepto de los hombres:

¿Sabéis lo que es eso de que se conozca sólo vuestro nombre y de que os conozcan en dondequiera, mientras en dondequiera no saben lo que habéis hecho? Pudiera muy bien suceder que éstos mis comentarios a la vida de mi señor Don Quijote provocaran en nuestra España, como han provocado algunos otros trabajos míos, discusiones y vocerío; pues bien: os aseguro desde ahora que los más furiosos en vocear por ellos no los habrán leído. Y, sin embargo, es tan miserable el hombre que prefiere el nombre sin la obra a la obra sin el nombre; quiere más dejar su efigie acuñada en cobre a dejar oro puro de su espíritu, pero de donde se borren la efigie y la leyenda (87).

(84) Cuando Don Quijote, a pique de morir, sana su mente, habla de su renombre de bueno, exclama Unamuno: «¡Renombre!, ¡renombre!, y ¡cuán dura de arrancar es, Don Quijote mío, la raíz de la locura de tu vida! ¡Renombre de bueno! ¡Renombre de bueno! ¡Renombre!» *Vida...*, 2, LXXIV (pág. 275).

(85) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 151)*.

(86) Fragmento de carta en *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, t. II (página XLII). Recuérdese la encendida expresión: «Cuando vibres todo entero—soy lo, lector, que en ti vibro», de la composición «Me destierro a la memoria» (*Cancionero. Antología poética*, núm. 426).

(87) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXI (pág. 245). Comp. *Una visita al viejo poeta (El espejo...*, pág. 129).

No sé si será un espejismo derivado de la ilación en que presento los distintos pasajes elegidos. Pero es el caso que en varios puntos se me aparecen en Unamuno, en pugna no resuelta, un idealismo afirmativo, vivaz, y una insatisfacción final ante la realidad que acaba frenando los impulsos primeros. Y así, al tratarse de esta cuestión de la inmortalidad, parece que se hunde un poco la afirmación de la importancia y trascendencia del nombre como cosa eficaz y altamente apreciable. Ya es sólo una piel espiritual, *aere perennius* (88) y todo lo que se quiera, pero demasiado pobre, que no alcanza a llenar la necesidad de vivir más allá de la muerte. El nombre va a bajar en la estimación de Unamuno; pues se desvanece toda la continuada ponderación de lo lingüístico ante esta impotencia para satisfacer el más noble, despierto y arraigado anhelo de toda su vida. Sólo queda una salvación: proyectado esto al plano de lo religioso, desear que sea Dios, eterno y permanente, quien en su infinita, incolmable memoria conserve los nombres: «... ser por Dios conocidos, esto es: nombrados; y vivir en su memoria que es la historia, pensamiento divino en nuestra tierra humana» (89).

(88) «Y lo que se immortaliza es el nombre, que es la piel espiritual y el pecho por que transpira y aun respira el alma.» *Discurso...* Salamanca, 1934. Véase: GOETHE, *Poesía y verdad*, II, 2, citado por Unamuno en otra ocasión.

(89) *Discurso...* Salamanca, 1934.

III.—LINGÜÍSTICA Y FILOLOGÍA

El hecho social y el lenguaje.

Unamuno afirma varias veces que el lenguaje—como otras muchas cosas, como el hombre mismo en cuanto hombre, como la razón—es de origen social, entendiendo que lo que impulsa al hombre a hablar es la conciencia de que tiene frente a sí un prójimo capaz acaso de entenderle. Lo social eminentemente es el *habla*, no lo que desde Saussure se define como social por excelencia: el sistema organizado, la *lengua*. El verdadero problema lingüístico que enlaza sociedad y lenguaje se refiere a la condición de semántico, significativo de algo, que el lenguaje tiene. Y pese a esa repetida proclamación de lo sociológico del lenguaje, Unamuno está fuera de la concepción sociológica verdadera. Porque sigue a Wundt, y una vez nos presenta el lenguaje de Adán, como una efusión lírica, pura expresión sentimental, anterior a la formación de la sociedad necesaria y suficiente, ya que de acuerdo con el relato del Génesis, la creación de la mujer es posterior al ejercicio del hombre nombrando las cosas creadas (1). Y cuando comenta el establecimiento de esa otra sociedad elemental que constituyen Don Quijote y su escudero, dice:

Ya está completado Don Quijote. Necesitaba a Sancho. Necesítábalo para hablar, esto es, para pensar en voz alta, sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho fué su coro, la humanidad toda para él. Y en cabeza de Sancho ama a la humanidad toda (2).

(1) *El canto adánico (El espejo...*, pág. 146). Comp. *Génesis*, II, 19-23.

(2) *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, VII (pág. 54).

Don Quijote habla ya; necesita la sociedad para dar cabida en ella al lenguaje en la forma particular de su lengua heroica. La sociedad, pues, hace posible la perfección, la realización plena de la finalidad expresiva del lenguaje, pero éste, pese a la afirmación aludida al principio, es individual, no debe su esencia significativa precisamente a la vida social del hombre. Para Unamuno la sociedad resulta algo muy exterior que se enfrenta al individuo; no queda éste envuelto en aquélla en cuanto la función lingüística manifestativa del hombre, se desarrolla gracias al hecho de que, en la comunidad, una suma de individuos reacciona en sentido adecuado al percibir el hablar de uno, y dar a sus palabras el valor de elementos de comunicación intelectual que el que las profiere les atribuye. Esta es la manera de entender la «sociología» del lenguaje en la moderna lingüística, a que Unamuno no llegó.

No colocándose en el plano de un analizador de las condiciones de vida de una lengua, sino desde un puesto de exaltador de la personalidad individual del hombre frente al influjo nivelador de la sociedad de que forma parte, se ve forzado a luchar contra esa dependencia que le parece dura servidumbre. Pues esa intención primera de expresarse que el hombre siente —Wundt—, y que halla vía idónea en el lenguaje, se ve bastardeada al ser sometida a unos cauces determinados, exigidos por la adecuación a un sistema lingüístico que sea inteligible para los demás:

Entre dos que hablan, media el lenguaje, media el mundo, media lo que no es ni uno ni otro de los interlocutores, y ese intruso los envuelve, y a la vez que los comunica los separa. ¡Si fuera posible ir creando el lenguaje a medida que se habla lo pensado! (3).

En un momento de optimismo, parece que llega a convenirse de que sobresale, a pesar de todo, el impulso íntimo del individuo y que éste se emancipa de esa esclavitud a la convención social de la lengua.

Para expresar un sentimiento o un pensamiento que nos brota desde las raíces del alma, tenemos que expresarlo con el lenguaje del mundo, revistiéndolo del follaje del mundo, tomando del mundo, de la sociedad que nos rodea, los elementos que dan consistencia, cuerpo y verdura a ese follaje, lo mismo que la planta toma del aire

(3) *Intelectualidad y espiritualidad* (Ensayos, IV, pág. 202).

los elementos con que reviste su follaje. Pero la fuente interna, la sustancia íntima e invisible, le viene de las raíces. El lenguaje de que me sirvo para vestir mis sentimientos y mis ideas es el lenguaje de aquellos a quienes me dirijo; las imágenes mismas, los conceptos en que vierto su savia, son las imágenes y los conceptos de los que me oyen; pero la savia, esa savia vivificante que desde las raíces sube a mis frutos, esa savia que no se ve, ésa es mía. Y es la que da a mis frutos, la que da a tus frutos, la que da a los frutos de todo hombre el sabor que tengan (4).

Ya veremos más adelante que en Unamuno se da una íntima insatisfacción—al menos retórica—ante la inefabilidad de ciertas vivencias que no encuentran cabida en la expresión lingüística.

Origen del lenguaje.

Unamuno estaba curado de la afición prerromántica hacia el problema del origen del lenguaje, y no le concedía ningún valor científico (5). *El canto adánico* (6) trata el tema de una manera superficial, haciéndose eco del relato bíblico, y presenta al padre Adán llevado por Dios ante los animales del paraíso terrenal y ante todas las cosas creadas, para que el hombre les asignase un nombre a cada una, nombre que habría de ser válido para distinguirlos y aludir a ellas. Ante la multiplicidad y belleza de lo que le rodeaba, el hombre experimentó la necesidad de cantar, en un exaltado soliloquio, y para satisfacción de esa necesidad se reveló en él espontáneamente la facultad de hablar. Es una tendencia natural la de tomar como símbolo del nacimiento del lenguaje, cuando se hace una consideración general sin pretensión científica, ese acto de poner nombres a las cosas. Compatible, me parece, con el conocimiento científico de que esa explicación que pudiéramos llamar mecánica, de pura agregación de elementos, no puede bastar para explicar lo que una lengua es; que un sistema lingüístico no se puede concebir como originado de una nomenclatura en virtud de una evolución natural. No le achaquemos a Unamuno falta de meditación

(4) *El secreto de la vida* (Ensayos, VII, pág. 46).

(5) Con intención de crítica de los defensores del primitivismo del vasco, probablemente, recuerda el experimento del vocablo *becos* que trae Herodoto, en *Amor y Pedagogía*, V (pág. 92).

(6) En la colección *El espejo de la muerte* (págs. 143-146).

de este punto. Porque no presta ninguna importancia al problema del origen del lenguaje en el tiempo, y, siguiendo la tendencia moderna general que—en reacción contra los vanos afanes por encontrar la lengua primitiva—ha equiparado el origen del lenguaje con el origen del hombre como problema-límite y en el que toda especulación resulta ociosa y sin salida, Unamuno da por su cuenta una nueva versión despreocupada, escéptica, irónica, del origen del hombre, de la que es este párrafo: «Y esta misma posición le puso pulmones, tráquea, laringe y boca en aptitud de poder articular lenguaje, y la palabra es inteligencia» (7).

Con esto el problema queda trasladado al campo de las relaciones del lenguaje con las facultades superiores del hombre que le hacen surgir. Unamuno presenta el lenguaje como nacido de la fantasía o imaginación, ante la necesidad del hombre de comunicarse con los demás, y como productor, a su vez, en cuanto identificado con el pensamiento discursivo, de la razón y del mundo ideal que de ella se deriva:

La razón, lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social. Debe su origen acaso al lenguaje. Pensamos articulada, o sea reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos. Pensar es hablar consigo mismo, y hablamos cada uno consigo mismo gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros, y en la vida ordinaria acontece con frecuencia que llega uno a encontrar una idea que buscaba, llega a darla forma, es decir, a obtenerla, sacándola de la nebulosa de percepciones oscuras a que representa, gracias a los esfuerzos que hace para presentarla a los demás. El pensamiento es lenguaje interior, y el lenguaje interior brota del exterior. De donde resulta que la razón es social y común (8).

No se me oculta tampoco que podrá decirse que todo esto de que el hambre crea el mundo sensible y el amor el ideal... son metáforas. Y es que ese sentido social, hijo del amor, padre del lenguaje

(7) *Del sentimiento trágico...*, II (pág. 26).

(8) *Del sentimiento trágico...*, II (pág. 31). Comp.: «He pensado mucho en que *logiké* derive de *logos*, la palabra; la lógica empieza con el lenguaje, que siendo de origen social, se hace individual con la palabra interior sin la cual no podemos pensar; la lógica me parece producto social, la asociación de ideas del espíritu colectivo, del *Allgeist*.» Carta, Bilbao, 26-VI-1895 (*Epistolario a Clarín*, pág. 59).

y de la razón, y del mundo ideal que de él surge, no es en el fondo otra cosa que lo que llamamos fantasía o imaginación (9).

Unamuno no se detiene en consideraciones para explicar cómo puede la fantasía o imaginación crear un lenguaje al verlo exigido por las necesidades sociales de comunicación entre los hombres. En cuanto a la dualidad que establece de lenguaje exterior y lenguaje interior, en la cual el primero representa el todo complejo actual del hablar, y el segundo no precisamente el *verbum mentis*, sino la misma facultad de razonamiento, hay que observar que solamente se encuentra en exposiciones ligadas al evolucionismo (necesidad de comunicación—lenguaje externo—lenguaje interno—pensamiento—razón—mundo ideal) (10). Unamuno tiende a absorber en una unidad espiritual la totalidad del fenómeno lingüístico.

Unidad de pensamiento y lenguaje.

El lenguaje y el pensamiento van indisolublemente unidos, puesto que son en el fondo una sola y misma cosa. No cabe pensar sino con palabra, y toda palabra supone pensamiento. El pensamiento y el lenguaje se hace mutuamente (11).

Unamuno, ante el paralelismo lenguaje-pensamiento, no se queda en una concepción meramente asociacionista, e intenta llevarlo hasta una total identificación. Cree en la existencia de una mutua influencia entre uno y otro y no quiere considerarlos como forma y contenido, porque ve a cada paso que trascienden su frontera común, haciendo imposible el análisis de hasta dónde una palabra es sólo lenguaje o sólo pensamiento.

El lenguaje es algo tan connatural en el hombre, que no sabe desprenderse de él, y de tanto emplearlo como instru-

(9) *Del sentimiento trágico...*, cap. II (pág. 33). Corrijo evidente errata, muy descuidada en las ediciones, donde el texto dice *hombre*, por *hambre*.

(10) Cuando comenta favorablemente la idea de Croce de que «intuición es expresión, se intuye lo que se expresa y el arte se compone de intuiciones», dice: «Pero entiéndase que para Croce la expresión es ante todo expresión interior antes de ser comunicada. A lo que conviene acaso añadir que nunca habría habido expresión interior a no haber la exterior, la que se comunica, que el lenguaje es, como el hombre mismo en cuanto hombre, de origen social. El pensamiento mismo es un modo de relacionarnos los unos con los otros.» Prólogo de Unamuno a la *Estética*, de Croce. Madrid, 1912 (pág. 13).

(11) *La cuestión del vascuence*, II (*Ensayos*, III, pág. 202).

mento del pensamiento, se establece una más íntima relación que la de mero auxiliar, hasta ser imposible hacer un razonamiento sin hablar mentalmente en nuestro lenguaje, y no poder darse un uso que no sea de envoltura e información de un pensamiento a nuestra expresión (oral o escrita). Cuando un pensamiento no está enmarcado en los límites de una forma lingüística adecuada, es algo oscuro, difuso e inútil, es lo que Unamuno llama una nebulosa, pero no es propiamente un pensamiento claro, una idea que pueda tener ni un mínimo de eficacia en nuestra mente. De forma paralela, una formación lingüística desprovista en absoluto de sentido, de contenido ideal, de pensamiento, una insensatez, en suma, es un signo muerto, sin más valor que el que pueda atribuirle una consideración desde un punto de vista acústico (o geométrico, si se trata de una palabra escrita). Ni esto es una palabra, ni aquello un pensamiento. El proceso de ideación es simultáneo al hecho de la expresión o, al menos, inmediatamente anterior, y esto en forma que resultan inseparables uno y otra. Unamuno no sabe llenar el hueco que queda entre pensar y hablar, y de ahí la identificación.

Obsérvese cómo concuerda esta visión de la relación entre lenguaje y pensamiento con la teoría saussureana de la materia fonética como elemento organizador del pensamiento y recíprocamente, en la realidad de la lengua, y recuérdese el símil de la hoja de papel cuyo anverso representa el pensamiento y el reverso el sonido: «no se puede cortar uno sin cortar el otro» (12). (Todo contribuye a dar vigor a ese concepto de unidad. Porque ocurre que, gracias a los elementos lingüísticos, se hace posible la progresión de un razonamiento. La facultad de hablar facilita al hombre la labor mental por cuanto gracias al caudal lingüístico que posee, puede permitirse iniciar sus meditaciones, sus juicios, desde ciertos estadios superiores: las palabras que existen mentalmente en el entendimiento representan de una manera fiel y eficaz sus conceptos y convicciones adquiridos anteriormente; y puede apoyarse en ellos para comenzar su nuevo trabajo mental. De no ser por la posesión del lenguaje, se vería precisado a empezar cada vez por los conocimientos más

(12) SAUSSURE: *Curso de Lingüística general*. Trad. Amado Alonso. Buenos Aires. Losada, 1945 (pág. 193).

elementales y las primeras evidencias, para de ahí poder remontarse a cualquier elucubración. Y falto del apoyo del lenguaje, desmoronárasele al hombre todo el edificio mental a la menor vacilación o cambio de rumbo. Algo así como la función que desempeña la definición en el método socrático, representa la palabra en el ordinario operar de la inteligencia humana.)

Y también resulta de este convivir de lenguaje y pensamiento que el primero se convierte en poderoso estímulo del segundo. En el sentido en que influyó, muchísimo, en el pensamiento de Unamuno, cuando del análisis del contenido ideal de una palabra tomaba pie para mil relaciones asociativas; y en el otro sentido a que expresamente alude en el párrafo ya citado y en otras ocasiones, a saber: que el esfuerzo por dar forma lingüística a lo que dentro de nuestro espíritu pugna por conseguir expresión, es de suma eficacia para la propia concepción clara y distinta de la idea de que se trate: el pensamiento y el lenguaje se hacen mutuamente. «La sangre, por la carne, hace el hueso, hace su tuétano, y el hueso, el tuétano, hace carne y sangre. La idea nace de la palabra y la palabra de la idea, pues que son lo mismo» (13). De esto deriva la importancia que tiene atender a la forma de la lengua para que no resulte dañado el pensamiento por las debilidades de aquélla: un pensamiento vigoroso hará prevalecer su fuerza íntima en el molde de la lengua; pero si éste es particularmente estrecho o pobre producirá un desequilibrio mortal para el pensamiento. Si se trata de una renovación ideológica, por ejemplo, no se podrá lograr en tanto que la lengua no esté también dispuesta a renovarse (14).

Para corroboración en esa convicción de unicidad, Unamuno cuenta, ante todo, con su propia experiencia (15), y conscientemente se entrega en ocasiones a la pura divagación, en la seguridad de que, hablando o escribiendo, dejándose guiar por lo que las palabras le indiquen buenamente, hace obra espiritual; o, dicho de otro modo, que el discurso, por más que pueda parecer meramente verbal, está henchido de sustancia ideológica. Así encuentran a sus ojos plena justificación los llamados jue-

(13) *El Hermano Juan*. Prólogo (pág. 33).

(14) Véase *La reforma del castellano* (*Ensayos*, III, pág. 93).

(15) Carta, Salamanca, 2-X-1895 (*Epistolario a Clarín*, pág. 64); *Soliloquio* (*Soliloquios y conv.*, pág. 67).

gos de palabras (16) y los escritos periodísticos, que le son los más verdaderos ejercicios de meditación útil, en busca de la claridad y firmeza de las ideas (17).

Lenguaje y concepción del mundo.

Unamuno encuentra una impregnación de sentido vital, humano, en el lenguaje, una filosofía, una manera de concebir el mundo en la enjundia misma del lenguaje, que es algo necesario y fatal que no se puede sortear. A veces parece convenir a los expositores de doctrinas, que el lenguaje que empleen sea, si vale hablar así, lo más aséptico posible, objetivo, sin carga alguna de afectividad. Pero nunca logran ese deseo, porque en cada recodo les acecha la invasión de elementos subjetivos, sentimentales, que han hecho carne suya el lenguaje sin el cual no es posible pensar ni filosofar. Unamuno cita mucho la obra de Avenarius, *Kritik der reinen Erfahrung*, en la que su autor se propuso hablar en una modalidad de lengua que excluyera los preconceptos, las resonancias (18). Intento de «lengua inhumana, es decir, inepta para las necesidades de la vida», llamó Unamuno a éste (19); así no se puede filosofar, y un lenguaje que pretenda esa frialdad racional, absolutamente objetiva, resulta en definitiva inservible.

En el prólogo a la *Estética*, de Croce, Unamuno echa en cara a Paul el decir que quien no emplee el necesario esfuerzo mental para liberarse del dominio de la palabra, no llegará jamás a una intuición de las cosas libre de prejuicios: «¿Es que es posible librarse del dominio de la palabra?» (20). Las palabras que nos sirven para pensar son elaboraciones de los hombres en su mente, y no se puede llegar a un pensamiento puramente

(16) *Divagaciones de estío (Soliloquios...*, págs. 70 y 72).

(17) *Soliloquio (Soliloquios y conversaciones*, págs. 65-68).

(18) Este problema del desarraigo del lenguaje científico de todo empirismo, de toda atadura a las sensaciones, resulta al fin de cuentas insoluble, porque acaba sucediendo que dentro de un lenguaje científico, los distintos mantenedores de las teorías tienen con su prestigio el sentido de ciertas palabras que luego no pierden el poder evocativo de ése que primero o con más acierto y vigor que otros las usó.

(19) *Del sentimiento trágico...*, VII (pág. 148).

(20) Prólogo de Unamuno en Croce. *Estética*. Madrid, 1912 (pág. 19). *Comp. Del sentimiento trágico...* Conclusión (pág. 305).

racional en que esté ausente la intención que reflejan las formaciones verbales. No conocemos el mundo directamente; nuestro mundo nos lo han hecho así con conceptos incorporados en el lenguaje, y resulta para nosotros como una tradición social.

También Unamuno se lamenta de que no nos sea posible desasirnos de esta influencia de las palabras sobre nuestras ideas; si bien en definitiva acepta las cosas en este estado, en cuanto eso le hace afirmarse más en su actitud de valorización y aprecio de todo lo que representa una manifestación de vida. Una filosofía puramente racional puede considerarse como un ideal, pero sólo desde un punto de vista intelectual, no vital, «como si se pensara sólo para pensar y conocer, y no para vivir» (21). El antropomorfismo de la religión, por ejemplo, que sobresale a cada paso, detrás de cada reformador, es un producto de la influencia heredada con el lenguaje, y de nada sirve combatirlo, porque pervive siempre.

La excelencia de un lenguaje desatado de todo vínculo de herencia intelectual, también había ganado la voluntad de Unamuno, pues la canta abiertamente en uno de sus primeros escritos. De *En torno al casticismo* es la apología del lenguaje algebraico, formular, cuantitativo que, frente al lenguaje vulgar, natural, cualitativo, representa un notabilísimo y eficaz adelanto para el servicio de la ciencia. Pero que queda relegado a un uso sólo posible dentro de unos límites determinados (22): la nomenclatura de fórmulas en química o la de tecnicismos griegos—cuya significación propia puede no ser inmediatamente inteligible—, al no tener resonancia heredada, permiten que se las trate con mayor libertad y seguridad al servicio de las ideas (23). Pero no se puede extender este lenguaje de precisión cuantitativa, abstracto. Unamuno recuerda el intento de Hegel de «encerrar el mundo todo en fórmulas vivas» y da razón de su fracaso: «Tenía que hablar una lengua, lengua nacional, y

(21) *Del sentimiento trágico...*, VII (pág. 148). Véase todo lo que dice Unamuno comentando a Juan Bautista Vico, a propósito de las tendencias de personalización de los dioses o deificación de los elementos de la Naturaleza en la antigüedad, *ibidem* (págs. 146-149).

(22) Comp.: «... es locura querer hacer ciencia prescindiendo en absoluto del lenguaje. Tendrá la ciencia que crearse un lenguaje. H₂O es tan expresión como «agua». Prólogo de Unamuno en Croce, *Estética* (pág. 19).

(23) *La enseñanza del latín...*, IV (*Ensayos*, II, pág. 26); *En torno al casticismo*, I, II (*Ensayos*, I, pág. 32).

el lenguaje humano es pobre para tal empresa, que era la empresa nada menos que de hacernos dioses» (24).

Al principio Unamuno se rebelaba un poco contra esta fuerza del lenguaje que estorba tanto al progreso del lenguaje científico (25). Los hombres de la novela *Amor y Pedagogía*, empeñados en la consecución de un genio de entelequia, se afanan por combatir esa funesta influencia del lenguaje normal vivo que no se amolda a las rigideces y exigencias científicas (26). Unamuno llama «pecado original» de las palabras a este estorbo a la libertad y precisión del hablar que se deriva del hecho de que las palabras van siempre acompañadas de un nimbo producido por las inclusiones de sentido que han experimentado en el uso que se ha hecho de ellas anteriormente. Por más que, desde luego, algunas veces ese nimbo ahorre explicaciones y pueda dar un alto valor expresivo con oportunidad a determinadas palabras. El pecado original de las palabras es la «condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse» (27). Casos típicos de palabras pecadoras son, *barbarismo*, *bárbaro*, *anarquismo*.

Esta mácula determina la imposibilidad de utilizar la palabra en un sentido libre, puro de significación, desligado, en cuanto esto es posible en una lengua.

La letra, que protege y encarna el espíritu naciente, le mata adulto. Así sucede también que la palabra, que engendra y cría la idea, la sofoca por fin, muere la palpitante carne osificada por el dermato-esqueleto en que se ha convertido la capa de que brotara (28).

El progreso origina naturalmente desequilibrios entre el fondo y la forma verbal, y la permanencia de ésta es una rémora para el desenvolvimiento de aquél. La palabra puede quedar

(24) *En torno al casticismo*, I, II (*Ensayos*, I, pág. 33).

(25) La novela *Amor y Pedagogía*, que es toda ella una caricatura del positivismo, parece tener no poco de confesión y burla de sí mismo del autor. Muchas de las afirmaciones y aspiraciones puestas en boca en los personajes, serían en otra ocasión suscritas por el propio Unamuno. Recuérdese su profesión de «algo así como spenceriano» comentada por Lafín ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho* (pág. 270, sgtes., 373).

(26) Véase *Amor y Pedagogía*, VI (págs. 106, 108).

(27) *En torno al casticismo*, I, II (*Ensayos*, I, pág. 29).

(28) *Civilización y cultura* (*Ensayos*, III, pág. 71).

fuertemente ligada a un concepto ideal, estancada en un punto, conteniendo un fondo rebasado ya por la progresión de las ideas. «La palabra, que protege a la idea primero, la ahoga muchas veces después (29). Porque la ata a una sola inclusión de significado, cuando no determina una vaguedad de sentido que hace inutilizable la palabra.

Todo el afán de emplear las palabras en un sentido recto etimológico, sería en Unamuno siempre una lucha por dejarlas lo más exentas posible, libres de las ataduras a una conexión de sentido fija que embaraza su empleo para conexiones nuevas. Pero una lucha en que ya se sabía muy bien Unamuno que no es posible triunfar más que ocasionalmente, avanzar paso a paso, para volver a perder siempre el terreno en cuanto ha pasado la coyuntura del empleo libre de la palabra. Así es como muy pocas palabras han reconquistado su ambiente propio esencial y libre, al ser empleadas por Unamuno en esa intención liberadora; pero ninguna ha podido deshacerse de su nimbo usual, ni aun en la pluma misma del autor. *Barbaro, agonía, escepticismo*, se encuentran en escritos unamunianos con función significativa impregnada del sentido corriente, a pesar de la frecuencia con que él defiende su significado exento. No podía ser de otra manera, so pena de cerrarse a todo influjo de la comunidad lingüística.

De hecho, Unamuno, que lucha entre las dos cosas: expresión formular y lenguaje afectivo, dadas las posibilidades efectivas de los llamados nombres científicos, era opuesto a su empleo: si en un pasaje en alabanza de la importancia del nombre, concede que el poner apellidos a las cosas sirve para clasificarlas, para distinguir las y, en definitiva, para conocerlas mejor, concibiéndolas en conexión las unas con las otras, en general, olvidado de su postura nominalística, combate sin tregua la nomenclatura de la historia natural. No es precisamente que cambie de actitud mental: es que no concede al nombre científico, sobreañadido y cortical, nacido en laboratorio sin calor humano, ningún poder sobre el concepto. Ya que no se trata de una sustitución de lenguaje cualitativo, de sentidos e imaginación, lengua vulgar, por otro cuantitativo, de inteligen-

(29) *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 17).

cia, lenguaje científico, sino de una suplantación de unos nombres por otros, sin que éstos presten a las cosas un ambiente científico que sirva al hombre para el conocimiento de la esencia de ellas.

Esos fingidos nombres científicos no añaden conocimiento, y la atribución arbitraria de ellos no tiene el aliento eficaz de lo espontáneo, la virtud ejecutiva que hace que el nombre natural que el hombre impone a las cosas sea efectivamente su nombre verdadero y válido.

Claro que, aparte de querer combatir el científicismo (30), si Unamuno tiene tanta inquina a la terminología linneana es, sobre todo, porque advierte el peligro de que la ignorancia perezosa llegue a creer que adquiere ciencia con adquirir sólo ese conocimiento y uso de los nombres científicos, como de hecho parece ocurrir en la enseñanza elemental por parte de discípulos y aun de algunos maestros (31), algo así como ocurre en la por Unamuno tan censurada enseñanza de la gramática. Es, pues, ante todo, un problema pedagógico. Aparte de que sin duda le parecería un poco risible y pedantesco el empleo excesivo de esa nomenclatura disgraciosa.

La lengua y la raza.

La impregnación de ambiente significativo de las palabras tiene un carácter tradicional heredado por las generaciones. Toda lengua encierra una manera de entender la vida. La continuidad de un pueblo, más que de una literatura, depende de que la lengua que se sigue usando lleva encerrada en sí una civilización, una cultura condensada «a presión de siglos».

Y es por eso la lengua un elemento diferenciativo de nacionalidades más seguro que cualquier índice racial. Unamuno desconfía de los conocimientos que tenemos a nuestro alcance en las cuestiones de raza, y propone y utiliza como piedra de toque de discernimiento e investigación para las agrupaciones humanas, las lenguas propias respectivas (32). No que piense

(30) En *Amor y Pedagogía* el sabio modifica las denominaciones en esta forma: *simia sapiens*, *homo instipiens*. «*Macropus major*.—¿Y qué es eso?—Su verdadero nombre, su nombre científico; les ponen ahí el nombre.» Cap. VI (pág. 113).

(31) *Recuerdos de niñez y de mocedad*, 2, VII (pág. 169).

(32) *Rousseau, Voltaire y Nietzsche (Contra esto y aquello*, pág. 126).

en una unidad originaria de las diferencias de razas y de lenguas, en el sentido de que coincidan actual o históricamente los límites entre razas con los límites que separan las lenguas, sino que haciendo abstracción de los caracteres somáticos, o despreciándolos (33), se quiere fiar solamente de lo que puede constituir la raza espiritual (34). Y proclama la existencia innegable de afinidades entre los que hablan—piensan—en la misma lengua, y es para él un determinante suficiente para hacer una unidad espiritual, la existencia de una misma lengua en varias naciones (35). Cuando se trata de comprobar la existencia de diferencias internas en el seno de una nación, Unamuno busca el apoyo en las diferencias idiomáticas (36).

El tino de este criterio diferenciativo de comunidades nacionales por sobre los límites estatales o políticos, basado en diferencias de lenguas, reveladoras de la nacionalidad espiritual, se fundamenta en la convicción de Unamuno de que no es posible al hombre la posesión absoluta, íntima, espiritual más que de una sola lengua (37). Sólo una lengua nacional, medio de expresión impregnado de sustancia afectiva heredada, penetra al individuo hasta las raíces de su espíritu. A las demás lenguas que aprenda no podrá hacer más que traducir, siempre traducir, su pensamiento. Estarán estas lenguas en su espíritu como algo advenedizo, no podrá poner en ellas su espíritu íntimo, entrañable. Y esto, no solamente en el sentido escolar de que

(33) «De raza española fisiológica nadie habla en serio, y, sin embargo, hay casta española... porque hay castas y casticisms espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber.» *En torno al casticismo*, 2, I (*Ensayos*, I, pág. 60).

(34) «Una región, un clima, un género de vida, un idioma sobre todo, da una fuerte homogeneidad a una reunión cualquiera de hombres, por muy extraños que sean éstos entre sí en cuanto a su origen.» *La educación* (*Ensayos*, III, pág. 118). (Por lo que se refiere a España, antepone luego al influjo de lengua, legislación e historia, el de la religión católica.) «La lengua... es la sangre del espíritu; se piensa con palabras, y todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, súpalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas.» *Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana*, VI (*Ensayos*, VII, pág. 123). La atribución de una nacionalidad basada en el uso habitual de una lengua, no puede ser una cosa bien definida. Así queda en los escritos de Unamuno en una forma borrosa, más como afirmación cordial que como cosa científicamente demostrable. «Me dirán que muchos de éstos no eran griegos aunque en griego escribían. De esto habría mucho que hablar.»

(35) *Taine, caricaturista* (*Contra esto y aquello*, pág. 179).

(36) Véase: *La ciudad y la patria* (*Contra esto y aquello*, pág. 157); *El individualismo español* (*Ensayos*, IV, pág. 84).

(37) En la edición española de *Cómo se hace una novela* dice: «Y ahora, cuando al fin me resuelvo a publicarlo en mi propia lengua, en la única en que sé desnudar mi pensamiento...» Prólogo (pág. 13).

la elección de las palabras se hace en el idioma propio antes de intentar verter las formas halladas en la mente a las del idioma extraño de acuerdo con los ejemplos gramaticales aprendidos o la información del diccionario. También en un sentido lo más profundo que se puede dar, de una total compenetración de la visión del mundo con unos determinados módulos de expresión, únicos y distintos para cada lengua propia, para cada lengua que los hombres «aprenden de la boca de sus madres con la leche que maman de sus pechos» (38). Lengua única que acompañará para siempre al hombre y que se revelará como tal lengua propia y natural en los escritos íntimos de cada uno, incluso traicionando las actitudes nacionalistas, por ejemplo, de los que, propugnando el separatismo político, no pueden dejar de expresar sus íntimos sentires en la lengua común nacional (39).

En este tema deja ver Unamuno una contradicción cuando trata de la comunidad lingüística románica.

El que quiera juzgar de la romanización de España no tiene sino ver que el castellano, *en el que pensamos y con el que pensamos*, es un *romance* de latín casi puro; que estamos pensando con los conceptos que engendró el pueblo romano... (40),

dice en un ensayo; y para ponderar la necesidad del estudio del latín:

Las raíces de nuestro idioma están en el latín; a éste hay que ir a buscar la roca de nuestra habla, su tradición; sin él no cabe investigar a fondo cómo hablamos, que a tanto equivale como a investigar cómo pensamos... (41).

Pero, al contrario, partiendo de su repugnancia por la literatura e historia francesas que tan poco atractivo tenían para él y que le hacían considerar insoportable la literatura española afrancesada (42), reniega de la comunión de espíritu que po-

(38) *Discurso...* Salamanca, 1934.

(39) A propósito de Sabino Arana en *Recuerdos de niñez y de mocedad*. Estrambote, IV (pág. 207) y *La frontera lingüística (Andanzas y visiones...*, página 219).

(40) *En torno al casticismo*, 2, I (*Ensayos*, I, pág. 63). El subrayado es del propio autor.

(41) *De la enseñanza superior en España*, V (pág. 56).

(42) Véase: *Sobre la europeización (Ensayos*, VII, pág. 180); *Naturalidad del énfasis (Mi religión...* En *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, t. II, pág. 433).

dria derivarse del origen común de nuestras lenguas francesa y española:

Y es la estética de este pueblo, tan opuesto al nuestro, pese a todas esas monsergas de la hermandad latina—no sé que nosotros lo seamos, y en cuanto a mí, personalmente, creo no tener nada de latino—; es la estética de ese pueblo la que está deformando nuestra producción en no pocos de nuestros productores espirituales. ¡Latinos! ¿Latinos? ¿Y por qué, si somos berberiscos, no hemos de sentirnos y proclamarnos tales, y cuando de cantar nuestras penas y nuestros consuelos se trate, cantarlos conforme a la estética berberisca? (43).

La pasión africanista en su concepción de la historia de España, le hace apartarse de este modo de una que parece, en lo demás, fuerte convicción. Tal vez la consideración de algún texto olvidado, nos permitiera conciliar estas posturas antagónicas. Por de pronto, adviértase que Laín Entralgo señala una debilidad en la proclama del africanismo unamuniano (44).

La expresividad y el silencio.

Además de ser el lenguaje en sí una manifestación del espíritu del hombre, tiene en su misma base la condición de algo con una finalidad patente y que se presenta como fácilmente alcanzable y en que, sin embargo, siempre queda algo sin cumplir. Esa finalidad es la comunicación entre los hombres. Cuando Unamuno considera su propio esfuerzo hacia la consecución de ese fin en el uso de la lengua, nos deja otra página negativa: se querella contra el lenguaje cuando nota una gran disparidad entre el interior impulso expresivo que siente y la realidad de lo que ve llevado por él mismo al papel. Un medio de comunicación pobre, insuficiente para la misión que se le asigna, es el

(43) *Sobre la europeización* (Ensayos, VII, pág. 184).

(44) Unamuno se apoya en la personalidad de San Agustín para oponer «africano antiguo» a «europeo moderno» (*Sobre la europeización. Ensayos*, VII, página 161). Comenta Laín: «La apelación a San Agustín es sofística. San Agustín fué, ciertamente, africano antiguo, pero romanizado y helenizado hasta los tuétanos. Por eso puede llamarle «padre de Europa» su antologista el padre Przywara. Permitame el lector que por una vez haya abandonado mi conducta de historiador «puro» y roto al galope una lanza en favor de mi concepción antiáfricana del pasado y del posible futuro de España.» Laín ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho*. Madrid, 1945 (pág. 407, nota 137).

lenguaje. La idea que dentro de nosotros bulle encendida y pugna por exteriorizarse, queda como muerta, sin brío, al tener que hacerlo por la estrecha vía de un lenguaje ya hecho, patrimonio común de nuestros prójimos. Si queremos que éstos nos entiendan, hemos de acomodar nuestra expresión a los esquemas dados que son conocidos por todos, esquemas no sólo concretamente lingüísticos, sino aun psicológicos y lógicos. El mundo en que estamos inmersos materializa y adultera nuestras más íntimas mociones espirituales (45); y puede uno sorprenderse al leer en sus propios escritos cosas no pensadas, sobre todo no sentidas, así como el papel las trasmite (46).

Ni siquiera basta diferenciar los casos de la palabra oral y de la escrita, aunque sea más perfecta la comunicación hablada; y Unamuno envidia la aptitud que en los ángeles se da de poder comunicarse «en vivo toque de alma a alma». Ni los ensayos *En torno al casticismo*, ni la novela *Paz en la guerra*, le satisfacían al leerlos, porque el Unamuno de los treinta años creía haber puesto en ellos más ardor, más viva inquietud de la que venía reflejada pobremente en los escritos (47). Muy conocido es el pasaje en que justifica lo caritativo de su actitud desasosegadora en su comentario al *Quijote*, y echa también la culpa al lenguaje de no servirle como él quisiera en la tarea esa de inquietar las conciencias a sus lectores.

Mira, lector, aunque no te conozco, te quiero tanto que si pudiera tenerte en mis manos te abriría el pecho y en el cogollo del corazón te rasgaría una llaga y te pondría allí vinagre y sal para que no pudieses descansar nunca y vivieras en perpetua zozobra y en anhelo inacabable. Si no he logrado desasosegarte con mi *Quijote* es, créemelo bien, por mi torpeza y porque este muerto papel en que escribo ni grita, ni chilla, ni suspira, ni llora, porque no se hizo el lenguaje para que tú y yo nos entendiéramos (48).

El libro que más vida rezuma, acaso, de toda la producción unamuniana, aún le dejaba al autor la insatisfacción o la duda, de no haber sabido o podido llevar al papel el impulso interior con que había querido engendrarlo.

(45) *Intelectualidad y espiritualidad (Ensayos, IV, pág. 201).*

(46) *Intelectualidad y espiritualidad (Ensayos, IV, pág. 198).*

(47) *Cartas a Leopoldo Alas. Salamanca, 31-V-1895 y Bilbao, 28-IX-1896. Epistolario a Clarín, págs. 51 y 69.*

(48) *Vida de Don Quijote y Sancho, 2, LXXII (pág. 273).*

Por eso se inclina alguna vez a preferir la muda elocuencia del silencio. Hay una larga composición en *Poesías*, consagrada a una repetida e incesante postulación de silencio, silencio que no mate las ideas recién nacidas al aprisionarlas en la forma lingüística:

Algo grande se agita en mis entrañas,
 algo que es soberano,
 algo que vive
 con un vivir oscuro y abismático.
 Y ¿no será mejor que allí lo deje
 sin al mundo sacarlo,
 y que viva su vida de tinieblas
 en hermético arcano,
 sin cobrar voz ni forma,
 sin tener que encarnar en cuerpo extraño?

.....
 Terrible es la palabra
 y su poder, poder de mal agüero.
 Muere en ella la idea cuando nace,
 enterrada en su cuerpo,
 como muere al dar fruto
 del todo nuestro anhelo (49).

«—Hablando se entienden los hombres. —O sin hablar», se lee en un diálogo unamuniano (50).

Además aparece el silencio otras veces, entendido como un elemento francamente activo, no simple ausencia de palabra. Se dice que cuando el silencio es omisión de algo que se podría decir, resulta indirectamente una forma de expresión lingüística. Este papel juega en la negativa novela unamuniana del jugador de ajedrez:

Ya no le oiría callar mientras jugaba, ya no oiría su silencio. Silencio realzado por aquella única palabra que pronunciaba, litúrgicamente, alguna vez, y era: «¡jaque!» Y no pocas veces hasta la callaba, pues si se veía el jaque, ¿para qué anunciarlo de palabra? (51).

Tú con tu muerte afirmas nuestra vida;
 tu silencio es un sí que llena el cielo,

(49) *Por dentro (Poesías)*. La composición se resuelve en una explicación de los pensamientos ésos que quiere callar, como sus propios dolores compartidos con la persona amada, pero ocultos, y que perderían su dulzura si perdieran el recato de lo callado.

(50) *Sobre la filosofía española (Ensayos, V, pág. 55)*.

(51) *La novela de Don Sandalio, XVIII (San Manuel Bueno..., pág. 171)*.

dice a Cristo Crucificado (52). En la idea central del poema de Unamuno, que se aplica a mostrar la paradoja que supone el que Cristo da vida al mundo, precisamente con su muerte, varios elementos puramente negativos son los que obran la afirmación redentora:

Silencio, desnudez, quietud y noche
Te revisten, Jesús, como los ángeles
de tu muerte; se calla Dios desnudo
y quieto en su tiniebla... (53).

En esta expresión «se calla Dios», parece estar condensada toda la energía de una acción, como en aquel agudo sí hecho de silencio.

Y si hay varios pasajes en que el silencio es para Unamuno el símbolo de la negación pasiva de la muerte,

¿Dónde irás a pudrirte, canto mío?
¿En qué rincón oculto
darás tu último aliento?
¡Tú también morirás, morirá todo,
y en silencio infinito
dormirá para siempre la esperanza! (54).

del indescifrable misterio de la eternidad (55), se encuentra también investido de una virtud actora, en forma deificada, en esta teoría de la liquidación del mundo del filósofo don Fulgencio:

Cuando se hayan reducido por completo las cosas a ideas desaparecerán las cosas, quedando las ideas tan sólo, y reducidas éstas últimas a nombres quedarán sólo los nombres y el eterno e infinito Silencio pronunciándolos en la infinitud y por toda una eternidad (56).

Otra ocasión de preferencia por el silencio es para Unamuno la defensa de la verdad:

Cuando tú me hablas de tu amor parece que recitas, parece una lección bien aprendida... Ella no me habló de su amor nunca..., ella

(52) *El Cristo de Velázquez*, 4, III. Palabra.

(53) *El Cristo de Velázquez*, 1, XXXIX. Silencio.

(54) *Para después de mi muerte (Poemas)*. Comp. la misión que señala a sus versos en la composición del mismo libro, titulada *¡Id con Dios!*

(55) *Aldebarán (Rimas de dentro)*.

(56) *Amor y Pedagogía*, VIII (pág. 134).

me envolvía, contra su pecho, con su silencio... Y aquel silencio era verdad y tu voz es mentira... (57).

Unamuno sostiene repetidamente que hay una relación necesaria entre el hablar y el mentir: la palabra se emplea para velar el pensamiento, en lugar de para declararlo (58), y esto de un modo general, sin referirlo precisamente a la innegable oquedad de la charlatanería:

Y hay gentes que parece que todo lo dicen y cuentan, y son los que más callan; y no hablan y se confiesan sino para ocultar más su secreto, pues temen el silencio, que es lo más terriblemente revelador que hay. La sinceridad se ahoga en palabras. El secreto, el verdadero secreto, es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes (59).

No sólo cuando habla el hombre ante otros, caso en que se podría achacar a hipocresía, a teatralidad su mentir, sino aun cuando se habla a sí mismo, se miente, sin quererlo o sin saberlo.

No hacemos más que mentir y darnos importancia. La palabra se hizo para exagerar nuestras sensaciones e impresiones todas..., acaso para crearlas. La palabra y todo género de expresión convencional, como el beso y el abrazo... No hacemos sino representar cada uno su papel. ¡Todos personas, todos caretas, todos cómicos! Nadie sufre ni goza lo que dice y expresa y acaso cree que goza y sufre; si no, no se podría vivir. En el fondo estamos tan tranquilos (60).

Pero mentirse uno a sí mismo en esta forma es errar. Unamuno no tiene inconveniente—luego de hacer notar que no desconoce la distinción entre verdad lógica y verdad moral—en fundir en una sola cosa mentira y error, y afirma que éste nace de aquélla: de mentir los hombres y de ver que los demás mien-

(57) *Sombras de sueño*, acto 4.º, esc. III.

(58) He encontrado atribuida a Talleyrand la frase: «La parole a été donnée à l'homme pour déguiser sa pensée.» A la charlatanería de que hago salvedad en el texto se refieren estas palabras de Mefistófeles en diálogo con el Estudiante: «Mit Worten lässt sich trefflich streiten, / Mit Worten ein System bereiten, / An Worte lässt sich trefflich glauben, / Von einem Wort lässt sich kein Jota rauben.» GOETHE: *Fausto*, I, versos 1.997-2.000. Pero con la misma intención que en Unamuno, se lee en un pasaje de *Hermann y Dorotea*: «Worte waren es nur, die ich sprach: sie sollten von Euch nur / Meine Gefühle verstecken, die mir das Herz zerreißen.» IV, versos 140-141.

(59) *El secreto de la vida* (*Ensayos*, VII, pág. 58).

(60) *Niebla*, XVIII (pág. 149). Del mismo tono son las reflexiones que hace el perro Orfeo sobre la condición humana, ante su amo muerto, en el Epílogo de esta novela (págs. 262-265).

ten también, pasan a creer que la naturaleza les engaña a su vez.

Y de aquí nuestros errores, errores que proceden de suponer a la naturaleza, a la realidad, una intención oculta de que carece. ¿Qué quiere decir la nieve, el rayo, la cristalización, la partenogénesis, el atavismo?, nos preguntamos. Y no quieren decir más que lo que dicen, porque la naturaleza no miente (61).

Velar el pensamiento, mentir, errar, eso es lo que hacemos con el lenguaje. Por eso nos vemos enredados en discusiones y luchas que parecen originadas por una distinta apreciación de las palabras, siendo la realidad que son, no ya palabras, sino mentiras, palabras mentirosas, las que nos mueven a combatir unos con otros (62). Si todos habláramos verdad, no habría, no podría haber discusiones por palabras.

Con esto acaban los temas más importantes de lingüística que se encuentran en la obra de Unamuno. Como resumen de lo tratado, y para recoger, siquiera en una mención apresurada, otras observaciones que no tienen entidad y carácter suficiente para ser tratadas de una manera especial, voy a intentar aquí una caracterización del método y temática del autor en los problemas del lenguaje y a ver la valoración que hace de la ciencia lingüística.

Concepto de la Lingüística.

¿Qué concepto tenía Unamuno de la Lingüística? Con ser para él de una importancia extraordinaria, no era una ocupación del espíritu digna de toda su principal dedicación. Los temas de lenguaje siempre constituyeron para el maestro de Salamanca una afición secundaria que adquiriría su pleno valor del convencimiento de que el esclarecer determinados aspectos del lenguaje proyecta luz sobre los problemas filosóficos. Por eso quiere dar importancia al estudio de los nombres, a la *onomatogonía* o lingüística honda, que dice él, porque del conocimiento de cómo se han generado los nombres puede el hom-

(61) *¿Qué es verdad?* (Ensayos, VI, pág. 222).

(62) *Idem* (*Idem*, pág. 235 y siguientes).

bre servirse para llegar a conocer la generación y desarrollo de las ideas, objeto propio de la filosofía (63). Así la lengua latina enseña que los hombres han distinguido en su idea del vínculo entre hermanos dos especies de hermandad: el afecto del varón, y el de la hembra; distingo que queda patente en el hecho de que hay dos palabras, *frater* y *soror*, para designar a uno y otro. Este hecho no se da en el concepto de filialidad, pues son de la misma raíz *filius* y *filia*.

No se le podía ocultar a Unamuno que tal duplicidad de términos se deberá en último análisis a una antigua concurrencia de sinónimos no solucionada en un estadio primitivo de la lengua, explicación filológica normal. Lo que Unamuno pretende defender es que esa misma perduración de los dos vocablos habrá debido ser favorecida por una razón psicológica, y que ese hecho lingüístico, a su vez, influye en la mentalidad de los hablantes que han recibido en herencia la lengua en que tal distinción se da. Se defiende el autor de que puedan tomar su invención de la *sororidad* por un jugueteo de etimologías, y señala que se trata de la observación de un dato psicológico. «Aunque ¿es la psicología algo más que lingüística y filología?», advierte después (64).

La Lingüística, mejor que cualquier otro estudio, es la que nos llevará al conocimiento del pensar de un pueblo, de la tradición filosófica y de creencias e ideales que cada lengua lleva implícita en el valor afectivo de casi todos sus vocablos. Lingüística entendida en un amplísimo sentido, como un traer siempre entre las manos datos y hechos de lenguaje.

¡Hermosa palabra ésta de re-crear! El vocablo recreo, *re-creación*, aplicado al juego, lleva ya en sus entrañas la doctrina toda de Schiller sobre el Arte, re-creación de la creación. ¡Cuánta filosofía inconciente en los redañes del lenguaje! Todavía habrá que remozar la meta-física en la meta-lingüística, que es una verdadera meta-lógica (65).

Y no es sólo el rastro que las ideas dejan entre los pliegues

(63) *La selección de los Fulánez (Ensayos, IV, pág. 144).*

(64) *La tía Tula. Prólogo (pág. 9).*

(65) *En torno al casticismo, 2, III (Ensayos, I, pág. 81, nota).* Comp.: «A un mi amigo que escribió esta frase tan trillada «recreábase el espíritu con la contemplación de aquella belleza», hube de llamarle la atención hacia la fuerza del sentido en ella de *re-crearse*; volverse a crear el espíritu.» *Sobre la lengua española (Ensayos, III, pág. 113).*

del lenguaje en virtud del paralelismo de evolución del pensamiento y de la lengua en que se forma, lo que da toda su importancia al estudio lingüístico, sino además, la influencia directa que la lengua ejerce en la formación de los procesos del pensamiento.

La lingüística ha de ser uno de los instrumentos más eficaces, el más eficaz acaso, de la investigación psicológica allí donde cesa el concurso de la fisiología; en la lingüística ha de buscarse una de las principales fuentes del estudio del *Allgeist*, del espíritu colectivo, del alma de los pueblos y del desarrollo superior psíquico del hombre, del que debe a la sociedad, pues si los movimientos físicos del cuerpo son cuerpo de las sensaciones, los vocablos son cuerpo de las ideas (66).

Unamuno quiere integrar en el estudio lingüístico el total de las ciencias relativas al espíritu humano, comenzando por hacer resaltar en los datos de lenguaje lo que hay de espiritual. Y es naturalísima su adhesión a Croce: el lenguaje es siempre poesía. Con esto la lingüística no queda rebajada a una ciencia auxiliar de la psicología, sino que aparece con unos atractivos internos propios que explican la afición de tantos espíritus despiertos a desvelar misterios de las lenguas.

La labor principal lingüística de Unamuno se dirigió a buscar los contenidos eminentemente espirituales en las manifestaciones individuales del hablar; y esto, sobre todo, en el vocabulario. Procurando romper por donde fuera las mallas de cualquier clase de leyes generales válidas para diverso número de casos, para poner de relieve en cada dato lingüístico aislado, en cada palabra, la fuerza del espíritu particular de un hablante manifestado en ella (67).

Temática.

Unamuno no tenía programa definido para su aplicación a la lingüística: unos cuantos temas sin cohesión, elegidos por

(66) *La enseñanza del latín...*, III (*Ensayos*, II, pág. 21).

(67) «Las lenguas, como las religiones, viven de herejías», dice una vez. *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 18). Interpretando el sentido de toda la actividad de Unamuno, escribe Oromí: «Porque todo lo que aprisiona el espíritu, toda ley, sea ésta formal, literaria, ética o religiosa, coarta la vida del espíritu, la disminuye y, hasta cierto punto, la mata.» Véase: *El pensamiento filosófico de M. de U.*, págs. 141-142.

un azar tal vez, por más que se puedan observar algunas preferencias. Como no escribió nada sistemático, la elección de los temas que habían de ser tratados al pasar, en la trama de escritos literarios o filosóficos, venía impuesta de fuera, de la ocasión que brindara aquello de que el autor estaba escribiendo. Todo, se puede decir, lo que yo he recogido en este trabajo queriendo presentarlo con orden para un enjuiciamiento doctrinal lingüístico, son digresiones de Unamuno en libros dedicados a los más dispares problemas de filosofía, de religión o de creación literaria. De modo que resulta extraordinario que se pueda intentar un cuadro casi completo de temas lingüísticos.

Aparte los problemas del Logos y la nominación, tratados en una forma personalísima de tono filosófico, hay en los libros unamunianos mención más o menos detenida de los problemas de Lingüística general que se enuncian: *Origen del lenguaje*, problema que rehuye; *Sociología del lenguaje*, con los mismos fallos que en Wundt (68); *Lengua y raza*, que hace derivar a una noción de etnismo espiritual, y *Paralelismo de pensamiento y lenguaje*, en el que pretende llevar los dos términos a una total identificación. Están expuestos ya en el anterior y en el presente capítulo. En el capítulo siguiente se verá la solución humana y palpable que pretende para la vieja utopía de la lengua única: la extensión universal del castellano más allá de las tierras de América y por encima de todos los esperantos aludidos entre ironías.

Los problemas lógicos que el análisis del signo lingüístico plantea, en Unamuno se reducen al viejo problema del nominalismo, en el que nuestro autor adopta la posición que participa de una y otra doctrina: creencia en la existencia de las ideas generales apoyadas en las cosas, conforme al realismo moderado, y, al mismo tiempo, proclamación de la unidad entre concepto y nombre, en lo que se acerca, parece, al nominalismo, pero distanciándose de él en la intención dignificadora del nombre. El estudio del lenguaje introduce en el conocimiento de las cosas, porque los nombres son no sólo el más fiel reflejo de los conceptos, sino que son la misma esencia de los concep-

(68) Véase CENAL: *La teoría del lenguaje de C. Bühler*. Madrid, 1941 (páginas 158-159).

tos, y no es posible pensar sin el lenguaje. El verdadero problema de lingüística: qué relación hay entre esos conceptos y sus nombres, qué apoyos tiene la arbitrariedad de la atribución de nombres a las concepciones mentales, queda anulado en esa identificación. Tampoco aborda Unamuno la tarea que de estos problemas lleva a la doctrina del conocimiento, la relación que une a la palabra con la cosa designada, a través del concepto significado (69).

La negación que hace repetidas veces: que las lenguas no son cosa nacida de convención o pacto social, más que como una contradicción al principio de la arbitrariedad del signo lingüístico, se ha de entender como una reacción de filólogo historicista que sabe encontrar precedente a todas las formas verbales, frente a la concepción gramaticista que hace ver la lengua como una cosa regulada de antemano. No es que Unamuno defienda el simbolismo la existencia de lazo natural entre conceptos (o cosas) y sonidos (70).

Ante la diversidad de lenguas, la reacción de Unamuno era un afán por conocer las más de ellas que fuera posible, para encontrar elementos individualizadores (71). La comparación de las lenguas entre sí para buscar en ellas una graduación de excelencia le parece de poco fundamento: «¿Es que hay un criterio objetivo para juzgar de la mayor o menor perfección de un idioma cualquiera?» (72). Y recurre a la idea de progreso en la línea normal de evolución:

Siguen los idiomas un proceso a partir de sus matrices, y, a menos de negar el progreso, no puede negarse que serán más perfectos los que más lejos hayan llegado en tal proceso. Estoy convencido de que sólo preocupaciones clasicistas pueden impedir el que se declare por todos la superioridad de los modernos idiomas neo-latinos

(69) Véase CEÑAL. *Idem*, pág. 289 y siguientes.

(70) «Hay que barrer de las cuestiones de lengua la concepción del pacto social que en ellas aún domina. De aquí mi horror al gramaticismo, cuya utilidad es innegable. Pero lo aborrezco, porque es la lógica abstracta oprimiendo al idioma; exigiéndole, v. gr., *sintaxis gramatical*, que es falsa casi siempre.» Carta. Salamanca, 2-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 79). Véase *La regeneración del teatro español* (*Ensayos*, II, pág. 73; *La cuestión del vascence*, IV (*Ensayos*, III, pág. 215).

(71) En las lenguas como en los hombres, persigo la individualidad personal. O, si se prefiere, la personalidad individual.» *En la calma de Mallorca* (*Andanzas y visiones...* págs. 167-168). La primera frase es la que figura como lema en el tomo II de los *Stilstudien*, de LEO SPITZER.

(72) *La cuestión del vascence*, II (*Ensayos*, III, pág. 202).

respecto al latín, como del inglés respecto al anglo-sajón, o del alemán respecto al godo (73).

Porque no estaba Unamuno para perderse en la alabanza de las edades de oro de cada lengua. La lengua le parecía algo siempre perfectible, y ondulaba la línea que marca su grado de perfección. Y lejos del mito de la existencia de la lengua perfecta en una época siempre pasada, proyectaba hacia el futuro su ideal: la garantía de continuidad vital le bastaba para asentar el anhelo de mejoramiento del instrumento de expresión del hombre. Toda la belleza exterior de la lengua quedaba sometida al ideal de la lengua viva.

Señalemos, en fin, un tema muy del gusto de Unamuno: el lenguaje infantil. Apenas es tema lingüístico tal como el autor lo presenta, sino más bien de lógica y pedagogía. Y casi se reduce a la presentación de unos cuantos datos de su propia experiencia de niño y de padre y abuelo. En los *Recuerdos de niñez y de mocedad*, en la novela *Amor y Pedagogía* y en algunas poesías hogareñas están vertidos estos datos.

Se entusiasma Unamuno ante el instinto poético creador que revelan esas palabras balbuceadas, incomprensibles, que suelen explicarse como adiestramiento del niño en la facultad de hablar. Esa calificación de «sin sentido» aplicable a esas palabras no es nada negativo, ya que así empezó el lenguaje; primero, la palabra; después, el sentido (74). Lo mismo, el niño que ya sabe hablar encuentra gran gozo en formar frases con palabras inconexas: toma a juguete el lenguaje y se divierte en las alteraciones caprichosas que introduce en las reglas de la lengua normal. Y el pesar de Unamuno es que, al cabo, el niño habrá de sacrificar esa su originalidad cuando tenga que relacionarse con la sociedad (75). La imaginación libre del niño es lo que

(73) *Idem* (*Idem*, pág. 203). Es de notar que Unamuno, a la hora de poner ejemplos en esta cuestión, siempre se acuerda, con preferencia, del inglés. Es la lengua que ha llevado más lejos la evolución propia de un idioma, y es la más rica, no en formas gramaticales, que esto interesa menos, sino en léxico, porque adopta todo extranjerismo que le place sin apenas modificarlo con arreglo a la especial fonética del inglés. Además es una lengua que no abandona su posición privilegiada, en cuanto a léxico, de tener dos fuentes inmediatas, el anglosajón y el latino normando. Véase *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 22).

(74) *Comp*, la poesía que empieza: «Traza la niña toscos garrapatos...», titulada *Incidente doméstico* (*Rimas de dentro*).

(75) Véase: *Amor y Pedagogía*, V (págs. 92-93 y 97), Prólogo-epílogo (páginas 28-29) y *Recuerdos de niñez y de mocedad*, I, VIII (pág. 60).

explica el cariño que toma a ciertas expresiones que no tienen para él significado definido ninguno en los cantos de corro, en las oraciones o en las explicaciones escolares, «todo el encanto que para los niños tienen las palabras puras, las palabras vírgenes, las palabras santas; esto es, las palabras que nada significan» (76) y que les permiten asociarlas a caprichosos significados de un especial valor poético, evocador.

Lingüística biológica.

Sin llegar a entregarse del todo a la concepción de las entidades espirituales como organismos vivos portadores de su propia ley de evolución y como independientes del hombre—al modo de la concepción, típica en Lingüística, de Schleicher—, Unamuno consintió no poco con la comparación, y cuando preparaba materiales para un trabajo de lingüística española que hubiera sido su obra extensa definitiva en este campo, lo concibió como una *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*. Tal es el título que da en sus cartas al proyecto, y de ahí es esta frase: «Si la Lingüística ha de tener un fin propio y sustantivo y ser algo más que mero pasatiempo, tiene que ser un capítulo de la biología general» (77).

Se pueden ver en los escritos unamunianos algunos rasgos de tal concepción naturalista de la lengua: «Una lengua vive y se nutre y se acrecienta y decae, y acaba por morir como cualquier otro organismo, y como cualquier otro organismo vive en un ambiente y del ambiente» (78), dice, por ejemplo. O, hablando de los posibles peligros de una excesiva libertad de innovación en la lengua, «todas las divergencias que de aquí surjan entrarán en lucha, serán eliminadas o seleccionadas éstas o las otras, se adaptarán al organismo total del idioma...» (79). Los ensayos *Contra el purismo* o *La selección de los Fulánez* tienen marcada orientación biológica. Y es frecuentísima en el autor

(76) *Recuerdos de niñez y de mocedad*, 1, VIII (pág. 60). Véase, además, en este mismo libro, 1, III (pág. 23); 1, IX (págs. 66-68), y *Estrambote*, II (página 194)

(77) Citado por M. GARCÍA BLANCO, *Discurso...*, pág. 24. Véase también, MENÉNDEZ PIDAL, *Recuerdos referentes a U.*, en *Cuadernos*, 1951, II, 8.

(78) *La cuestión del vascuence*, V (*Ensayos*, III, pág. 230).

(79) *La reforma del castellano* (*Ensayos*, III, pág. 91).

la consideración de principios darwinistas como la persistencia del más apto, o la lucha de fuerzas equilibradas: herencia (etimología) y adaptación (analogía) entre las que se mueve la *vida* de la lengua. También la imprecisa noción del menor esfuerzo tan tenida en cuenta en la economía descriptiva, y de donde Unamuno la toma, tiene no poco de tinte biólogo. Falta, desde luego, lo esencial de la concepción biólogo, que es el considerar como efectivamente independiente del sujeto parlante la existencia de la lengua.

Parecería que este biologismo era moderado y que no perdía en el fondo el carácter metafórico. Unamuno se daba cuenta de que el recurso a explicaciones biológicas es adecuado a una exposición doctrinal cuando puede aclarar ciertos conceptos; pero sólo ha de emplearse como método didáctico y sin abuso, por la luz que pueden proyectar sobre un problema las comparaciones o imágenes felices y atractivas, y sin darles valor de realidad. El fundamento de la concepción de una lengua no se puede asentar en ese terreno:

El principio de unidad y la doctrina de la evolución son hoy las ideas madres de la ciencia. Se ha ensanchado y robustecido el concepto de la vida, introduciéndose, así como el de organismo, por todas partes; hasta tal punto de abuso, que pasan no pocas veces por explicaciones meras metáforas tomadas de la fisiología (80).

Y, no obstante, pretendió que los conceptos generales de la biología se enseñarían mejor a los muchachos a base de comentarios filológicos, so pretexto del excesivo teoricismo de las explicaciones en la clase de Historia Natural:

Los principios de la evolución orgánica, la lucha por la vida, la adaptación al medio, la selección, la desaparición de los intermedios, la correlación de partes, la inestabilidad de lo homogéneo, etc., todo ello se ve en la lingüística con menos trabajo que en la botánica o en la zoología, porque se dispone más a mano de elementos manejables. Con un encerado y una colección de textos basta para las experimentaciones y observaciones que conducen a conocer en vivo la ley de evolución. ¡Qué fecundas enseñanzas las que se desprenden del estudio de los sufijos de derivación muertos y vivos, de los sufijos latinos que al perder su función, su aplicabilidad a nuevos casos,

(80) *La enseñanza del latín...*, III (*Ensayos*, II, pág. 20).

se han atrofiado en castellano, donde forman con el nombre a que se unen una compacta unidad indisoluble! (81).

La afición a esos principios generales, el aprecio de su valor formativo educador, junto con el pesar de no haberlos conocido él sino adulto, le llevó a este evidente exceso (82). Los ensayos citados como de orientación biológica llegan hasta el año 1903. Unamuno deja de aludir a su proyectado *Ensayo de biología lingüística*, obra que, de hecho, queda sin concluir: ha abandonado su biologismo, y de él no quedan rastros en su producción posterior (83).

Gramática y Filología.

Unamuno, de vuelta de los estudios filológicos, se enfrenta con la gramática normativa y la encuentra empírica y clasificativa, casuística en exceso y sin consistencia científica; mientras la gramática histórica, la filológica, le descubre más y más secretos de la intimidad de la lengua en su constitución. Y se declara decididamente en contra de la gramática descriptiva y a favor de la diacrónica.

Comienza por negar a la gramática la condición de ciencia y la utilidad. Mentido concepto, heredado de las primeras gramáticas greco-latinas por las *artes* del Renacimiento y repetido en la actualidad por pura pereza mental, ése de que sirve para aprender a hablar y escribir el idioma, cosa que sólo es válida cuando se trata de lenguas extrañas. Una descripción, un conjunto de reglas, nos introduce en el conocimiento de un idioma que queremos aprender. Pero tratándose de la lengua propia, oír a los que la hablan bien y leer a los que la escriben bien es lo que nos da el conocimiento de ella. La altura artística de los modelos responderá de nuestra corrección lingüística.

(81) *La enseñanza del latín...* IV (*Ensayos*, II, pág. 30).

(82) Véase la crítica que hace de la enseñanza de las Ciencias Naturales en sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*. (A mi parecer, aquellos conceptos entran en la mente de los discípulos directamente de las lecciones de Historia Natural, aun a pesar de esa deficiencia de materiales de estudio que objeta Unamuno, en el grado elemental de un bachillerato. El concebir esas mismas nociones aplicadas a la lengua, ha de ser, por fuerza, un segundo paso. Pues la lucha, la competición, las armas naturales de los vocablos, no pueden entenderse sino como metafóricas.)

(83) LAÍN ENTRALGO. *La generación del noventa y ocho* señala este paso de Unamuno por el biologismo spenceriano y su abandono posterior en los primeros años de este siglo. (Véanse págs. 271, 272 y nota 21, 275.)

Los análisis que hace la gramática, como no están fundamentados en los porqués, sino en la apariencia externa de las formas de lenguaje, no enriquecen la mente en el sentido que lo hace lo verdaderamente científico. Y las clasificaciones empíricas de las formas carecen de viva realidad, por no tener como base un conocimiento verdadero de los fenómenos que han producido las diversidades (84).

No deja de advertir Unamuno la utilidad—incluso la necesidad—de la gramática descriptiva, para paso a la concepción científica del estudio de la lengua (85); quedarse en sólo ella y contentarse con la visión que de la lengua da, es lo que combate (86). Porque de esto se deriva el más grave error: hacer de la gramática como el código normador que impide el más leve vuelo fuera de unos límites fijos, y eso mata la lengua restándole espiritualidad. La gramática es posterior a la lengua cuyas características trata de estudiar, y no tiene derechos sobre ella.

La postura de la Filología es completamente distinta. Orientada es un sentido histórico, busca los antecedentes de las formas verbales, explica los procesos de evolución de unos estadios a otros, y para ella, lejos de todo intento normativo, cualquier forma que se haya dado en la lengua por sola su existencia, tiene valor de objeto de estudio. A pesar de esto, no descuida Unamuno la consideración de que ha de haber siquiera un mínimo de dominio del hombre sobre la propia lengua para su

(84) «Clasifíquense en vez de los verbos irregulares las irregularidades de los verbos, y la confusión se disipa; porque sólo conduce a confusión pretender clasificar las combinaciones binarias, ternarias o cuaternarias de varios elementos en vez de clasificar éstos. No hay clasificación científica donde no va precedida de análisis.» *La enseñanza del latín...*, V (*Ensayos*, II, págs. 41-42). La dificultad está en ver hasta qué grado de conocimiento, la fonética histórica es indispensable para comprender bien este capítulo de los verbos irregulares. Para estudiar la gramática española es absolutamente preciso el conocimiento elemental del latín: como éste no se puede enseñar en la escuela, Unamuno resuelve que no debe enseñarse gramática—y sí solo lengua—en la escuela primaria. Por otra parte, dado el poco tiempo de que en el Bachillerato se disponía para estudiar latín, quería que se enfocase este estudio hacia el aprendizaje de la lengua española filológicamente. Desconfiaba de que la enseñanza del latín sirviera para algo educativo si no. A la lectura de los clásicos es difícil llegar, y encima, no basta saber latín para entenderlos. Las observaciones pedagógicas prácticas de Unamuno son muy numerosas. Véase, especialmente, *De la enseñanza superior en España* y *Conferencias dadas en Málaga*.

(85) Véase el pasaje copiado en la nota 70.

(86) «Es... la gramática que se enseña y a que se contraen los que nos la predicán...» «Suponer que esto sirva para maldita la cosa de provecho, si en ello queda...» *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 99).

conservación y mejoramiento, y hace resaltar el lado utilitario que también se puede dar en la Filología:

El conocimiento científico de una lengua, en su génesis y vida, hace que nos demos conciencia de lo inconciente en nosotros, y si bien es cierto que la gramática científica no nos enseña a hablar como la fisiología no nos enseña a digerir, así como ésta sirve de base a la higiene y a la patología que enseñan a preservar y curar enfermedades, así sirve aquélla de base a verdaderas higiene y patología lingüísticas (87).

Esta idea guía todas las cuestiones de enseñanza de la lengua, que Unamuno plantea.

Pasada ya la fiebre del historicismo, y adoptadas sus adquisiciones, volvió a hablarse de la conveniencia de una vuelta a la gramática descriptiva, por cuanto la realidad presente de la lengua también puede y debe ser objeto de estudio (88). Lo mismo ha ocurrido con la gramática filosófica, concepto que ha tenido una nueva formulación, pero que en la época de Unamuno había caído en descrédito ante el empuje de la filología comparada, que llevó los estudios de lengua a buscar explicaciones genéticas como las únicas válidas. Y así nuestro autor consideraba como filosofía baldía las elaboraciones de la gramática general: «ese fárrago de nebulosos castillos en el aire que se llamaba ha poco gramática general» (89).

A esto deben de apuntar algunas observaciones festivas que se ven en las novelas a propósito de la lógica interna que la que se llamó en lo antiguo *analogía* pretendía encontrar en la lengua. Tal es la cavilación de Avito Carrascal a propósito de *ahogarse*, derivado en última instancia de *f o c u s*, 'fuego', y de *probable*, que significa 'inseguro', a pesar de su derivación de *probar*. En otro pasaje de la misma novela *Amor y Pedagogía* se advierte que *nosotros* no es más plural de *yo* que de *tú*: dos interlocutores son yo y tú, alternativamente, según hable el uno o el otro, y esta variabilidad de atribución de la persona gramatical parece exigir que sean indistintas las formas de plural para las dos personas. En *Niebla* se extraña el protago-

(87) *La enseñanza del latín...*, III (*Ensayos*, II, pág. 22).

(88) Véase DÁMASO ALONSO, *La enseñanza de la filología española*. En *Revista Nacional de Educación*, 1941, núm. 2.

(89) *La enseñanza del latín...*, I (*Ensayos*, II, pág. 15).

nista de que una mujer pueda llevar apellido masculino, sin variarlo a femenino; mas para transmitirlo a hijos varones habría que volverlo a variar. En un cuentecillo de *El espejo de la muerte* la observación recae sobre que *hijo*, usado en epiceno cuando se refiere a criatura «in fieri», lo mismo debería poder adoptar la forma *hija*, con valor para referirse a varones y a hembras. Estas minucias o entretenimientos de gramática popular sólo se dan en las novelas.

Los trabajos filológicos.

Ya he aludido en la introducción a cómo el trabajo paciente de la investigación sobre textos a la busca de tendencias, de casos intermedios, de grafías reveladoras, etc., no estaba hecho para Unamuno. Desdeñaba el menester erudito sin desconocer la necesidad de que tales trabajos eruditos se hagan ni la utilidad que reportan quienes a ellos se dedican. No es raro encontrar denigradores acérrimos de los eruditos a secas, que tienen como característica, cuando no se trata de incapaces, el ser poseedores ellos mismos de una bien adquirida erudición; hombres empeñados en superarla y ocultarla con el trabajo de creación verdadera. Estos conocen bien que lo vivo y lo útil que hay en el estudio es el resultado, la creación; pero puestos a preparar los medios, son tan capaces como los eruditos estrictos de hacer una labor de acumulación de datos, formas y fechas. Y son los que verdaderamente tienen derecho a desdeñar el trabajo de los otros. Pues así Unamuno tenía una formación universitaria erudita de vasta extensión; poseía una base de conocimientos científicos filológicos bien cimentada, que le daba algún derecho para menospreciar—si a ello le llevaba su temperamento—los afanes de los filólogos puros de la *e* abierta y la *e* cerrada, de los que tienen en el mundo científico la misión de estudiar un dialecto, un manuscrito, una diptongación o unas particularidades del acento. Unamuno quería elevarse por sobre todo eso, pero no tenía a menos dedicar—y con frecuencia—alguna expresión de respeto hacia labor tan necesaria (90).

(90) «Y esto es filología viva, amor de habla, y no exclusivamente erudita investigación de seminario técnico, que no es, a lo sumo, sino una indispensable—que no podemos ni debemos dispensarnos de ella—preparación para lo otro.» *Discurso...*, 1934.

El más típico de los escritos filológicos de Unamuno es el titulado *Notas marginales* (al Manual de Gramática histórica de Menéndez Pidal) y publicado en el *Homenaje* a este autor en 1925 (91). Aquí se manifiesta la postura de Unamuno ante la Filología española. En el sentido de su oposición a la letra, que hemos visto en el capítulo II, aquí viene a oponerse a la atención que se presta a lo mecánico de la lengua con olvido de su parte espiritual.

La fisiología o física de la lengua, su gramática, en un sentido etimológico restringido—de *gramma*, letra—, me ha interesado siempre mucho menos que su historia propiamente dicha, que su *pneumática*—de *pneuma*, espíritu—. Que aquí, como en otro campo, la letra mata y el espíritu vivifica.

Por esta razón evita tratar los temas específicamente fonéticos—aquí para la intención de Unamuno pueden sin violencia identificarse sonidos y letras—, e intentando buscar las razones de los cambios lingüísticos en hechos espirituales individuales, proclama su «herejía filológica» su separación de la investigación positivista, con un método imaginativo y hasta con una terminología despreocupada que no se ajusta a la usual de los libros de filología.

Explica Unamuno la escasez de sus notas marginales en la parte de Fonética,

ya que los fenómenos físicos que ella estudia se establecen antes y definitivamente, y en rigor cabe decir que no admiten excepciones. Pues lo que en Fonética se llama excepción, o es un caso dialectal, un cultismo, o una variedad cronológica o un caso de analogía. Y, sin embargo, si lo que se llama, aunque mal llamada, ley fonética hace la regla, la excepción hace la historia.

En esencia, la concepción de Paul: leyes fonéticas y analogía. Pero Unamuno, incluido entre los que daban por in excepcionales las leyes fonéticas, no se encuentra satisfecho. Compara el foneticismo con la concepción materialista de la historia, que viene a ahogar al elemento individual en la masa,

(91) *Homènjaje ofrecido a Menéndez Pidal*. Madrid, Hernando. 1925 (3 volúmenes). Vol. II, págs. 57-62. Unamuno debió de redactar su colaboración antes de febrero de 1924, época de su destierro. Las tales notas marginales existen realmente escritas con lápiz en los ejemplares de la 1.ª y 4.ª ediciones de la *Gramática* de M. PIDAL, que, procedentes de la biblioteca particular del rector, se conservan en la Universidad de Salamanca.

en la sociedad. Y va a buscar lo vivo espiritual en lo individual, fuera de la Fonética.

Ya se había proclamado contra el error del foneticismo de suponer todos los cambios lingüísticos como debidos a la adaptación del aparato vocal, a busca de la mayor facilidad de pronunciación de los vocablos, en el ensayo titulado *Viejos y jóvenes*. Sobre todo en cuanto el foneticismo parecía no dar importancia al hecho de que siempre ha de haber una violencia mínima que determine el paso de una forma a otra más fácil—dado que el menor esfuerzo sea algo admisible como determinante de los cambios, cosa que la moderna lingüística rechaza—, ya que los cambios no son graduales y continuos. Una metátesis, por ejemplo, se debe a un salto: no cabe término transicional.

No sé de ningún lingüista serio que cayese en el groserísimo error de suponer semejante continuidad en el proceso de cambio; pero era frecuente tratar este proceso como si los cambios fuesen de origen estrictamente fonético y se debieran a adaptación cada vez más rápida y fácil del aparato vocal (92).

En las *Notas marginales* el menosprecio por la fonética le lleva a hablar de «fenómenos estrictamente fonéticos, o diré más bien físicos, de la lengua», «fenómenos específicamente fonéticos—muchas veces más bien acústicos»; expresiones en las que aparece de una manera indeterminada la necesidad sentida de una delimitación entre lo acústico y lo lingüístico en el estudio de los sonidos orales. Los trabajos del círculo lingüístico de Praga y la fecunda distinción entre fonética y fonología, son posteriores a la fecha de las *Notas unamunianas* (93).

(92) *Viejos y jóvenes* (*Ensayos*, IV, pág. 42). Comp. Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, págs. 79-80).

(93) Compárese este pasaje de Unamuno con otro de las *Actes du premier Congrès International de Linguistes à La Haye*, de 1928: «lo que se impone al lingüista es la cuestión de la *finalidad* en un cambio fonético, en lugar de la cuestión tradicional de *las causas*. No superaremos la tradición de los neogramáticos renunciando a la noción de «ley fonética», sino interpretándola teleológicamente y abandonando su concepción mecanicista». Citado por A. Alonso en el prólogo a su traducción del *Curso de Lingüística*, de Saussure (pág. 15). Decía Unamuno: «No son, en efecto, los fenómenos específicamente fonéticos—muchas veces, más bien acústicos—los que dan vida al lenguaje. La vida es historia y la historia es espíritu, porque es finalidad. Los hechos propiamente históricos son teleológicos, son finalistas. Y la lingüística es más una ciencia histórica que no física, y menos matemática.»

Llegado a interpretar los cambios lingüísticos como debidos al espíritu individual de los hablantes, explica Unamuno que no se pueden pretender explicaciones para certificar las asociaciones de ideas que éstos pueden seguir al introducir variantes en las palabras; en ocasiones se puede señalar los caminos que sigue la imaginación, pero no se puede dar la razón de por qué se ha dirigido por ése y no por otro, por qué unas variaciones o errores lingüísticos no se parecen nada a otros debidos a distinto sujeto. No es necesario encontrar documentación de casos intermedios que justifiquen la posibilidad de una influencia imaginativa entre una y otra palabra. Ejemplo de esto llevado al límite es el caso de *catre* y *catredal*. Unamuno dice no saber qué relación pueda haber entre *catre* y *catedral*, pero niega la necesidad de ver comprobada esa relación, para pensar que el caso popular de la metátesis de la *r*, sea debida a influencia de la primera palabra (94). Compárese esta actitud con la que adopta Menéndez Pidal al aceptar una de las sugerencias de Unamuno: la primera vocal de *orin* (derivado de *aerigine*, por *aerugine*) es inexplicable por la fonética, pues se esperaría *erin*. Unamuno dice que ha habido influencia de *orina*. El maestro de la Filología española, al adherirse al parecer del profesor salmantino, lo hace recordando un caso intermedio: «el lanzón en cuyo hierro se han orinado los meses», de un romance de Góngora.

Unamuno en una concepción espiritualista del lenguaje se propone dar el debido relieve a la acción individual en la creación lingüística, por encima de la acción de la masa popular, a la que lo único que le está dado hacer es adoptar las innovaciones o variaciones de origen en un individuo.

Y yo creo que el espíritu es siempre individual, que el pueblo, como pueblo, carece de espíritu, y que así como es incapaz todo un pueblo de inventar una sola aleluya, sino que, a lo más, adopta y apadrina la que uno de sus individuos inventó, así tampoco es capaz de inventar una sola palabra nueva.

Intimamente unido con esto de la acción individual en la

(94) «Además, en las relaciones mentales hay que contar no sólo las que fríamente consideraríamos lógicas, sino muchas otras forzadas y engañosas, que forja la excesiva viveza de la imaginación popular y su crédula ingenuidad.» V. GARCÍA DE DIEGO, *Problemas etimológicos*. Discurso... Real Academia Española, 1926, pág. 30.

creación de palabras está, naturalmente, la concepción del acto innovador como una creación artística. Historia y estética, vida y creación espiritual libre, es lo que quiere ver Unamuno en el fluir de la lengua; y no nada rígido que se puede medir y contar, y aun prevenirse. Por eso, en vez de atribuir los cambios en las palabras a las condiciones de ciertos fonemas que evolucionan en determinado sentido, por la ley íntima de su constitución fonética, prefiere atribuirlos a influencias de una palabra sobre otra, y a otros casos de cambios esporádicos, que no pueden explicarse en la lengua sin la intervención del espíritu de los hablantes.

Unamuno hace una justificación de su método investigativo:

Es cuestión de método, y el imaginativo es método. Compongo versos, mejores o peores, hño y amaso mi propia lengua española—he inventado algunas palabras—y rebusco las creaciones libres del pueblo en el campo del lenguaje por los mismos caminos por donde voy a mis creaciones propias.

Lo que él puede captar de su propio modo de tratar la lengua, le ayuda a comprender qué es lo que lleva a los otros individuos a forjar los vocablos que al cabo vienen a ser admitidos por el pueblo todo. Y si a él se le han ocurrido algunas formas léxicas nuevas o siquiera su posibilidad, en virtud de mal explicables asociaciones de ideas, concibe perfectamente que otras variaciones que se encuentran ya en la lengua hayan nacido de una manera semejante.

Dentro de la seriedad de un tema tratado con aspiración científica este trabajo de Unamuno está escrito con graciosa desenvoltura. Comienza con un neologismo, *pneumática*, opuesto a gramática, y acaba con otro, *posceptos*, de un forjado *postcipere*, que no existe, opuesto a preceptos, como muestras de la acción individual del sujeto Miguel de Unamuno sobre su propia lengua española. Con toda consideración admirativa hacia el *Manual* de Menéndez Pidal, «en el que tanto y tan bueno aprendemos mis discípulos y yo, discípulos suyos», le propone unas reflexiones dignas de atención. Y es el mejor elogio que se puede dar de la disquisición filológico-lingüística de don Miguel, el comprobar en el citado *Manual* la huella declarada

de su influencia. No es ya solamente que se acepten o se rechacen unos datos aislados; es el aire nuevo que un filólogo genial venía a insuflar en la obra del maestro Menéndez Pidal, cuando los casos que en su gramática histórica parecían considerados como accidentales, como excepcionales y poco interesantes en suma, los declaraba Unamuno el objeto primordial de su interés (95). La consideración de los casos de excepción que escapan a la rigidez de las leyes fonéticas y en los que se manifiesta el espíritu artístico de los hablantes, le da lugar «a una especie de filosofía del lenguaje, que es, y en esto me acuerdo a la doctrina de Benedetto Croce, más estética que lógica». Cuando en lo futuro se haga la historia de la Filología española, habrá por fuerza de ser mencionada esta labor de orientación debida a Miguel de Unamuno (96).

Las cuestiones filológicas que trata Unamuno son éstas en pormenor:

El cambio de timbre vocálico que se aprecia en *redondo* (lat. rotundu) y en *rencor* (lat. rancore) ant. *rancor*, se debe a influencia del prefijo *re-*; en *derecho* (lat. directu) del prefijo *de-*; como en *orin* (lat. aerigine, por aerigine) de la palabra *orina*. No las características de los sonidos vecinos, no causa fonética, sino influencia de otras palabras.

La metátesis de *r* en *entregar* (lat. integrare) o en el vulgar *catredal* por *catedral*, se debe a influencia del prefijo *entre-* y de la palabra *catre*. El cambio de lugar del sonido consonántico se da en cada caso particular por una razón precisa, no hay ley general.

La epéntesis de *n* en *sonsacar*, ant. *sosacar* se debe a la fusión de sufijos *so + en*; en *sancochar*, a fusión del anterior, *son*, con *sa* (nacido éste de *so + a*). La forma etimológica del prefijo es *so* (lat. sub).

(95) Menéndez Pidal había reformado a este tiempo el capítulo IV de su Gramática, sobre el que recaen las más de las Notas unamunianas, en la quinta edición, que lleva la misma fecha que el *Homenaje*, 1925. Alguna de las objeciones de don Miguel pudo ser conocida con anterioridad por Menéndez Pidal, y así se explica, acaso, la detención de éste en refutar, sin aludirla, la explicación de Cuervo, *alondra*, influida por *calandria*, y que trae Unamuno. Se diría expuesto precisamente para el maestro de Salamanca. Véase *Gramática histórica*, § 69, ya en la edición de 1925. MENÉNDEZ PIDAL comenta las *Notas marginales*, en *Cuadernos...*, 1951, II, 8-9.

(96) Véase: ANGEL ROSENBLAT, en *RFH*, 1940, II, 183.

La mayor parte de los sufijos átonos romances representan, más que verdaderos sufijos, casos de contaminación de unas palabras con otras, como en los sufijos aparentes de *carámbano* o *corémbano* que procede de *corembo* + *témpano*; o como en el falso sufijo acentuado de *picacho*, que procede de *pico* + *cacho*. (Unamuno se complace mucho en el vocablo anecdótico *mochales* de un excursionista que fundió *mochilas* + *morrales*.)

Casos de falso análisis de palabras, presenta Unamuno *imbo* y *senaguas*, el primero con pérdida de *l-* inicial fundida en el artículo: *el (l)imbo*; el segundo con prótesis de *s-* tomada del artículo plural: *las s-enaguas*.

A regresión de supuestos derivados atribuye los vocablos *taba*, de *tabilla* (lat. *tabella*) y *mono*, significando 'monigote, garabato', de *monago*.

Aunque dice Unamuno que no le atrae la fonética, pone en sus *Notas marginales* dos observaciones a ese capítulo:

El grupo latino *stry*, da en romance el resultado *x* antigua, moderna *j*. Tal en *quaestiare*, *quexar*, y en *coangustia*, *congoxa*.

El grupo románico *n'l* se resuelve en *nd*. Unamuno supone el proceso de *ambulare*, *amb'lar*, *an'lar*, *andar*; el de *singulos*, *seng'los*, *sen'los*, *sendos*; y *biendo* (por *bieldo*), lo cree acaso sustantivo postverbal de un *bendar* derivado de *vent'lar*, *ventilare*.

En una de las cartas a Clarín le decía tener hecho un trabajo demostrativo de que en español la *a-* protética de muchos verbos y otras voces procede, no de *ad-* latino, sino de nasalización de la vocal del prefijo *in-*. «La sílaba *IN* tiende por *EN* a *AN*—le explica por menudo—; la *i* va hacia el centro de la serie vocal (*i-e-a-o-u* o bien *u-o-a-e-i*). Así *imparare* - *amparar*, *inversu* - *anverso* y *anvés*, *incalciare* - *encalzar*, - *alcalzar*, - *alcanzar*, etc. Sobre este curiosísimo fenómeno fonético tengo hecho un estudio especial, sosteniendo que muchas de nuestras *AES* protéticas provienen no de *AD*, sino de *IN*, que nuestro *abrazar*, v. gr., viene de *imbracchiare*, fr. *embrasser*, pronunciado *ambrasser*. *Ahogar*, *ahorcar*, *aherrojado*, *agarrar*, corresponden a *enfogar*, *enforcar*, *enferrollado*,

ingarrare que vemos en el Fuero de Calatayud de 1311. ¿Hay formas más curiosas que el *ambidos* del Poema del Cid, de *in vitus* (*envidos - embidos - ambidos* y luego con *mb - mm - m*, como *plomo, lomo, lamer*, etc., de *plumbu, lumbu, lam-bere*, etc., *ambidos*) o *amainar*, de *invaginare - embainar*, etcétera?» (97).

En las *Contribuciones a la etimología castellana* (98) aporta Unamuno datos de palabras con los sufijos *-rrío, -rro* en las formas *-arrio, -arro, -orrio, -orro, -urrio, -urro*. Y lo mismo que en el otro trabajo antes comentado, prefiere ver en todos los casos analogías y cambios accidentales de las palabras, a creer en la existencia de un sufijo. Denuncia, por ejemplo, que no hay sufijo en *cimborrio*, derivado del gr. *κιβωριον*, lat. *ciborium* (99).

Si Unamuno se hubiera dedicado de lleno a investigación filológica hubiera tal vez elaborado la teoría en contra de la perduración de los sufijos, pretendiendo explicar todos los casos de aparente sufixación como contaminación de unas palabras con otras. Aparte de la consideración de que el sufijo no tiene vida por sí, sino en una palabra a que se aplica y de la que pasa por asociación a otras varias.

Dejamos de lado para el estudioso, y como cuestión abierta, la de averiguar si procede de un sufijo ibérico, análogo a uno que se encuentra en vascuence, si no es más bien desarrollo dialectal, algo anómalo, de los sufijos latinos *-ariu* y *-oruu*, o si se ha extendido analógicamente y al modo de los sufijos átonos, a partir de formas en que no era tal sufijo, por lo menos vivo y dentro del período histórico.

Y sin embargo interpreta *pizarra, chinarro* y *guijarro* como derivados de *pieza, china* y *guijo*, rechazando la etimología generalmente aceptada que identifica *guijarro* con el vascuence *eguijarria*.

(97) Carta. Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, 75-76).

(98) En *RFE*, 1920, VII, págs. 351-357.

(99) Para explicar el paso de *r* a *rr*, acude a la hipótesis de una geminación ante la *yod*, de la *r*, que se hubiera convertido en el sonido *r̄*, y se le ocurre traer a comparación el italiano, lengua de que es típico ese fenómeno fonético. Pero en otras consonantes. Y aquí viene la *Nota de la Redacción* de la Revista a que me referí en el capítulo I: la *r* es sonido que no se gemina ante *yod* en italiano; podría ocurrir con una *r̄* fricativa, que es prolongable —pero no con una *r* vibrante, de articulación momentánea—, y es difícil que diera un resultado vibrante múltiple *r̄*. En la página 353 del mismo artículo, señala Unamuno *canturria* como derivado de *canturiare*, en que *rr* procede de *r̄*.

Con las etimologías sacadas del vascuence hay que andarse con mucho tino, entre otras cosas, porque mis paisanos los vascos son muy capaces, como lo hacía ya Larramendi, de forjar vocablos que no están en uso, para encajar una etimología. Así, *eguíá* o *eguíja* es, en efecto, 'esquina', y *arri*, con el artículo, *arria*, 'piedra'; pero es muy fácil que Larramendi los juntara para sacar del vascuence un *guijarro*.

En el mismo artículo explica *pingorota*, *picorota*, voces en las que la terminación no es sufijo aumentativo de significación, sino resultado del adjetivo *altu*: *pingaro*—o *pingara*—*alto*, *picaro alto*, este con influencia de *picota*, lo mismo que *arribota*, se explica por *ad ripa alta*, 'en la alta ribera'.

En fin, otro trabajo unamuniano de filología es el dedicado a *El elemento alienígena en el idioma vasco* (100). Hace una amplia recolección de vocablos vascuences que revelan raíces latinas, que aunque no pretende ser completa, da fundamento suficiente al autor para deducir que los vocablos que el vascuence emplea para designar objetos y conceptos que suponen cierto grado de cultura, proceden del latín o de los idiomas románicos: son de origen extraño.

Parece que puede decirse sin ninguna exageración que Unamuno sabía hacer una investigación filológica. Que no se dedicaba a ellas y aun las huía, no es obstáculo para que se pueda comprobar la aptitud de que estaba dotado para esta clase de trabajo, si bien esa misma condición de no ser éste su verdadero oficio, se revela en el carácter de genialidades aventuradas de alguna de sus afirmaciones y en la misma licencia para el tecnicismo: *connubio*, *fonismo*, *neografista*, *digerido* son nombres que indican conceptos filológicos; el último lo aplica a las formas romanceadas, por oposición a los latinismos o vocablos cultos; *connubio* es lo que llaman los filólogos contaminación o cruce. Unamuno no se detiene en buscar la terminología adecuada y la inventa él mismo al paso. A veces el vocablo técnico falta, como cuando habla de sonido suave o áspero de la *g* (101), o alternan el tecnicismo científico y la terminología vulgar en un mismo libro en pocas páginas: «la

(100) En *ZRPh*, 1893, XVIII, 137-147. Es refundición del publicado en la *Revista de Vizcaya*, 1886, núms. 8 y 9.

(101) *Acerca de la reforma de la ortografía castellana* (*Ensayos*, II, página 149).

sonora gutural *g*», «gutural fuerte» *k* (102). Para el futuro hipotético prefería *potencial* a *condicional*.

En todo caso se aprecia en la aplicación de Unamuno a los temas de filología siempre algún rasgo de fina captación. Así, explicando el paso de *Simson* a la adaptación castellana *Sanson*, hace la observación, rectificadora del testimonio que la escritura presta, de que no sabemos cómo oiría el pueblo castellano a los judíos pronunciar la palabra que nos lega la grafía *Simson*. Está sin duda sobrepasada hoy la posibilidad de este error en buena filología, pero es muy oportuno que nuestro autor aluda a ese detalle que tal vez reconcilia mejor con esas adaptaciones que a veces parecen excesivamente caprichosas o extraviadas.

Unamuno filólogo nos deja la lección de su espíritu despierto en una Filología trascendida de filosofía lingüística y que orienta el conocimiento de los fenómenos de la lengua propia hacia su inmediata aplicación en el uso cotidiano de ella; que no quede como ciencia muerta de los libros. Unamuno escritor español es a cada paso el maestro de historia de la lengua española. Las dos actividades se reinfluyen mutuamente.

(102) *Amor y Pedagogía*, V y VI (págs. 92 y 108).

IV.—LA LENGUA ESPAÑOLA

¿Se puede hablar con propiedad de una teoría de la lengua española en Unamuno? Hay en sus concepciones a propósito de la lengua nacional algo que es ciencia que se entremezcla con algo que es arte, sentimiento, ideal, pura poesía. Análisis lingüístico de las características del idioma, por un lado; por otro, anhelo patriótico, ansias de dominio espiritual con la universalidad del idioma propio, normas de conducta interna para la conservación de la unidad lingüística nacional. Un justo y moderado aprecio del esplendor pasado y una mirada esperanzada y ardiente hacia el porvenir, tal vez no menos glorioso.

Lengua y patria.

El ideal patriótico de Miguel de Unamuno estaba fuertemente afirmado sobre la tierra de España y sobre la lengua que en ella se habla. Haber nacido en tierra española y haber hablado español eran los fundamentos de todo su españolismo espiritual. Intimamente orgulloso de su condición de vasco, atribuía la consolidación de su espíritu español a la lengua que en Castilla había aprendido a amar:

Vasconia—Bilbao—me dió con su sangre espiritual el hueso del alma, que Castilla—Salamanca—con su habla sobre todo me soldó y arreció, y el meollo tuétano español (1).

Incluso al ideal religioso alcanza una referencia a la lengua española:

(1) Autógrafo reproducido con las fotografías editadas en homenaje a Unamuno, con motivo de su jubilación, 1934.

¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fué verbo español!... (2).

Entendida la lengua como un factor decisivo en la formación de la conciencia colectiva de los pueblos, la unidad de lengua era para Unamuno un determinante suficiente de unidad de espíritu, hasta el punto de poder considerar como su propia patria cualquier tierra cuyo pueblo hablara el español:

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene.

Ya Séneca la preluvió aún no nacida,
y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dió con ella vida,
Colón con ella redobló la tierra.

Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote
de Juárez y Rizal, pues ella abarca
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dió el Evangelio del Quijote (3).

Al tiempo que este afán de ponderar y fomentar la universalidad de la lengua española, se daba en Unamuno otra manifestación de patriotismo correlativa: el conocimiento de las variedades dialectales más importantes que tienen su asiento en el territorio peninsular; concretamente, el portugués y el catalán, lenguas que Unamuno miraba con cariño particular y cuyo conocimiento—al menos en lo que se refiere a lectura—consideraba como un deber para los españoles (4). Con respecto a las lenguas extranjeras, su actitud está vivamente expresada

(2) *Niebla*, XXXI (pág. 243).

(3) *Rosario de sonetos líricos*, LXVII. El quinto verso es largo.

(4) «Soy de los que creen, y más de una vez lo he dicho, que ningún español culto debe tener que acudir a traducciones del catalán y del portugués.» *De Salamanca a Barcelona (Andanzas y visiones españolas)*, pág. 151).

en el dicho de que pronunciar correctamente una lengua extranjera es perder una parte de la propia personalidad nativa (5).

En torno al casticismo.

En un soneto de la época del destierro intenta Unamuno una caracterización de la lengua española; hace un recuento de las cualidades que más le atraen de ella. Alude metafóricamente a la fuerza expresiva de la lengua que fué compañera inseparable de su pensamiento apasionado; a la riqueza de significación que en su entraña etimológica guardan los vocablos y que tan bien había sabido él abstraer; al grato sabor de sus palabras populares:

Como las olas de la mar inmensa
me llegan las palabras de tu rico
lenguaje, pobre patria, y no me explico
cómo aguanta la bomba de la prensa.

Batido a yunque de pasión se adensa,
riqueza soterraña rinde al pico
del minero; del biello al abanico
su perfumado tamo el aire inciensa.

Lengua que fué: Cervantes—la sonrisa
de la desilusión; fué viva llama
—Teresa; fué: Quevedo—adusta, risa,
y Góngora—la pompa que recama
los ocasos; si el arte no la sisa,
en aguaducho de oro se derrama (6).

Los cultivadores cimeros de la lengua son aquí Cervantes, Santa Teresa, Quevedo y Góngora. En otros escritos alaba el uso de Fray Luis de León o el padre Sigüenza. No falta, pues, en Unamuno, al considerar las excelencias del idioma, una referencia a las figuras cumbres del pasado glorioso. Pero uno de los empeños de Unamuno fué luchar contra el vicioso respeto a esas figuras literarias en cuanto, para algunos, suponen un dechado tal, que todo lo que no sea imitación de ellos es pobreza y barbarismo. Unamuno considera empobrecedor al cas-

(5) Véase la nota 13 al capítulo I.

(6) Buscando palabras para los sonetos. *De Fuerteventura a París*, XXV. En el último terceto intercalo un guión que no está en el libro unamuniano. Tal vez deberían sustituirse todos por comas sencillamente. La *Antología poética* trae aquí puntuación incorrecta (núm. 283).

ticismo en el lenguaje. Y en esta línea están concebidos todos los escritos dedicados a la lengua española. La lengua española resultará no apta para la expresión científica y filosófica, si no se esfuerzan los que la emplean por salir de los estrechos límites de la imitación prolongada de un viejo dechado y abrirse paso en ella con las innovaciones que las demás lenguas modernas les puedan brindar. Una exposición doctrinal moderna no se puede hacer con la terminología filosófica de los místicos del siglo XVI; no se puede escribir hoy de filosofía «en aquel lenguaje o en otro que mantenga su alma», «en una lengua formada en la línea de aquel castellano y sin salirse de sus derroteros» (7).

El siglo XVIII había dejado una larga herencia que permanecía incommovible y que era forzoso desechar o, por lo menos, airearla: la preocupación purista por el empleo exclusivo de voces autorizadas en nuestros clásicos, y el casticismo de imitación literaria que con la oratoria del XIX había llevado a la forma ampulosa de la frase. Contra una y otra cosa se rebela Unamuno y aconseja a los escritores que no se ocupen de si las palabras que intentan emplear son o no genuinamente castellanas castizas, y que atiendan a la sustancia de lo que tienen que decir más que al trabajo de cuidar el aspecto exterior de su estilo. Nada de acudir a las formas establecidas, que deben plegarse a las necesidades del pensamiento. Este es el que ha de dar la pauta de la forma que la lengua ha de adoptar. Siempre será más importante el contenido que la forma, y resulta ridículo dar excesiva importancia a la selección de vocablos, y a su colocación en la frase de acuerdo con una sintaxis monótona, establecida de antemano como un patrón. Mientras los escritores se ocupen de estas cosas, por fuerza han de descuidar la viveza y fuerza de aquello que les mueve a escribir:

En lo que insistiría y reinsertiría y remacharía y volvería a remachar hoy es en lo de la flojez y ramplonería de nuestra literatura. Hasta en el lenguaje yo no sé si la prensa u otra máquina cualquiera ha sellado una «horrída miseria» como la llama Martínez Ruiz. Es una lengua uniforme, achatada, la misma para todos, vaga en su aparente precisión, esquiva a toda expresión fuertemente individualizada, retusa a abrirse a la gracia del decir dialectal de nuestros campos.

(7) *Contra el purismo* (Ensayos, IV, págs. 24 y 16).

Da grima oír lo que de la gramática dicen todos los gramaticaleros caza-gazapos. Entran ganas de gritarles: ¡Al cuerno con vuestra corrección y vuestro alifio! Porque es cosa vista, parece que los escritores correctos, alifios y bien hablados están cerrados a cal y canto a toda idea opulenta y rebosante vida; no dicen más que memadas de sentido común. Se rompe el cascabullo de sus bien ajustadas frases y resultan éstas, como muchas avellanas, huera (8).

Independientemente de lo que en la actitud de Unamuno pudiera haber de estrictamente estético, se observa en la crítica que hace del casticismo de corteza gramatical una aversión a lo que éste tenía de poco fecundo intelectualmente, a la pobreza de espiritualidad que muestra la excesiva preocupación por cosa tan vana como puede ser la corrección de forma. Ante los valores de contenido humano que en un escrito o discurso hablado se puedan encontrar, pierde toda importancia cualquier belleza estudiada, pretendida, cuando no es conseguida naturalmente, sino a costa de un esfuerzo que pueda menoscabar las energías que deben dedicarse a lo verdaderamente valioso que es el contenido intelectual o afectivo de lo que se dice. Así Unamuno fustiga a los que alardean de ánimo revolucionario mientras demuestran ser verdaderos reaccionarios en el cuidado que ponen por emplear lenguaje castizo (9); al que lee las obras de los grandes místicos del siglo xvi para encontrar en ellos ejemplos de buen lenguaje y, en cambio, deja escapar, sin que se le comunique nada, el ardiente espíritu de ellos (10); a los que en su superstición purista no se ofenden tanto ante una contradicción a los principios de la religión o política que profesan, como ante un gerundio mal empleado o una palabra bárbara, haciendo así a los más sagrados dogmas menos importantes que tales minucias del lenguaje (11).

La labor de evitar consonancias en la prosa, de buscar por otra parte el soniquete halagador alargando los periodos con el tono oratorio de los latiguillos, de ir a los textos de los clásicos

(8) *En torno al casticismo*, ed. Madrid, Fernando Fe, 1902. Prólogo no recogido en las ediciones posteriores (pág. 26). Véase también: *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, págs. 101, 109).

(9) «Tendré siempre a un Hermosilla por un reaccionario redomado, aunque se nos aparezca más liberal que Riego y renegando de todo Dios y todo Roque.» *La reforma del castellano* (*Ensayos*, III, pág. 92).

(10) *Sobre la europeización* (*Ensayos*, VII, pág. 178).

(11) Véase: *Conferencias dadas en Málaga* (pág. 17); *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 101).

a buscar términos arcaicos, barnizar o aceitar los escritos, era en la mente de Unamuno, cuando no un peligro para el progreso ideológico, algo absolutamente secundario entre lo que debe ocupar los afanes del hombre escritor. El deseo de hacerse estilo impide que éste efectivamente se forme, porque no da de sí ninguna nota individual. Se puede demostrar buen estilo escribiendo lisa y llanamente, si en efecto se dicen cosas de enjundia:

Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no escribes cosa que lo valga o aburres, por castizo que se te repunte, escribes muy mal, y no sirve darle vueltas, que es tiempo perdido (12).

Unamuno quiere defender una concepción puramente negativa del estilo burlándose de él, como de la expresión «buen gusto», por lo menos como un primer paso para combatir el «gobierno de los muertos», la perpetua imitación de los clásicos del siglo xvi, las reglas del arte de escribir que no hacen sino menoscabar el valor de lo íntimo.

No te cuides en exceso del ropaje,
de escultor, no de sastre es tu tarea;
no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea (13).

No es necesario decir que los escritos del propio autor, artísticos por excelencia, no están exentos de artificio. Pero aparte de que esto sea otro problema, hemos de fijarnos en que la intención de esta postergación del cuidado del lenguaje en lo externo, va encaminada no a la acción del poeta o escritor, sino a su resultado. Las dificultades vencidas, las trabajadas selecciones de vocablos, las consonancias evitadas o pretendidas, son cosa que no debe trascender al lector, quien debe encontrarlo todo hecho, natural. «A estudiar, a casa», era el comentario de Unamuno ante las exhibiciones de prodigios de digitación de los músicos.

Por otra parte, una vez pone en duda Unamuno la autenticidad de la sintaxis oratoria como la genuinamente castiza castellana. Tal vez, dice, provenga de las tierras meridionales es-

(12) *Sobre la lengua española (Ensayos, III, pág. 108).*

(13) *Credo poético (En el libro Poesías).*

pañolas, tierras de labia, donde se toma por imaginación lo que no es sino facundia, mera verbosidad sin mayor contenido (14).

Mirando hacia el futuro, Unamuno veía como urgente la necesidad de desmeridionalizar la lengua, hacer que perdiera esas hinchazones y sirviera efectivamente para encarnar y contener unas ideas fecundas y renovadoras. Para una reforma de la lengua había que apartar ante todo de la mente de los españoles toda idea de autoridad en cuestiones de lengua, toda posible opresión por la superstición del clasicismo. Que se perdiera el miedo a la introducción del neologismo o del extranjerismo allí donde fuera menester, que cada cual adquiriera conciencia de su derecho sobre la propia lengua y que quedara imbuída en todos la idea de una libertad ilimitada en el lenguaje. Libertad en el lenguaje, idea paralela a la de la negación del estilo, que Unamuno propugna confiando en el poder que la lengua tiene de por sí para contrarrestar lo que puede aparecer como desbocada mutabilidad. Ya procurarán los hombres entenderse, por la cuenta que les tiene, dice. Aun su defensa de la unidad nacional de lengua y su anhelo de verla universalizada hasta el máximo, son compatibles con esta idea de la libertad lingüística, como veremos en seguida.

El resultado de una libertad amplia será una lengua española cuyas características no se pueden precisar, pero que por sí sola tendrá justificación, ya que nunca la lengua puede quedar a merced de unas leyes establecidas. La lengua tiene la facultad de eliminar lo que le estorba, y no hay que temer una superabundancia de formas nociva y oscurecedora que la anarquía podrá acarrear: la lengua se unificará de una manera vital, por sus condiciones intrínsecas de evolución normal, sin que sea necesario procurar para nada la uniformidad por medios mecánicos externos.

(14) *Sobre la lengua española (Ensayos, III, págs. 106-107)*. Sobre este concepto de lo andaluz a través del prisma de la lengua, véase también *Trujillo (Por tierras de Portugal..., pág. 182)* y *La imaginación en Cochabamba (Contra esto y aquello, pág. 47)*. Y compárese AMÉRICO CASTRO: *El habla andaluza (Lengua, enseñanza y literatura, Madrid, 1924, pág. 53)*. En este concepto despreciativo, hostil a lo meridional, ¿podía entrar la condición de vasco de Unamuno?; otro vasco de la generación, Baroja, es decididamente antimeridional. Véase LAÍN ENTRALGO: *La generación del noventa y ocho, pág. 217 y n. 208*.

La Academia.

Molesta en sumo grado era para Unamuno la presencia de la Real Academia Española en el camino del mejoramiento del idioma. Nuestro filólogo veía en ella criterios anticuados de proteccionismo e inquisición lingüística, echaba de menos en la corporación la ciencia filológica imprescindible para dar autoridad a sus publicaciones—la *Gramática* y el *Diccionario*—, y la acusaba de menospreciar las manifestaciones populares y dialectales de la Península. En franca rebeldía, aseguraba no necesitar para nada, como escritor, contar con su apoyo, y propagaba a todos los vientos la existencia y necesidad de este menosprecio hacia la institución.

El lema académico, que representa un concepto subjetivo y atrasado de la esencia de la lengua, a juicio de Unamuno, es objeto de su sarcasmo:

Por nuestra parte, dejemos a la Real Academia (hay que fijarse en esto de *Real*, y en su íntimo consorcio con lo académico, pues esto ofrece una de las claves del misterio casticista), dejemos a la Real Academia que fije la lengua castellana, haciéndola hipoteca inmueble, y, por nuestra parte, nosotros, los vivos heterodoxos, los que por favor de la naturaleza no somos instituciones ni tiramos a serlo, ya que tenemos que servirnos de esa lengua, procuremos, en la medida de nuestras fuerzas cada uno, movilizarla, aunque para conseguirlo tengamos que ensuciarla algo y que quitarle algún esplendor (15).

En otra ocasión dice, a propósito de la reposición purista de los grupos de consonantes en el siglo XVIII, que no concuerda con el propósito que el lema representa: «¡Vaya un modo de *limpiar* la lengua, llenándola de barreduras y espolvoreando sobre ella toda la caspa que soltó hace tiempo!» (16).

El prestigio de que goza el instituto entre el vulgo ilustrado hace favor a la tendencia de que el léxico de la lengua es una cosa efectivamente codificable y que es falso y mal español todo lo no recogido en el Diccionario oficial concebido con criterio de diccionario tesoro, «de autoridades». Y Unamuno se apresta

(15) *Contra el purismo (Ensayos, IV, pág. 31).*

(16) *Acerca de la reforma de la ortografía castellana (Ensayos, II, pág. 151).*

a deshacer esa tendencia a ver en ninguna entidad ni persona, poder legislativo en materia de dominio común (17).

Fundado en el razonamiento de que no son necesariamente los que tienen un conocimiento de experiencia, instintivo, los que pueden juzgar mejor, *per modum cognitionis*, la realidad científica de las cosas (18), Unamuno retira todo posible voto de confianza a la Academia para la labor científica del estudio del idioma, y cree que tal cometido debería quedar confiado a los claustros universitarios (19). En el Diccionario ve muchas etimologías disparatadas o imprecisas (20). En la Gramática encuentra falta de postura científica ya desde la misma aspiración inicial de que, no sólo ese libro, sino la ciencia en sí, enseñe a hablar y a escribir correctamente (21). La falta de fundamento científico filológico en el conocimiento de los hechos lingüísticos hace de la gramática académica una obra meramente empírica, sin explicaciones históricas, de interminable casuística, que no hace más que clasificar caprichosamente apariencias y darles nombres raramente apropiados, sin contenido comprensible (22), por ser derivados de la vieja terminología gramatical grecolatina que tampoco era precisamente científica, por lo demás (23).

El Diccionario y la Gramática académicos son constante ob-

(17) «... está muy generalizado el prejuicio de creer que no hay más palabras legítimas que las contenidas en el Diccionario oficial, que éste es el arca cerrada y sellada del caudal de nuestra lengua, que debe proscribirse toda voz no contenida en él, que la función de la Academia es decretar lo que ha de ser tenido por buen castellano.» *La enseñanza del latín*, IV (*Ensayos*, II, pág. 32).

(18) «... lo absurdo que resulta querer hacer de la Academia un panteón de celebridades literarias y dejarle encomendada la labor lingüística, como si fueran mejores conocedores de las funciones de la digestión los que de mejor estómago gozan.» *La enseñanza del latín...*, IV (*Ensayos*, II, pág. 33, nota). Comp. carta citada por GARCÍA BLANCO. Discurso..., pág. 37.

(19) II Asamblea Universitaria. Barcelona (2 a 7 de enero de 1905). Temas generales. 2.º: *La enseñanza universitaria*. Ponente, doctor don Miguel de Unamuno (pág. 6). Habría mucho que discutir en esto, que no es cosa tan simple como Unamuno lo presenta.

(20) *La enseñanza del latín...*, IV (*Ensayos*, II, pág. 37 y nota); *Acerca de la reforma de la ortografía...* (*Ensayos*, II, pág. 151, nota); *En torno al casticismo*, edición de 1902. Prólogo (pág. 30).

(21) *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, págs. 98 y 100). Véase lo comentado antes a propósito del concepto unamuniano de la gramática, en el capítulo III.

(22) *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 99).

(23) Basta recordar, por ejemplo, el nombre del acusativo (lat. *accusativus*), que no refleja la idea de «causa» del gr. *aitiatiké* a que pretendía traducir; debiera haber sido más bien *causativo*. O el caso de las consonantes aspiradas que hace referencia a una pronunciación «áspera». No recuerdo en qué gramática popular vi corregido el término con el razonamiento de que la *h* era *espirada* siempre, no aspirada—inspirada, quería decir.

jeto de las diatribas unamunianas (24). Toda la aversión que Unamuno tiene concebida hacia la enseñanza de la lengua como simple gramática descriptiva, tiene su concreta ejemplificación en los gazapos de la obra académica.

Sobre la Academia vuelca también la acusación de no atender más que a la lengua escrita con una preferencia nociva.

Ahí está la Real Academia de la Lengua. Ha llamado a concurso, proponiendo premios al caso, trabajos sobre la lengua del Poema del Cid y de Berceo, y seguirá con el arcipreste de Hita y con cuantos en España han escrito; pero aún no se le ha ocurrido pedir trabajos sobre lo que en España se habla, sobre el lenguaje popular de Aragón, o de la Alcarria, o de León, o de Extremadura (25).

Mientras los vocablos populares vivos en la Península quedan sin la debida atención, se da lugar a errores en la atribución de ellos a regiones americanas, por ejemplo, cuando resultan ser de uso actual en el solar de la lengua...

...sucede que algunas de esas voces o algunas de esas acepciones, que, como americanas registra, son voces y acepciones corrientes en alguna región de España, aunque la Academia lo ignore (26).

La rebeldía de Unamuno contra la Academia tiene su cifra en el famoso «ya las pondrán». Se refiere concretamente a los vocablos populares que el autor ha recogido y empleado en sus obras (27). Pero a distancia se nota que muy bien puede ampliarse la referencia a todas las creaciones propias. El inventario de una lengua ha de ser entendido—y lo mismo la gramática—como algo necesariamente posterior a los hechos a que se refiere. Primero la palabra que surge, que se emplea, si extiende su acción más allá del uso puramente individual; lue-

(24) «Y nuestro *Diccionario... por la Real Academia Española*, en su edición última y peor, la décimatercia, de 1899...» *En torno al casticismo*, edición de 1902. Prólogo (pág. 29). «Y luego se emplea para la enseñanza de esa gramática de puros nombres un texto oficial, el *Epítome*, que es un verdadero baldón. Por dignidad nacional debía haberse suprimido ya ese texto ridículo y disparatado.» *Conferencias dadas en Málaga* (pág. 25).

(25) *De la enseñanza superior en España*, V (pág. 54). En parecidos términos se expresa en una nota a su último ensayo en torno al casticismo, incitando al descubrimiento del paisaje y paisanaje de España (*Ensayos*, I, pág. 215). De entonces (1894, 1899) acá la Academia ha atendido más a la lengua popular en esa y otras formas.

(26) *De cepa criolla (Contra esto y aquello)*, pág. 64).

(27) *Vida de Don Quijote y Sancho*. Vocabulario; desde la tercera edición.

go, que los científicos del idioma la estudien, la codifiquen (28).

Por lo demás, Unamuno se complace en señalar el hecho de que, aparte el concepto que de la Academia tiene el común de las gentes, para los escritores no representa la dicha institución una autoridad, y no se cuidan mucho de sus preceptos.

... eso de que los americanos de lengua española no se cuiden mucho en averiguar si tal o cual locución está en el diccionario. En esto no están solos: nós sucede lo mismo a nosotros. Tampoco los españoles—fuera de algunos mentecatos, cada vez menos, por fortuna—, cuando hablamos o escribimos, nos cuidamos de averiguar si la Academia ha sancionado o no las voces de que nos servimos (29).

No hace falta aducir aquí la concordancia de esta oposición de Unamuno con la de otros filólogos que se preocuparon de la Academia. Véanse, por ejemplo, los opúsculos de Américo Castro dedicados a este tema (30). Sobre todo hay que fijarse en el hecho, que viene a dar la razón a Unamuno, de que alguna celebridad literaria, forjada a despecho de toda prescripción académica, haya terminado, sin arriar bandera, por entrar a formar parte de la ilustre Corporación. Tal es el caso de Baroja, cuyo burlón tropiezo con la gramática fué tan regocijadamente comentado. Lo mismo ocurrió con el propio Unamuno, que, a pesar de los ataques dirigidos a la Academia cuando no era más que un catedrático y publicista distinguido, fué llamado a ocupar un sillón, en atención a su labor posterior en pro de la lengua y de la literatura españolas. Elegido en la Junta de 15 de diciembre de 1932, no llegó a leer el discurso de ingreso. Sin duda, las gestiones que se hicieran para animarle a tomar posesión de la vacante habrían de estrellarse en la oposición y repugnancia del maestro a una distinción que no iba bien con sus maneras. No tengo datos sobre este punto.

(28) «Este prólogo es posterior a las novelas a que precede y prologa, como una gramática es posterior a la lengua que trata de regular, y una doctrina moral posterior a los actos de virtud o de vicio que con ella tratan de explicarse.» *Tres novelas ejemplares...* Prólogo, I (pág. 12). Véase otra cita en M. GARCÍA BLANCO, Discurso, pág. 60.

(29) *De cepa criolla (Contra esto y aquello*, pág. 64). Sigue Unamuno: «Eso de la Academia es para muchos un coco, algo así como la inquisición o el jesuitismo o la intolerancia. Y el caso es que, hoy por hoy, España es uno de los países menos inquisitoriales y menos académicos de Europa; desde luego, mucho, muchísimo menos que Francia.»

(30) *La enseñanza del español en España*. Madrid. V. Suárez, 1922. *Lengua, enseñanza y literatura*. Madrid. V. Suárez, 1924.

El habla popular.

La parte activa en la obra de renovación de la lengua española es la que se refiere principalmente a la lengua de los campos. Ante las posibilidades que se ofrecen de seguir dependiendo de los clásicos, imitando lengua escrita, y ampararse en la lengua viva de los campos de España, la elección no le ofrece duda. Unamuno desecha como inservibles los viejos moldes en que se encerraba el lenguaje castellano y desdeña la posibilidad de verter en ellos la sustancia viva de su pensamiento nuevo: «No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.» Pero tampoco quiere que las palabras populares que él va a usar tengan ninguna impropiedad que denuncie ilegitimidad en el trato, que sea patente su trasplante de un terreno popular a otro culto: tampoco vino viejo en odres nuevos. Más que la novedad, lo que él persigue es la eternidad que cree encontrar, mejor que en parte alguna, en la veta de lo popular. La lengua del pueblo es la que en su continuo fluir mejor guarda las calidades que la hacen siempre nueva, siempre antigua y siempre fecunda.

Mi clásica habla romántica,
mi antigua lengua moderna,
¿eres vejez de edad niña?,
¿eres niñez de edad vieja?
¿Vino viejo en odres nuevos?
No, sino agua de ribera,
su cauce en el valle verde,
canal que riega la cepa.
Voy a crear el pasado;
mañana que fué no es muerta,
vuelve mi río a la fuente,
la creación es eterna.
El que fué hace diez siglos
me está enseñando la lengua
con que he de hablar a mi pueblo
cuando otros diez hagan mesta (31).

En este punto fué Unamuno fiel a sus propios principios durante toda su vida, desde que llamaba la atención sobre la importancia de lo popular en el programa de regeneración de

(31) *Cancionero (Antología poética, núm. 380).*

España, hasta los últimos escritos en los que hacía balance y examen de su labor literaria y profesoral.

Para remedio de los males de la Patria caída, Unamuno propone el «chapuzarse en pueblo», que es donde está custodiado lo más puro de la hispanidad. Las fuerzas vivificadoras han de sacarse de las mismas entrañas del alma española. La renovación literaria ha de buscar su fuente, pues, en el habla popular, que es la que conserva y continúa la verdadera tradición. Y alrededor de la cita de Capmany en su *Filosofía de la elocuencia*, de que lo más del romance castellano está enterrado, Unamuno propone como una tarea esencialísima el desenterrar de la entraña verbal del pueblo esa riqueza viva para aprovecharla. La lengua culta necesita remozarse, y esta labor de renovación se conseguirá mejor introduciendo en ella palabras del arroyo, palabras populares vivas, que no muertos arcaísmos tomados de los libros o aún de los léxicos (32).

En la generación de los novelistas del realismo, se habían dado también muchos enamorados de las viejas palabras conservadas en el hablar popular. Pero había, determinando el empleo que hacían de tales palabras, un imperativo de color local que era el que delimitaba las coyunturas en que el decir del pueblo visto en los libros, era oportuno y resultaba pintoresco. Unamuno mismo aduce el ejemplo de Pereda, alabándole como hondamente castizo cuando recoge en sus novelas vocablos montañeses. Pero él no era un escritor regional, costumbrista (33).

La generación del 98 tendía a despojar a lo español de lo que

(32) Hablando Menéndez Pelayo de la prosa del francés Courier, dice: «... y tuvo el buen sentido de remozarlo todo con rico caudal de expresiones francas, tomadas de la lengua viva de los rústicos, a la cual hay que volver siempre que se quiere infundir nueva savia a una lengua empobrecida por la etiqueta académica y cortesana y por el abuso del espíritu de sociedad.» *Historia de las ideas estéticas...* Edición nacional, t. V (pág. 321). Parece tratarse de una cosa simplemente indicativa. Con ligera inexactitud, debida en parte a la falta de unos corchetes, «Hay que volver [a la lengua viva de los rústicos] siempre que...» P. LAÍN ENTRALGO (*Menéndez Pelayo*. Madrid, 1944, p. 112, nota) cita este párrafo, que, comenzado por verbo en forma obligativa y aislado de su contexto, parece mostrar una coincidencia de Unamuno con Menéndez Pelayo en este punto del camino de la regeneración de España. En otro autor del 98, Azorín, la postura es levemente distinta: se hallan envueltos en la misma estimación el vocablo popular y el antiguo. Comp. la última frase de Unamuno en la nota 37.

(33) Es interesante observación que hace M. GARCÍA BLANCO, *Unamuno y el lenguaje salmantino*. En *El Español*, 24-VI-1944, núm. 87. Solamente algunos artículos de la colección *De mi país* tienen ese carácter, y los vocablos regionales en ellos recogidos no llegan a entrar en el vocabulario propio del autor, como sí ocurre con los cosechados luego en tierras de Castilla.

tenía de dañoso ese aspecto castizo que nunca era alabado sin algún tinte de escondido desdén. No habría de servir en adelante el pueblo en su miseria de espectáculo para el ocioso acomodado ni de burlas para los que se piensan a sí mismos cultos, sino que habría de verse en él, con respetuosa curiosidad, al mantenedor de lo más verdadero de la tradición, y mirar con ojos de hermano al que, siendo el verdadero sujeto de la historia patria, «vive, trabaja, espera, ora, sufre y goza» en nuestros campos.

Al saludar en una apertura de curso a los nuevos alumnos universitarios, el futuro rector les deseaba que trajesen a la Universidad el aire de la calle y del pueblo, y sed de verdad y anhelo de saber para la vida. Verdades vivas eran las que deberían rumiar en las aulas, después de haberlas recogido de en torno: en el pueblo, sobre todo en su lenguaje, están encerrados todo el derecho, todo el arte, toda la economía, toda la sabiduría y la religión española. El conocimiento de lo vivo hoy a nuestro lado, es el único camino para la comprensión de lo pasado ayer en otras partes, y no al contrario (34).

En la enseñanza de la lengua española, el objetivo principal de Unamuno era, en este camino, desarraigar el desprecio bachilleresco hacia las equivocaciones populares; hacer ver a sus alumnos que, en el uso de la lengua, el pueblo es el que siempre tiene razón, y que los disparates lingüísticos de los cultos son más extraviados que los de los hombres del pueblo (35). «Aunque es cierto que tiene el lenguaje su patología (que se reduce de ordinario a hipertrofia de los casos de analogía), por lo común, el pueblo tiene razón contra los eruditos» (36). A Unamuno le entusiasma en el lenguaje del pueblo lo que tiene de espontáneo en su evolución y hasta en sus pretendidos defectos. Frente a tal espontaneidad, el artificio de los escritores le parece desdeñable, cuando no se basa en un afán de aquilatar y afinar la materia prima del lenguaje popular, sino que se reduce a un cultivo de estufa fría y sin sustancia en su resultado. El

(34) *Discurso...* 1900. P. LAÍN ENTRALGO (*La generación del noventa y ocho*, página 191, n. 63) pondera lo que hay de genial en este método historiográfico de Unamuno, que parte del presente para la comprensión del pasado. Hay otros textos unamunianos que revelan la misma intención.

(35) *La enseñanza del latín...*, IV (*Ensayos*, II, págs. 34-35). *Acerca de la reforma de la ortografía...* (*Idem*, II, pág. 152).

(36) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epist. a Clarín*, pág. 77).

escritor artista tiene que trabajar la materia de la lengua en que escribe, pero no perder en su búsqueda de formas bellas de expresión las bellezas naturales que contiene el decir popular, la lengua de todos los días. Unamuno no puede menospreciar la eficacia que tenga el lenguaje trabajado, pero quiere que no se pierda en este intento del artífice la naturalidad del hablar sencillo y múltiple en aras de una uniformidad falta de toda sustancia y vitalidad. Porque en la estilización del escritor ve el peligro de que se olvide hasta lo más esencial de todo escrito que es aquello mismo que se dice, y que en puro escribir estilizado salgan los escritos huecos.

Clama contra el desconocimiento general que reina sobre el habla de nuestros campos y la consiguiente falta de aprecio a la misma. Y pretende influir en sus lectores y alumnos para que se procuren paladar apropiado y se aparten del mal gusto de lo académico y frío, tendiendo a gustar el sabor de los vocablos y los modos de decir populares. Porque no es solamente el caudal de vocablos que atesora el pueblo y que los escritores o lectores desconocen o acaso desdeñan—vocablos tradicionales que constituyen el verdadero fundamento del idioma—lo que Unamuno presenta a la consideración de todos; es también, y acaso principalmente, el modo de ser de tales vocablos. No sólo aprecio a la cantidad, sino a la calidad. Porque existen vocablos, los llamados dobles, que tanto el pueblo como los eruditos los usan con un sentido cercano si no igual—en esto influyen las distintas condiciones sociales—, pero cuya forma, ciertamente distinta, refleja una evolución que ha llevado distinto camino para su introducción en la lengua, por derivación viva, popular o por préstamo libresco, a partir de una misma base etimológica.

Un conocimiento elemental de la gramática histórica basta para apreciar en muchos casos la condición de cultos o populares de los vocablos. Unamuno se siente atraído irresistiblemente hacia las formas populares, prefiriendo *muchedumbre* a *multitud*, *soterraño* a *subterráneo*, *escudriño* a *escrutinio*; goza cuando oye a gentes del campo palabras cuya forma popular él había construido hipotéticamente (37), como *uñir*, *fritar*, *enfusar*, a

(37) «Me produce más júbilo el encontrar en uso un vocablo que, a partir del latín y por deducción fonética había supuesto como posible en castellano, tal cual me ha acontecido con la voz *añir*, enjalbogar o limpiar una casa,

partir de las remotas formas latinas *jungere, frigere e infundere*; y, de acuerdo con esta tendencia, llega a emplear vocablos en esta forma popular artificialmente adaptada, aunque no haya llegado él a verlas documentadas o a oírlas en sus excursiones; en este caso están *aseñiguar, afruchiguar* y otras de que trataré al hablar de los neologismos. Es natural que, dada esta predilección por todo lo popular llevada hasta estos extremos, a Unamuno le pareciera censurable el afán contrario, que, acaso un poco exageradamente, descubre en ciertos escritores, que, influidos por estudios latinos, tienden al empleo de los vocablos castellanos llamados cultos, más cercanos a las formas del latín. Estos pedantescos latinistas, dice Unamuno,

prefieren el vocablo más cercano al latino correspondiente, es decir, el menos hecho, el menos popular, el más erudito o pedantesco, el menos vivo y más libresco, el menos hablado y más escrito, al verdadera y castizamente castellano (38).

Con esto, el vulgo ilustrado, que no ha recibido más educación lingüística que la que puede desprenderse de una gramática normativa, dirigida a la consecución de una forma de hablar y escribir propuesta como un canon inviolable, parece inclinado a creer que, ante esa lengua ideal y perfecta, lo popular es una grotesca deformación o degeneración debida a la incultura de las gentes.

Unamuno se erige en campeón de la lengua popular contra los excesos de los eruditos. Sus disquisiciones teóricas y sus usos como escritor están presididas por una previa indulgencia hacia todo lo popular y una implacable censura contra las costumbres cultistas. Además de lo referente al vocabulario, va guiado también por el mismo principio el esfuerzo con que contribuyó a una reforma ortográfica. Le desesperaba comprobar—y es una fina observación—que en los casos de duda, los escritores preferieran caer en la ultracorrección a cometer una falta que se les pudiera tachar de vulgarismo; es el caso de los que escriben doble *c*, *x* o *h* donde el pueblo pronuncia *c*, *s* o no escribe *h*, con

usada en parte de esta provincia de Salamanca, y que es derivación del latín *nitidus* (catalán *netejar*, francés *netoyer*) y derivación conforme a todos los principios fonéticos conocidos, me produce más júbilo esto que no el pescar con caña de erudito un voquible raro en cualquier fraile del siglo xvi. Pero no desdeño leerlos.» *Almas de jóvenes* (*Ensayos*, V, pág. 20).

(38) *Religión y Patria* (*Ensayos*, IV, pág. 134).

tal de no apartarse de la ortografía erudita aun a riesgo de pecar por carta de más; «prefieren equivocarse contra el pueblo, que yendo con él, y eso que en este caso no hay equivocación», ya que la norma más acertada es la que usa el pueblo, que escribe lo que oye pronunciar (39). Es que, como dice Unamuno en otra ocasión, los escritores escriben para otros escritores, escriben para el público y no para el pueblo, al que desdennan.

El cariño que siente Unamuno hacia las hablas populares dialectales, hacia los vocabularios especiales de todos los menestrales de los distintos artes y oficios, se manifiesta en el uso literario que hace de semejantes voces en sus propios escritos. El ejemplo que da con el uso de tales vocablos es el más eficaz incentivo para despertar en los otros la afición hacia las formas del hablar popular. Cuando comenta alguna expresión feliz es casi siempre popular. En las consideraciones de tipo histórico, desde luego, lo que más le entusiasma es la alianza entre lo popular y lo culto que él pretendía conseguir en sí mismo. Así comenta una serranilla del Marqués:

Por todos estos pinares
nín en Navalagamella,
non vi serrana más bella
que Menga de Mançanares...

Y entra con ella a brazo partido, a luchar en una espesura a dos pares, y...

con muy grand malenconía
arméle tal guardamafia
que cayó con su porfia
cerca de unos tomellares.

¡Zancadilla fué! Marqués y serrana se revuelcan, a brazo partido, en tomellares. Y en la lengua, revuélcanse juntas voces de letrados y voces de pueblo, de paisanos. Y nace la nación (40).

Así Unamuno, aun en los escritos con más pretensiones de científicos, procuraba intercalar vocablos que recogía de boca de los labriegos, principalmente de la comarca salmantina, del antiguo reino de León. Y era una de sus más altas preocupacio-

(39) *Acerca de la reforma de la ortografía* (*Ensayos*, II, pág. 155).

(40) *Manzanares arriba...* (*Paisajes del alma*, pág. 166). La serranilla, en la *Antología de poetas líricos* de Menéndez Pelayo. Ed. Nacional, IV, pág. 317.

nes la de hacer estas cosechas de vocablos populares, si bien no se puede decir que salía al campo como un filólogo investigador, provisto de sus cuestionarios y dispuesto a seguir un plan metódico. Para Unamuno, la charla con «cabreros, mendigos, gañanes y toda laya de gente sencilla y a la buena de Dios», era, ante todo, un descanso de la brega diaria contra el periódico y las tertulias de ciudad. Un fruto añadido a sus excursiones era el volver con los cuadernos llenos de anotaciones que luego utilizaría en pequeña parte al escribir. Sobre todo, el resultado de su actividad en esto consistía en despertar entusiasmo e inquietud, para que las hablas regionales, lo mismo que el folklore, no se quedaran sin investigar ni, en lo que tienen de pasajero, sin recoger (41).

La lengua en América.

El conocimiento del lenguaje popular en la Península llevaba a Unamuno al convencimiento de la unidad básica de la lengua española de uno y otro lado del mar. Todas las pretensiones de algunos americanos que creían ver diferencias notables entre el habla de los campos argentinos y el castellano, las atribuye Unamuno al desconocimiento del castellano, tal como se habla en la Península. Porque *endomingado*, *ramada*, *vincha*, *charamuscas*, o la frase «¿Quién quita que la constitución sea verdad?», u otra análoga y con el mismo giro, que encuentra Unamuno citadas en libros americanos como si se tratara de peculiaridades del habla popular americana, son palabras y giros de uso en las tierras de España, por más que algunas de ellas no se hayan visto en los libros.

Y como Unamuno no veía divergencias, sino notables afinidades en el espíritu que animaba la literatura regional, popularis-

(41) «El fué el inquietador de muchos espíritus que buscaron en el lenguaje popular perspectivas inéditas. Ese su dinamismo filológico apadrinó un movimiento cultural en Salamanca, al que no son ajenos los trabajos de Lamano y Beneyte sobre el dialecto charro, las compilaciones folklóricas de Dámaso Ledesma y la literatura casticista de Luis Maldonado.» M. GARCÍA BLANCO: *Unamuno, profesor y filólogo* (*La Gaceta Literaria*, 15-III-1930). Unamuno participaba sus hallazgos de dialectalismos salmantinos al maestro Menéndez Pidal, quien hacía de ellos gran estima. Véase GARCÍA BLANCO. Discurso, págs. 40-42. Sánchez Sevilla, autor del trabajo sobre *El habla de Céspedes del Tormes*, también era discípulo de Unamuno. Las investigaciones sobre el habla popular de esa región se continúan, y no se olvida la mención del maestro. Por ejemplo, A. LLORENTE MALDONADO, *Estudio sobre el habla de la Ribera* (pág. 43).

ta, americana, lo mismo que en ciertos caracteres de personajes históricos americanos, así tampoco veía las diferencias que otros pretendían ver en el uso de la lengua. La lengua española en América tiene diferencias con respecto a la que se habla en la metrópoli; pero estas diferencias están basadas en introducciones cultistas por el amplio influjo que en América han tenido lo inglés y lo francés. Pero fuera del lenguaje culto, literario o científico, la lengua popular que se habla en una como en otra parte es sensiblemente idéntica:

...quien quiera encontrar en la literatura criolla algo profundo y netamente español debe ir a buscarlo, como yo he hecho, en Hidalgo mismo, en Ascasubi, en Estanislao del Campo, en José Hernández. Todo ello es profunda e intensamente español, incluso el lenguaje. Como dije en un estudio que hace ya años dediqué al «Martin Fierro», parece que al encontrarse los españoles ahí en condiciones sociales y de lucha análogas a las que aquí produjeron nuestros viejos romances, el alma del romancero resucitó... (42).

No; de cada cien veces que un americano añade a una frase la coletilla de «como decimos por acá», puede decirse que las noventa y nueve la aplica a frases que se usan tanto aquí como allí... Es hecho verdaderamente curioso, y de que antes de ahora tengo hecha mención, el de que cuando un escritor americano quiere escribir como habla el pueblo de su tierra, se acerca al castizo hablar castellano (43).

Por esto nada pierden los americanos de su más auténtica personalidad, nacida del contacto de los pueblos indígenas con la raza española en un momento de superior estado cultural de ésta; nada pierden de su criollismo, de su tradición, al acercarse a lo tradicional español. Y así, Unamuno pondera la eficacia de Ricardo Rojas, de Leopoldo Lugones y de Enrique Larreta, entre otros, quienes «al marcar una tendencia hacia el casticismo castellano, no sólo no renuncian a lo castizo criollo, sino que lo realzan y ahondan» (44).

En el problema suscitado a propósito de la posibilidad de una escisión, Unamuno tuvo sus momentos de pesimismo y no pudo dejar de preocuparse de que algún día pudiera llegar a ver más claro ese peligro. Tal cosa debió de inquietarle; pero

(42) *De cepa criolla (Contra esto y aquello, pág. 61).*

(43) *Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana, VI (Ensayos, VII, pág. 125).*

(44) *De cepa criolla (Contra esto y aquello, pág. 63).*

con la mayor serenidad que podía acumular en el estudio de este caso, confió, aunque en otros problemas concedía importancia a lo fatal en la vida de las lenguas, en que no se produciría tal escisión. Porque las condiciones sociales y políticas de la lengua española actual no permitían la comparación con las de la fragmentación del latín a la entrada de la Edad Media. La difusión de la imprenta y lo improbable de un período de barbarie que determinara un aislamiento semejante al ocurrido a la caída del Imperio romano, eran fundamentos suficientes para desechar la posibilidad de una fragmentación del idioma hablado en tantos países de la América del Sur (45).

Aun contando con unos móviles de un patriotismo ambicioso más o menos extraviado, como dirigentes de estas doctrinas acerca de la posible diversificación en un futuro próximo de la lengua hablada en la América española, Unamuno achacaba mucho de ello a la falta de conocimiento efectivo del estado de cosas. La lengua que se habla en los campos, en América, es muy poco distinta de la lengua que se habla en España, pero ocurre que la lengua de los campesinos en España no se encuentra lo suficientemente estudiada y su conocimiento extendido, y por eso no se aprecia la identidad existente. Los escritores que no llevan a sus libros los vocablos populares españoles, y la Academia Española, que si bien recoge muchos vocablos de uso corriente en América, no advierte que casi todos ellos son de uso también y no anticuados, en las tierras de España, son, a juicio de Unamuno, los principales culpables del mal planteamiento de la cuestión.

Se sentía atraído por el ideal de la universalidad de la lengua española. Esta lengua que habiendo nacido en un «pequeño rincón» de la Península, había ido asimilando a sí todas las otras lenguas peninsulares, y con ello, el espíritu todo nacional, y había sido llevada por nuestros conquistadores a las vastas tierras del mundo americano, se conserva allí, pese a todos los augurios, sustancialmente la misma. Así el español, hablado

(45) Véanse los trabajos de MENÉNDEZ PIDAL: *La lengua española y La unidad del idioma* en los libros *La lengua de Cristóbal Colón y Castilla, la tradición, el idioma*, respectivamente, ambos de la Colección Austral. No es necesario dar aquí la bibliografía de este tema, muy bien tratado también por Amado Alonso. E. GIMÉNEZ CABALLERO (*La lengua hispanida*, en *Mundo Hispánico*, octubre 1948, núm. 9) propone para la lengua hispánica y mundial a la vez, el nombre de lengua hispanida; lengua nacida de la hispanidad, no del español.

en un vastísimo territorio, la lengua que mayor número de hablantes comprende, está llamada a ser la primera del mundo, la lengua internacional por excelencia. Un poco en el reino de las utopías, dice Unamuno en un pasaje que las lenguas romances, nacidas del latín, acaso lleguen a integrarse de nuevo en otro idioma único que él llama el sobrelatín, lengua que aventajaría en vitalidad y belleza al originario.

Llámase al latín lengua muerta, mientras vive vida más rica y profunda que en la llamada literatura clásica latina: vive en los romances. Las modernas lenguas neolatinas constituyen el latín; son el latín diversificado. Y ¿quién sabe si no se integrarán un día, brotando de tal integración, un glorioso sobre-latín que sea al de Virgilio, Cicerón y Tácito, lo que es la mariposa que se baña en aire soleado, al gusano que se arrastra bajo tierra? (46).

No cabe duda que en estas elucubraciones Unamuno iba guiado por el ideal de que el español, respaldado por la difusión que en América ha conquistado, llegara a ser un idioma universal: el sobre-latín aludido.

Mas, para la consecución de este ideal de universalidad, consideraba premisas ineludibles la concesión de una amplia libertad en cuanto a la lengua a los hablantes americanos, la carta de ciudadanía a las innovaciones y peculiaridades idiomáticas de aquellos pueblos, y el sometimiento de las lenguas regionales de España a un idioma único, evitando todo posible entorpecimiento a la difusión del castellano en las regiones bilingües.

No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros (47).

Los giros de lenguaje, las innovaciones de léxico que broten en las regiones americanas, deben ser miradas, en cuanto a su aceptación o rechazamiento, con el mismo criterio que las mo-

(46) *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 18).

(47) *Algunas cons. sobre la lit. hispano-americana*, VII (*Ensayos*, VII, página 134). No he podido ver dos artículos que tratan de este problema en Unamuno: JUANA MARÍA SCHOENEMANN, *Para la hispanidad de la lengua: Unamuno-Sarmiento*, en *Columna*, de Buenos Aires, 1939, III, núms. 28-29 (págs. 30-32) y ANGEL ROSENBLAT, *Sarmiento y Unamuno ante el problema de la lengua*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 2-IV-1944.

dificaciones originarias de las tierras peninsulares no estrictamente castellanas. Castilla es, en definitiva, una parte, sólo una parte, de España. Si la variedad dialectal castellana ha prevalecido sobre las demás, lo ha hecho admitiendo particularidades nacidas en las otras regiones; así debe seguirse haciendo, con respecto a lo americano. El fuerte lazo de comunidad que la lengua única constituye no se romperá por estas concesiones. Aunque cada hablante ponga en su modo de usar de la lengua común toda su individualidad, precisamente de la suma de individualidades brotará la lengua nacional y universal. Es posible la existencia de una lengua única para toda la Humanidad, aunque cada uno la hable según su modo particular: que en definitiva lo verdaderamente universal es lo individual. Y cada uno debe formarse su propio idioma dentro del idioma común y cultivarlo y acrecentarlo, ya que de ello surgirá enriquecido el idioma de todos.

El español castellano.

Esta misma guía llevaba Unamuno al tratar de las divergencias idiomáticas de la Península. Aceptaba como irrecusable la supremacía del castellano, consideraba un deber patriótico el conocimiento y el uso de esta lengua, y proponía como salida a las características raciales que se arrogaron los procedentes de las distintas regiones dialectales, el que se empeñaran en introducirlas en la lengua común unificada española. Vascos, catalanes, gallegos, que tienen, sin duda, un espíritu divergente o contrario en ciertos puntos al espíritu castizo castellano, pueden hacer un uso de la lengua española castellana, en el que viertan sus propias características. Así es como acabará lo castellano de absorberse en el espíritu superior más complejo: lo español, y su lengua será el *sobre-castellano* unificador (48).

Parece que Unamuno tendía naturalmente a la denominación de *castellano* para nuestra lengua, llevado por su ocupación en los problemas del casticismo y por su condición nativa de re-

(48) V. *Sobre la lengua española* (Ensayos, III, pág. 97) y *Contra el purismo* (Ensayos, IV, pág. 16).

gional, que le ponía frente a éste. Su ideal universalista no encontraba obstáculo grave en este problema de los nombres de la lengua, y fiaba al futuro el definitivo triunfo de la denominación preferida en último término por más apropiada: *español*:

¿Y quiénes han enriquecido últimamente a la lengua castellana, tendiendo a que sea española? Porque hay que tener en cuenta que el castellano es una lengua hecha, y el español es una lengua que estamos haciendo (49).

Pero como el castellano ha absorbido los antiguos dialectos leonés y aragonés, y terminará por integrar en sí las otras lenguas peninsulares, bien puede seguir llamándose castellano: «El castellano es una obra de integración...» (50).

Si Unamuno apreciaba al máximo las manifestaciones populares del habla castellana, no ponderaba menos en su justa medida las variedades dialectales de la Península. Tanto, que se preocupó de conocer, no sólo filológicamente, sino como lenguas conversacionales, el portugués, el gallego, el catalán, el mallorquín. A su labor de cátedra trascendía, claro está, su actitud:

Y el desentrañamiento de este nuestro romance castellano me llevó a rebuscar en su raigambre, que se enlaza y junta y une con las de los otros romances de nuestra Iberia, con las de los otros dialectos de la común habla románica, latina. Y así me vi llevado a enquisar y requisar las diversas hablas de nuestra Iberia y su recíproca influencia. En mis clases universitarias se iniciaba el estudio del catalán y valenciano, del gallego y el portugués y aun de otros. De mi cátedra han salido no pocos enamorados del habla y la literatura catalano-lemosina y galaico-portuguesa. De tales diferencias surge la integración. Yo espero—y lo dije en ocasión para mí solemne y desde otra tribuna pública—que la venidera lengua secular de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición

(49) Discurso en las Cortes, 18-IX-1931.

(50) *Ibidem*. «El español, lo mismo me da que se le llame castellano, yo le llamo el español de España, como recordaba el señor Ovejero el español de América...» *Ibidem*. «... la lengua española; llamada, si queréis, castellana; una vez explicado de qué modo diferencio estas denominaciones, me tiene sin cuidado una u otra.» Rectificación, 25-IX-1931. Unamuno eludía así el problema que en las discusiones de aquellos días se volvió a plantear a propósito de las denominaciones de la lengua: intervenciones de Ovejero y Alomar (*Diario de sesiones de las Cortes*, 17 setiembre 1931) La comisión, al aceptar la enmienda propuesta por Unamuno, mantuvo, sin embargo, la palabra *castellano* del Proyecto: «El castellano es el idioma oficial de la República» (Art. 4.º de la *Constitución*). Aunque AMADO ALONSO no cita expresamente esta discusión, no necesita interpretación especial. Véase el capítulo «Celo regionalista» en su libro *Castellano, español, idioma nacional*. Segunda edición. Buenos Aires, Losada, 1943 (páginas 124-127).

—mejor que federación—de nuestros romances. Y que no tengamos ya en adelante que traducirnos, que es traicionarnos (51).

Ya con estas como cartas credenciales de amor y respeto a las manifestaciones lingüísticas de las regiones dialectales, Unamuno se presentaba como un enérgico defensor de la unidad de la lengua española sobre la base única del castellano tradicional. Unamuno no pretendía, de ningún modo, contrariar la naturaleza de las cosas: partiendo del postulado de la necesidad de una lengua única—y no mirando tal necesidad de una manera «administrativa» simplemente—, quería impedir que se exagerara la importancia de ciertas divergencias dialectales, y no asentía a la persistencia de éstas, sino allí donde su extensión y naturaleza llegaban a constituir un dialecto distinto del castellano, efectivamente vivo, esto es, hablado y entendido por los habitantes de la región correspondiente, por una mayoría digna de ser tomada en consideración. Este es el caso del catalán exclusivamente. Las demás hablas regionales no tienen derecho a ser consideradas como idiomas concurrentes del castellano hablado en la Península y en la América del Sur, y empeñarse en hacerlas vehículo de la expresión literaria y científica es poner trabas a la difusión de la cultura.

Todo respeto, todo cariñoso trato, todo desvelado estudio dedicado a las lenguas dialectales, será siempre acogido con buenos ojos por todos. Pero será extravío el empeño de acentuar diferencias con la lengua nacional española, sin fundamento, acaso por procedimientos contrarios a la naturaleza misma de las lenguas, sólo en persecución de una originalidad esencialmente negativa. Por esto se ofende Unamuno cuando encuentra en Galicia o en Portugal deformaciones lexicales u ortográficas que no parecen tener más razón de ser que el deseo de apartarse de las formas semejantes o idénticas al castellano que hay en estas lenguas (52). Este prurito es vicio también de los defensores del vascuence, del catalán y de todos los idiomas que

(51) *Discurso...* Salamanca, 1934. Alude al discurso en los juegos florales de Bilbao.

(52) Sobre la inscripción del sepulcro de Alfredo Brañas en la iglesia compostelana de Santo Domingo: *Santiago de Compostela (Andanzas...*, pág. 60). Sobre la grafía etimologista *mythologia*, «que es como lo escriben los portugueses». *Acerca de la reforma de la ortografía (Ensayos, II, pág. 137 y nota)*. «... *metarritmis* (que un portugués escribiría *metarrhythmisis*)». *La juventud intelectual española (Ensayos, III)*.

se ponen en competencia. Notemos que a Unamuno no le parecía perder puntos en la lengua española por admitir y aun propagar términos tomados de otras lenguas, y que su afán era el de que se pudiera entender el mundo entero—largo plazo para ello—en una sola lengua. Es natural que tratándose de aquellas lenguas que por vínculos especiales están unidas al castellano, le dolieran más esas manifestaciones de rebeldía que no se contentan con mantener las pocas o muchas diferencias naturales existentes, sino que se empeñan en establecer otras nuevas. Por otra parte, la puerilidad de estos proceder, con encubrir la mala intención la hacen más odiosa.

La cuestión del vascuence.

Las tendencias disociadoras han sido más fuertes en las regiones del vascuence y del catalán. Y apoyadas en fundamentos de diferente consistencia. También era distinta la solución que al problema proponía Unamuno: el abandono del vascuence y el mantenimiento de la lengua catalana, siempre que no se opusiera a la difusión y supremacía del castellano.

El vascuence, antiquísima lengua que guarda acaso relación con las lenguas de los primitivos iberos, no tuvo cultivo literario hasta el siglo xvi, y aun después no produjo obras notables. Debido a este escaso cultivo literario tal vez, fué perdiendo terreno progresivamente, siendo cada vez mayor el número de habitantes del país vasco que simultaneaban con el vascuence el castellano. El vascuence perdió sobre todo terreno en las capitales absorbidas por el castellano que era lengua de uso en industrias y comercio, y se fué relegando a las aldeas. En la capital de Vizcaya, de donde era natural Unamuno, no se hablaba ni se habla el vascuence, y la gente de cultura media desconoce la lengua regional y sólo sabe de algunas palabras aisladas que llaman la atención únicamente por su pintoresquismo. Como el vascuence careció de una fuerza interna suficiente para desarrollarse, la cultura, de importación latina allí, dejó su rastro en el vocabulario de forma que muy pocas son las palabras que designan conceptos abstractos y productos de civi-

lización a las que quepa reconocer origen vasco (53). La vida espiritual, de cultura, moderna, no se puede verter en ese lenguaje, porque no tiene sencillez en sus posibilidades, ciertamente dilatadas, de derivación y composición para la formación de nombres nuevos. Unamuno no sentía ninguna admiración por el idioma vasco que en su complejidad le parecía mostrar, no una perfección como creían los vasquistas del siglo pasado, sino precisamente un indicio de atraso e inferioridad en comparación con la simplificación de formas que se aprecia en la historia de las otras lenguas europeas. Y quería oponerse desde su puesto de entendido en cuestiones filológicas, ya desde la tesis doctoral, a las pretensiones de los acérrimos vasquistas que, sin los conocimientos previos indispensables, sólo guiados por un afán patriótico mal encauzado, oponían al decaimiento del vascuence absurdas pruebas de su vitalidad, elogios inadecuados y afanes contra toda ley lingüística, para crear palabras nuevas con raíces vascas, pero forjadas generalmente a la latina, es decir, de acuerdo con los procedimientos de que se ha valido el latín y reflejando una concepción latina de las cosas (54). De los trabajos de los vasquistas del siglo XIX han salido solamente muestras de un lenguaje que, a decir verdad, no era realmente vascuence, y que no entenderían los propios hablantes vascos.

Unamuno, que había aprendido el vascuence y lo hablaba con los aldeanos en las excursiones que hacía por el país, sabía que perdía terreno, que aun en las villas en que se habla vascuence, la gente de la clase media suele hablar castellano, y que los que se ponían a aprender idiomas encontraban la salida más útil en estudiar inglés o francés, que les servían para mejores relaciones comerciales o culturales que no el vascuence. Y en un discurso en Bilbao, con ocasión de unos Juegos Florales recomendó a sus paisanos que abandonaran sus esfuerzos por mantener la antigua lengua, que sin remisión, de una manera natural, caminaba a la desaparición. En este problema se mezcló por mucho el elemento sentimental patriótico de los vascos, que se pusieron frente a Unamuno, aun sin conocer

(53) V. *El elemento alienígena en el idioma vasco*, en *ZRPh*, 1893, XVII, (146-147).

(54) Véase *La cuestión del vascuence*, IV (*Ensayos*, III, págs. 215-227). De los testimonios de Larramendi huyen los etimólogos actuales como del más temible cepo.

como él los datos de la cuestión, y aun convencidos de que tenía razón (55). El profesor salmantino veía en el vascuence un «curiosísimo idioma», un «interesante idioma de estudio», pero de ninguna manera un idioma útil, antes bien una rémora para la difusión de la cultura en el país vasco. Y así, propuso el abandono de la lengua vasca en beneficio del castellano, idioma de cultura y aun lengua universal, y hacer con el vascuence lo que él llamaba «embalsamarle en ciencia».

Quería llevar la atención de los filólogos hacia la necesidad de estudiar filológicamente, no como idioma usual, el vascuence y establecer por medio de escritos científicos su estado actual, para que pueda servir de material científico. Ciencia y patriotismo se mezclaban aquí, en lucha secreta. Pues no faltará quien en nombre de la ciencia censure a Unamuno por haber contribuido o deseado la desaparición de un idioma, al fin y al cabo, vivo. Porque, por muchas gramáticas y léxicos científicos que pudieran hacerse del vascuence en su estado actual, los vascófilos del futuro preferirán para materia de estudio unos hablantes vivos a unos libros. Pero aquí hay que apreciar que la ambición de Unamuno era, por encima de toda consideración científica, que los vascos abandonaran la milenaria lengua ya mortecina, para que el uso de la lengua nacional española les permitiera el paso a los caminos de la cultura y del progreso espiritual.

El vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de vida. No nos apesadumbré que perezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma (56).

He deseado y deseo ardientemente que la lengua castellana llegue a ser la lengua natural de mi pueblo vasco, y que éste pierda la vergonzosidad que le ha distinguido, cierto encojimiento de espíritu que produjo esa que Menéndez y Pelayo llamó «la honrada poesía vascongada», como se llama simpática a una señorita; y lo deseo para que, llevando al orden de las manifestaciones intelectuales y artísticas, el empuje y la tenacidad que mostraron en otros órdenes sus hombres representativos—Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Legazpi, Urdaneta, Garay, Irala, Elcano, Oquendo, Zumalacárregui,

(55) V. *La cuestión del vascuence*, I (*Ensayos*, III, págs. 193-194), y *La crisis actual del patriotismo...* (*Ensayos*, VI, pág. 145).

(56) *La cuestión del vascuence*, I (*Ensayos*, III, pág. 193). Son palabras del discurso en los Juegos Florales de Bilbao, 26-VIII-1901.

Zamacola, etc.—, pueda influir en el alma de los pueblos todos de lengua castellana, y mediante ellos en el alma universal (57).

En varias ocasiones se quejó Unamuno de la mezcla de partidismo que se ponía en el tratar este problema de las lenguas regionales, partidismo que oscurecía toda visión serenamente científica. El desprecio de las hablas no oficiales por parte de los castellanos; la contrarréplica de los regionalistas en su actitud de estropear incluso adrede la lengua castellana en minucias; el odio mutuo en fin, rector de muchas de las actitudes adoptadas en torno a estos problemas que sobre toda otra consideración habrán de verse siempre como problemas culturales (58).

La obra literaria de Unamuno cuenta con dos trabajos que muestran preocupación por este problema del vascuence. Uno es la novela *Paz en la guerra*, donde se hacen varias alusiones al espíritu que animaba en las luchas lingüísticas del país. Se trata de brevisimas frases que demuestran que, en su intención de dar ambiente verdadero a la novela, no podía dejar de señalar algo relativo a esto. Se habla de Ignacio, el hijo del chocolatero protagonista, que viendo que en Bilbao se burlaban de los aldeanos, guiados por un impulso patriótico «empezó a ocultar que era bilbaíno, y a falta de saber vascuence, a estropear adrede y por gala el castellano, que aprendiera desde la cuna, de padres que en la suya balbucearon vascuence» (capítulo I, pág. 34). Frente a éste, el novelista nos presenta a Celestino, joven abogado, un tipo pedante entre matón y cacique, que peroraba sobre las viejas glorias de España, y: «Era castellano, castellano hasta el tuétano según decía, sin saber más que castellano ¡ni falta!... hablaba en cristiano, llamando al pan, pan, y al vino, vino» (I, pág. 55). Otros pasajes se refieren a la hostilidad de los aldeanos hacia el bilbaíno castellанизado (I, pág. 71), la ilusión que a uno le produce el que en un mensaje guerrero prevalezcan en número los apellidos en vascuence sobre los castellanos (V, pág. 302); el afán casi irrealizable de un adicto a la causa rebelde de aprender vascuence

(57) *Más sobre la crisis del patriotismo* (Ensayos, VII, págs. 26-27). Véase también *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, IX (pág. 63).

(58) Véase *La cuestión del vascuence*, III (Ensayos, III, pág. 211); *De Salamanca a Barcelona* (Andanzas y visiones.... pág. 150), y el *Discurso* en las Cortes.

(V, pág. 324); y por último hay que notar un comentario a la ignorancia general del vascuence que Unamuno presenta como compatible con la pervivencia del espíritu, del alma fuerte de los vascos, de acuerdo con su postura ante el problema del idioma (V, pág. 325).

En uno de los artículos que figuran en la colección *De mi país*, Unamuno trata con sarcasmo y dureza a los vasquistas que parten de unos principios patrióticos negativos exclusivamente, y se mofa de su aprendizaje forzado del vascuence y de su intencionado mal uso del castellano. Es ciertamente algo excesivo, y Unamuno llegó a presentar disculpas por su tono (59).

Es patente el espíritu patriótico que Unamuno ponía en sus discusiones a propósito del vascuence. Espíritu patriótico español, y espíritu patriótico vascongado. Y ha de darse la consideración de sinceras a todas las protestas que Unamuno hace de que si desea la muerte o desaparición del vascuence, es como creyéndola algo favorable a la difusión de la cultura y destinado a la mayor gloria del país vasco.

El catalán.

Algunas diferencias hay que establecer entre el problema del vascuence y el del catalán. Acaso el mismo espíritu disyuntivo ha podido animar a éstos que a aquéllos. Pero los hechos se presentan aquí con diferencias esenciales: el catalán es lengua usual hablada en las capitales, no sólo en las aldeas, ni solamente entre las clases populares, sino también entre los ilustrados. Unamuno se enfrentaba con el problema del catalán, ya sobre la base del conocimiento de que se trataba de algo diferente. A propósito de esta diferencia dice:

(59) El protagonista, enamorado de su raza vasca, se considera obligado a aprender vascuence. «¡Pero... es tan difícil! ¡Deja tan poco tiempo el escritorio! Luego, tenía que aprender inglés para el comercio.» Ya que no podía hablar el eusquera, decide chapurrear el castellano, «ese pobre *erdera*», la lengua de su cuna. Luego de varias alusiones a las tradiciones apócrifas vascas, sin dejar la ironía, Unamuno cuenta la aparición del último Koblakari, que canta «la degeneración de la noble raza vascongada, ¡y la cantó en castellano!» El artículo o cuento, titulado *La sangre de Aitor*, se publicó en 1891, diez años antes de los célebres Juegos florales de Bilbao en que intervino Unamuno. Al recogerlo en la colección, en 1903, dice en una nota: «Después ha sido peor que cuando escribí esta rechifa, algún tanto injusta, contra naturalísimas sentimentalidades. Al *euskalerrriaco*—que es como se le llamaba—ha sucedido el *bizkaitarra*, haciéndolo bueno. Porque aquél, menester es hacerle justicia, se alimentaba de amor a su propia tierra, y éste suele alimentarse de odio a la ajena.» *De mi país*, Notas (pág. 150).

Y no quiere ello decir que el espíritu catalán sea más vivaz que el espíritu vasco, no, sino que a éste, al espíritu vasco, le viene ya estrecho su antiguo ropaje, su vieja lengua milenaria, y al catalán no, que la lengua catalana es una piel que ha podido crecer según crecía el espíritu a que reviste, y acomodarse a su crecimiento, mientras el vascuence no puede crecer según crece el espíritu vasco, ni acomodarse a los ensanches de éste (60).

No es ésta una explicación puramente idealista, influida por una acentuación de patriotismo regional. Inexplicable es el hecho de que algunos dialectos subsisten mientras otros mueren. Acaso habrán podido influir en el caso del vascuence la distinta índole de todos los dialectos con quienes entraba en concurrencia, mientras la condición de románico del dialecto catalán, le ha permitido subsistir. Ni es sólo el espíritu nacional lo que determina la existencia o inexistencia de literatura escrita en el dialecto. Lo mismo que los catalanes o los gallegos, podrían haberla tenido los vascos. Habrá que buscar la explicación en las condiciones intrínsecas del idioma, y esto es lo que hace Unamuno: según él, es la índole del idioma, la condición de primitivo, lo que ha impedido el florecimiento del vascuence como lengua literaria. La superioridad de la lengua oficial española, el castellano, no ha encontrado un enemigo poderoso en las Provincias vascongadas, por esa inferioridad inconscientemente sentida por los hablantes y escritores.

Tal vez causas históricas concurrieran a determinar que el vascuence se quedara relegado al uso entre los aldeanos, mientras en Cataluña no ha ocurrido así. Y a esto concede su importancia nuestro autor:

Téngase también en cuenta que los órganos de la conciencia popular colectiva son las ciudades, las grandes ciudades. El catalanismo es, y debe ser, sobre todo, barcelonismo; como el bizkaitarrismo es, y debe ser, sobre todo, bilbainismo. En Bilbao brotó el bizkaitarrismo, y fué su profeta Sabino Arana, cuya lengua natural, la que aprendió en la cuna, la de su familia, aquella en que pensaba, era el castellano y no el vascuence. Aprendió el vascuence siendo ya adulto. Y ahora bien: en Barcelona se habla catalán; en Bilbao no se habla vascuence, sino castellano (61).

(60) *Más sobre la crisis del patriotismo (Ensayos, VII, pág. 29).*

(61) *Idem (Idem, pág. 30).*

Tratando del problema del catalán, Unamuno propugnó incluso—en un escrito antiguo, cuando no tenía aún bien definida su postura—que los catalanes escribieran en su lengua con preferencia a la española oficial, si de esta forma habían de encarnar más fielmente su propio pensamiento, en vez de deformarlo al pretender verterlo a moldes de lengua extraña, en parte al menos (62). El catalán es un dialecto de una entidad superior a la de los otros idiomas regionales de España y no puede ser tratado sin consideración. Unamuno sale en defensa del catalán frente al menosprecio de los castellanos:

Pero el problema catalán de la lengua está maleado y envenenado por la obstinación de los castellanos de no enterarse bien de él. Los catalanes transigirían con que se les negase lo que piden si se hiciese sabiéndose lo que se hace, si los castellanos partidarios de la unificación de la lengua se enterasen bien de lo que la lengua y la literatura catalanas son y significan. Soy de los que creen, y más de una vez lo he dicho, que ningún español culto debe tener que acudir a traducciones del catalán y del portugués (63).

Si el castellano se empeñase en penetrar en el espíritu catalán y el catalán en el espíritu castellano, sin mantenerse a cierta distancia de mutuos prejuicios por mutuo desconocimiento íntimo, no poco ganarían uno y otro. El conocimiento íntimo de lo ajeno es el mejor medio de llegar a conocer lo propio. Quien sólo sabe su lengua—decía Goethe—ni aun su lengua sabe (64).

Así Unamuno quería sacar de este mutuo aprecio una ganancia en el conocimiento de la lengua nacional, gracias al contraste con las lenguas dialectales. Y sobre todo quería pregonar que las recelosas actitudes de unos para con otros, podían suavizarse mucho, y aun llegar acaso a desaparecer cuando se entendiera el problema como un imperativo de comprensión mutua. No se puede negar que aunque difícil de resolver por este camino, la competencia lingüística acabaría sin duda si efectivamente no se mezclaran en el problema actitudes despreciativas por parte de unos y otros. Unamuno achacaba esto más a los castellanos, y a su castiza frase «¡Hable usted en cristiano, hombre de Dios!», que a los catalanes.

Pero no cedió ni un paso en lo que la estimación del catalán

(62) Véase M. GARCÍA BLANCO: Discurso, págs. 43-45.

(63) *De Salamanca a Barcelona (Andanzas y visiones...*, pág. 150).

(64) *El porvenir de España*, 2, IV (pág. 121).

podiese redundar en perjuicio de la unidad idiomática de España. Los actos oficiales, los documentos públicos, la enseñanza, han de servirse del idioma oficial español sin ninguna limitación. La lengua catalana deberá gozar de todo el respeto que se debe a una lengua que ha tenido florecimiento literario glorioso y que es hablada por muchos miles de hombres; pero no tiene por qué gozar de ninguna protección por parte del Estado. Y eso, no para conseguir la integridad lingüística de España, sino para no retrasarla, ya que Unamuno decía creer en que la unificación del lenguaje en España sería el final de estos problemas de lucha dialectal. Las hablas regionales, dice Unamuno, que se defiendan como puedan. Los avances del castellano se hacen sentir, en el gallego y en el valenciano, por ejemplo, que tienen una fonética castellanizada, y de nada ha de servir la pretensión diferenciadora de los hablantes. Como resulta risible el afán catalán de reconquistar las tierras de Levante que ha perdido ante el avance castellano.

El problema del catalán está envuelto en una más importante cuestión de política separatista, a la que Unamuno era del todo opuesto. Y para echarla en cara a los catalanes hace una comparación con la actitud de los catalanes del Rosellón y de otras regiones dialectales francesas, cuyos naturales saben hablar el más puro francés de Francia y no sienten esos apetitos de diferenciación sobre la base de su lengua dialectal. Como en el caso de la consideración del vascuence, Unamuno acabaría pretendiendo que los catalanes, para expresar su individualidad, no necesitaban sino mostrarla en el modo de emplear la lengua castellana, de forma que el no conceder protección a la lengua catalana, no fuera en ningún modo ahogar la personalidad individual de los catalanes.

Las tendencias políticas disociadoras que apoyaron el resurgimiento de las lenguas dialectales de la Península (65), tuvieron en vida de Unamuno una última partida que jugar contra la lengua oficial española, y la perdieron gracias a la cautivadora defensa del castellano que hizo nuestro autor cuando se discutió en las Cortes Constituyentes del año 31 el proyecto de Constitución de la República. Miguel de Unamuno, diputado

(65) RAFAEL LAPESA: *Historia de la lengua española*. Madrid, Escelicer (sin año: 1951). Pág. 284.

por Salamanca, defendió en sus intervenciones la supremacía que se debía otorgar sin limitaciones al castellano, como lengua oficial de España, con las mismas argumentaciones que habían visto la luz en sus escritos (66). Pero, sin duda, lo que arrastró los ánimos de la Cámara a la aprobación de la enmienda que el maestro presentaba, fué que, con una sencilla naturalidad, dió vida a la disertación doctrinal haciendo oír a los diputados procedentes de las distintas regiones españolas poe-sías y trozos literarios catalanes, gallegos, vascos o valencianos, recitados en las respectivas lenguas, probablemente de memoria, como prueba de interés por el problema y de un amor particular a las lenguas regionales, contenido y limitado, pero verdadero.

La ortografía.

Problema técnico de la lengua española a que Unamuno dedicó uno de sus primeros ensayos, en la cuestión de la ortografía propugnó con acierto una política de reforma lenta, de resistencia pasiva a las inconsistencias de los preceptos vigentes, para llegar a una ortografía simplificada, fácil. Acercamiento de la grafía a la fonética—sin extremismo—y anulación de lo que en la corrección ortográfica hay de pretendida distinción social; como manifestaciones de su lucha por la preeminencia de lo hablado sobre lo escrito y contra el menosprecio del habla popular. En la revista *Clavileño*, 1953, IV, número 22 (págs. 51-55) publiqué, algo extractados, los datos que había reunido en este libro; no me parece procedente su reproducción aquí, y remito al lector a ese lugar. Si quiero advertir—como corroboración a algo que allí digo—que, no habiéndome sido dado corregir las pruebas de impresión, el tipógrafo se resistió, sin duda, a escribir *circuspección* (pág. 52 a, línea 5, por abajo) y el pasaje correspondiente, falsamente corregido, queda confuso (67).

(66) Puede verse el texto del discurso en *De esto y de aquello*, ed. García Blanco, tomo I, apéndice.

(67) Corrijase, de paso, pág. 54 b, última línea de texto: academicismo.

V.—EL VOCABULARIO

El léxico y su riqueza.

Es muy común la expresión metafórica de caudal cuando se habla del vocabulario de una lengua determinada. El aprecio de los vocabularios se hace sobre la base de la respectiva riqueza.

Atestigua una torcida noción de un lenguaje cualquiera el estimarlo constituido por un número dado de voces, ni una más, ni una menos. Equivaldría a vivir del caudal y no de sus réditos. A una lengua, si ha de vivir vida exuberante, le es forzoso ser, más bien que rica, fecunda; mejor que la copiosidad de vocablos hechos y provistos ya del marchamo literario, habrá de valerle el rendir un buen rédito de ellos cuando hagan falta (1).

Unamuno señala el hecho de que no es lo más importante la riqueza numérica de voces, sino la facultad que una lengua tiene para asistir a las necesidades de los hablantes o escritores con voces propias en todas las coyunturas. Además, deja fuera de su consideración todo aquello que en el caudal de una lengua no es de uso actual, es decir, las palabras que habiendo sido de uso entre los escritores clásicos, hoy no existen sino en sus libros o conservadas en los diccionarios, pero sin vida, como una riqueza ineficaz.

Hay, en primer lugar, el caudal efectivo, el que de hecho se usa, los vocablos de empleo general y corriente, y hay luego el fondo potencial, los que podrían formarse y usarse fraguándolos con radicales del idioma mismo, y según los procedimientos que para la composición y derivación emplea éste (2).

(1) *Sobre la lengua española (Ensayos, II, pág. 98).*

(2) *La cuestión del vascuence, IV (Ensayos, III, pág. 221).*

Si algo hay que añadir al caudal léxico en uso, es la aportación que pueden prestar los campesinos que en las diversas tierras de España conservan vivas miles de voces tradicionales, llenas de expresividad y nobleza. Por último, en los casos en que la derivación y la composición no se ofrezcan a remediar cualquier indigencia del lenguaje vivo, el vocabulario debe tener capacidad para asimilar a sí las formas léxicas de las lenguas extrañas y enriquecerse con ellas.

Unamuno es, pues, radicalmente neologista. Frente al espíritu conservador casticista que se deja cautivar por una mentida riqueza de léxico sobre la base de los vocablos de los escritores clásicos, Unamuno aprecia solamente lo que de ellos nos conservan los hablantes populares en una forma viva, usual. El neologismo, el extranjerismo, que son mirados por algunos custodiadores de la integridad de la lengua como graves pecados contra ella—fuera de unos límites no bien definidos pero infranqueables—, son para Unamuno procedimientos efectivos de enriquecimiento del vocabulario, que deben emplearse dondequiera que el espíritu pueda encontrarse detenido en su marcha expresiva por la falta en la lengua de un vocablo apropiado a su moción. Y hay que notar que, coexistiendo con la fruición especial que a Unamuno le produce la creación lingüística innovadora, hay en su proceder alguna concesión a la comodidad y a la sencillez que encuentra características de las creaciones populares.

El extranjerismo.

Esta razón de la mayor comodidad—del menor esfuerzo, según la teoría lingüística tomada de la Economía—le parece una justificación suficiente para la introducción de vocablos extranjeros. Si hay una palabra extranjera que viene acompañando a un nuevo objeto o a una nueva concepción, no tengamos reparo en admitirla cuando tal admisión nos resulte más cómoda que un trabajo de rebusca para darle una denominación española que acaso no exista y que haya que aplicar forzando excesivamente el sentido. Este es el proceder natural de las aceptaciones de extranjerismos que hace el pueblo. Por ejemplo, en el caso de *trole*. Aunque Unamuno no lo expone,

tal vez tiene en cuenta que estas palabras—al ser desconocido el significado más general que tienen en la lengua originaria—quedan más afirmadas a la simple representación con que han pasado la frontera, casi como si fueran nombres propios. Así, aunque *trolley* pueda significar y signifique en inglés algo genérico aplicable a múltiples representaciones, en español *trole* queda sólo para designar el 'captador de corriente del tranvía'. Lo que sí comenta Unamuno es el frecuentísimo caso de los que por huir de un extranjerismo emplean una denominación acaso no más apropiada y que resulta, a fin de cuentas, ser también extranjerismo asimilado en otra época por el idioma (3).

No hay ninguna razón para volcar todas las censuras sobre los extranjerismos actuales y aceptar sin más los hebraísmos de fray Luis de León, los italianismos de Cervantes o los latinismos de todos nuestros clásicos. Lejos de ser un motivo de empobrecimiento, la introducción de palabras extranjeras debe ser saludada y acogida favorablemente, porque es, en definitiva, una fuente de progreso en la lengua, ya que es la que sacude al vocabulario del estancamiento en que puede caer si los hablantes y escritores se empeñan en vivir exclusivamente apegados al vocabulario español del siglo de oro, en un aislamiento que, dice Unamuno, puede tener de salvajismo y de barbarie mucho más que el barbarismo, a pesar de la resonancia de este término (4). La terminología científica alemana, señaladamente la filosófica, por fuerza ha de encontrar entrada en el español, si no se quiere condenar a la ciencia española a vivir en torno a los conceptos que le eran suficientes en la época de su apogeo, cuando escribían fray Luis de Granada y San Juan de la Cruz, pero que hoy están rebasados por el progreso científico.

Dado que no hay una sinonimia perfecta nunca entre dos palabras (5), no se ha de temer que por la introducción de extranjerismos resulte sobrecargado inútilmente el vocabulario

(3) «Con la idea o el objeto viene de fuera su nombre, y del inglés *trolley* hacemos *trole*, porque ¿vamos a llamarle *captador de ruleta*, como quiere un señor ingeniero, que no repara en que tampoco *ruleta* es voz castiza?» *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 103). Lo del menor esfuerzo lo dice en *La cuestión del vascuence* (*Ensayos*, III, pág. 227).

(4) *En torno al casticismo*, I, II (*Ensayos*, I, pág. 35).

(5) «Apenas hay en dos lenguas diversas dos vocablos sinónimos, sobre todo si se refieren a términos abstractos, que tengan ni igual extensión ni igual comprensión: sus respectivos contenidos se expresan bien por dos círculos se-

español. Bien se cuida Unamuno, cuando se trata de designar algo que efectivamente tiene su justa y apropiada expresión en una palabra española, de rechazar la palabra extranjera concurrente, aunque sea de uso extendido: tales, *revancha* (6) y *nostalgia* (7). Pero cuando no encuentra concurrencia con palabra española y le gusta la expresión extraña, no oculta su admiración por ésta: *flanear* le parece un galicismo que expresa algo muy castizo español, y lo emplea gustoso junto a *callejear* (8); en una ocasión prefiere *nuance* a *matiz* (9); se deja ganar por la palabra portuguesa *massudas*, 'latosas' (10); varias voces francesas como *ordure* y *morgue* las emplea sencillamente, sin traducir, porque se ajustan así más a su intención significativa (11). La expresión «à la dernière» indica algo característicamente francés, y la utiliza Unamuno en un caso restringido apropiado (12); mientras la «alegría de vivir», de un significado más extensivo, le parece aun así, traducido, un galicismo inadaptable (13).

El espíritu de Unamuno, abierto a todo lo más significativo en los problemas de lenguaje, no podía dejar de apreciar como digno de estudio el hecho de la exportación de vocablos españoles a otros idiomas, como signo de influencia e índice de nuestras peculiaridades. Las voces que el español ha dado a otras lenguas son aquéllas en que somos intraducibles, las que denotan algo característico de nuestras costumbres o de nuestra ideología. En una ocasión promete escribir un ensayo sobre estos préstamos: *siesta, camarilla, guerrilla, torador, pronun-*

cantes entre sí, que teniendo campo común, conservan sendas secciones peculiares.» *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 21). Comp. *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 103).

(6) *El desquite* (*El espejo de la muerte*, pág. 117; pero comp. pág. 120).

(7) *Salamanca en París* (*Paisajes del alma*, pág. 90). Aparte de la preferencia entre los dos vocablos, *nostalgia* y *morriña*, hay el apego a la palabra española por sí misma, como se ve en otros pasajes.

(8) *Braga* (*Por tierras de Portugal...*, págs. 86, 92).

(9) *Contra el purismo* (*Ensayos*, IV, pág. 29).

(10) *Braga* (*Por tierras de Portugal y de España*, pág. 81).

(11) *En torno al casticismo*, 3, III, y 4, V (*Ensayos*, I, págs. 127 y 185).

(12) «... yo soy el menos a propósito para indicaciones bibliográficas. No estoy nunca «à la dernière». (Como esto se dice mejor en francés que en castellano, por eso lo digo así, a pesar de mi repugnancia a tales expresiones.)» *Desahogo lírico* (*Soliloquios y conversaciones*, pág. 91). La excusación parece no referirse concretamente al hecho de tratarse de un extranjerismo, sino al mismo ambiente ideal de la expresión. Comp.: «... y allá van nuestras honradas ciudadanas a infantilizar su espíritu con memeces «à la dernière». *Nuestras mujeres* (*Idem*, pág. 236).

(13) *El Cristo español* (*Mi religión...*, en *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, tomo II; pág. 320).

ciamiento, desesperado y nada. Le parece una cosa natural, y no asoma en sus palabras, al tratar de este hecho de los préstamos a otros idiomas, el menor indicio de vanidad, por lo demás inoportuna, que pudiera ser opuesto a la facilidad con que accede a emplear voces extranjeras, sin temor a perder nada de su españolismo. *Sierra* (14) *Bilbao* (15), la expresión «¡quién sabe!» (16), han pasado a otros idiomas, como una muestra de particularidades españolas o para acentuar una expresión de duda, sin que por eso los idiomas de referencia hayan perdido nada con aceptarlas.

En la obra literaria de Unamuno no abundan los extranjerismos de una manera señalada. Hay sí, muchas frases, francesas e inglesas, generalmente precedidas de su traducción; pero los pocos extranjerismos que hay no se puede decir que aparezcan forzados, sino que de una manera natural vienen a llenar un papel de expresividad oportunamente. No era Unamuno devoto de la literatura francesa, que es de la que suelen pasar más vocablos cultos al español escrito, ni era un aprendiz de idiomas con prurito de mostrar sus progresos sembrando las cuartillas de voces extrañas. Y es ejemplar esta actitud de Unamuno, tratándose de un políglota, infatigable lector, y hondamente influido por las diversas culturas europeas.

Los cultismos.

A conclusión semejante se llega examinando la preceptiva unamuniana con relación a los latinismos y grecismos. Queda citado arriba un pasaje en el que se equiparan, hablando de los clásicos españoles, los hebraísmos, los italianismos y los latinismos. Unamuno no considera menos extraño al español el latín de los libros que las lenguas europeas. Dado que el español ha derivado de la lengua de Roma, que hablamos un romance de latín «casi puro», es natural que a la fuente latina haya acudido el español a buscar nuevas formas, y que así siga haciendo. Las voces tomadas del latín no disonarán de las palabras tradicionales castellanas. Pero como quiera que la evolución lin-

(14) *El «cillebro» de la tierra (Paisajes del alma, pág. 50).*

(15) *La casa-torre de los Zurbarán (De mi país, pág. 139).*

(16) *La Gran Canaria (Por tierras de Portugal y de España, pág. 254).*

güística ha establecido muy importantes divergencias fonéticas entre la lengua originaria latina y el romance español, fuerza será procurar el mayor acercamiento posible entre los vocablos españoles y los que de nuevo se quieran introducir del latín clásico, para que el remozamiento culto que resulte en la lengua de tales introducciones latinistas no degenera en una sobrecarga culterana en el mal sentido de esta palabra. «El latín que haya de vivir en nuestro romance ha de ser latín asimilado, digerido, entrañado y no pegadizo» (17). Unamuno llevará hasta el extremo esta asimilación del latín al español en sus neologismos popularistas de que trataré luego. Por de pronto, anotemos que Unamuno se preocupa incluso de traducir formas cultas universalmente empleadas en latín, a un castellano popular: *a priori* y *a posteriori* son para Unamuno *de antemano* y *de (o a) trasmano* (18). O tuerce el significado de un vocablo, *ilación*, para derivarlo de *hilo*, y no de *illatio*, haciéndolo *hila-ción*, bien que un tanto en chanza (19).

Vocabulario popular.

Cuando se trate de sacar a luz en los escritos palabras castellanas olvidadas, quiere Unamuno que los escritores las busquen, no en los viejos libros, sino en los hablantes vivos:

... en lo que sobre todo he puesto ahinco es en sacar a ras de lengua escrita voces de la lengua corrientemente hablada, en desentofñar y desentrañar palabras que chorrean vida según corren frescas y rozagantes de boca en oído y de oído en boca de los buenos lugareños de Castilla y de León. Hay que flexibilizar y enriquecer el rígido y escueto castellano, dicen allende los mares. Sin duda hay que darle más soltura y más riqueza, pero es a la lengua enteca y enclavijada de los periódicos y de los cafés. Mas para ello no es menester acudir fuera y tomar de prestado voces y giros de otros idiomas; basta remejerle los entresijos al mismo romance castellano. Cada uno ha de engordar de sí mismo (20).

(17) Prólogo de Unamuno a José CAMÓN AZNAR, *El héroe*. Tragedia. Madrid, 1934 (pág. 8).

(18) Comp. inglés *aforehand*, *beforehand*, *behindhand*. Véase Niebla, Post-prólogo (pág. 17); *Vida de Don Quijote y Sancho*, 1, XXII (pág. 95). Otras traducciones de *a posteriori* son *a redromano*: *San Manuel Bueno...*, Prólogo (página 27), y *a redrotiempo*, también escrito *a arredrotiempo*: *La novela de don Sandalio*, XXI (*San Manuel Bueno...*, pág. 182); *El Hermano Juan*, acto 3.º, escena VI.

(19) *Y va de cuento* (*El espejo de la muerte*, pág. 154).

(20) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXIII (pág. 246). «Creo que para

Esta veta de enriquecimiento del léxico del español, le parece preferible a toda otra posible fuente de riqueza. Ni hace falta echar mano del extranjerismo ni de los vocablos literarios, si se examinan y se explotan bien los hondos caudales del habla popular. Unamuno anotó en sus cuadernos de trabajo varios cientos de palabras oídas en sus excursiones a las gentes del campo y a los menestrales. Tal vez intentara publicar algún día sus cosechas, para poner a la consideración de todos la cantidad de voces olvidadas por los escritores, que tenían vida entre los campesinos castellanos. Semejante tarea le hubiera solicitado una sistematización de tipo erudito a la que no quiso entregarse. Pero lejos de dejar perderse toda su adquisición, hizo lo que a ese respecto le parecía lo más importante: llevar varias de esas voces a la literatura.

Los popularismos pasan en Unamuno inmediatamente de ser un objeto de curiosidad científica, de estudio, a constituir un elemento de expresión artística. Es una satisfacción para Unamuno poeta o escritor en prosa, el paladear en su propia boca el decir del pueblo. No puede limitarse a dar a sus lectores noticia de un vocabulario regional: es superior a él. Y, por ejemplo, cuando va a la Montaña y nos refiere su estancia en el valle del Nansa y los vocablos, tan curiosos, que allí ha oído, hace creación literaria empleando él por su cuenta algunos de ellos en sentido propio o figurado. Así pertenecen al léxico de Unamuno *basna*, *zalampiernos*, *abiércoles* (21). Es la manera de hacer suyos los vocablos que oye: usarlos él a su vez, si es posible, con el sello personal de una metáfora o imagen, y así actualizar la virtud significativa de los vocablos y presentarlos vivientes. Más llenos de vida que pudieran estar en un léxico de erudito regionalista.

Vemos en los escritos de Unamuno *estrumpir*, *secura*, *escurrajas*, *huelgo*, *roide*, *otraño* (como *otrora*), *abruño*, *ansión*,

enriquecer el idioma, mejor que ir a pescar en viejos libretos de antiguos escritores vocablos hoy muertos, es sacar de las entrañas del idioma mismo, del habla popular, voces y giros que en ellas viven, tanto más cuanto que de ordinario los más de los arcaísmos perduran como provincialismos hoy.» *Vida...* Vocabulario al final del libro, en la primera edición (modificado esto en las ediciones segunda y tercera). Sobre esta actitud con relación al vocabulario popular traído a la literatura, véase el Discurso de GARCÍA BLANCO, págs. 52-53, y lo allí citado.

(21) Véanse los artículos de título común *Recordando a Pereda*, en *Paisajes del alma* (págs. 37-48).

toza, hostigo, conducho, socallo, rocambre, resón, y hasta cerca de un centenar de voces distintas de gusto popular.

Con esta introducción de vocablos populares en sus escritos pretendía Unamuno que no se le tomase por hombre de libros; y al mismo tiempo que daba fe de vida ante los demás a muchas palabras de uso entre labriegos, prestaba una vida especial a sus conocimientos y estudios filológicos. Porque, como entre el caudal léxico de los campesinos hay no sólo palabras totalmente desusadas entre los hablantes cultos y escritores, sino también buena parte de voces comunes a ambas esferas, pero que se presentan en diversa forma, popular y culta, en el sentido que en gramática histórica se da a estas dos denominaciones, Unamuno tiende, al ejemplo de los hablantes populares, a emplear las formas tradicionales, las formas digeridas, como dice él, con preferencia a las formas eruditas.

Ante la existencia en el vocabulario español de estas dobles formas, o dobles, Unamuno procura (22), siempre que puede encajar, hacer uso de la forma popular aun con el mismo sentido y allí donde otro escritor emplearía la correspondiente forma culta. No se trata de hablar lo que habla el pueblo, que esto sería una limitación, sino de hablar como habla el pueblo.

Por mi parte, tiendo a preferir las formas más castellanas, y evito escribid *multitud* para escribir *muchedumbre*. Desde que oí en tierra de Avila *soterraño*, no pienso volver a escribir *subterráneo*, y quisiera tener valor para escribir *escudriño* por *escrutinio* (23).

Si no se dan nunca en una lengua dos palabras estrictamente sinónimas, los dobles tienen entre sí una diferencia afectiva de acepción: el derivado popular es más apegado a una significación concreta, viene envuelto en un ambiente de sencillez o tiene valencias de ironía ingenua acaso. Son valores estéticos distintos de los que se encierran en los vocablos de formación culta que saben a libro. Pues estos valores son los que Unamuno

(22) Clavería comenta la coincidencia en esto con Carlyle (*Temas de Unamuno*, pág. 19).

(23) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 76). Sólo una vez he visto *subterráneo*, adjetivo, en *El Cristo español (Mi religión y otros ensayos)*. En cuanto a *escrutinio*, se explica la indecisión porque en la jerga electoral es palabra muy arraigada; en un sentido más abstracto o general, tratando del pueblo y de la vida popular, Unamuno habla de «bregar en el escudriño de sus entrañas», en *Discurso...*, Salamanca, 1934. Son de uso en Unamuno la forma verbal *escudriñar* y los derivados *escudriñadero*, *inescudriñadero*, *inescudriñable*.

procura recoger para verterlos en su expresión erudita, al escribir. El que lee una página de Unamuno, en un punto determinado de una exposición o discusión, esperaría tal vez una palabra culta y, al leerla en una forma popular, fácilmente identificable, por lo general, repara en ella, y la ve llena de su entero sentido como palabra popular, sentido íntimamente enlazado a la propia significación de la palabra culta a que corresponde. Es el caso del empleo, tratando temas de tipo espiritual, de *hostigar*, *meollo* o *preñar*, en lugar de las correspondientes *justigar*, *médula* o *impregnar*. O *trillamiento* en vez de *tribulación*, *enterar* en vez de *integrar*, neologismos de acepción ideados para este efecto estilístico (24). Se podría comparar esto con el recurso a las evocaciones etimológicas que hace otras veces. Así como quien conoce la etimología de un vocablo tiene mayor conciencia de la propiedad de una expresión determinada, al emplearla o al atender a su empleo por otro, sin quedar por ello más alejado de la circunstancia actual de que se trata, así también Unamuno—y su lector—, al tener presentes dos representantes de una misma voz original, conoce el diverso tinte afectivo que el uso culto y el popular han prestado a las respectivas formas, y puede hacerlas coincidir en una misma intención significante.

Por el empleo de vocablos populares puede quedar lo ideal, lo abstracto, encerrado en una forma muy ligada a lo material y concreto, con lo cual se consigue otro efecto de contraste análogo al anterior. Tal ocurre con las frases «encentar la lectura de un discurso», «arar y binar la soledad», «heñir la morriña», «espesarse y yeldarse la ramplonería», o «remejer la madre de las emociones». Cuando Unamuno quiere hablar de su manera de tratar el lenguaje al ponerse a escribir, acude al vocabulario de menestrales y artesanos, y habla así de su propio oficio:

Bien está el que un escritor teja sus párrafos y luego los desmonte, perche, lustre, tunda y preñe para cortarlos y coserlos lue-

(24) «El amor, el amor lo es todo...; todos los trillamientos del alma—Maganuti sabe que de *tribulare* vino «trillar»—del amor vienen.» *Amor y Pedagogía*, VIII (pág. 135). «Porque la razón aniquila y la imaginación *entera*, *integrada* o *totaliza*; la razón por sí sola mata y la imaginación es la que da vida.» *Del sentimiento trágico...*, VIII (pág. 180). Por estos dos ejemplos véase que la intención estilística que explico en el texto es consciente. También puede figurar en este grupo *hondón*, preferido a *fondo*, en la expresión «hondón del alma», frecuentísima en Unamuno.

go y hacer así traje a su pensamiento... Yo mismo, en estas páginas, confieso que a las veces he zufido y brufido mi discurso... (25).

Compongo versos, mejores o peores, hago poemas, hifio y amaso mi propia lengua española... (26).

... me he encontrado con un pasaje que me ha herido vivamente y que viene como estrobo al tolete para sujetar el remo—aquí pluma—con que estoy remando en este escrito (27).

O repudia «una construcción sintáctica de garfios, corchetes, lañas y ensambladuras» (28). Entre estos vocablos de artes y oficios, es preferida la terminología de los tejedores, que Unamuno—siguiendo en esto una antigua e ilustre tradición literaria—utiliza figuradamente con mucha frecuencia:

Mira, Orfeo, las lizas, mira la urdimbre, mira cómo la trama va y viene con la lanzadera, mira cómo juegan las primideras; pero, dime, ¿dónde está el enjullo a que se arrolla la tela de nuestra existencia, dónde? (29).

Popularismos artificiales.

Unamuno no se contenta con las tres canteras de vocabulario que representan la admisión de extranjerismos, de latinismos y de vocablos populares olvidados por los escritores. Ha de pasar a la creación. La pasión filologista que le hace impugnar los latinismos crudos, poco asimilados a las formas actuales del castellano, y la pasión popularista que le ha aficionado a los vocablos de forma popular, convergen y le llevan de descubrir formas olvidadas a inventar otras no existentes. Llevado por esas tendencias llega a proponer y a usar formas de derivados tradicionales, posibles, pero que no se dieron en la realidad histórica de la lengua. La terminación latina *-ificare*, que dió algunos derivados castellanos en *-iguar*, pretende Unamuno continuar transcribiéndola en esta forma, frente a la corriente de los cultismos modernos, *-ificar*. En lugar de los derivados usuales cultos de las voces latinas *significare*, *fructificare*, *vivificare*, *dulcificare*, los voca-

(25) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXIII (pág. 246).

(26) *Notas marginales (Hom. M. Pidal, 1925, II, 61)*.

(27) *San Manuel Bueno...*, Prólogo (pág. 29).

(28) *Sobre la lengua española (Ensayos, III, pág. 106)*.

(29) *Niebla*, VII (pág. 72). También: *El Cristo de Velázquez*, 1, XXXIV. Enjullo.

blos neo-populares *aseñiguar*, *afruchiguar*, *aviviguar*, *adulci-
guar* (30), según el modelo de derivación tradicional *mortifi-
ficare - amortiguar*.

Formas éstas que Unamuno fraguaba en su laboratorio de filología; pero que, si empleaba a conciencia de que no había testimonio de ellas, no perdía empero la esperanza de oírlas o verlas escritas alguna vez, para comprobación de su existencia verdadera, en alguna conversación con campesinos o en alguna lectura: «¡Qué gozo al oír de boca de charros un *añir*, un *fritar*, un *enfusar* (por *infundir*) que corroboraban mis supuestos!» (31):

Porque hay que notar que no hacía estas creaciones sin contención, como quien pudiera tomar un diccionario latino y, por ejercicio, trasladar, según las leyes fonéticas y de derivación conocidas, todas las formas latinas a otras de efigie castellana. Propone estos vocablos, pocos en número, y con ciertas reservas. «Pero esto es una manía, lo sé. Por huir de lo que estimo pedantería clasicista (y gramaticista otras veces), caigo en la pedantería filológica» (32). Ni suplanta, y esto es de importancia, la concepción popular de las ideas, como censura él en Larramendi y los vasquistas, sino solamente la acción transformadora de la fonética que ejerce el pueblo hablante al hacer pasar los vocablos de unos a otros individuos. Supuesta la exis-

(30) «El pueblo suele usar *sinificar* por *significar*, pero a nadie se le ocurriría inventar un *aseñiguar*, que sería, según la fonética popular histórica, el representante del *significare* latino.» *La enseñanza del latín...*, IV (*Ensayos*, II, página 35, nota). «Por tal camino, llegaría a escribir *aseñiguar* y *afruchiguar*, en vez de *significar* y *fructificar*...» Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 76). = *Afruchiguar* es usual entre los judíos sefardíes, bien que sin la *a* protética que Unamuno escribe como típica de popularismos. Menéndez Pidal la recoge del español antiguo (*Manual de Gramática histórica*, § 127). Los judíos eran muy inclinados al uso de estas formas en *-giuar* (LAPESA, *Historia de la lengua española*². Madrid, 1951, pág. 319). = «... el krausismo... vivificó —*avivigúo* habríase dicho en un tiempo— el idioma.» *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 112). También figura como voz antigua en la *Gramática* de Menéndez Pidal y es propia de textos antiguos judeo-españoles. (V. RFE, 1950, XXXIV, 21). = Por último, *adulciugar* parece la palabra más propicia al éxito de las que Unamuno inventa. «Esta no la oí, sino que la forjé por analogía con «santiguar, amortiguar, averiguar, atestiguar», etc., de las latinas *sanctificare, mortificare, verificare, testificare*, etc., y los judíos españoles de Oriente, los sefarditas, «afruchiguar», de *fructificare*, y yo, «adulciugar», de *dulcificare*.» *Vida de Don Quijote y Sancho*, Vocabulario. (En las dos primeras ediciones añadía: «y es más que posible que esta voz haya sido usada»). Es también la palabra que más usa él mismo, fuera de las explicaciones filológicas, en su propia obra literaria: *Soledad* (*Ensayos*, VI, pág. 46). *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, IX (página 159). *La eterna reconquista* (*Paisajes del alma*, pág. 135).

(31) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 76). Relata el caso de *vincha*, usual en América, en *De cepa criolla* (*Contra esto y aquello*, página 62).

(32) Carta a Clarín, citada en la nota anterior, *ibidem*.

tencia del concepto, en el caso de que tal palabra se hubiese popularizado, hubiera sido de uso entre las gentes del pueblo —y esto es presumible de cada uno de los ejemplos aducidos, pues se trata de conceptos que entran en la esfera de su vida mental—, el pueblo la hubiera transformado de esa manera. Altera Unamuno la forma de una palabra latina que hubiera podido ser popular en español, de una manera rapidísima, vertiginosa, saltándose siglos enteros de lenta evolución, sin contar con el concurso del pueblo: no ha habido esos millares de bocas que han pronunciado las palabras populares efectivamente existentes como tales. Queda sólo la posibilidad. Esas palabras que él propone no han corrido de boca en oído y de oído en boca de los buenos lugareños de Castilla y de León, digamos con frase del mismo Unamuno.

En estas condiciones, ¿se puede declarar válida la forma nueva popular que Unamuno da a *otraño*, *adulciguar* o *sotorreirse*? ¿No ha habido una suplantación de la biología de la palabra? ¿Se puede decir que el idioma español ha quedado enriquecido con esas formas populares? Hay que pensar que Unamuno pretendía saborear estos sus vocablos neo-populares lo mismo que saboreaba los otros al emplearlos en sus escritos; pero no que quisiera hacer creer que eran efectivamente palabras populares—a salvo de que se resolviese la eventualidad con el descubrimiento de un uso vivo de ellas—ni que soñara con que el pueblo había de llegar a aceptar, como reconociendo a hijos extraviados, las dicciones que el autor les presentaba desde su cátedra. Conocedor Unamuno de los procesos lingüísticos, no podía abrigar ni la más callada esperanza de un triunfo pleno de sus creaciones en este sentido. Se trataba solamente de una reacción, caprichosamente llevada al extremo, contra el latinismo, y de una hipervaloración de la derivación popular, nacida de su entusiasmo por la enseñanza de la gramática histórica española. Ya he aludido a la vigilancia del límite que Unamuno mismo se impuso. Estos neologismos de forma popular artificial, forjados por Unamuno quedarán, no ciertamente como incorporados al caudal léxico de la lengua española, sin nombre de autor; pero sí como una muestra de genialidad puesta al servicio del amor a la lengua propia.

Lo que no es neologismo.

Por otro camino más recorrido por los neologistas de todos los tiempos, Unamuno emplea derivación y composición profusamente, dondequiera que cree necesitar un vocablo nuevo. No es necesario hacer aquí una lista, ni siquiera una selección de los vocablos que Unamuno emplea y que todos nosotros entendemos en su exacto significado y sentido, pero que podrían ser tachados de neologismos, por cualquiera que compulsara la posible lista con el *Diccionario*. Habría que entenderse bien en cuanto a qué debe ser llamado neologismo: si a toda voz no registrada en el léxico oficial de la Academia, habría que calificar de neologismos cientos de aumentativos, diminutivos o superlativos a que se alude en el prólogo del *Diccionario*, y cientos de verbos postnominales de un uso extendidísimo y claramente comprensibles por los conocedores del español. Porque el *Diccionario* registra algunas de esas palabras en su forma positiva y en sus formas derivadas, y eso podría inducir a alguien a creer que no admite como buenos los derivados que no recoge. Bien claro es que no es éste rigurosamente el espíritu de la Corporación al incluir unos sí y otros no de entre esos vocablos para presentarlos como autorizados por el uso de los buenos hablantes o escritores. Los nuevos vocablos formados por analogía con otros, a partir de determinadas categorías de palabras y mediante el empleo de sufijos o prefijos dados, más gramaticales que lexicales, en propiedad, habrá que considerarlos incluidos tácitamente, en su totalidad de posibilidades, en el *Diccionario*. Si junto a *apacible* se encuentra en él *apacibilidad*, habrá que considerar admitidas voces como *convertibilidad*, *pedantón*, *transicional*, sin que a nadie le pueda chocar como extraño su uso, aunque las oiga por primera vez y no las encuentre en el *Diccionario*. Unamuno, desde luego, no se detiene ni un instante para reflexionar sobre su actitud en este punto: prodiga tales derivaciones y composiciones sencillas aun en vocablos más disonantes.

La formación de nuevos adjetivos de relación o pertenencia, a partir de nombres propios, es algo tan obligado en cualquier

escritor moderno que quiera tratar de teorías científicas o filosóficas, que *nietzschiano* o *rousseauiano* le saldrán, sin pensar, a la pluma, y las encontrará tan legítimas y usuales como *gongorino* o *cervantino*. Son palabras cómodas, de identificación espontánea por el lector, que evitan el tener que acomodar a todas las frases el genitivo, con perifrasis que perturbarían el ritmo de la frase, sobre todo en casos de alusión repetida.

Tampoco deben considerarse neologismos, en rigor, verbos derivados de nombres como *digresionar*, *malhumorar*, *endeblecer*, *cohesionar*, pues si lo son, pasa inadvertida esta condición para cualquiera que no tenga prejuicio purista exagerado (33). Acaso ni pueda decirse que Unamuno los provoca adrede: estas palabras nuevas, de derivación natural, insensible, las emplean en sus escritos los más acérrimos conservadores, siquiera alguna vez. Las cartas privadas de las personas cultas están llenas de términos no recogidos en el *Diccionario* y que todos emplean. Lo que suele ocurrir es que cuando se escribe para publicar, suele recortarse en bastante medida el modo de escribir, y se quedan aparte muchos de esos verbos usuales; cuando no se escapan también. Pero Unamuno, precisamente, escribía para los lectores de sus libros, lo mismo que en sus cartas (34). De esta familiaridad de toda su producción impresa, de este mano a mano de sus ensayos, de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, resulta la abundancia de palabras escritas sin cuidado alguno por la posible condición de neologismos. Cuando Unamuno se cree obligado a poner un glosario detrás de su obra, comentario al *Quijote*, no tanto para ilustrar al lector cuanto para proclamar una vez más su aprecio al lenguaje popular, no tiene en cuenta para nada esos neologismos fáciles. Pues dice: «Hay en este libro unas pocas voces, no llegan a treinta, que no se encuentran en la última edición... del *Diccionario*...»; ahora

(33) Unamuno señalaba en tono de censura la «arta tacafería» con que en la prensa se escribían expresiones como «*tangentear* una dificultad», «*solucionar* una crisis», «*influenciar* un asunto». *Sobre la lengua española (Ensayos*, III, pág. 103).

(34) Hace esta observación B. G. de Candamo al presentar la antología epistolar de Unamuno que figura al frente de la edición de los *Ensayos*. Madrid. Aguilar. 1942, tomo II. Se refiere, naturalmente, a la ideología vertida en el epistolario; pero se puede decir lo mismo de la forma literaria.

bien: un repaso superficial da un número superior al citado de palabras que no figuraban en el léxico de la Academia (35).

Vocablos unamunianos.

La intención decididamente neologista de Unamuno se muestra en otras formaciones nuevas más audaces. Hay unas veces en que surge en el escrito una palabra nueva, un derivado normal de otra anteriormente mencionada y en íntima relación con ella: neologismo semántico o de acepción, que acaso se olvida en cuanto queda lejos el antecedente. Este es el caso de *heroísmo* en la acepción de aptitud de un pueblo para saber adivinar sus futuros *héroes*. Unamuno lo toma de Carlyle (36). En otra ocasión, después de hablar de que vamos al *infinito*, aparece el verbo nuevo *infinitar* (37). Al vicio de creernos los mejores, aun al tiempo de reconocer nuestros mayores defectos y sólo por ser nosotros quienes somos, actitud que atribuye a los mandarines *chinos*, lo llama Unamuno nuestro *chinismo* (38). Neologismos que pudiéramos llamar ocasionales, tienen, naturalmente, una escasa vitalidad, reducida a los límites de la difusión del pasaje en que aparecen. Ni puede ser otra la esperanza o intención de quien los fragua. Son de este tipo innumerables vocablos claves que la conversación familiar y los escritos de poco alcance, como las cartas, permiten crear sin riesgos, y todos los hacemos. En la obra unamuniana hay muchos como los citados (39).

Otros neologismos de Unamuno persiguen tal vez el chiste, tomando por base un vocablo de uso extendido y variándole en el sentido de una aparente mayor propiedad idiomática. A lo que se llama *circular*, 'transitar', cuando se hace por la Plaza

(35) Bien se puede calcular que hay por cada capítulo una voz que no estaba registrada en el *Diccionario* o de acepción no comprendida en él: De los diez primeros capítulos de la obra son *astazo*, *acabadera*, *conquistadera*, *uoncellar*, *reposadero*, *comprendedera*, *aparencial*, *trasabuelo*, *frutería* y *afrañado*. Y continúan en la misma proporción.

(36) *En torno al casticismo*, 5, III (*Ensayos*, I, pág. 199). Comp. Y va de cuento (*El espejo de la muerte*, pág. 157).

(37) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, XXXIV (pág. 198).

(38) *De la enseñanza superior en España*, IV (pág. 43); VI (pág. 63)

(39) *Salvajismo y acamellar*, en *Ensayos*, I, págs. 86 y 203, resp.; *precurso*, en *Almas de jóvenes* (*Ensayos*, V, pág. 33); *jeringazo*, en *Vida de Don Quijote y Sancho*, El sepulcro...

Mayor de Salamanca, que es de planta cuadrada, se le debe llamar *cuadrar*, dice Unamuno (40). Los que han sufrido la pena capital sin culpa, injustamente, lejos de ser *ajusticiados*, han sido *injusticiados* (41). Como antitética de *orientar*, usa la voz *occidentar*, hablando de «una voz más de esta juventud inorientada mejor aún que desorientada, occidentada más bien» (42). En las obras unamunianas de imaginación se presenta varias veces la perplejidad de algún personaje en busca de expresiones cuya forma se apoye de algún modo en otras ya conocidas o en la naturaleza misma de las cosas, según las viejas teorías, huyendo de la absoluta arbitrariedad (43). Otra vez es una alteración de las terminaciones de género, para poder aplicar a hombre los vocablos *madrino* y *nodrizo* que quiere para sí el personaje Don Juan de la vieja comedia nueva unamuniana (44).

Según el cómodo esquema de las proporciones, tomado de la aritmética, para explicar las analogías, $a : b :: c : x$, Unamuno propone que se diga de *extensión*, *extensidad*, y como *extensión*, *intensión* (45); como *gramática*, *pneumática*, para aludir, respectivamente, a la letra y al espíritu de la lengua (46); como *precepto*, *poscepto*, que mira a una interpretación de la ciencia filológica como ciencia natural, basada en la observación de hechos ya dados, con exclusión de toda aptitud para lo normativo (47); como *egoísmo*, *nos-ismo*, y como *omnipotencia*, *omnipersonalidad*, y aun—basado en la diferencia semántica entre *omnis* y *totus* latinos—también *todopersonalidad* (48). A *recalcitrante* corresponde *recalcitrancia*; a *estrépito*, *estrepitosidad*; a *ganapán*, *ganapanear*, y de *quejumbroso* saca por reducción *quejumbre*. Más duro de aceptar parece *aplicablecer*, como *establecer* (49). Pudiera parecer aquí Unamuno neologista de gabinete, no neologista vital, y todo esto doctrina neologista en

(40) *Salamanca (Andanzas y visiones...*, pág. 129).

(41) *Juicio político sobre el liberalismo*, escrito unamuniano que figura al frente de EUGENIA ASTUR: *Riego*. Oviedo, 1933 (págs. XI y XII).

(42) *La reforma del castellano (Ensayos, III*, pág. 84).

(43) Véase el capítulo III de *Amor y Pedagogía*.

(44) *El Hermano Juan*, acto 3.º, escena VIII. *Comp. abejas y zánganas*, en *La tía Tula*, Prólogo (pág. 15).

(45) *Cómo se hace una novela* (pág. 151).

(46) *Notas marginales (Homenaje a M. Pidal, II*, pág. 57).

(47) *Notas marginales (Homenaje a Menéndez Pidal, II*, pág. 62). También en la exposición de su poética, recogido en la *Antología de GERARDO DIEGO: Poesía española*. Madrid. Signo. 1934, pág. 56.

(48) *Cómo se hace una novela* (pág. 70).

(49) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 77).

ejemplos y no neologismo vivo; Pero es el caso que se ven en la obra literaria del autor vocablos tales: *todoparidora*, *vergonzosidad*, *avariciosidad*, *viceversar*, *vetustocracia*, cientos de derivados con el sufijo *-ismo*, *-izar* o el despectivo *-itis*: *libre-arbitrismo*, *escolastizar*, *catolización*, *antologizar*, *complejizar*, *literatistmitis*, doblemente despectivo éste. Como puede verse, son palabras más ásperas que las anotadas antes, bajo el otro epigrafe, y, con todo, algunas hay que parecen del todo admisibles (50).

Muy digno de atención es el neologismo que Unamuno practica cuando trata de establecer un concepto técnico o filosófico y analiza el vocablo que propone para su designación. Es muy conocida la necesidad que experimentaba de hacer un distinguo en el concepto de historia, en el sentido de separar lo que el contenido de la historia tiene de externo y circunstancial, de lo que tiene de interno y permanente. Para reflejar su visión disyuntiva, Unamuno echa mano de la prefijación para hacer el neologismo *intra-histórico*:

Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida *intra-histórica*, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras (51).

(50) «El que los busca [los neologismos] es Unamuno, y los exalta, y de ello se gloria. Tienen carácter y cuño españolista, por lo cual merecen ser recogidos y propuestos a la imitación. Cuando los sacó a luz nos parecían audacias, y aun por eso los exhibía él; mas ahora los encontramos moderados al lado de los de otros autores, que lanzan muchos más y no los presentan con el hispánico indumento de los suyos.» Luis GERRINO: *Neologismos y neologistas de nuestros días*, en *Escorial*, 1942, VII (pág. 344). (En ese trabajo hay dos listas de neologismos propios de nuestro autor.) A pesar de todo lo extensa numéricamente que pueda ser la aportación neologista de Unamuno, en su intención no falta el freno; quiere remediar una necesidad de renovación y libertad en el vocabulario, pero al mismo tiempo no se le oculta el peligro de un exceso en esto. En una ocasión advierte: «Bien sé que no se puede recargar así, de golpe, el idioma, porque correría uno riesgo de fatigar al lector, exigiéndole sobrada tensión de espíritu, pero lo que aquí domina es lo contrario.» Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 78).

(51) *En torno al casticismo*, I, III (*Ensayos*, I, pág. 40). Unamuno fundia en su concepto de *intra-historia* lo anterior a la historia y lo que hay debajo

No le disgustaba su invención, pues la cita de sí mismo varias veces con cierta complacencia; y aun para correspondencia con esa dualidad, sacó a relucir el lenguaje *soto-literario* o *intra-literario* que se relaciona con la intrahistoria, mientras el de la literatura lo hace con la historia (52). Otros neologismos de este tipo son, por ejemplo, *crístidad*, 'calidad de Cristo'; *noluntad*, 'voluntad negativa'; *sororidad*, 'fraternidad femenina'.

Pero lo más frecuente en el vocabulario filosófico del autor es, no el neologismo formal, sino una definición nueva y particular de un término corriente. El adjetivo *histórico* experimenta en otra ocasión una delimitación de este tipo cuando Unamuno decide aplicarlo a los personajes, reales o ficticios, en cuanto tienen vida en la creación literaria, en la biografía, para distinguirlos de los otros hombres que, dice, sólo han tenido existencia biológica. Estos son los hombres reales, que tienen realidad; aquéllos, los hombres personales, dotados de personalidad, y ésta es

la obra que en la historia se cumple. ¿Cuál fué el Sócrates histórico, el de Jenofonte, el de Platón, el de Aristófanes? El Sócrates histórico, el inmortal, no fué el hombre de carne y hueso y sangre que vivió en tal época en Atenas, sino que fué el que vivió en cada uno de los que le oyeron, y de todos éstos se formó el que dejó su alma a la humanidad. Y él, Sócrates, vive en ésta.

Después de citar a San Pablo, que quiere librarse de su cuerpo de muerte, concluye Unamuno:

de ella, *prehistoria* y *subhistoria*: «¿Historia? Allí todo es prehistórico, o mejor, para decirlo con término que puse en circulación, todo es *intra-histórico*.» *Una civilización rústica (Paisajes del alma, pág. 39)*. «Hay en España algo que permanece inmutable bajo las varias vicisitudes de su historia, algo que es la base de su subhistoria.» *El porvenir de España, 2, III (pág. 115)*. (Véanse en este libro variantes de la misma concepción.) Modificó su apreciación de la historia pronto. Ya en el prólogo de la edición de 1902 de *En torno al casticismo* se inicia la rectificación que se aprecia en el ensayo titulado *Educación por la historia (Contra esto y aquello, pág. 71)*, y que tomó forma definitiva en la lección de jubilación: «Sólo tengo que rectificar ahora el mal sentido que entonces daba, erradamente, a lo histórico. Lo que en uno de mis ensayos de *En torno al casticismo* llamé la *intra-historia*, es la historia misma, su entraña.» No obstante, sus escritos de la época de París están llenos de reproches al exceso que allí siente de sucesos que no dejan ver la entraña de los hechos. (Véase, por ejemplo, *Montaña, desierto, mar!*, en *Paisajes del alma*, págs. 95-96.) Y es *intra-historia* término que gana adeptos. Sobre este concepto de la historia, véase P. LAÍN ENTRALGO: *La generación del noventa y ocho*. Madrid, 1945 (páginas 263-270), y CLAVERÍA: *Temas de Unamuno*. Madrid, 1953 (págs. 22 y sigs.).

(52) Prólogo de la edición de 1902 de *En torno al casticismo* (pág. 29). Recuérdese que en el ensayo segundo (capítulo II) había escrito: «Lo que hace la continuidad de un pueblo no es tanto la tradición histórica de una literatura cuanto la tradición *intra-histórica* de una lengua; aun rota aquélla, vuelve a renacer merced a ésta.» *Ensayos, I (pág. 74)*.

Y este cuerpo de muerte es el hombre carnal, fisiológico, la cosa humana, y el otro, el que vive en los demás, en la historia, es el hombre histórico (53).

De este tipo de neologismo de acepción encerrado en formas comunes son también *escepticismo*, 'duda metódica'; *simpatía*, 'comprensión del ánimo del prójimo'; *demagogía*, 'educación popular o demopedia'; *cristiandad*, 'condición de cristiano', y otros (54).

Finalmente, van unidos al nombre de Unamuno unos cuantos vocablos totalmente caprichosos, forjados en momentos de buen humor, y de los que su autor se pagaba mucho; los más felices, *nivola* y *cocotología*. También *chibolete*, no neologismo, sino adaptación del inglés, puede formar serie con éstos (55).

Pero sería una apreciación defectuosa dejar sólo como vocablos típicos unamunianos los neologismos. Hay palabras comunes en las que puede no haber puesto el maestro nada de creación lingüística, y que, sin embargo, por su dedicación a ellas las ha dejado como envueltas en un halo que nos le recuerda. En la mente de todos sus lectores está la obsesión que tuvo toda su vida por la palabra *nada* o por *agonía*.

Justificación del neologismo.

Las ocasiones en que Unamuno recurre al neologismo son múltiples y son siempre una sola: la misma de ponerse frente al papel, porque está predispuesto siempre a emplear nuevas

(53) *La agonía del cristianismo*, IV (págs. 44-46).

(54) JULIÁN MARÍAS se detiene a comentar algunos tecnicismos de Unamuno. Encuentra que hay tal vez impropiedad en llamar *subjetividad* a la *persona humana* (a propósito del concepto de sustancia en *Del sentimiento trágico*, cap. VIII), *Miguel de Unamuno* (pág. 175). Son toscos e insuficientes los términos *producción* y *consumo* en la descripción no muy precisa de yo y mundo en el ensayo *Civilización y cultura*. *Idem* (pág. 180). Hay alguna ligera inexactitud de expresión cuando expone Unamuno la actitud frente al conocimiento de Dios en el cristiano en *Sobre el fulanismo*. *Idem* (pág. 214). Pero llama excelente vocablo a *aparential* opuesto a *real* y equivalente a *fenoménico* en *Tres novelas ejemplares*. *Idem* (pág. 177). Y es para el citado crítico un agudo neologismo *sobre-existir*, y le place la audacia de hacer transitivo el verbo, «nos existe» Dios, en *Del sentimiento trágico*, cap. VIII. *Idem* (pág. 217).

(55) Véase *Tres vocablos de Unamuno: «chibolete», «cocotología», «nivola»*, en *Archivum*, Rev. de la Fac. de F. y Letras (Nueva Serie). Universidad de Oviedo, 1951, I, 171-176. Ahí comento los pasajes en que aparecen y muestro una evolución en el significado que el propio Unamuno atribuyó a su palabra *nivola*.

palabras. La traducción ha sido siempre en todos los escritores ocasión próxima de neologizar. A veces los diccionarios que sirven de auxilio en la tarea de verter una obra de idioma extraño a la lengua propia, son insuficientes para indicar los caminos por los que un traductor ha de encontrar la expresión de ciertos matices significativos o expresivos. La cultura literaria y lingüística del traductor han de ponerse en juego para encontrar las debidas correspondencias entre los vocablos extranjeros y los propios. Insensiblemente se cueñan algunas expresiones que la familiaridad con el idioma extraño hace menos violentas de admitir cada vez. Se pretende, además, traspasar aquellas mismas formaciones verbales que se admiran en la lengua extraña y hacerlas valer en la lengua nativa. Más es éste que el anterior el caso de Unamuno, que escribe *cientificidad*, neologismo que le permite traducir con una sola palabra la alemana *Wissenschaftlichkeit*. Calidad de científico, condición de científico, hubiera sido una traducción: «quise evitar un rodeo», dice disculpándose (56).

Cuando se quiere establecer una delimitación de conceptos, por fuerza hay que recurrir a palabras nuevas muchas veces. Y esta es otra de las posiciones de Unamuno. Cuando algún vocablo, por haber sido preferentemente usado con una determinada intención, lleva en sí un halo significativo que alude a la situación más acostumbrada, Unamuno propone una nueva formación, mediante un sufijo o prefijo, de la misma palabra, para designar preferentemente otro sentido intencional.

Las cosas nuevas que han de ser bautizadas para que sean conocidas, son naturalmente una fuente de neologismos en una lengua. En la obra de Unamuno, las novedades se reducen al campo de la especulación filosófica, y ahí, más que palabras de nueva formación, neologismos lexicales, encontramos o extranjerismos, adaptados o no, o neologismos de acepción, semánticos.

La explicación que suele darse de la aparición de palabras nuevas en un escritor o en el pueblo, es la de que busca palabras nuevas el que cree insuficientes para la expresión de sus mociones del espíritu las que conoce ya en la lengua. No deja

(56) Carta, Salamanca, 3-IV-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 78).

de parecer una explicación excesivamente simplificada, con el consiguiente riesgo de no ser exacta del todo. De ser valedera, habrían de ser los más neologistas los escritores más emotivos, los escritores científicos más sabios, los autores de diarios íntimos o libros de viajes más intensa o extensamente concebidos. Y de hecho no es ésto así. Cuando Unamuno dice: «Y no se me diga que tenemos *estrepito* sin necesidad de *estrepitosidad*, porque son cosas diversas y, además, una vez establecida la duplicidad de formas, en caso de sinonimia perfecta, pronto viene la diferenciación semiótica» (57), deja de lado la teoría del neologismo necesario, encontrando justificado el neologismo en sí mismo, o en que, como dice: «Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas» (58).

Es que el neologismo, entendido en el sentido abstracto que se puede dar a este término, es una condición de algunos autores o hablantes, más que algo concretamente atribuible a una obra literaria. Es una afición especial a la innovación que un autor puede tener, lo mismo que otras cualidades o aptitudes literarias. Y así resulta que, después de considerar los nuevos vocablos forjados por Unamuno, no encontramos enriquecida la lengua precisamente por los vocablos que sacó a la luz elaborados en su ingenio, sino que tendemos a considerar el neologismo como una condición, como una de sus cualidades de escritor. Y no es que esto no tenga trascendencia, y mucha, sobre la lengua, pero es indirectamente. Porque al ejemplo de Unamuno, como de otros autores, se desata el respeto a la medida académica en el vocabulario, y pueden ser cada vez más los escritores que crean palabras nuevas, algunas de las cuales por fuerza triunfan al fin: aunque no sean ninguna de éstas las palabras que forjara el neologista que sirvió de aliento ejemplar, sino otras, acaso más estridentes, de un Gómez de la Serna o un Zunzunegui, por ejemplo.

¿Qué esperaba Unamuno de sus neologismos? ¿Solamente darse la satisfacción de innovar? Esto argüiría una veleidad contraria al amor sentido y de mil modos expresado a la lengua.

(57) *Idem* (*Idem*, pág. 78). La misma idea en *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 102-103). Comp.: SAUSSURE, *Curso...* (pág. 204).

(58) *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 103).

española. No; recordemos una vez más ese pasaje que denota su sentimiento de la objetividad viva de la lengua:

Compongo versos, mejores o peores; hago poemas, hino y amaso mi propia lengua española—he inventado algunas palabras—y rebusco las creaciones libres del pueblo en el campo del lenguaje por los mismos caminos por donde voy a mis creaciones propias (59).

Es en un estudio de carácter doctrinal, y pretende justificar la valía de su método de investigación filológica, en el sentido de que tal como él hace alteraciones en su propio caudal léxico, así ve claro que los otros hablantes las han hecho, aunque sea inconscientemente, y se pueden, pues, explicar como modificaciones individuales en su principio las alteraciones que se han producido históricamente en la lengua. Pero lo que interesa hacer resaltar en este capítulo es el aspecto inverso del mismo razonamiento: Unamuno, que conoce que esas alteraciones o innovaciones lingüísticas debidas a individuos han logrado triunfar y son ahora parte constitutiva de la lengua, se siente respaldado por el ejemplo de los hablantes de todas las épocas, se coloca como formando él también entre el pueblo, como uno más de sus individuos, que al recibir en una forma la lengua la transmiten a los demás alterada tal vez en el troquel de su propia manera de hablar, y va seguro y confiado a sus creaciones propias, con la esperanza y el ideal de que también lleguen a triunfar entrando en el uso general: «he inventado algunas palabras».

El futuro dirá si en verdad las creaciones unamunianas tenían entidad y condiciones para la permanencia e incorporación definitiva en el vocabulario español. Poco se puede adelantar en pronóstico. Los vocablos populares dignificados por nuestro autor al llevarlos a la literatura suya, encontrarán sin duda eco en muchos otros escritores: No era él solo a defenderlos y utilizarlos; y hoy la lengua popular es bastante apreciada, a lo que ha podido contribuir en su parte la extensión de los estudios de filología. Las voces nuevas de tipo caprichoso o las muy llamativas, llevarán como rémora el enorme peso de la personalidad del autor, pues tienen siempre y tendrán un valor alusivo imperdible a las circunstancias en que esas palabras

(59) *Notas marginales (Homenaje a Menéndez Pidal, II, pág. 61).*

surgen en la obra de Unamuno. En cuanto a los vocablos formados por derivación y a los extranjerismos admitidos, tal vez el proselitismo y ejemplo unamunianos lleguen a hacer que un día se consideren, más que propios o característicos de él, allegados a su nombre por cuanto los defendió, pero confundidos en el caudal del hablar corriente culto, y de dominio público entre escritores. El habla vulgar queda lejos de todos ellos (60).

La propiedad idiomática.

Se aprecia en Unamuno una preocupación muy viva por la expresión auténtica, la adecuación entre fondo y forma. La elección de los términos verbales ha de hacerse, quiere él, según la adecuación a los contenidos semánticos vivos, por encima de toda otra consideración. Si una palabra es o no galicismo, le interesa poco: que la use el escritor si efectivamente le vale más que otra castiza, para la expresión de una determinada idea. Pero, así sea la más genuina y tradicional de las voces del idioma, si por un uso poco preciso ha caído en la anfibología y no designa clara y distintamente un concepto lleno, si no despierta en el ánimo del que la emplea o del que la lee una imagen o noción precisa, queda condenada por ese motivo, y Unamuno rehuirá emplearla o lo hará advirtiendo esa condición de anfibológica de la palabra, y delimitando la intención en que en cada caso la emplea.

Este es el purismo en el vocabulario que Unamuno profesa (61); va contra lo que puede minar la vida de la lengua de una manera fatal: el hablar vacío, de palabrería, en que predomina la forma sobre el fondo de representaciones. La pereza mental, aliada de la ignorancia, es causa frecuente del empleo de ciertas palabras sin conocimiento suficiente de su contenido re-

(60) En el diálogo que presenta el P. Getino, uno de los interlocutores, dice: «Esos vocablos salen esquinosos de labios de Unamuno y luego se suavizan en los del público, que termina por hacer familiares las más exóticas palabras.» «Exóticas seguirán—le replica el otro—las más que nos ha regalado Unamuno. No parece que puedan ser labradas, ni siquiera que admitan pulimento. Si alguien hoy las recuerda en memoria de don Miguel, mañana serán olvidadas, porque las obras suyas no son populares, ni siquiera las poesías. Que para el pueblo se suelen escribir.» Artículo citado; en *Escorial*, 1942, VII (págs. 348-349).

(61) Véase: BRUCE W. WARDROPPER, *Unamuno's struggle with words*, en *Hispanic Review*, 1944, XII, 183-195.

presentativo. La pereza mental se deja cautivar del ambiente afectivo en que viene envuelta una palabra, la emplea sin detenerse a examinarla, y con ella da a entender algo de una generalidad y vaguedad tal, que da pie al que la lee o la oye pronunciar, para que la interprete de acuerdo con un propio estado de ánimo, ya previamente determinado por sus sentimientos o su educación.

Modernismo, romanticismo, humorismo, paradoja, pesimismo, místico, anarquismo y otros vocablos, son para Unamuno de este aspecto: incomprensibles, dice él, para condenarlos. Son expresiones de tal generalidad que eximen a los que las emplean del trabajo analítico-sintético que una definición precisa de algo exige, y pueden adaptarse a mil polarizaciones de significado, con lo que resultan incomparablemente aptas y cómodas para hablar o escribir con vaguedad de cosas que no se conocen a fondo. Corresponden casi todos estos vocablos aludidos por Unamuno a la esfera de los conocimientos políticos y literarios: no en vano es de estas cosas de las que más gente entiende sin entender.

En una novela, se burla Unamuno de este abusivo empleo de expresiones vacías cuando pinta a un jovencito progresista que habla de «esta España de calzonazos... y luego el campo, ¡este campo feudal!», con este comentario: «Para él feudal era un término pavoroso, feudal y medieval eran los dos calificativos que prodigaba cuando quería condenar algo» (62). A un corresponsal le echa en cara el empleo de vocablos de semejante indeterminación, aparentando no entenderle:

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oír las de labios maquinales han acabado por hacerse ininteligibles. Una de ellas es esa de «llegar». Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de «Fulano ha llegado», «Mengano no llegará», «Es tan difícil hoy para un joven llegar», y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar?

Y concluye con una fría brutalidad:

(62) *San Manuel Bueno, mártir* (pág. 68).

Llegar, ¿adónde? No hay más que una llegada segura e infalible: la de la muerte. Y ésta es, tal vez, más que llegada, partida (63).

Para huir de las denominaciones ambiguas, Unamuno se ve obligado con frecuencia a interrumpir su diálogo con el lector, para detenerse en una exposición lingüística a propósito de los vocablos que va a emplear. De estas sabrosas excursiones por los campos de la etimología, unas veces, o por entre construcciones ideológicas vigorosas otras, salen varias delimitaciones de la significación de algunas palabras que, si no tienen acaso la suficiente importancia para rebasar los límites de los libros en que están contenidas, son buenos ejemplos de lo que es atender a la necesidad de fijar el sentido de las palabras de que un escritor se sirve. La distinción que establece entre *individualidad* y *personalidad*; la clasificación antropológica que, apoyándose en San Pablo, hace de los hombres en *animales*, *intelectuales* y *espirituales* (64); los párrafos explicativos de *gana* y *nada* y otros varios pasajes dedicados a justificación de neologismos, pueden quedar como modelo de lo que puede el conocimiento filológico unido a una poderosa intuición filosófica, para dar fuerza al vocabulario propio.

(63) *A un literato joven (Mi religión...* En *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, t. II, pág. 405).

(64) El P. Oromí dice que «abusando de la terminología de San Pablo» (*El pensamiento filosófico...*, pág. 117). Otro que no fuera Unamuno, sin duda no hubiera sacado esto de la lectura del Apóstol. Hay un precedente de San Pablo en la antropología antigua platónica, con su consideración de un espíritu triple en el hombre: los apetitos, la razón y el corazón. Unamuno abandona el primer término para atender a la dualidad espiritual-intelectual. Lo espiritual es lo más elevado de lo característicamente humano; lo intelectual es lo racional frío que aparta al hombre del impulso del corazón y de la fe. Don Quijote y el bachiller Sansón Carrasco son los representantes típicos de estas dos actitudes vitales. Sancho Panza sería el carnal. Y advierte Unamuno que el espiritual sólo con el carnal se pudo unir, porque espirituales e intelectuales son irreconciliables. Referencias a esto hay en toda la obra unamuniana. V. especialmente: *Sobre el fulantismo; Intelectualidad y espiritualidad* y *Los naturales y los espirituales* (*Ensayos*, IV, pág. 111-112; IV, pág. 206 sigs., y V, página 178 sigs., respectivamente).

VI.—LA OBRA LITERARIA

¿Qué reflejo se da en la forma literaria de Unamuno de esta aplicación a cosas del lenguaje que sus escritos revelan? Una sostenida tensión de espíritu al escribir que se requiere asimismo del lector, para que se fije—como el autor lo hace—en cada paso que da por sus renglones. «Lo que encaja es someter a revisión nuestra propia lengua, la que hablamos, y preguntarnos a cada paso: ¿por qué así y no de otro modo?» (1). Unamuno, fiel a este principio, hace análisis de las palabras que ha de emplear, para escoger la que más cuadra a su intención, y no pocas veces es después de escrita la palabra cuando la considera y se le aparece con nuevas posibilidades significativas. Lo mismo se puede decir de las frases enteras.

La etimología.

En el terreno filológico-lingüístico, Unamuno aclara que el conocimiento de la etimología no debe quedar reducido a un mero objeto de curiosidad, a hacer parejas de palabras españolas y latinas o griegas. Si queda en esto, de nada sirve la etimología. Lo verdaderamente interesante es el hecho de que de una palabra pueda derivarse otra, y la forma en que ese proceso se cumple en la historia del idioma: cambios fonéticos, permanencia del acento, alteraciones semánticas.

Que también sale al paso Unamuno de la concepción superficial del valor de la etimología, según la cual este conocimiento sirve para la comprensión del significado.

¿De cuándo acá depende de la etimología la claridad del signifi-

(1) *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 113).

ficado? ¿Es que el significado no evoluciona lo mismo que evoluciona la forma fónica? ¡Aviado saldría quien de la etimología quisiera sacar lo que significan las voces *pontifice*, *presbitero*, *estro*, *persona* y cien más! (2).

El verdadero significado es el que tiene la palabra actualmente, en el uso de hoy. La etimología, entendida no como el principio de un camino cuyo final es la palabra actual, sino como ese mismo camino, nos puede dar a conocer la dirección que los hablantes que nos precedieron han dado a los cambios de significación, dirección que nos podrá servir de guía para los nuevos cambios que nuestro instinto lingüístico nos pida. El conocimiento de las características de una lengua se acrecienta sabiendo su filiación, pero no tanto el *qué* de la etimología de sus palabras, cuanto el *cómo* de la evolución, es lo que da un conocimiento interesante y fecundo.

Aparte de este concepto de la etimología en una postura lingüística científica, Unamuno como creador literario, se aplica a sacar del conocimiento de la etimología el provecho que supone poder dar a las palabras, como significados añadidos al fundamental, todos los matices que se desprenden de las mutaciones que han sufrido en el transcurso del tiempo. La etimología da a una palabra un nimbo de campos significantes que hay que conocer y aprovechar (3). He aquí un concepto estilístico utilitario de la etimología, que deja muy atrás el pobre apoyo que toman en las explicaciones etimológicas muchos libros científicos. Cuando Unamuno hace referencia al sentido etimológico de tal o cual palabra, no es lo de él lo pegadizo de esos autores—y no sólo los mediocres—que echan mano del Diccionario de la Real Academia para trampolín de entrada en materia, y no les vuelve a importar más, ni se acuerdan de la etimología y del significado que debieran seguir presentes, actuales, en toda la obra; prueba de que la mención, aquella era innecesaria. Por el contrario, en más de una ocasión, le sirve a

(2) *Acerca de la reforma de la ortografía* (Ensayos, II, pág. 142).

(3) «Al considerar a cada vocablo como un producto, como el término de un proceso, adquiere el tal vocablo precisión, pues vemos en él su pasado, su tradición, su historia; su sentido se llena y como que se preña; a las veces pierde vaguedad para adquirir contornos limpios, otras veces gana una cierta vaguedad que le da flexibilidad mayor.» *La enseñanza del latín*, IV (Ensayos, II, pág. 31).

Unamuno de fundamento un dato etimológico para suponer o aun edificar toda una teoría.

Rara es la expresión un poco característica de nuestro autor que no va acompañada de una alusión a la fuerza etimológica de un vocablo. No puede atribuírsele ningún merecimiento especial por enseñarnos las etimologías de tales o cuales palabras. Sobre que se trata de explicaciones incidentales, al correr de la pluma, hay que tener en cuenta que no hay siempre investigación filológica, sino uso literario o ideológico. La intención de Unamuno, si en una mínima parte es docente, va dirigida al público lector en general, no a los estudiosos de la lengua. Las etimologías de *Júpiter*, *disciplina* o *entusiasmo*, por ejemplo, están al alcance de cualquier curioso que tenga a la mano un diccionario. Ahora bien, es preciso que Unamuno esté al lado del lector para hacer que éste actualice los matices significativos de paternidad, de escolaridad o de endiosamiento que están contenidos en esas palabras y que sólo la etimología revela.

Las citas etimológicas le brotan en el momento mismo casi de escribir la palabra a que se refieren. Y con ellas el autor obliga al que lee, mediante un luciente señuelo, a detener su espíritu en la consideración de un apalabra determinada. Acaso Unamuno mismo es el primer sorprendido de la valiosa ayuda que le presta una etimología conocida, para dar doblada vitalidad a una expresión. Y nunca desdeña servirse de ese apoyo.

Las palabras, a poco que se extienda y generalice su uso, van, como bien sabía Unamuno, apartándose insensiblemente de su primitivo significado, hasta que llega a ser tenuísimo el hilo que las ata a su significación primera. Condiciones históricas y sociales hacen que varíen las coyunturas en que las palabras son empleadas, y de aquí se derivan los cambios de sentido. No obstante, siempre queda un lastre significativo, una expresión petrificada acaso, una frase literaria divulgada, que denuncia la filiación semántica de la palabra. Por otra parte, sólo el conocimiento filológico de la lengua puede hacer resaltar los lazos de unión entre las palabras originarias y sus representantes actuales, en los casos en que a los cambios internos semánticos hayan acompañado modificaciones fonéticas.

Y constituye un grato placer esa como recuperación que se

consigue volviendo a ligar las palabras—mejor cuanto más familiares y, por ende, usadas más inconscientemente—con las olvidadas valencias de significación.

Poderosa ayuda dialéctica presta a las afirmaciones combativas de Unamuno la mención del significado etimológico de las palabras: *dogma* quiere decir 'decreto'; *católico* significa 'universal', espíritu contrario a todo regionalismo; *dubitare*, 'dudar', tiene de común con *duellum*, 'lucha', la raíz *duo*, 'dos'. La relación entre oficio y deber que se muestra contenida en la palabra latina *officium*, roborada la teoría unamuniana acerca de la dedicación y entrega al propio deber profesional (4). En dos ocasiones, hablando de dos obras propias, Unamuno alude al prestigio que han adquirido, y logra la expresión de modestia que se espera en semejante caso, sólo con aludir entre guiones al significado del latín *praestigium*, 'engaño, ilusión' (5). La postura adoptada frente a la gramática por su condición de normativa, y aun frente a la filología de laboratorio, resulta una vez airosamente expuesta con el auxilio de menciones etimológicas (6).

Al lado de estos casos en que la etimología es explicada en sus términos, con mención de la voz originaria, como en los pasajes citados, hay otros en los cuales la cuestión etimológica no está claramente planteada, sino, simplemente, aludida: «La individualidad dice más bien respecto a nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites, hacia adentro, presenta nuestra infinitud» (7). «¡Matices y fórmulas! O formillas», dice en un comentario a las maneras parlamentarias (8). Esto requiere un poco de esfuerzo mental en el que lee, con lo cual logra mayor eficacia en el razonamiento y más belleza literaria en su expresión.

(4) *Del sentimiento trágico de la vida*, XI (pág. 267).

(5) *Contra esto y aquello*. 2.ª edición, 1928. Prólogo (pág. 9). *San Manuel Bueno...* Prólogo (pág. 19).

(6) *Homenaje a Menéndez Pidal*, 1925, II (págs. 57 y 62).

(7) *El individualismo español (Ensayos)*, IV, pág. 71.

(8) *Dos mercados (Paisajes del alma)*, pág. 170.

Otros modos de análisis de palabras y frases.

Hay otros análisis, de tipo más bien estilístico, en los que es menos indispensable el saber filológico. Unamuno quiere darse la más exacta cuenta de las posibilidades que cada palabra conlleva, y no deja escapar una sin removerla:

... fui a los juegos florales de Las Palmas a decir lo que bien me pareciera, y, sobre todo, a conocer aquello y los espíritus que allí, en aquel a-isla-miento alientan y ansian». «Allí, en la Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento... (9).

Pero lo que más me acongoja es esa pobre hija, hija mía, esa pobre Elvira... Sola, siempre aquí sola... aislada. ¡Qué terrible palabra ésta del aislamiento! Sólo los que vivimos en una isla así, sin poder salir de ella, lo podemos comprender... (10).

Recuérdese el conocido caso de la voz *re-crear*, sometida constantemente a un análisis de este tipo (11).

Para poner al vivo el sentido de las palabras acude con frecuencia al procedimiento de establecer paralelismos.

Las palabras derivadas de la misma raíz, pero de significado distinto, revelan mejor su respectivo contenido por contraste, al ser enfrentadas: «Modernismo no es modernidad; lo eternamente moderno es verdaderamente eterno» (12). Caso muy frecuente con adjetivos en *-ista*: *investigacionista-investigador*, *racionalista-racional*, *cientificista-científico*, y con otros muchos vocablos: «Creo que los mallorquines sean más industriales que industriales» (13). «Una iglesiuca de San Pelayo, semitibetana o mongólica, con escudos señoriales, pero nada señores...» (14).

(9) Prólogo de Unamuno a ALONSO QUESADA (seud. de Rafael Romero) *El lino de los sueños*. Madrid. Beltrán, 1915 (págs. VII y IX). Otra alusión en la página X.

(10) *Sombras de sueño*, act. 1.º, esc. I. También act. 2.º, esc. II.

(11) «Sí, pues nada menos que todo un Dios de Amor se entretiene, digo, se re-crea en jugar con nosotros.» *El Hermano Juan*, act. 3.º, esc. II. Véase también: *Tres novelas ejemplares...* Prólogo, II (pág. 17); *En torno al casticismo*, 2, III (*Ensayos*, I, pág. 81 y nota); *Sobre la lengua española* (*Ensayos*, III, pág. 113). Hay muchísimos ejemplos de este uso analítico de *re-crear*.

(12) *La regeneración del teatro español* (*Ensayos*, II, pág. 70). Comp.: *Del sentimiento trágico...* Conclusión (pág. 320).

(13) *En la isla dorada* (*Andanzas y visiones...*, pág. 182).

(14) *En el castillo de Paradilla del Alcor* (*Paisajes del alma*, pág. 129).

Los parónimos ven, por el contrario, acercadas las ideas que representan: ciertamente, este tipo que establezco aquí sólo lo he visto en el caso de *creer*, acercado a *crear* en la conocida definición de la fe: «¿Crear lo que no vimos? ¡Crear lo que no vimos, no!, sino crear lo que no vemos» (15).

Parejas de sinónimos y de antónimos hay por todas las páginas unamunianas. Las primeras, en una diferenciación de sus términos que sirve para reservar un lugar de retirada en las repugnancias de nuestro hombre (16).

Todo eso es cosa de ciencia, más que de sabiduría, de lo que llaman los alemanes *Wissenschaft* y los ingleses *knowledge*, más que de lo llamado por aquéllos *Weisheit* y por éstos *wisdom* (17).—Y ninguno de ellos pareció conocerle a uno, ¡gracias a Dios Padre! ¡Popularidad? ¡Bah!, lo apetecible es pueblería, no plebeyez (18).—Pero civilización es una cosa y cultura otra... (19).—¡Seriedad y no gravedad! (20).

Otros casos: *Ambición* y no *codicia* (21), *hecho* y no *suceso* (22).

Los pares de vocablos de significación opuesta, los emplea

(15) *La fe* (*Ensayos*, II, pág. 221). Repetidísimo en toda la obra de Unamuno. «Esta definición está completamente de acuerdo con todo su pensamiento filosófico-pragmatista, y no es solamente una genial corveta dialéctica», comenta Oromí. *El pensamiento filosófico de M. de U.* (Véase págs. 123-129.)

(16) O simplemente para llamar la atención sobre el distinto valor de significado: «Era todavía hermosa, pero no era bonita ya.» *Al correr de los años* (*El espejo de la muerte*, pág. 81). Semejante a este caso es el de la distinción entre *amar* y *querer*, más de todo el mundo, o entre *frescor* y *frescura*, *hombre* y *señor*, dicho por un niño esto último.

(17) *Los naturales y los espirituales* (*Ensayos*, V, pág. 193). V. también *Sobre la europeización* (*Ensayos*, VII, pág. 162-163) y *Del sentimiento trágico...* V (pág. 107). Hay muchos más pasajes en que se alude a esta distinción, a favor de la *sapientia* (J. Mariñas).

(18) *Junto al arroyo* (*Paisajes del alma*, pág. 175). Es un escrito de su época de diputado en las Cortes republicanas.

(19) *Salamanca* (*Andanzas y visiones...* pág. 133). *Civilización y cultura* se titula uno de los *Ensayos* del tomo III. A vueltas de un análisis de *civil*, como traducción la más propia, de *político*, llegó a preferir *civilización*, al contrario que en un principio.

(20) *En torno al casticismo*, 5, IV (*Ensayos*, I, pág. 205).

(21) «Son escritores de cotarro, de los que aspiran a cabezas de ratón; la codicia de gloria ahoga en ellos la ambición de ella.» ¡*Adentro!* (*Ensayos*, II, pág. 185). Repite el distingui en otros *Ensayos*: tomo V, pág. 14; VII, pág. 150, y en *Epistolario a Clarín*, pág. 73 y 102; *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, XLIV (pág. 207).

(22) «La historia nos muestra más bien sucesos que no hechos: tal era mi noción.» *Educación por la historia* (*Contra esto y aquello*, pág. 72). También muy repetida esta distinción, base del concepto unamuniano de la historia. V. arriba el capítulo V, pág. 154 y sigs. En otra ocasión, la sinonimia destruída tiene por términos el singular y el plural: «La verdad es el hecho, pero el hecho total y vivo, el hecho maravilloso de la vida universal arraigada en misterios. Los hechos, las menudencias, redúcense con el análisis y la anatomía a polvo de hechos, desapareciendo su realidad viva.» Y dice en nota: «Opongo los hechos al hecho, porque son muchas las cosas que en cuanto se pluralizan cambian de naturaleza: así sucede al trabajo con los trabajos.» *El caballero*

Unamuno para reforzar la afirmación de uno con la negación del otro:

... dicen que su vino... el vinazo de sus cubas es lo natural y sano, y el producto refinado, más aromático y matizado, que de él sacan los franceses, falsificación química. ¡Falsificación! ¡Verificación sí que es! (23).—Todos, es decir, cada uno puede y debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, más aún de lo que puede dar, excederse, superarse a sí mismo, hacerse insustituible, darse a los demás para recogerse de ellos (24).—Y veréis a Dios y moriréis. Porque dicen también las escrituras que quien ve a Dios se muere. Y es lo mejor que puede hacerse en un mundo de mentira: morir de ver la Verdad (25).

Otras veces acierta a reducir los opuestos a un mismo cauce: Tal es el caso de *paz y guerra, esperanza y recuerdo o vida y muerte*:

este vivir que es el vivir desnudo
 ¿no es acaso la vida de la muerte? (26)
 y en que por magia de sutil mudanza
 se convierte en recuerdo la esperanza (27).
 ¡Y tu sueño es la paz que da la guerra
 y es tu vida la guerra que da paz! (28).

Lo mismo que con las palabras cabe hacer con las frases. Unamuno revuelve y airea el sentido íntimo que en los llamados lugares comunes suele pasarnos inadvertido, o bien establece paralelismo con otras frases de su propia invención. «Repensar los lugares comunes es el mejor modo de librarse de su maleficio», dice, e interpreta como maleficio la pereza mental que empuja a tratar tales frases como moneda corriente—sin detenerse en el deletreo de su valor significativo que ha quedado borroso—y a emplearlas en lugar de las ideas que contienen. Y pretende, en una muchas veces fecunda marcha atrás, que el lector considere el sentido tan certero que las frases hechas

de la triste figura (*Ensayos*, II, pág. 108 y nota). (Padecen trabajos por no trabajar, decía Unamuno para explicar la pereza española.) Com. otro caso: «y esclavos los mortales desde entonces / cantan, puesta la vista al infinito, / sombras de libertad, las libertades». *Non serviam* (*Rosario de sonetos líricos*, CXXII).

(23) *En torno al casticismo*, 2, IV.

(24) *Del sentimiento trágico...*, XI (pág. 267).

(25) *¿Qué es verdad?* (*Ensayos*, VI, pág. 243).

(26) *La vida de la muerte* (*Rosario de sonetos*, IV).

(27) *Al sueño* (*Poemas*).

(28) *El Cristo de Velázquez*, I, X. La vida es sueño. La serie siguiente se titula *Paz en la guerra*, como la primera novela.

tienen, cuando sea así, y que se aplique a contradecirlas cuando no concuerden con su ideología. A veces nos requiere de una manera directa: «... pero qué bien está el giro ese de los malos ojos» (29); «¡y qué bien cae lo de llamarle «buen señor» en este caso!» (30). Otras veces presenta una modificación que, al romper la interna cohesión que tienen los dichos ya petrificados, les abre una nueva posibilidad expresiva, apoyada en la reminiscencia de la forma común: «el santo desconocido» (31), «el demonio [o: diablo] de su guarda» (32), o, simplemente, hace más chocante la frase (pero inmediatamente reconocible): «Acostumbraos los unos a los otros, que es más que amarse...» (33). O conjuga dos sintagmas muy comunes, el de un título famoso y el de un axioma matemático, para hablar de nuestras vidas paralelas que se juntan en el infinito (34).

Apenas hay refrán que, al alcance de la mano de Unamuno, se pase sin una glosa, parodia o contradicción. Porque, además de la visible afición a las frases de acertada estructura y del deseo de llamar la atención sobre su valor expresivo, hay muchas veces una irreductible oposición entre el pensar de Unamuno y la ciencia popular encerrada en los refranes. Y entonces, la inmediata es que surge un refrán, antítesis del corriente, ya sea en una forma nueva: «el aprender ocupa tiempo» (35), ya en una alteración del orden de los términos que contrahace el refrán popular: «Cuando me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como hombres» (36).

Estas formas de contradicción alcanzan incluso a los adagios latinos: Unamuno dice, por ejemplo, *Nullum hominem a me alienum puto; si vis bellum para pacem; nihil cognitum quin praevolitum*; o, traduciendo, *cual es la muerte, tal fué la*

(29) *Sobre la tumba de Costa* (Ensayos, VII, pág. 195).

(30) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, XLIV (pág. 204).

(31) *La agonía del cristianismo*, I (pág. 20). Era la época en que Unamuno escribía vecino al «soldat inconnu» parisino.

(32) *Abel Sánchez*, IX (pág. 73). La forma frecuente es *demonio*, no *diablo*: *Abel Sánchez*, XXII (pág. 145), *La tía Tula*, XVII (pág. 150), *El otro*, act. 1.º, esc. II.

(33) *El Hermano Juan*, act. 3.º, esc. X.

(34) ¡*Adentro!* (Ensayos, II, pág. 184); *Amor y Pedagogía*. Apuntes... (página 259).

(35) *La enseñanza del latín en España*, II (Ensayos, II, pág. 16).

(36) *Prosa aceitada* (Contra esto y aquello, pág. 252). Es expresión muy repetida por Unamuno.

vida (37). ¡*Plenitud de plenitudes y todo plenitud!* se titula un ensayo de Unamuno, y en toda su obra hay frecuente parodia del *Vanitas vanitatum* (38). También es frecuente la alusión al dicho de Hobbes, en las formas *Homo homini agnus* o *Homo hominis canis* (39), de sentido opuesto al originario.

El modo más común de contradicción analítica de las frases que se da en Unamuno es el empleo de lo que él llama en alguna ocasión coordinaciones (40) o inversiones de sentido (41): «¿Te hablan de la libertad de conciencia?, pues compárala al punto con la conciencia de la libertad; ¿te proponen la cuadratura del círculo?, medita en la circulación del cuadrado» (42). Llena está la obra de Unamuno de estas alternancias de genitivos: «Susurra la permanente transitoriedad de la cosa y la vida públicas, la queda de lo que se pasa y el paso de lo que se queda, la estadia de la corriente y el curso de lo que se está» (43). «¿He de repetir mi expresión favorita *la eternización de la momentaneidad?* Mi gusto innato—¡y tan español!—de la antítesis y del conceptismo me arrastraría a hablar de la *momentanización* (sic) *de la eternidad*. ¡Clavar la rueda del tiempo!» (44).

Las obras dramáticas o los escritos en forma dialogada son

(37) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXXIV (pág. 274).

(38) Por ejemplo, *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXIV (pág. 249) o: «... ¡pedantería de pedanterías y todo pedantería!» en *Del sentimiento trágico de la vida*, XI (pág. 283).

(39) *La agonía del cristianismo*, III (pág. 34); *Homo hominis canis*. En *La Esfera*, 8-I-1916, III, núm. 106.

(40) Véase el capítulo IV de la novela *Amor y Pedagogía*, donde se explica el método que sigue el filósofo don Fulgencio para escribir una su *Ars magna combinatoria*, a partir de cuatro elementos o ideas madres: muerte, vida, derecho y deber: «la vida de la muerte del derecho, el derecho a la muerte de la vida», etc. También se cita en el prólogo a *Niebla* (pág. 14). Comp. *La novela de Don Sandalio...*, XII (*San Manuel Bueno...*, pág. 152).

(41) «Tú, que estás acostumbrado a mis inversiones de sentido y a esta mi visión, que me hace ver con mucha frecuencia causas donde los demás ven efectos, y efectos en los que ellos toman por causas...» *El secreto de la vida* (*Ensayos*, VII, pág. 40). En esto de efectos y causas puede estar la clave y la razón de ser de estas combinaciones, cuando se trata de algo que parece tener las mismas condiciones para ser puesto en el Debe que en el Haber. Obsérvese que el repaso superficial que hago de tal procedimiento estilístico, es insuficiente para comprender bien lo que hay en él de método dialéctico. Sobre la inclinación fuerte en Unamuno a presentar los problemas con dos posibilidades contrapuestas, véase: P. LAÍN ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho* (pág. 266 y sigs.). Pero téngase en cuenta mis observaciones en el capítulo I, nota 28. Considero, al menos por ahora, ajeno a mi tema el análisis más pormenorizado de las correlaciones en la poesía (y en la prosa) unamuniana.

(42) *Amor y Pedagogía*, IV (pág. 81).

(43) *Los delfines de Santa Brígida* (*Paisajes del alma*, pág. 145).

(44) *Cómo se hace una novela* (pág. 61). Comp.: *En la fiesta de San Isidro Labrador* (*Paisajes del alma*, págs. 154-155).

campo propicio para esto, pues de estas conversiones resultan réplicas espontáneas que sirven para dar viveza al diálogo:

DON JUAN. Pero es que hay que vivir...—DON PEDRO. ¡Para conocer la verdad y servirla! La verdad es vida.—DON JUAN. Digamos más bien: la vida es verdad (45)

JUAN. ... Hay que hacerse..., y hacerse uno al mundo... al teatro...—INÉS. Al teatro del mundo.—JUAN. Y al mundo del teatro (46).

Es displicente y arguye tal vez falta de atención e interés verdadero, la denominación que a esto se aplica comúnmente: juegos de palabras. Por el contrario, pocas locuciones pareadas de éstas resultan huecas: son siempre expresión de algo pensado o sentido, y cuando no, tienen el hondo sabor de la poesía:

del todo de la nada pasajero
a la nada del todo duradero (47)

De una de estas alternancias me he servido para exponer la opinión de Unamuno acerca de la enseñanza gramatical: «Clasifíquense en vez de los verbos irregulares las irregularidades de los verbos...», ¿se tomará esto como un retruécano de puro capricho? Julián Marias examina otro de estos «juegos» llamando la atención sobre su sentido (48). Igual el P. Oromí en alguna otra ocasión, y todos los que se ocupan de las ideas de nuestro hombre tienen cuenta con estos sus pretendidos juegos como con las frases de más patente sensatez. Hay una íntima seriedad y consecuencia en las combinaciones verbales de Unamuno, que se muestra a quien la quiera ver, a quien se deje convencer de que la lengua es para el autor algo inseparable del ejercicio del pensamiento.

Conceptismo.

Esta tan íntima dependencia que enlaza la ideología de Unamuno con su formulación verbal, es, por definición, conceptismo.

(45) *La venda*, cuadro I.

(46) *El Hermano Juan*, act. 3.º, esc. IX.

(47) *La sima* (*Cancionero. Antología poética*, núm. 400).

(48) A propósito de: «¿Ente de ficción? ¿Ente de realidad? De realidad de ficción, que es ficción de realidad», en *Niebla. Prólogo a la 3.ª edición* (página 20), véase: MARIAS, *Miguel de Unamuno* (pág. 32).

No es el de nuestro autor el resultado de una deliberada oscuridad al escribir, sea para despuntar por chocante, sea para reducir su acción a un círculo de elegidos, de iniciados; sino que es algo íntimo, fundamental a la sustancia de su actividad literaria, y que le sale del fondo mismo del alma.

No es Unamuno un escritor que, luego de concebida una idea se echa a buscar expresión exquisita en que encerrarla, sino que en él el ejercicio mental y el verbal se entrecruzan y confunden en uno hasta poder decir en afirmación atrevida que es lo primero la forma, la palabra, y su sentido después (49), como brotado de la palabra misma. El escribir es para Unamuno la simultánea búsqueda de pensamiento y expresión:

No el que un alma encarna en carne ten presente,
 No el que forma da a la idea es el poeta;
 Sino que es el que alma encuentra tras la carne,
 Tras la forma encuentra idea (50).

Sin duda alguna, Unamuno se ve sorprendido con frecuencia por aciertos inconscientes de expresión que le vienen como anillo al dedo; claro está que porque los busca y los fomenta. Los busca en el análisis de las expresiones populares que tienen encubierta una atinada captación de las cosas bajo una aparente trivialidad convencional y, además, no deja de probar las posibilidades que cada vocablo o frase lleva consigo, para una más apurada interpretación de lo que pretende decir.

Y no le importa dejarse llevar por la mano de la lengua: «Con hondo sentimiento se llama entre los gauchos «desgracia» no al ser muerto, sino al haber tenido que matar a otro» (51). Al llegar aquí, Unamuno lo cree efectivamente mayor mal. Así se da el caso de que una palabra escrita ya en un pasaje, le da

(49) Véase un comentario al lenguaje infantil en *Amor y Pedagogía*, V (página 93) y el Prólogo-epílogo (págs. 28-30) de la misma obra.

(50) Véase: MARIAS, *Miguel de Unamuno* (págs. 129-130).

(51) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LX (pág. 241). Da este fundamento teórico: «El matar no es malo por el daño que reciben el muerto o sus deudos o parientes, sino por la perversión que al espíritu del matador lleva el sentimiento que le impulsa a dar a otro la muerte...» Otro caso semejante (refiriéndose a su neologismo humorístico *cocotología*): «La primera cuestión que surge respecto al nombre de nuestra nueva ciencia es que es el tal un nombre híbrido, como el de *sociología*, compuesta de una palabra latina y otra griega, y son muchas las personas graves que han visto en eso del hibridismo de su título un fuerte argumento en contra de la nueva sociología.» *Amor y Pedagogía*. Apuntes... (pág. 247). Respalda con esto envuelto en broma, como con un argumento más, su aversión, proclamada a los cuatro vientos, a la llamada Sociología.

un caudal de ideas, al ir analizándola, suficiente a dar vida al resto de un capítulo entero o de un ensayo. Unamuno es el conceptista que saca ideas de las palabras. Y a fe que el que tengan este origen inmediato, no hace a tales ideas en nada inferiores a las de los que dicen extraerlas de la meditación de las cosas. En varias ocasiones el mismo autor o los comentaristas de su obra nos llaman la atención sobre que en tal o cual punto hay expresión voluntaria y consciente de un determinado matiz ideal, que no es todo sólo jugar con el lenguaje.

El conceptismo de la literatura española lo interpreta Unamuno, con el culteranismo, como «nuestros vicios castizos» que «brotan del mismo manantial»: la castiza disociación entre realismo e idealismo que lleva a la ingeniosidad o al colorismo, por la incapacidad de captar los matices intermedios entre lo que es propio de la inteligencia y lo que es propio de los sentidos (52). En cuanto esos vicios son muestra de un escapar de la mediocridad del sentido común, resultan aceptos a Unamuno:

He pensado muchas veces que el gongorismo y el conceptismo son, en cierto modo, expresiones de pasión. Del conceptismo lo afirmo, desde luego arbitrariamente, por supuesto. Casi todos los grandes apasionados que conozco en la historia del pensamiento humano, contando al gran africano de que hablé antes, han sido conceptistas. han vertido sus ansias, sus anhelos, en antítesis, en paradojas, en frases que, a primera vista, parecen no más que ingeniosas. Y acaso ello dependa de que la pasión es enemiga de la lógica, en la que ve una tirana, pues la pasión quiere que sea lo que ella quiere, y no querer lo que tiene que ser, y el conceptismo es, en el fondo, una violación de la lógica por la lógica misma. Juega con los conceptos y violenta las ideas aquel a quien los conceptos y las ideas le estorban, porque no puede hacer con ellos lo que su pasión le pide (53).

Y, si de una parte, no llegó a reconciliarse con Góngora (54),

(52) Véase: *En torno al casticismo*, 3, I (*Ensayos*, I, págs. 107-111).

(53) *Sobre la europeización (Ensayos*, VII, pág. 181).

(54) Véanse unas páginas exaltadas, disonantes y excesivas en su tono de insulto contra los gongoristas del centenario, 1927, en *Cómo se hace una novela* (págs. 104-105 y 111-113). Contrastan con el tono comedido y hasta humilde en que, en el número de *La Gaceta Literaria* (contra el que se revuelve ahí), había expuesto por carta no haber llegado a «comprender» a Góngora, cuando su lectura en Tudanca «algo de prisa y flojamente»—¿en 1923?; no en el año del centenario (que Unamuno pasó en el destierro), como dice por un descuido el prologuista don José María de Cossío: *Antología poética de U. Col. Austral*. Buenos Aires, 1946 (pág. 15)—. Sobre otro intento, negativo de resultado, en 1903, véase: DÁMASO ALONSO, *Góngora y la literatura contemporánea*, en *Estudios y ensayos gongorinos*, y ALFONSO REYES, *Cuestiones gongorinas*, Madrid, 1927, pág. 255. Las defensas de conceptismo que hace Unamuno,

se declaró mil veces conceptista (55). Porque el conceptismo es el lenguaje de la pasión; conceptistas son San Pablo y San Agustín, y nuestro hombre tenía a estos dos escritores por maestros de la dialéctica de lucha y apasionamiento, que él, por su parte, profesaba (56).

Pero era contrario al conceptismo hueco que, sin vida interna, se manifiesta en el «juego de palabras», y protestó contra ellos en forma expresa. Comentando el pasaje del *Quijote* en que el héroe se embarca, a riesgo de chocar contra la aceña, porque cree que estaba guardada para él semejante hazaña, advierte en nota Unamuno:

Senti por un momento la tentación de añadir «ni la aceña», diciendo «ni cuál la hazaña ni la aceña que le está reservada», pero he vencido pronto la tentación esa. Odio los calembures y juegos de palabras, que revelan el más menguado y más despreciable ingenio (57).

Cuando su personaje Víctor Goti le prologa *Niebla*, dice del autor:

Y abomina del género festivo de los revisteros de toros, sacerdotes del juego de vocablos, y de toda la bazofia del ingenio de puchero (58).

Sobre Quevedo cae la más agria crítica por esto:

... me carga Quevedo, pongo por caso de clásico cargante, y no puedo soportar sus chistes corticales y sus insoportables juegos de palabras (59); ... las pretendidas gracias, puramente de corteza, cuando no de pellejo de corteza, es decir, de vocablo, de su *Gran Tacaño* (60).

Precisamente la lectura de escritores conceptistas en lengua no española—Unamuno leería probablemente a San Agustín en latín, y, según su testimonio, en griego a San Pablo—pudo llevarle a rebuscar más en la ideología vertida en los tales juegos

van, con mucha frecuencia, apoyadas en censura del culteranismo. Contra éste va en su parte el rechazo que hace de la imaginación meridional, que no es, a juicio de Unamuno, sino facundia, verbosidad.

(55) Véase: M. GARCÍA BLANCO, *Discurso*, págs. 58-59.

(56) *La agonía del cristianismo*, II (pág. 23); *Una historia de amor (San Manuel Bueno...* (pág. 312).

(57) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, XXIX (pág. 189, nota).

(58) *Niebla*. Prólogo (pág. 11).

(59) *Sobre la erudición y la crítica (Ensayos*, VI, pág. 78).

(60) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LVI (pág. 222).

de palabras, al traducirlos mentalmente—cosa que en la lengua familiar no hacemos tanto, por sernos lo verbal más deslumbrador—y hacerle dar unos pasos hacia el aprecio al conceptismo un poco externo, formal, ciertamente, de Quevedo y Gracián:

Esto que hoy os digo no es un prólogo, sino un epílogo; no es un programa, si se quiere. No lo que voy a hacer, sino lo que llevo ya hecho. ¡Esta es mi obra! ¿Juegos de palabras? Con ellos Quevedo, nuestro gran conceptista, nuestro gran verbalista, al adentrarse en las entrañas del romance castellano, escudriñó, hurgando en el alma de su pueblo. Y lo mismo Calderón, y Gracián, y los místicos, y tantos otros (61).

De sus propios juegos no quería Unamuno pensar que lo fueran meramente de palabras, sino «juegos de conceptos metafísicos» (62). Es frecuente la disculpa previa de alguna expresión de este tipo, y siempre queda en aquélla lugar para una referencia a los conceptos: «Y jugando con los conceptos, o no sé si con los vocablos» (63). Lo que le molesta es que detrás de ese juego verbal no haya nada que sirva para excitar el ejercicio, el juego del pensamiento. El se dedica poco al puro chiste. No obstante, y no hay que negarlo, para perjuicio del autor, se encuentran en sus escritos algunas muestras de malabarismo verbal muy censurable en hombre de su talla. Junto a

pero al alma del alma ni una roncha
tan sólo me rozó, que con tus dotes
eres de ella la concha tú, mi Concha,

de un soneto dedicado a su mujer (64), hay otros análisis de nombres propios, que persiguen efectos cómicos de poca altura:

¡Adiós, Clara, mi Clara, mi Oscura, mi dulce desencanto (65); ... y no habrá don Fulgencio ni don Tenebrencio que me le eche a perder (66); ... así como ignoraba hasta aquel momento que se apellidase, de una manera contradictoria, Cuadrado y Redondo (67); Al aparecer Augusto a la puerta de su casa extendió el brazo derecho, con

(61) *Discurso...*, Salamanca, 1934. Comp.: *San Manuel Bueno...* Prólogo (pág. 24), sobre Gracián.

(62) *Niebla*. Prólogo (pág. 11).

(63) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 1, XXXI (pág. 118).

(64) *De Fuerteventura a París*, XXVI.

(65) *Amor y Pedagogía*, XV (pág. 205).

(66) *Amor y Pedagogía*. Epílogo (pág. 225).

(67) *La novela de Don Sándalo* (*San Manuel Bueno...*, pág. 169).

la mano palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo quedóse un momento parado en esta actitud estatuaría y augusta (68);

o, por último, referido a una persona real, y hablando de la gaita gallega: «Tocábala don Perfecto Feijoo, un perfecto gallego...» (69). ¿Pretendería Unamuno aquí que él hacía algo más que un chiste malo?

Sacar partido de una homonimia (70), de un doble sentido (71), de una semejanza verbal (72), no es recurso muy perdonable. Hay que notar, con todo, que tal vez no está muy fuera de su lugar este tipo de chistes en una novela en que abundan, *Un pobre hombre rico*, caricaturesca y frívola, y escrita, según dice el autor en el prólogo, «a la pata la llana». Los pasajes que giran en torno al análisis facilon de *estado interesante* (73) y *subconsciente* (74), son indudablemente apropiados al tipo sainetesco de la obra, que roza los confines de lo vulgar (75).

(68) *Niebla*, I (pág. 31).

(69) *Junto a las rías bajas de Galicia (Andanzas y visiones...*, pág. 71).

(70) «... ahora era cuando en la oscuridad del lecho le perseguía aquel pestáneo llamativo. «Llamativo—se decía—porque me llama, porque es de llama, de llama de fuego, y también porque sus ojos tienen la dulzura peligrosa de los de la llama del Perú...» *Un pobre hombre rico (San Manuel Bueno...*, pág. 208).

(71) «... por eso, porque me parece un buen chico, un excelente primo—y no quiero hacer un chiste—, por eso no le quiero para novio...» *Abel Sánchez*, II (pág. 30).

(72) «Los chiquillos, hijos, sobrinos o allegados de los que llevaban los bultos, conseguían ser llevados en ellos; aquéllos, para cuidar los faroles del huerto de las olivas, y nosotros, los chiquillos de los colegios, los farolines, desde nuestros balcones envidiábamos a los faroleros.» *Las procesiones de Semana Santa (De mi país*, pág. 78).

(73) *San Manuel Bueno...*, págs. 214, 217 y 231.

(74) *San Manuel Bueno...*, págs. 233, 243, 246.

(75) Tal novela está fechada en diciembre de 1930. En los escritos de esta época y posteriores hay un poco de abusivo recurso a divagaciones más o menos etimológicas. Pero ni les falta absolutamente un mínimo apoyo, ni deja de haber análisis serios de vocabulario. Es algo indeciso, que se refleja en la composición:

Niño viejo, a mi juguete,
al romance castellano,
me di a sacarle las tripas
por mejor matar mis años.
... ..
¡Juguete de niño viejo!
¡Lenguaje de hueso trágico!

del *Cancionero*. Landsberg señala: «En la última época de su producción, en las obras de 1933 y 1934, la etimología filosófica y hasta el juego de palabras se convierten en afición predilecta, aunque renuncia siempre al puro chiste, pero gusta, por ejemplo, de prestar a los nombres de persona significación vital.» *Reflexiones sobre Unamuno*. En *Cruz y Raya*, octubre 1935, núm. 31 (págs. 24-25, nota 2). En la reseña del *Epistolario a Clarín*, dice Entrambasaguas: «Los estudios filológicos... revelan aquí más base científica de la que hacían sospechar sus fantasías lingüísticas de los últimos años, volcadas en los artículos de *Ahora...*» En *RFE*, 1941, XXV, 406.

1938. *Algunos principios de la Idea negativa del estilo.*

Unamuno dedica varios pasajes de sus obras a la justificación del lenguaje literario, que no puede ser en manera alguna de absoluta llaneza y normalidad, porque de ser así pasaría inadvertida una obra. Algo, incluso una naturalidad afectada, tiene que sobresalir del tono de la vida diaria (76). La metáfora, la paradoja, todo recurso conceptista, es obligado si se quiere que el lector no resbale y se deje llevar perezosamente por las páginas de un libro sin recrear en sí mismo activamente, poniendo algo de su parte, las vivencias del autor.

Pero esa llamativa disonancia que diferencie la obra artística, ha de ser algo que brote de lo interno mismo de ella, y de ninguna manera externo y pegadizo. Unamuno profesa una concepción del estilo literario, eminentemente negativa. El estilo, entendido como se suele, es innecesario, y el estilismo, un vicio:

Estos señeritos han dado a la palabra estilo una significación completamente arbitraria y en el fondo inhumana. Para ellos es estilo una cierta quisicosa puramente formal y técnica que se trabaja a fuerza de escoplo, legra, papel de lija y barniz. Y resulta que con todas sus recetas no llegan a tener estilo y que le tiene, y muy brioso y muy propio, aquel otro hombre, no literario tan sólo, que jamás se cuidó de que en un párrafo suyo hubiera o no asonancias ni estuvo fraguando su decir en el molde de voluptuosidades acústicas. Y así—vuelto a citar un americano y el más grande de ellos entre los que escribieron—Sarriénto que nunca se paró en tecniquerías, tiene estilo y no le tienen esos señeritos que se pasan la vida piropeándose los unos a los otros (77).

Y es lo más curioso que esos señores virtuosos de las letras se entretienen en crear dificultades nada más que para darse luego pisto por haberlas vencido. No son otra cosa las más de las reglas de nuestra preceptiva llamada poética, y las más de las reglas del arte de escribir (78).

Hay que tener algo que decir, lo primero, y que eso lleve en su sustancia la indispensable amenidad e interés; no hace falta

(76) *Sobre la consecuencia, la sinceridad* (Ensayos, VII, véanse págs. 75-78). Comp. San Manuel Bueno... Prólogo (págs. 22-24).

(77) *Literatura y literatos. (Contra esto y aquello,* pág. 240). Comp. *A la señora Mab. (Soliloquios y conversaciones,* pág. 256).

(78) *Prosa acettada (Contra esto y aquello,* pág. 255).

más para escribir bien (79). Y escriben mal los que han de intercalar, por ejemplo, chistes externos, impertinentes, en sus escritos, sin los cuales no tiene su obra de por sí valor de cosa amena (80).

A este respecto de la artificialidad del estilo conscientemente pretendido, son no poco dignas de atención las observaciones unamunianas en que muchos podrían y deberían tomar lección, acerca de las absurdas acomodaciones del estilo de los que escriben para la mujer, para el niño o para el vulgo:

En efecto, así como apenas hay nada más ridículo que esos cuentos para niños que escriben los mayores, fingiendo infantilidad en ellos, así apenas conozco cosa más deplorable que cuanto escriben los hombres para las mujeres, teniendo presente al espíritu el público femenino cuando escriben. Los niños si son avisados, se ríen por lo común de esos deplorables cuentos infantiles puerilmente tejidos por los mayores, y las mujeres de espíritu tienen que despreciar a la mayoría de los hombres que para ellas escriben (81).

Cuando un hombre de una cierta cultura se esfuerza por ponerse popular, lo que se pone es fámplón, trivial y ridículo. Y en más de una ocasión he oído a obreros muy avisados que salían de oír a semejantes sujetos exclamar: «¡Por quién nos habrá tomado este tío!...» (82).

El escritor debe escribir como su alma le dicte, y no tener cuenta con la idiosinerasia de sus posibles lectores, pues tal cosa no hará más que quitar a su obra sinceridad y vida y hasta el arte mismo perseguido.

La peculiaridad personal de cada autor se refleja suficientemente en su obra para denotar si hay o no vigor y sentimiento por debajo de lo unificador de la lengua literaria. Y de

(79) *Sobre la lengua española (Ensayos, III, pág. 108)*. Véase en *Amor y Pedagogía*, capítulo XII, el comentario de don Fulgencio al fracaso de la novela de Apolodoro (págs. 172-173). El «buen gusto» «ese repugnante buen gusto», es el que se lleva todos los golpes de la aversión de Unamuno al cuidado por la forma.

(80) *La regeneración del teatro español (Ensayos, II, 62)*.

(81) *A la señora Mab (Sóloquios y conversaciones, pág. 259)*. Muy curioso todo este artículo y el titulado *A una aspirante a escritora*, del mismo libro. En lo que se refiere a la literatura para niños, puede observarse, por ejemplo, la ausencia de puerilidad de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. Es un libro que encanta a los niños. Recuerdo mi impresión de sorpresa en la experiencia personal que tuve de ello, leyéndoselo a un hermano mío. Para mejor testimonio, véase «*Platero y yo*» (de 1915), en *Ora, Glosas, Páginas del «Glosario» de Xenius*. Madrid, Calleja, 1920 (págs. 259-260).

(82) *Los escritores y el pueblo (Mi religión... En Ensayos, ed. Madrid, Aguilar, 1942, t. II, págs. 352-353)*. Compárese: *Vida de Don Quijote y Sancho*, I, XI (págs. 67-69).

nada le ha de servir a quien tenga espíritu pobre y sensibilidad ramplona el atildar su escrito con arreglo a cualquier modelo; por falta de sustancia íntima se desmoronará su edificio, y no parecerá sino un añadido de insensateces huecas y brillantes, una visión falseada por la excesiva atención a la artificialidad del bien escribir (83).

Y ya que no pueda pensarse de un modo absoluto en una lengua literaria sin un mínimo de pulimento, de artificio, que éste no se note; por lo menos, no metérselo al lector por los ojos como en ostentación de dificultades vencidas:

Son tiquismiquis y minucias de los del oficio, que a los demás les debe tener sin cuidado. Bien está que los escritores nos cuidemos de la hechura de nuestros trabajos y le demos vueltas y más vueltas al lenguaje y al estilo, pero de esto nada se le da al que nos lee. Bien está el que un escritor teja sus párrafos, y luego los desmonte..., mas sea para provecho del que le haya de leer (84).

La pompa y ornato del lenguaje, tan distantes del gusto de Unamuno, entran dentro de lo censurado como artificialidad e insinceridad al escribir. En el *Credo poético* dice:

No te cuides en exceso del ropaje,
de escultor, no de sastre es tu tarea;
no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea (85).

Quiere buscar la vida mejor que el arte, y teme constantemente que éste vaya a matar a aquélla.

Sobre todo y ante todo, que la acentuación especial del escribir no se busque por medios externos, sino que sea una cosa derivada de la significación de las palabras y del orden y oportunidad de su empleo. Contra los recursos tipográficos se revuelve con fino humorismo:

Y menos mal que ese ingenuo público no parece haberse dado cuenta de alguna otra de las diabluras de don Miguel, a quien a menudo le pasa lo de pasarse de listo, como es aquello de escribir un artículo y luego subrayar al azar unas palabras cualesquiera de él,

(83) *En torno al casticismo* (Ensayos, I, pág. 18).

(84) *Vida de Don Quijote y Sancho*, 2, LXIII (pág. 246).

(85) «... dudo si expresan una convicción objetiva o son escudo de una incapacidad para la blandura y halago de la palabra, evidentes en Unamuno...» José MARÍA DE COSSÍO: Prólogo a la *Antología poética*, de Unamuno, ed. Colección Austral. Buenos Aires, 1946 (pág. 13).

invirtiendo las cuartillas para no poder fijarse en cuáles lo hacía. Cuando me lo contó le pregunté por qué había hecho eso, y me dijo: «¡Qué sé yo...; por buen humor! ¡Por hacer una pirueta! Y además porque me encocoran y ponen de mal humor los subrayados y las palabras en bastardilla. Eso es insultar al lector, es llamarle torpe, es decirle: ¡Fíjate, hombre, fíjate, que aquí hay intención! Y por eso le recomendaba yo a un señor que escribiese sus artículos todo en bastardilla, para que el público se diese cuenta de que eran intencionadísimos desde la primera palabra a la última. Eso no es más que la pantomima de los escritos; querer sustituir en ellos con el gesto lo que no se expresa con el acento y entonación...» (86).

Es verdad que resulta ofensivo el subrayado significativo de muchos escritores. No menos verdadero es que a veces da gana de acabar de subrayar las restantes palabras de un escrito así, con lo que, ya todo a la misma escala, sobresalgan las cosas que verdaderamente tienen más importancia al espíritu del lector atento. No hay que ocultar que el mismo Unamuno utiliza como todos, principalmente en sus primeros escritos, el recurso de la bastardilla (87) y las letras mayúsculas (88), o aun otros, como los signos de admiración y los puntos suspensivos, muy prodi-gados en sus libros (89). Pero añaden poco a la fuerza expre-

(86) *Niebla*. Prólogo (pág. 7). Comp.: *Amor y Pedagogía*, IV (págs. 77 y 88-89).

(87) Por ejemplo: «El que quiera juzgar de la romanización de España no tiene sino ver que el castellano, en el que pensamos y con el que pensamos...» *En torno al casticismo*, 2, I (*Ensayos*, I, 63).

(88) «... yo QUIERO ser su amigo y comunicarme con usted de verdad», le dice a Clarín en carta, Salamanca, 9-V-1900 (*Epistolario a Clarín*, pág. 94). Sólo este caso he encontrado; no entran en la explicación un MI GOCE, copiando del P. Loyson, en *La agonia del cristianismo*, X (pág. 145), y el Finis de la novela *Abel Sánchez*: «¡QUEDA ESCRITO!» Recuérdese el entusiasmo que nuestro autor pone en las gracias carlyllanas TIME, ETERNITY, etc. Comp.: CLAVERÍA, *Temas de Unamuno*, págs. 22, 25 y sigs. Unamuno se burla mucho de la mayúscula en Ciencia, Cultura, y otras palabras de este tono significativo de progresismo: «... la cultura, es decir, la Cultura—¡oh, la cultura!—». *Del sentimiento trágico...*, XI (pág. 290); otros casos: *Desde Portugal (Por tierras de P. y de E.)*, pág. 64; *Cientificismo (Mi religión...* En *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, t. II (pág. 441). Pero esto de la mayúscula inicial traspasa los límites de un mero recurso estilístico, para referirse a la deificación de determinados conceptos. También Unamuno mayusculiza Razón y Locura en la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Y es la forma de referir a Dios conceptos como Conciencia Suprema, Mente Soberana, Todo, Supremo Director de escena, etc.

(89) Sobre todo en las obras dramáticas, como un modo de indicar la necesaria acentuación afectiva de lo que hablan sus personajes. Comp. lo que dice Navarro Tomás en una breve nota en el número homenaje al autor en *La Gaceta Literaria*, 15-III-1930, acerca del cuidado que Unamuno pone en señalar la entonación y matices de la voz de los personajes al hablar, según las distintas coyunturas. Como recurso meramente tipográfico, véase: *poesía* (111) en carta a Ruiz Contreras, Salamanca, 14-V-1899 (En *El Español*, julio agosto, 1948); *buen gusto* (111), *La reforma del castellano (Ensayos)*, III, pág. 92, y con cuatro signos, si no es errata, *buen gusto* (111), en *La envidia hispánica (Mi religión...* En *Ensayos*, ed. Madrid. Aguilar, 1942, t. II, pág. 346).

siva y significativa de su lenguaje apasionado, que cuenta, para atraer la atención de su lector, con mil otros recursos orgánicos, verdaderamente estilísticos, de escritor artista, impulsados por el hondo sentir sincero de su obra tan lejana de la mera palabrería brillante.

El ideario de Unamuno en cuestiones retóricas aún se extiende a otros temas especiales del oficio del poeta: sobre los asonantes en verso libre, que él dice no cuida de evitarlos (90); sobre las voces enclíticas y proclíticas y su papel en el ritmo del verso (91), su postura ante la «poesía pura», etc. Cosas que están en los confines de lo filológico-lingüístico y lo literario, para exponerlas debidamente no se podría dejar de establecer constantemente el paralelo entre la preceptiva del autor y su propia obra de creación.

Y esto exige de por sí otro trabajo—y otros métodos—que me parecé que se sale de los límites del presente. Sin duda, una interpretación del ideario retórico y estilístico unamuniano podría dar una nueva luz con que volver a los temas lingüísticos. Pero yo no me atrevo a pasar ahora a ese otro terreno. Actualmente se preparan estudios de la obra de Unamuno que llenarán el hueco que aquí parece presentarse. La importancia de la ideología filosófica y política de Miguel de Unamuno y su renombre universal ha hecho sombra al análisis de su obra desde el punto de vista estético, a la que está dedicada muy pequeña parte de la bibliografía sobre el maestro. Esperemos que alguien dé fin a esta tarea y nos acabe de explicar el atractivo que la prosa y el verso unamunianos, en cuanto tales prosa y verso tienen, a pesar de ésa que dicen su sequedad (92).

(90) Carta a Ruiz Contreras, Salamanca, 14-V-1899. V. la nota anterior.

(91) Prólogo de Unamuno a MANUEL MACHADO, *Alma. Museo. Los cantares*. Madrid, 1907 (págs. XXII-XXV). Hay una alusión a lo mismo en una de las Conferencias dadas en Málaga. Consúltese: DÁMASO ALONSO, *Ligereza y gravedad en la poesía de Manuel Machado*. En *Poetas españoles contemporáneos*, páginas 55-58.

(92) Véase cómo resume el autor los juicios que sobre su modo de escribir se hacían: «Poco hemos de decir del estilo. No más sino que peca de seco y a las veces de descuidado, y que eso de escribir el relato en presente siempre no pasa de ser un artificio que afortunadamente no tendrá éxito. Lo que sí hemos de hacer notar es que después de las prédicas del autor por esas revistas y periódicos en pro de la reforma o revolución de la lengua castellana, escribe ésta lo más llana y lisamente posible, y si no la hace más castiza es porque no puede. En el fondo hay que reconocer que no tiene el sentido de la lengua, efecto sin duda, de lo escaso y turbio que es su sentido estético. Diríase que considera a la lengua como un mero instrumento, sin otro valor propio que el de su utilidad, y que, como el personaje de esta su novela, echa de menos la

Confío en que quien haya tenido la paciencia de acompañarme hasta aquí no quede ahora descontento del resultado de mi exposición. A pesar de las lagunas que encuentre en ella, o de la inseguridad de algunas interpretaciones, tal vez haya tenido yo la fortuna de desvelarle algún pasaje significativo de la mentalidad de Unamuno, dirigida en tensión constante hacia los problemas de lenguaje. Habré contribuido en mínima parte y de un modo indirecto a la tarea que él se propuso: fomentar en los demás el amor del decir, fuente de la humana sabiduría.

Creo haber mostrado que hay extensión y profundidad en los temas lingüísticos que trata. Una preparación filológica suficiente, un afán filosófico siempre vivo que le hacía investigar el atrayente misterio múltiple del poder del lenguaje, y unas dotes especialísimas de artista literario, artífice de la lengua española, daban por resultado esta obra de comentarios filosóficos en torno al verbo del hombre y de inquietudes avivadas en torno a la lengua nacional española. La concepción unamuniana del lenguaje y de la lengua española, si no se puede decir que es en su contenido de una esencial originalidad, sí es, en la forma en que está presentada, de una genialidad especial. Y tiene una fuerza extraordinaria como problema íntimamente, verdaderamente sentido y mantenido despierto por toda una larga vida de «hombre de palabra».

FERNANDO HUARTE MORTON.

expresión algébrica. Véase su preocupación por dar a cada vocablo un sentido bien determinado y concreto, huyendo de toda sinonimia, de hacer una lengua precisa, suene como sonare. Realmente, hay que hacerle la justicia de reconocer que cuando resulta oscuro no es por defecto de expresión ni de lenguaje, sino por cierto retorcimiento conceptista y por un vituperable empeño de decir cosas que se salgan de lo vulgar.» *Amor y Pedagogía*, Prólogo (pág. 14).